



**UNIVERSIDAD DE NAVARRA**  
**FACULTAD DE TEOLOGÍA**

FERNANDO HERNANSANZ SERRANO

**LA FE**  
**EN EL MAGISTERIO DE**  
**BENEDICTO XVI**

TESIS DE DOCTORADO DIRIGIDA POR EL  
PROF. DR. D. PABLO BLANCO SARTO  
**PAMPLONA, 2018**



# ÍNDICE

ÍNDICE.....	3
SIGLAS Y ABREVIATURAS .....	7
INTRODUCCIÓN.....	9
Capítulo I. LLAMADA. DIMENSIÓN TEOLOGAL DE LA FE.....	17
1. La alegría de la fe. La fe en cuanto llamada de Dios al hombre .....	18
A. Dios busca al hombre.....	20
a) Dios y su “designio de benevolencia” .....	20
b) El don de la fe.....	22
c) Dios se muestra al hombre como un Dios fiable .....	26
B. Dios, al revelarse, interpela al hombre y le otorga su gracia.....	28
a) Dios atrae al hombre, el cual está hecho para Dios.....	29
b) Dios da su gracia al hombre para hacerle capaz del acto de fe .....	30
2. Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe.....	33
A. El mundo.....	36
a) La creación .....	37
b) La belleza.....	39
B. La persona.....	41
a) Deseos de felicidad en el hombre. La esperanza .....	43
b) Amor y acceso a la felicidad.....	48
c) Amor y verdad se identifican.....	51
C. El testimonio .....	55
a) La Revelación.....	55
b) La dimensión eclesial .....	58
c) La dimensión testimonial .....	60
3. Jesucristo, cumbre y centro de la revelación .....	62
A. Jesucristo, el Logos encarnado, siempre obedece al Padre, y en Él nos revela Dios (cf. Jn 8, 55) .....	65
a) Jesucristo, el Logos, obedece al Padre.....	65
b) Cristo es revelación de Dios. En Jesucristo se nos muestra Dios .....	67
B. Jesucristo, el Logos, muestra al propio hombre quién es el hombre .....	70
a) Dios se hace hombre .....	71
b) El hombre sin Dios.....	72
C. En Jesucristo se sella la Nueva y Eterna Alianza.....	73

Capítulo II. RESPUESTA. DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA DE LA FE .....	77
1. Fe y verdad.....	79
A. La actual crisis de la verdad. Dificultades en el acceso a la verdad .....	81
a) Separación fe-verdad.....	83
b) Separación razón-verdad.....	84
B. Recuperar la conexión de la fe con la verdad.....	88
a) Fe y verdad están íntimamente unidas. Relación ciencia-fe .....	90
b) El hombre necesita la fe para acceder a la verdad completa .....	92
2. Acceso a una verdad grande a través de la fe .....	94
A. Amor y conocimiento de la verdad. Escucha y visión .....	96
a) El amor, vía de acceso a la verdad. Dios, el Logos, es la verdad y es amor <sup>97</sup>	
b) Escucha y visión que aporta la fe .....	100
B. Fe y razón.....	103
a) Racionalidad de la fe. Fe y razón no son opuestas .....	106
b) Fe y razón en el re-descubrimiento de la ley natural .....	113
c) Propuesta de una razón ampliada abierta a la trascendencia.....	123
3. Fe y búsqueda de Dios. Respuesta libre del hombre a la fe .....	128
A. El acto de fe. Libertad y voluntad.....	129
a) Requisitos de acceso a la fe .....	130
b) El acto de fe. Acto de la libertad y de la voluntad. Acto moral .....	135
B. Fe y los que buscan a Dios .....	142
a) La búsqueda de Dios .....	143
b) Encuentro personal con Jesucristo .....	146
Capítulo III. ANUNCIO. DIMENSIÓN KERIGMÁTICA DE LA FE .....	153
1. La Iglesia, responsable de la transmisión íntegra de la fe .....	154
A. Elementos de la fe que la Iglesia transmite.....	157
a) El Credo .....	158
b) Sacramentos .....	160
c) Fe y decálogo .....	163
d) Oración.....	165
B. La unidad de la fe .....	168
a) La integridad de la fe.....	168
b) La sucesión apostólica .....	170
2. La fe y el bien común. Responsabilidad personal en la transmisión de la fe .	172

A. Responsabilidad personal en la transmisión de la fe .....	173
a) La fe y el amor. La conversión personal .....	174
b) Nueva evangelización .....	179
B. Fe y bien común.....	185
a) La familia, primer ámbito de transmisión de la fe .....	188
b) La fe y la educación.....	193
c) La fe, luz para la sociedad .....	198
3. María Santísima, icono perfecto de fe .....	202
A. María nos enseña cómo creer .....	203
B. María, modelo acabado de fe.....	204
CONCLUSIONES.....	209
BIBLIOGRAFÍA.....	217
1. Fuentes primarias .....	217
A. Magisterio Pontificio.....	217
a) Encíclicas.....	217
b) Exhortaciones apostólicas.....	217
c) Motu proprio .....	217
d) Discursos .....	217
e) Catequesis del Año de la fe.....	218
f) Catequesis de la oración .....	219
g) Catequesis de la Iglesia .....	220
h) Catequesis acerca de Doctores de la Iglesia.....	221
i) Audiencias generales .....	221
j) Homilías.....	222
k) Mensajes .....	222
l) Encuentros .....	223
m) Ángelus .....	223
n) Otras intervenciones .....	223
B. Otros escritos.....	223
2. Fuentes Secundarias.....	224
A. Documentos del magisterio.....	224
a) Concilio Vaticano II.....	224
b) Otros documentos .....	224
B. Escritos de Joseph Ratzinger.....	225

C. Escritos acerca de Benedicto XVI .....	226
a) Monografías .....	226
b) Artículos .....	227
c) Biografías .....	228
D. Escritos acerca de Joseph Ratzinger .....	228
a) Monografías .....	228
b) Artículos .....	229
E. Otros autores .....	229

## SIGLAS Y ABREVIATURAS

Para las Sagradas Escrituras utilizamos las abreviaturas de la Biblia de Navarra. Además, en el presente estudio se utilizan las siguientes:

AAS	<i>Acta Apostolicae Sedis</i>
CEC	Catecismo de la Iglesia Católica
CVI	CONCILIO VATICANO I
CVII	CONCILIO VATICANO II
Const. Dog.	Constitución Dogmática
Exh. ap.	Exhortación Apostólica
MP	<i>Motu proprio</i>
JROC	Obras completas. Escritos de cristología, VI/1, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2015, 1-607
JMJ	Jornada Mundial de la Juventud
EMF	Encuentro Mundial de las Familias
Aud. gral.	Audiencia general
Cf.	Confróntese
Et al.	Y otros
Ibid.	Allí mismo
Id.	El mismo, lo mismo
Passim	Aquí y allá





# INTRODUCCIÓN

La importancia de la fe en el Magisterio de Benedicto XVI es fácil de intuir a simple vista: está presente desde el primer punto de su primera Encíclica<sup>1</sup> hasta su última Audiencia<sup>2</sup>. Pero, además, ha tenido un protagonismo especial al ser abordada de forma explícita por la XIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos<sup>3</sup> (precedido por la creación del Consejo Pontificio para la nueva evangelización por el *motu proprio Ubicumque et semper*<sup>4</sup>), cuyo tema fue “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”; el *Año de la fe*<sup>5</sup>; y la preparación de la Encíclica *Lumen fidei*<sup>6</sup>, posteriormente publicada por el Papa Francisco. No es exagerado decir que la fe, en cuanto al acto de creer y a su contenido, ha sido un tema especialmente presente en todas sus enseñanzas de forma directa, o más indirecta<sup>7</sup>.

Para Benedicto XVI, la fe articula toda la vida cristiana, pues entiende el dinamismo de la fe como el encuentro con una Persona, con Jesucristo: «Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»<sup>8</sup>. Entiende la fe como experimentar que “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Y dado que Dios es Amor, busca la respuesta del hombre para que participe de ese Amor. Por eso, el Papa alemán pretende «suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino»<sup>9</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», *AAS* 98 (2006), n. 1.

<sup>2</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de febrero de 2013*, IX, pp. 268-278, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013, IX, 268-278.

<sup>3</sup> La Asamblea tuvo lugar en Roma, entre el 7 y el 28 de octubre de 2012.

<sup>4</sup> Cf. «Carta Apostólica en forma de *MP Ubicumque et semper*», con la cual se instituye el Consejo Pontificio para la promoción de la *nueva evangelización*», *AAS* 102 (2010), 788-92.

<sup>5</sup> «...he decidido convocar un Año de la fe. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013» («Carta Apostólica en forma de *MP Porta fidei* con la que se convoca el Año de la fe», *AAS* 103 (2011) n. 4). Fue concluido por el Papa Francisco, tras la renuncia de Benedicto XVI, en febrero de 2013.

<sup>6</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», *AAS* 105 (2013) 555-96.

<sup>7</sup> Destaca la gran referencia que hacen a la fe sus principales documentos, que repasaremos un poco más adelante (encíclicas, exhortaciones apostólicas y algunos discursos que se centran en la fe, la razón y la verdad). Pero, además, el Papa alemán ha aprovechado para glosar distintos aspectos intrínsecamente unidos a la fe, como la Eucaristía (“*Sacramentum caritatis*”, de 2007), la Palabra de Dios (“*Verbum Domini*” de 2010), la oración (con las Catequesis que le dedicó entre 2011 y 2012), el año Paulino (de 2010, al que dedicó un buen número de catequesis), el sacerdocio (con la proclamación del Año sacerdotal y sus catequesis en 2008), la familia y la educación, el ecumenismo y sus múltiples encuentros interreligiosos. Y también cabe reseñar las Asambleas especiales del Sínodo de los Obispos para África en 2009, y sobre la situación de los cristianos en Oriente Medio en 2010; las Jornadas Mundiales de la Juventud en Colonia (2006), Sidney (2008) y Madrid (2011). Y, por último, a título personal la publicación de su obra *Jesús de Nazaret*.

<sup>8</sup> «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 1.

<sup>9</sup> *Ibid.*

Por si cabían dudas, el propio Pontífice manifestó explícitamente la importancia que dio a la fe en su pontificado en la última entrevista publicada, ya como Papa emérito. Preguntado acerca de si al pensar que su pontificado podría ser breve (a causa de su edad cuando fue llamado a la sede petrina) esto marcaría su programa, responde:

«Claro que sí. No podía abordar asuntos a largo plazo. Algo así hay que hacerlo cuando uno tiene tiempo ante sí. Era consciente de que mi encargo era de otra clase, de que debía esforzarme sobre todo por mostrar qué significa la fe en el mundo actual, por restablecer la centralidad de la fe en Dios e infundir a las personas valentía para creer, valentía para vivir la fe de modo concreto en este mundo. Fe, razón: son facetas que reconocí como parte de mi misión y para las que no era importante cuánto durara el pontificado»<sup>10</sup>.

Y también es significativa su respuesta al preguntarle: «¿Cuál sería para Ud. *a posteriori* el “hilo conductor”, el rasgo distintivo de su pontificado?»: «Diría que el “Año de la fe” expresa bien esto: un nuevo estímulo para crecer, una vida desde el centro, desde lo dinámico, redescubrir a Dios, redescubrirlo en Cristo, o sea, encontrar de nuevo la centralidad de la fe»<sup>11</sup>.

En el presente trabajo trataremos de realizar una aproximación, un intento de sistematización de las enseñanzas de Benedicto XVI relativas a la fe, destacando los aspectos a los que da mayor importancia. Las principales dificultades que hemos encontrado al tratar de hacerlo vienen dadas por la extensión de sus enseñanzas en torno a la fe y porque el tema no ha sido abordado de forma sistemática en su Magisterio. Para solventar estos inconvenientes, nos ha parecido que la forma más idónea era buscar una estructura expositiva que hubiera podido utilizar el propio Benedicto XVI, y tratar de encuadrar en ella sus abundantes enseñanzas acerca de la fe. Esa estructura expositiva debería haberse dado en torno a sus Catequesis del *Año de la fe*, articuladas programáticamente en torno al Credo, pero fueron interrumpidas por su renuncia, anunciada al Consistorio de Cardenales del 10 de febrero de 2013<sup>12</sup>. La otra posibilidad que nos quedaba era la de adoptar el esquema de la primera Encíclica del Papa Francisco, *Lumen fidei*, pues con fundamento se puede pensar que fue trabajada principalmente por Benedicto XVI, al haber decidido con bastante antelación su propia renuncia –tal como ha manifestado él mismo<sup>13</sup>–, y por las propias palabras del Papa Francisco respecto a su contenido:

«Estas consideraciones sobre la fe, en línea con todo lo que el Magisterio de la Iglesia ha declarado sobre esta virtud teologal, pretenden sumarse a lo que el Papa Benedicto XVI ha escrito en las Cartas encíclicas sobre la caridad y la esperanza. Él ya había completado prácticamente una primera redacción de esta Carta encíclica sobre la fe. Se lo agradezco de corazón y, en la fraternidad de Cristo, asumo su precioso trabajo, añadiendo al texto algunas aportaciones. El Sucesor de Pedro, ayer, hoy y siempre, está

<sup>10</sup> BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Últimas conversaciones con Peter Seewald*, Bilbao: Mensajero, 2016, 32.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 281.

<sup>12</sup> Cf. «*Declaratio* (10 de febrero de 2013)», *AAS* 105 (2013) 239-40.

<sup>13</sup> El Papa emérito, data en torno a agosto de 2012 su decisión de renuncia. Cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Últimas conversaciones*, 43-56. Capítulo 2, “La renuncia”.

llamado a “confirmar a sus hermanos” en el inconmensurable tesoro de la fe, que Dios da como luz sobre el camino de todo hombre»<sup>14</sup>.

De este modo, hemos decidido seguir la estructura de *Lumen fidei* para exponer las enseñanzas del Magisterio de Benedicto XVI en torno a la fe. En este sentido, nuestro objetivo no es demostrar la autoría de *Lumen fidei* por Benedicto XVI, pues, aunque se la ha denominado como una Encíclica escrita “a cuatro manos”, el propio Papa Francisco señala que la primera redacción es del Papa alemán, pero no la definitiva. No obstante, pensamos que es una estructura de trabajo válida y suficientemente justificada. Por esa razón, hemos seguido, de forma análoga a la Encíclica, un esquema clásico de exposición: llamada (Dios que toma la iniciativa y busca al hombre), respuesta (el hombre que libre y voluntariamente responde a Dios) y anuncio (al experimentar la alegría de la fe, el hombre, de forma natural, no puede no anunciarla). Así, de acuerdo con este esquema, hemos establecido la correspondencia con los capítulos de *Lumen fidei*. En nuestro primer capítulo, “*Llamada*”, hacemos referencia a la “*Introducción*” y al capítulo I de *Lumen fidei*, “*Hemos creído en el Amor*”; el capítulo II de *Lumen fidei*, “*Si no creéis no comprenderéis*”, nos sirve para guiar la “*Respuesta*” del hombre, necesariamente unida a la cuestión de la verdad y la razón; y nuestro último capítulo “*Anuncio*” se corresponde con el capítulo III, “*Transmito lo que recibo (1 Co 15, 3)*”, y el capítulo IV de la Encíclica, “*Dios prepara una ciudad para ellos (Hb 11, 16)*”, es decir, la fe que transmite el creyente y la fe que impregna la sociedad y aporta al bien común.

Por otra parte, aunque esta estructura nos parece, como decíamos, la más idónea, no partimos de una esquematización rígida, pues, de alguna manera, no dejaría de ser un contrasentido, al ser algo artificial, ya que la fe –especialmente tal como la entiende Benedicto XVI– se da en un contexto de encuentro personal: diálogo de la persona con Dios, una vez que la divinidad toma la iniciativa y salva el desnivel entre el plano sobrenatural y humano<sup>15</sup>. No es fácil diseccionar llamada-respuesta-anuncio, pues estos aspectos de la fe se entremezclan armónicamente con la gracia concedida por Dios para facilitar la respuesta libre y voluntaria de asentimiento a la fe por parte del hombre.

Con respecto a la bibliografía, teniendo en cuenta el objetivo principal de realizar una aproximación a la sistematización del Magisterio de Benedicto XVI acerca de la fe, nos hemos centrado en las fuentes primarias, procurando hacer referencia a las fuentes secundarias en las notas a pie de página para no interrumpir

<sup>14</sup> «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 7.

<sup>15</sup> Esta visión de la fe como diálogo se entiende especialmente al analizar las fuentes que han influido en Ratzinger, y por tanto en Benedicto XVI. El profesor Blanco Sarto, destaca a san Agustín (354-430), san Buenaventura (1218-1274), santo Tomás de Aquino (1225-1274), Newman (1801-1890), Guardini (1885-1968), la filosofía del diálogo, el personalismo y el existencialismo, además del diálogo con todos los grandes pensadores contemporáneos a él. Tracey Rowland plantea cómo Benedicto XVI –junto a De Lubac (1896-1991) y a Von Balthasar (1905-1988)– sería partidario de un tomismo agustiniano, en contraste con el tomismo trascendental de Rahner (1904-1984). Cf. BLANCO SARTO, PABLO, *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI: nuevos estudios*, Pamplona: EUNSA, 2013, 21-59; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, Granada: Nuevo Inicio, 2009, 265.

el hilo conductor. Subrayamos, de entre las fuentes primarias, sus tres Encíclicas<sup>16</sup> y los documentos más directamente relacionados con la fe: el *Motu proprio* “*Porta fidei*”<sup>17</sup>, por el que convocaba el *Año de la fe*, y las Catequesis del *Año de la fe*<sup>18</sup> (que tras su renuncia concluiría el Papa Francisco<sup>19</sup>). Además, hemos tenido en cuenta otros muchos textos de su Magisterio, de los que queremos destacar sus Exhortaciones Apostólicas *Verbum Domini* y *Sacramentum caritatis*<sup>20</sup>, algunas homilias o discursos que se pueden considerar programáticas de su pontificado<sup>21</sup>, o de recapitulación<sup>22</sup>, algunos discursos que han tenido mayor relevancia tanto por su contenido como por su contexto en lo que toca a la relación fe-razón<sup>23</sup>, varios documentos más específicos acerca de la “*nueva evangelización*” como el *Motu proprio Ubicumque et semper* por el que se establecía la constitución de un nuevo Consejo Pontificio para la promoción de la *nueva evangelización*, y algunas otras intervenciones<sup>24</sup>. Por último, hemos considerado también otras palabras del

<sup>16</sup> «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», *AAS* 98 (2006) 217-52; «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», *AAS* 99 (2007) 985-1027; «Carta encíclica “*Caritas in veritate*”», *AAS* 101 (2009) 641-709.

<sup>17</sup> «Carta Apostólica en forma de *MP Porta fidei* con la que se convoca el *Año de la fe*», *AAS* 103 (2011) 723-34.

<sup>18</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 453-463, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012; *Ibid. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, pp. 484-496; *Ibid. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, 511-521; *Ibid. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, pp. 540-548; *Ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, pp. 587-594; *Ibid. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, pp. 628-632; *Ibid. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, pp. 661-672; *Ibid. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, pp. 702-713; *Ibid. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, pp. 773-780; *Ibid. Aud. gral. del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Icono de la fe obediente*, pp. 773-780; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 2 de enero de 2013: Fue concebido por obra del Espíritu Santo*, Vol. IX, pp. 11-18, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013; *Ibid. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, pp. 43-49; *Ibid. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, pp. 80-87; *Ibid. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, pp. 169-182; *Ibid. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, pp. 210-220; *Ibid. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, pp. 230-240; *Ibid. Aud. gral. del 13 de febrero de 2013: Las tentaciones de Jesús y la conversión por el Reino de los Cielos*, pp. 210-220; *Ibid. Aud. gral. del 27 de febrero de 2013*, pp. 268-278.

<sup>19</sup> Las Catequesis del *Año de la fe* dictadas por el Papa Francisco no las hemos incluido en este estudio por considerar que se salían del objeto del presente trabajo.

<sup>20</sup> «*Sacramentum caritatis*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia», *AAS* 99 (2007) 105-80; «*Verbum Domini*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia», *AAS* 102 (2010) 681-787.

<sup>21</sup> «Homilía Santa Misa en el solemne inicio de pontificado», *AAS* 97 (2005) 707-13; «Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», *AAS* 98 (2006) 40-53.

<sup>22</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de febrero de 2013*, IX, 268-278.

<sup>23</sup> «Viaje apostólico a Munich, Altötting y Ratisbona: Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», *AAS* 98 (2006) 728-38; «Alocución preparada por el Santo Padre Benedicto XVI para el encuentro con la Universidad “La Sapienza” de Roma», *AAS* 100 (2008) 107-14; «Viaje apostólico a Estados Unidos: A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», *AAS* 100 (2008) 331-38; «Viaje apostólico al Reino Unido: Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall. City of Westminster», *AAS* 102 (2010) 635-39; «Viaje apostólico a Alemania: Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», *AAS* 103 (2011) 663-69.

<sup>24</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2008*, IV, 1, 757-762, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008; «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», *AAS* 102 (2010) 642-45; «Homilía Santa Misa en la clausura de la XIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”», *AAS* 104 (2012) 888-91.

Benedicto XVI acerca de la belleza<sup>25</sup> y audiencias en las que glosa la figura de san Agustín<sup>26</sup>, por el que tiene especial predilección. Por otra parte, a lo largo del estudio iremos citando otras muchas catequesis (especialmente las dedicadas a la Iglesia, la oración, a san Pablo, las del año sacerdotal y las que comentan las figuras de algunos doctores de la fe), homilias, discursos y mensajes. También hemos tenido en cuenta su obra *Jesús de Nazaret*<sup>27</sup> (tratados sus tres tomos como una sola obra, tal como aparecen en la publicación de las obras completas de Joseph Ratzinger, a partir de ahora *JROC*) y las entrevistas que le hicieron durante su Pontificado, sobre todo por su valor testimonial<sup>28</sup>, aunque estas obras estrictamente quedarían fuera del alcance del presente trabajo de investigación, pues nos centramos en el Magisterio. De entre las fuentes secundarias, destacamos Encíclica del Papa Francisco *Lumen fidei* –por lo ya explicado– y algunas monografías<sup>29</sup> y artículos<sup>30</sup>. No obstante, iremos señalando a lo largo del presente estudio, al comienzo de cada capítulo, aquella bibliografía que tenga mayor peso específico.

Por último, antes de terminar esta introducción, queremos hacer una breve presentación y comentario de la bibliografía primaria utilizada principalmente, en torno a la estructura seguida en el presente estudio: llamada-respuesta-anuncio.

<sup>25</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de mayo de 2008: Romano el Meloda*, IV, 1, 841-845, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008; «Encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina», *AAS* 101 (2009) 1045-52.

<sup>26</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2008: San Agustín (1)*, IV/1, 41-48, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2008: San Agustín (2)*, IV/1, 87-93, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 170-176, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 20 de febrero de 2008: San Agustín (4) - Las obras*, IV/1, 270-279, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de febrero de 2008: San Agustín (5) - Las conversiones de san Agustín*, IV/1, 320-329, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008.

<sup>27</sup> *Obras completas. Escritos de cristología*, VI/1, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2015, 1-607; *ibid. Los relatos de la infancia*, 1-91; *ibid. Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*, 93-380; *ibid. Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, VI/1, 381-607.

<sup>28</sup> BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo: el Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos: una conversación con Peter Seewald*, Barcelona: Herder, 2010; *Últimas conversaciones*, 2016.

<sup>29</sup> Destacamos especialmente: BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger - Benedicto XVI: un mapa de sus ideas*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2012; *id.*, *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo: la victoria de la inteligencia en el mundo de las religiones*, Madrid: Ediciones Rialp, 2005; *id.*, *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, Palabra, 2013; *id.*, *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI*; BLANCO SARTO, P. (ed.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, Madrid: Palabra, 2013; IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, Ediciones Rialp, 2008; ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*; NICHOLS, A., *The thought of pope Benedict XVI: an introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, New York; London: Burns & Oates, 2007; MURPHY, J., *Christ our joy: The theological vision of Pope Benedict XVI*, 1 ed. San Francisco: Ignatius Press, 2008; GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI: the Christocentric shift*, New York: Palgrave Macmillan, 2010.

<sup>30</sup> BELLANDI, A., «Considerazioni sullo statuto epistemologico della teologia negli scritti di Joseph Ratzinger», *Vivens homo* 6 (1995) 43-61; BLANCO SARTO, P., «Amor, caridad y santidad. Una «lectura transversal» de la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI», *Scripta Theologica* 38 Issue 3 (2006) 1041-68; BLANCO SARTO, P., «Fe, razón y amor. Los discursos de Ratisbona», *Scripta Theologica* Vol. 39 (2007) 767-82; BLANCO SARTO, P., «Razón, islam y cristianismo: el debate suscitado por Benedicto XVI», *Scripta Theologica* 41 (2009) 199-225; BLANCO SARTO, P., «Ética, ecología y economía. Caritas in veritate: la encíclica global de Benedicto XVI», *Revista empresa y humanismo* 14 (2011) 19-46; BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, «Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», *Pensamiento y Cultura* 16 (2013) 167-201.

En su primera Encíclica, *Deus caritas est*, tal como evoca el título, el Papa bávaro muestra la profunda predilección de Dios por el hombre, al que llama a participar de su amor. El hombre descubre ese amor en la figura de Jesucristo y puede responder a él al recibir el auxilio necesario a través de la Iglesia por la oración, los sacramentos, y, sobre todo, por la asistencia del Espíritu Santo. Ese amor de Dios, que transforma al creyente que lo acoge, se desborda por el anuncio en amor al prójimo y en bien de la sociedad: los santos son verdaderamente luz del mundo. Termina aludiendo al ejemplo y la ayuda que presta Santa María.

Por su parte, *Spe salvi* se centra en cómo el encuentro con Jesucristo es el que proporciona al hombre una verdadera esperanza. El hombre necesita una esperanza que dé fundamento a su vida frente a la muerte y al sufrimiento, y en la consiguiente reflexión sobre el sentido de su existencia, comprueba que efectivamente Dios sale a su encuentro. La respuesta del hombre a Dios se convierte en la certeza de la fe, la cual fundamenta esta vida y la vida eterna. En esta segunda encíclica también aborda las cuestiones de la razón y la libertad humana (esencial en la respuesta del hombre a Dios), del verdadero progreso, la ciencia y el materialismo. El creyente que acepta la fe da testimonio de la verdadera esperanza.

En su última Encíclica, *Caritas in veritate*, Benedicto XVI acomete una serie de cuestiones esenciales en torno a la fe y su aceptación: la caridad y su relación con la verdad, el relativismo, la razón trascendente y la inmanente, la justicia y la moral, la fraternidad y el bien común, la paz, y cómo el hombre puede alcanzar la plenitud y la felicidad a través del desarrollo auténtico e integral de la persona. Por la temática, tiene gran peso en esta encíclica la cuestión social y la Doctrina Social de la Iglesia, íntimamente relacionadas con la verdad última del hombre. La naturaleza y la ecología, el tecnicismo y la bioética son otros temas abordados con un gran peso y repercusión hoy en día. Se acaba concluyendo cómo sin Dios no hay verdadero desarrollo, cómo todo hombre anhela la verdadera plenitud que le ofrece Dios al salir a su encuentro.

La Exhortación Apostólica *Verbum Domini* en su primera parte aborda cómo Dios habla al hombre, especialmente a través de la Escritura. Dios toma la iniciativa, es un Dios en diálogo que espera la respuesta del hombre. En su segunda parte acomete la función de la Iglesia en ese diálogo, la importancia de la liturgia y la eficacia de la Palabra de Dios. La tercera parte explica la misión de anunciar la Palabra de Dios que tiene la Iglesia.

*Sacramentum caritatis* se centra en la Eucaristía como misterio que se ha de creer y en torno al cual se ordenan los demás sacramentos y la vida futura; misterio que se ha de celebrar, en el que se ha de prestar especial atención a la piedad y a la adoración, a la participación en ella; misterio que se ha de vivir, en la vida cristiana, en el anuncio, en la entrega.

La finalidad y estructura de las Catequesis del *Año de la fe* las explicitó el mismo Benedicto XVI en la primera catequesis de introducción: explicar las

verdades del Credo encontrando la vinculación que tiene con la cotidianidad de la persona actual, de modo que se facilite el encuentro personal del hombre con Dios<sup>31</sup>. No obstante, antes de iniciar las primeras verdades del Credo, hizo una pequeña introducción acerca de qué es la fe, la fe que la Iglesia comunica al hombre y la sed de Dios que se halla en el hombre. Benedicto XVI, tal como ha manifestado posteriormente, ya sabía que no podría concluir esa catequesis<sup>32</sup>, y a la vez, mientras desarrolla la catequesis, trabaja en la preparación de la que luego sería la encíclica *Lumen fidei*.

El *Motu Proprio "Porta fidei"*, que anunciaba el *Año de la fe* marca los objetivos para ese año, enfoca la fe como don, recepción y anuncio, y remarca cómo el descubrimiento, o redescubrimiento, de la fe debe partir del encuentro personal con Cristo. Este documento, viene a ser una sinopsis de la concepción de la fe de Benedicto XVI y de los aspectos que él considera más significativos en relación con ella: libertad (que integra fe y razón), exigencia de descubrir la fe y llevarla a los demás, el acto de fe, y la confesión de la fe, la centralidad de Jesucristo. También hace mención a la importancia del *Catecismo de la Iglesia Católica* en el estudio y transmisión de la fe.

"*Ubicumque et semper*" hace referencia al deber de la Iglesia de anunciar la fe, en el contexto de la "*nueva evangelización*" de una sociedad actual (al menos la occidental) alejada de Dios en su mayoría. Termina con una serie de artículos que concretan el *motu proprio*, en los que especifica algunos aspectos de la "*nueva evangelización*" que promueve.

De este modo, a medida que se avanza en el presente estudio, pensamos, que quedan de manifiesto aquellos aspectos de la fe a los que el Papa alemán ha querido dar mayor relevancia a lo largo de su fructífero Pontificado.

No quiero terminar esta presentación sin dejar de mostrar mi gratitud, en primerísimo lugar, al Papa Benedicto XVI por su ejercicio del ministerio petrino hasta su renuncia, y su servicio a la Iglesia, también ahora como Papa emérito. Lógicamente hago extensivo este agradecimiento a d. Pablo Blanco, por su labor de asesoramiento que ha hecho posible este trabajo; a toda la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra por su apoyo en mi labor de investigación, y de modo especial a d. Juan Antonio Gil Tamayo por su acompañamiento y consejos. También incluyo a d. José Manuel Fidalgo, y a todos los demás profesores y personal de Secretaría con los que he tenido la suerte de coincidir en la Licenciatura,

---

<sup>31</sup> «En las catequesis de este Año de la fe desearía ofrecer una ayuda para realizar este camino, para retomar y profundizar en las verdades centrales de la fe acerca de Dios, del hombre, de la Iglesia, de toda la realidad social y cósmica, meditando y reflexionando en las afirmaciones del Credo. Y desearía que quedara claro que estos contenidos o verdades de la fe (*fides quæ*) se vinculan directamente a nuestra cotidianidad; piden una conversión de la existencia, que da vida a un nuevo modo de creer en Dios (*fides qua*). Conocer a Dios, encontrarle, profundizar en los rasgos de su rostro, pone en juego nuestra vida porque Él entra en los dinamismos profundos del ser humano» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 460-461).

<sup>32</sup> Cf. Capítulo 2, "La renuncia", BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Últimas conversaciones*, 43-56.

y de modo especial a d. Miguel Ángel Correas e Iturgoyen, pues sin ellos no habría sido capaz de hacer estos estudios. Por último, me resulta obligado mostrar mi explícita gratitud a mis padres, Arturo y Marisa (por todo), y a mis hermanos: Arturo, por sus valiosas aportaciones, Marisa en su labor museística y Jesús en sus apreciaciones; a Hortensias y Aralar donde empezó este proyecto; a La Alameda y todas las personas que lo frecuentan, y a Valencia que es donde prosigue esta aventura.



# CAPÍTULO I. LLAMADA. DIMENSIÓN TEOLOGAL DE LA FE

## DIOS SALE AL ENCUENTRO DE LA PERSONA

El presente capítulo estudia la fe como “llamada” de Dios al hombre. Él toma la iniciativa, sale al encuentro de cada persona y le llama a la comunión con Él a partir de la fe: a compartir su intimidad, a ser feliz con Él. En el estudio de la dimensión teologal del acto de fe, tal como hemos indicado en la “Introducción”, seguimos el orden expositivo de la Encíclica *Lumen fidei*. Este primer capítulo de este trabajo de investigación se corresponde con los números 1-22 de esta encíclica, que incluyen la “Introducción” y el capítulo I: “Hemos creído en el Amor”.

Dios toma la iniciativa al salir amorosamente al encuentro del hombre. El marco general de la acción de Dios en la fe es la precedencia y el respeto escrupuloso a la libertad de cada individuo, pues jamás fuerza su decisión<sup>1</sup>. Significativamente, *Porta fidei* comienza: «“La puerta de la fe” (cf. *Hcb* 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma»<sup>2</sup>.

Desde el principio de su Magisterio, Benedicto XVI ha querido subrayar algunos aspectos de la iniciativa divina en el camino de la fe: cómo al hombre de hoy, en su contexto actual, se le ofrece la incomparable alegría de la fe y la necesidad-posibilidad de descubrirla, o re-descubrirla (en la que tiene un papel preponderante la Iglesia como primera anunciadora de la fe); y la fe que surge en el encuentro personal con Jesucristo<sup>3</sup>. Este será el esquema que sigamos en el primer capítulo para analizar la intervención divina en el proceso de fe de cada individuo: “La alegría de la fe. La fe en cuanto llamada de Dios al hombre”; “Caminos por los

---

<sup>1</sup> «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», (2006); «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», (2009); *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 453-463; *ibid. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, 484-496; y también, por ejemplo, en: «*Porta fidei*», (2011).

<sup>2</sup> «*Porta fidei*», n. 1.

<sup>3</sup> «Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo. En la homilía de la santa Misa de inicio del Pontificado decía: “La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud”» (*Ibid.*, n. 2).

que Dios facilita al hombre el acceso a la fe”; “Jesucristo, cumbre y centro de la revelación”.

Las principales fuentes primarias utilizadas en este capítulo han sido las ya citadas Encíclicas; la exhortación *Verbum Domini*, la Carta *Porta fidei*; las Catequesis del Año de la fe, y otros textos del Magisterio de Benedicto XVI, que hacen referencia a la creación, la verdad y la belleza<sup>4</sup>. Especial atención hemos prestado, como fuente secundaria, a la Encíclica del Papa Francisco *Lumen fidei*, y a otras monografías<sup>5</sup>.

## 1. LA ALEGRÍA DE LA FE. LA FE EN CUANTO LLAMADA DE DIOS AL HOMBRE

Toda persona ansía la alegría y la felicidad. Pero ¿es capaz el hombre de hoy de alcanzar una alegría plena, o al menos razonable? Teóricamente se puede pensar que sí, pero, en la práctica, en la experiencia personal, surgen dudas justificadas, nos preguntamos si es una quimera. Estamos en un mundo marcado a menudo por la tristeza y la inquietud.

El hombre no es capaz de conseguir por sus propias fuerzas la alegría que busca toda persona: la cultura actual se presenta hoy como autosuficiente y capaz de afrontar todas las cuestiones desde la ciencia y la técnica, pero no erradica ni explica el mal, el sufrimiento o el dolor, ni da la felicidad, y parece incapaz de responder a las cuestiones fundamentales:

«En este contexto vuelven a emerger algunas preguntas fundamentales, que son mucho más concretas de lo que parecen a primera vista: ¿qué sentido tiene vivir? ¿Hay un futuro para el hombre, para nosotros y para las nuevas generaciones? ¿En qué dirección orientar las elecciones de nuestra libertad para un resultado bueno y feliz de la vida? ¿Qué nos espera tras el umbral de la muerte? (...) en una palabra, el saber de la ciencia, por importante que sea para la vida del hombre, por sí solo no basta. (...) La fe no es un simple asentimiento intelectual del hombre a las verdades particulares sobre Dios; es un acto con el que me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es adhesión a un “Tú” que me dona esperanza y confianza»<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», *AAS* 98 (2006) 796-801; «Encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina», (2009); «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», (2010).

<sup>5</sup> Destacamos especialmente: BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger - Benedicto XVI*; id., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*; id., *La Teología de Joseph Ratzinger*; id., *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI*; BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*; IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*; ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*; NICHOLS, A., *The thought of pope Benedict XVI*; MURPHY, J., *Christ our joy*; GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI*.

<sup>6</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 486.

Benedicto XVI afirma que la alegría tiene una relación directa con el amor<sup>7</sup>, y concluye que la crisis actual de la modernidad no es de pensamiento, sino de amor: si el hombre se deja alcanzar, o no, por Dios<sup>8</sup>. El hombre será más feliz, cuanto más capaz de amar sea. Si logra dejarse amar por la plenitud de Dios, y corresponder a ese amor, se llenará de alegría; en caso contrario es fácil que tenga una capacidad de amar muy limitada que conduciría fácilmente a la desolación y la desesperanza<sup>9</sup>. El inconveniente en el acceso a ese amor será la decisión práctica, o el planteamiento teórico, de si Dios es una mera proyección del hombre o, por el contrario, es Dios el que hace posible al ser humano y es capaz de hacerlo feliz<sup>10</sup>.

La Iglesia, en este contexto, tiene vocación de llevar al mundo una alegría auténtica y duradera, testimonio importante de la belleza y fiabilidad de la fe cristiana: Dios busca al hombre y se revela a él, como veremos en este apartado. Igualmente, muestra cómo la fuente de la verdadera alegría es Dios, que quiere que todos los hombres sean felices, sale al encuentro de cada individuo, nos crea por amor y quiere derramar ese amor infinito sobre cada persona, haciéndonos partícipes de su alegría divina y eterna. Su amor se manifiesta de modo pleno en Jesucristo y, por tanto, la alegría cristiana es abrirse a Él y decidir pertenecer a Él. Se experimenta que el amor produce alegría y la alegría es una forma de amor. Este amor implica constancia, fidelidad, tener fe en los compromisos, generosidad; y entonces, ese amor conllevará la alegría, aunque no siempre de forma inmediata; pero Dios no abandona al hombre. La alegría cristiana no es una sugestión, o una huida de la realidad, es una fuerza sobrenatural para hacer frente a las dificultades cotidianas. Con Cristo y en Él, el sufrimiento se transforma en amor, y ahí se encuentra la felicidad<sup>11</sup>.

Benedicto XVI presenta un Dios que es la fuente de la verdadera alegría, porque Él es amor, y sale al encuentro de cada hombre<sup>12</sup>. Sólo la fe es capaz de dar la verdadera alegría al hombre, todas las alegrías auténticas proceden de Dios<sup>13</sup>.

Esta alegría tiene que ver más con la verdad que con el sentimiento<sup>14</sup>. Por tanto, si alguien pretende hallar la alegría, tendrá que buscar la verdad, con

<sup>7</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”, nn. 10, 18. «(...) el hombre, viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y descubre la alegría en la verdad y en la justicia; la alegría en Dios que se convierte en su felicidad esencial: “¿No te tengo a ti en el cielo?; y contigo, ¿qué me importa la tierra?... Para mí lo bueno es estar junto a Dios” (*Sal 73 [72], 25. 28*)» (*ibid.* n. 10).

<sup>8</sup> Cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 261.

<sup>9</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”».

<sup>10</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 93-380.

<sup>11</sup> Cf. «Mensaje para la XXVII JMJ, 2012. “Alegraos, siempre en el Señor”», *AAS* 104 (2012) 359-61.

<sup>12</sup> «Se ve que el hombre aspira a una alegría infinita, quisiera placer hasta el extremo, quisiera lo infinito. Pero donde no hay Dios, no se le concederá, no puede darse» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 74).

<sup>13</sup> Cf. «Mensaje para la XXVII JMJ, 2012. «Alegraos, siempre en el Señor»», 359-61; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 261.

<sup>14</sup> «El mensaje de Jesús es evangelio no porque nos guste de entrada de modo incondicional, o porque nos parezca cómodo o agradable; sino porque procede de aquel que tiene la verdadera clave de la alegría. No siempre la verdad resulta cómoda al hombre; sin embargo, solo la verdad hace libres, y solo la verdad es

independencia de lo costoso que sea. El hombre debe posicionarse en torno a esa verdad (tal como veremos en el Capítulo II, “Respuesta”). Dios llama, facilita al hombre ser feliz a través de la verdad, de la fe<sup>15</sup>; y cada individuo podrá dejarse alcanzar por la verdad, intentar descubrirla (en un acto de apertura y confianza en Dios<sup>16</sup>) o cerrarse a ella<sup>17</sup>. En este apartado vamos a ver cómo Dios facilita el descubrimiento de esa verdad, toma la iniciativa acercándose al hombre y, a la vez, lo interpela haciéndole tomar una decisión moral.

En la primera Encíclica del Papa Francisco, de igual forma, se anima a todos los hombres a considerar la alegría que produce la fe, y la luz sobreabundante que supone<sup>18</sup>.

### **A. Dios busca al hombre**

En este apartado analizaremos cómo Benedicto XVI explica la forma en que Dios se adelanta al encuentro del hombre en su *designio de benevolencia*, le ofrece el don de la fe y se muestra como un Dios fiable. Para esto Dios se revela y otorga su gracia al hombre, para que libremente pueda corresponder a la interpelación que le hace Dios cuando se auto-comunica al hombre.

#### **a) Dios y su “designio de benevolencia”**

Benedicto XVI se refiere al *designio de benevolencia* de Dios para con el hombre, al glosar, con tonos de profundo optimismo por la misericordia divina, un pasaje de

alegre» (RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, *Teoría de los principios teológicos: Materiales para una teología fundamental*, Barcelona: Herder, 2005, 88); cf. MURPHY, J., *Christ our joy*, San Francisco: Ignatius Press, 2008.

<sup>15</sup> «El mal no tiene la última palabra sobre nuestra vida, sino que la fe en Cristo Salvador nos dice que el amor de Dios es el que vence. Esta profunda alegría es fruto del Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios, capaces de vivir y gustar su bondad, de dirigirnos a Él con la expresión “Abba”, Padre (cf. *Rm* 8,15). La alegría es signo de su presencia y su acción en nosotros» («Mensaje para la XXVII JMJ, 2012. “Alegraos, siempre en el Señor”», 360); cf. también «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 796-801.

<sup>16</sup> Benedicto XVI en su última Audiencia general, en su despedida poco antes de que se hiciera efectiva su renuncia, repasó su Pontificado, casi a modo de testamento. En circunstancias particularmente difíciles y dolorosas, por lo que cobra mayor valor su testimonio, afirmó: «Desearía invitaros a todos a renovar la firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, también en la dificultad. Me gustaría que cada uno se sintiera amado por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha mostrado su amor sin límites. Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano. (...) Sí, alegrémonos por el don de la fe; es el bien más precioso, que nadie nos puede arrebatar. Por ello demos gracias al Señor cada día, con la oración y con una vida cristiana coherente. Dios nos ama, pero espera que también nosotros lo amemos» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de febrero de 2013*, IX, 273).

<sup>17</sup> El Papa de Baviera ha recordado en numerosas ocasiones a lo largo de su Pontificado que es imposible alcanzar a Dios cuando uno se cierra en una postura de autonomía completa del hombre respecto a Dios y, por lo tanto, no contempla otra posibilidad. La persona se imposibilitaría a sí misma el acceso a Dios, a la felicidad. Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 18, 28; cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», 2006, nn. 6-9, 20, 28, et al. «*Porta fidei*», n. 12, et al. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 27.

<sup>18</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 5, 6, 7, 39, 52, 53, 60.

san Pablo a los Efesios<sup>19</sup>: «El tema de este himno de alabanza es el proyecto de Dios respecto al hombre, definido con términos llenos de alegría, de estupor y de acción de gracias, como un “diseño de benevolencia” (v. 9), de misericordia y de amor»<sup>20</sup>.

Es el plan amoroso que Dios tiene con toda la creación, con cada hombre de todos los tiempos. Dios se manifiesta al hombre por la revelación de Sí mismo en su Hijo Jesucristo, quien se hizo hombre para redimir al hombre<sup>21</sup>: Dios quiere que participemos de su intimidad, como hijos adoptivos suyos en Jesucristo y nos hace capaces de acceder a Él<sup>22</sup>, nos ofrece la fe; pero no se impone por la evidencia.

El Concilio Vaticano II afirma que el ser humano, a diferencia de las demás criaturas, es el único capaz de conocer y amar a su Creador<sup>23</sup>. Dios ha querido que el hombre sea capaz de conocer este *designio de benevolencia* divino para con él, y cuando la persona lo descubre en toda su trascendencia, se llena de asombro y agradecimiento. La creación y el hombre no son producto de la casualidad, sino que forman parte de un plan divino, el “beneplácito de su voluntad” (*Ef* 1, 5). Dios no impone la evidencia de su designio, y el hombre siempre podrá elegir en libertad entre la opción de la causalidad divina, o la de la casualidad estadística. No obstante, este designio de amor ha sido discutido por el hombre, especialmente a partir de la Ilustración<sup>24</sup>, como veremos en el siguiente capítulo.

La fe es componente fundamental del *designio de benevolencia* de Dios, para que el hombre encuentre a Jesucristo, para que pueda alcanzar su plenitud. Como el hombre no podría acceder a esa fe por sus propias fuerzas, la va a recibir como don de Dios. Este don lo podrá aceptar o no, pero lo va a implicar completamente, lo interpela en su totalidad<sup>25</sup>. Dios, al auto-revelarse al hombre en la historia, se da a conocer, y todo cambia<sup>26</sup>. A partir de ahora, por don de Dios, el hombre puede

<sup>19</sup> «Nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según *el benévolo designio* que se había propuesto realizar mediante él y llevarlo a cabo en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra» (*Ef* 1, 9-10).

<sup>20</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 705.

<sup>21</sup> Cf. *ibid.*, 705-13. «Dios revela su gran designio de amor entrando en relación con el hombre, acercándose a él hasta el punto de hacerse, Él mismo, hombre. (...) Dios no sólo dice algo, sino que se comunica, nos atrae en la naturaleza divina de tal modo que quedamos implicados en ella, divinizados» (*ibid.*, 708).

<sup>22</sup> «(...) nuestra vocación no es simplemente existir en el mundo, estar insertados en una historia, y tampoco ser sólo criaturas de Dios; es algo más grande: es ser elegidos por Dios, antes aun de la creación del mundo, en el Hijo, Jesucristo. En Él, por lo tanto, nosotros ya existimos, por decirlo así, desde siempre. Dios nos contempla en Cristo como hijos adoptivos» (*ibid.*, 711).

<sup>23</sup> Cf. CVII, «Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual», *AAS* 58 (1965), 1025-1120, n. 12.

<sup>24</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», *AAS* 98 (2006) 724.

<sup>25</sup> «Dios está en camino hacia ti. Pero es también un conocimiento que plantea una exigencia: cree y déjate guiar por la fe. Así, la posibilidad del rechazo es muy real, pues la parábola no contiene una fuerza coercitiva» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. *JROC*, VI/1, 254).

<sup>26</sup> «La Revelación introduce en la historia un punto de referencia del cual el hombre no puede prescindir, si quiere llegar a comprender el misterio de su existencia; pero, por otra parte, este conocimiento remite constantemente al misterio de Dios que la mente humana no puede agotar, sino sólo recibir y acoger en la fe» (JUAN PABLO II, «Carta Encíclica “*Fides et Ratio*”», *AAS* 91 (1999), 5-88, n. 14).

conocer el sentido de su vida, y su vida queda completamente comprometida<sup>27</sup>. La fe afecta radicalmente al hombre<sup>28</sup>, Dios le atrae a Sí y el hombre debe tomar una decisión moral al respecto<sup>29</sup>.

Dios desea recapitular todo en Cristo, la creación y la historia, poniendo a su Hijo como centro, y conducir al hombre y a esta creación, en Él, a la plenitud:

«Esta comunión en Cristo por obra del Espíritu Santo, ofrecida por Dios a todos los hombres con la luz de la Revelación, no es algo que se sobrepone a nuestra humanidad, sino que es la realización de las aspiraciones más profundas, de aquel deseo de infinito y de plenitud que alberga en lo íntimo el ser humano, y lo abre a una felicidad no momentánea y limitada, sino eterna»<sup>30</sup>.

La Encíclica *Lumen fidei* plantea, en la misma línea del Pontificado de su predecesor, el *designio de benevolencia* como la luz que ilumina al hombre en su existencia<sup>31</sup>.

### **b) El don de la fe**

¿Qué es la fe?, ¿qué es creer?, ¿cómo se alcanza esa fe? Son muchos los hombres que dicen que les gustaría tener fe; pero, con tintes de resignación, afirman que no la tienen. La fe es confianza que facilita un conocimiento, que permite un amor en el encuentro personal con la persona en quien se confía<sup>32</sup>. Esta fe, se puede dar tanto en el plano humano, como en el sobrenatural. Este último, por sus peculiaridades, requerirá la gracia divina del don sobrenatural de la fe<sup>33</sup>, que facilita ese encuentro personal del hombre con Dios a través de Cristo<sup>34</sup>. Creer en Dios es

<sup>27</sup> «...es dejarse aferrar por la Verdad que es Dios, una Verdad que es Amor. Por ello san Pablo subraya cómo a Dios, que ha revelado su misterio, se debe “la obediencia de la fe” (Rm 16, 26; 2 Co 10, 5-6), la actitud con la cual “el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela” (Const. dogm. *Dei Verbum*, 5)» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 707)

<sup>28</sup> «Fe es un “cambio de mentalidad”, porque el Dios que se ha revelado en Cristo y ha dado a conocer su designio de amor, nos aferra, nos atrae a Sí, se convierte en el sentido que sostiene la vida» (*ibid.*, 708).

<sup>29</sup> Cf. *ibid.*, 702-13.

<sup>30</sup> Cf. *ibid.*, 711.

<sup>31</sup> «En el centro de la fe bíblica está el amor de Dios, su solicitud concreta por cada persona, su designio de salvación que abraza a la humanidad entera y a toda la creación, y que alcanza su cúspide en la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Cuando se oscurece esta realidad, falta el criterio para distinguir lo que hace preciosa y única la vida del hombre. Éste pierde su puesto en el universo, se pierde en la naturaleza, renunciando a su responsabilidad moral, o bien pretende ser árbitro absoluto, atribuyéndose un poder de manipulación sin límites» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 54).

<sup>32</sup> Cf. *Fe y futuro*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 2007, 23-25.

<sup>33</sup> Santo Tomás de Aquino aclara que la fe cristiana es interpersonal. Cf. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *S. Thomae Aquinatis Summa Theologica*, I, Londinum: T. Pontificia. Taurini - Burns. Oates, 1895, II-II, q. 81, 1.

<sup>34</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-85; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-777; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 17-48. Explica el profesor Izquierdo cómo la fe religiosa tiene la misma estructura que la fe antropológica: supone la aceptación de un testigo al que se le otorga una credibilidad en quien, y por quien, se cree. El

buscarlo, encontrarlo y fiarse de Él: «¿Qué significa creer hoy? (...) en nuestro tiempo es necesaria una renovada educación en la fe, que comprenda ciertamente un conocimiento de sus verdades y de los acontecimientos de la salvación, pero que sobre todo nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarle, de confiar en Él, de forma que toda la vida esté involucrada en ello»<sup>35</sup>.

La fe sobrenatural es un don de Dios al hombre<sup>36</sup>, es gracia, ayuda divina, pues el hombre no puede acceder al plano sobrenatural por sus propias fuerzas:

«(...) la iniciativa de Dios precede siempre a toda iniciativa del hombre y, también en el camino hacia Él, es Él quien nos ilumina primero, nos orienta y nos guía, respetando siempre nuestra libertad. Y es siempre Él quien nos hace entrar en su intimidad, revelándose y donándonos la gracia para poder acoger esta revelación en la fe»<sup>37</sup>.

El don de la fe es un don gratuito, y por la revelación sabemos que Dios lo otorga libremente y sin necesidad, únicamente porque desea amar al hombre y salvarlo<sup>38</sup>.

En el planteamiento de la fe del Papa alemán tiene un gran peso la estructura de santo Tomás, y la clave de diálogo personal entre Dios (en Jesucristo) y el hombre, a través de la Iglesia<sup>39</sup>. El hombre cree porque Dios se adelanta y se

hombre tiene fe cuando cree a alguien o cree en alguien. La fe, tanto humana como religiosa, y especialmente la cristiana, está basada en una relación interpersonal de entrega y aceptación mutua. Este encuentro da acceso a un saber no directo: lo conocido no es evidente para quien cree, sino para quien lo comunica. Al ser una relación interpersonal, esta compromete a las dos partes de la relación; en el caso de la fe cristiana, a Dios y al hombre. Dios se revela e interpela al hombre; y el hombre debe abrirse con confianza a lo que se le comunica. La naturaleza sobrenatural, que lógicamente sobrepasa la naturaleza humana, no es posible abarcarla con la razón humana. Esta fe está en el campo sobrenatural, pero no separada de la voluntad y la inteligencia humana. Fe y razón se necesitan en esa relación: la fe sin la razón acabaría en fideísmo, y la razón sin la ayuda de la fe se perdería en un racionalismo immanente.

<sup>35</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 486-91. «La fe lleva a descubrir que el encuentro con Dios valora, perfecciona y eleva cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en el hombre. Es así que, mientras Dios se revela y se deja conocer, el hombre llega a saber quién es Dios, y conociéndole se descubre a sí mismo, su propio origen, su destino, la grandeza y la dignidad de la vida humana» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 62).

<sup>36</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 490; cf. *ibid. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, 513.

<sup>37</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 514; «La fe es un don sobrenatural de Dios. Para creer, el hombre necesita los auxilios interiores del Espíritu Santo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Asociación de Editores del Catecismo: Librería Editrice Vaticana, 2001, n. 179); cf. también BELLANDI, A., *Fede cristiana come stare e comprendere: la giustificazione dei fondamenti della fede in Joseph Ratzinger*, Roma: Pontificia università Gregoriana, 1996, 220-27.

<sup>38</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-777; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 84-90. Desarrolla cuál ha sido la evolución de las enseñanzas en torno a la fe a lo largo del Magisterio y el tratamiento que hace el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), que subraya el asentimiento de la inteligencia y adhesión del entero ser en el acto de fe de forma libre, la acción de la gracia y su necesidad para la salvación, además de dar por primera vez un tratamiento trinitario a la fe.

<sup>39</sup> Cf. BLANCO SARTO, PABLO, Capítulo “Fuentes”, *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI*, 21-59. Se nota las influencias que tuvo en su preparación académica.

muestra un Dios fiable<sup>40</sup>. Presenta la fe según una estructura interpersonal dialógica, con esquemas personalistas, fundamentada en el encuentro del individuo con Jesucristo, al que está llamado por su dignidad<sup>41</sup>.

El don de la fe es la gracia que permite, en el ámbito de ese diálogo, que el hombre sea capaz de responder al *designio de benevolencia* de Dios<sup>42</sup>, de confiar plenamente en Dios, gracias a ese encuentro con su Hijo Jesucristo: «He aquí entonces la maravilla de la fe: Dios, en su amor, crea en nosotros —a través de la obra del Espíritu Santo— las condiciones adecuadas para que podamos reconocer su Palabra»<sup>43</sup>. Estas condiciones son una disposición de apertura inicial a la trascendencia y su posterior respuesta libre de aceptación de la fe. Sin ella no podría darse el proceso que desemboca en la acogida y en el conocimiento cierto que da la fe<sup>44</sup>.

Una manifestación del don de la fe en el hombre es que es capaz de colmarlo de alegría<sup>45</sup>. Cuando el hombre percibe la fe y decide corresponder en su totalidad y libremente<sup>46</sup>, se llena de alegría, estupor y de acción de gracias ante ese Dios que

<sup>40</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 453-463; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632.

<sup>41</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 590. El Concilio Vaticano II afirma sintéticamente: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador” (Const. *Gaudium et spes*, 19). «La fe es una adhesión personal del hombre entero a Dios que se revela. Comprende una adhesión de la inteligencia y de la voluntad a la Revelación que Dios ha hecho de sí mismo mediante sus obras y sus palabras» (CEC, n. 176); es fiarse de una verdad que confía una persona, «“Crear” entraña, pues, una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua» (CEC, n. 177).

<sup>42</sup> «Nuestra vocación no es simplemente existir en el mundo, estar insertados en una historia, y tampoco ser sólo criaturas de Dios; es algo más grande: es ser elegidos por Dios, antes aun de la creación del mundo, en el Hijo, Jesucristo. En Él, por lo tanto, nosotros ya existimos, por decirlo así, desde siempre. Dios nos contempla en Cristo como hijos adoptivos. En el “designio de benevolencia” de Dios, que el Apóstol califica también como “designio de amor” (Ef 1, 5), se define “el misterio” de la voluntad divina (v. 9), oculto y ahora manifestado en la Persona y en la obra de Cristo. La iniciativa divina precede a toda respuesta humana: es un don gratuito de su amor que nos envuelve y nos transforma» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su «designio de benevolencia»*, VIII, 2, 705).

<sup>43</sup> *Ibid. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, 453-63.

<sup>44</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 169-182; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 63-66; aunque se trata de un conocimiento indirecto no da menos certeza ni es menos verdadero que el conocimiento directo.

<sup>45</sup> Cf. «Mensaje para la XXVII JMJ, 2012. “Alegraos, siempre en el Señor”», 359-61.

<sup>46</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-21. Y también, cf. *ibid. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, 453-63. «(...) se nos hace capaces de escuchar su Palabra y de recibir su verdad. He aquí entonces la maravilla de la fe: Dios, en su amor, crea en nosotros —a través de la obra del Espíritu Santo— las condiciones adecuadas para que podamos reconocer su Palabra. Dios mismo, en su voluntad de manifestarse, de entrar en contacto con nosotros, de hacerse presente en nuestra historia, nos hace capaces de escucharle y de acogerle» (*ibid.*, 455).



quiere llevarle a la plenitud<sup>47</sup>. Benedicto XVI recalca con énfasis esa alegría y felicidad que inundará al hombre si este lo permite<sup>48</sup>.

La gracia de la fe puede remover las dificultades personales en el acceso a la fe, pero siempre respetando escrupulosamente la libertad humana. La persona no podrá acceder a la fe sobrenatural si falta una disposición libre de apertura a la trascendencia por parte del hombre (por una concepción materialista o puramente racionalista, o bien por una autonomía vital cerrada completamente a lo trascendente); en cambio, la gracia podrá actuar si existe una cierta apertura<sup>49</sup>. Hoy día está muy extendida en la sociedad occidental una concepción autónoma de la persona con la pretensión de autosuficiencia: el hombre no necesita a Dios; pero es difícil mantener esta postura si se considera la gratuidad del *don* en sentido general: lo más importante que tiene el hombre –como su vida o la libertad– lo ha recibido gratuitamente, sin méritos propios<sup>50</sup>. La razón humana puede alcanzar a deducir que el hombre no es un ser completamente autónomo y descubre otros dones ajenos a él como la verdad o la fe<sup>51</sup>.

La fe no es una ética o un conjunto de preceptos morales, es el encuentro con una Persona: es un acontecimiento, una historia de amor<sup>52</sup>. Dios sale al encuentro del hombre y le ofrece el don de la fe para colmarlo de alegría<sup>53</sup>; luego, será responsabilidad del hombre la respuesta que haga a esa llamada<sup>54</sup>.

La Encíclica *Lumen fidei* se hace eco de estas enseñanzas: la fe es un gran don que regala Jesucristo al hombre<sup>55</sup>; es una luz necesaria para el hombre, que ilumina

<sup>47</sup> Cf. *Ibid.* *Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su "designio de benevolencia"*, 702-713.

<sup>48</sup> Cf. *ibid.* *Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, 484-496.

<sup>49</sup> Cf. *Ibid.* *Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, 453-63.

<sup>50</sup> «La caridad en la verdad pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don. La gratuidad está en su vida de muchas maneras, aunque frecuentemente pasa desapercibida debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad. El ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente» («Carta Encíclica "*Caritas in veritate*"», n. 34).

<sup>51</sup> Cf. *Ibid.*, n. 34. Benedicto XVI expone aquí en este número la dificultad de alcanzar esa dimensión trascendente a causa del "pecado de los orígenes", el pecado original, que no se puede obviar. Si se pierde de vista la trascendencia no se podrá llegar al don de la fe. Entonces será fácil manipular la verdad, tiranizar la libertad del hombre y acabar con su esperanza. En cambio, si se aprende a percibir el don, hay que admitir que muchas cosas sobrepasan al hombre, que hay una verdad objetiva. En ese mismo número de la Encíclica, señala: «Por su naturaleza, el don supera el mérito, su norma es sobreabundar. Nos precede en nuestra propia alma como signo de la presencia de Dios en nosotros y de sus expectativas para con nosotros. La verdad que, como la caridad es don, nos supera, como enseña San Agustín. Incluso nuestra propia verdad, la de nuestra conciencia personal, ante todo, nos ha sido "dada". En efecto, en todo proceso cognitivo la verdad no es producida por nosotros, sino que se encuentra o, mejor aún, se recibe. Como el amor, "no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano"» (*ibid.*, n. 34).

<sup>52</sup> Cf. «Carta Encíclica "*Deus caritas est*"», n. 1; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 126. Así lo asimiló Luigi Giussani (1922-2005).

<sup>53</sup> El Papa germano relaciona significativamente la fe, con el don, con la alegría y con el Espíritu Santo, como por ejemplo: «Rezará en nombre de Jesús no es pedir cualquier cosa, sino el don fundamental que, en sus sermones de despedida, Él denomina como "la alegría", mientras que Lucas lo llama Espíritu Santo (cf. *Lc* 11, 13), lo que en el fondo significa lo mismo» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 309).

<sup>54</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discurso al Clero de la Diócesis de Roma*, II, 1, 267-276 (2006).

<sup>55</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica "*Lumen fidei*"», n. 1.

el presente y el pasado, tan potente que no puede venir del hombre, sino de Dios<sup>56</sup>. Recuerda cómo la razón autónoma puede desistir de buscar la verdad y la luz; pero si es así, no admitirá, ni alcanzará la verdad ni la fe<sup>57</sup>. También, en sintonía con Benedicto XVI, presenta la fe como luz que permite iluminar el camino de una vida lograda, fecunda, llena de fruto<sup>58</sup>, que aporta una profunda alegría<sup>59</sup>. En definitiva, «la fe es un don gratuito de Dios que exige la humildad y el valor de fiarse y confiarse, para poder ver el camino luminoso del encuentro entre Dios y los hombres, la historia de la salvación»<sup>60</sup>.

En resumen, Dios dentro de su designio de benevolencia para cada persona, otorga el don de la fe que facilita la confianza completa del hombre en Dios, pues se va a mostrar como un Dios confiable. Él siempre toma la iniciativa: se da a conocer y otorga su gracia al hombre para que pueda corresponder. Como consecuencia, cada hombre se ve interpelado a abrirse a la relación con Dios, en Jesucristo, a través de una respuesta de fe para alcanzar, con su gracia, la plenitud que le ofrece Dios. En ese proceso de la fe, Dios concede también al hombre una alegría que él mismo no puede alcanzar por sus propias fuerzas.

### *c) Dios se muestra al hombre como un Dios fiable*

Dios facilita que el hombre le perciba como un Dios fiable, pues quiere que se acerque libremente a la fe<sup>61</sup>. La fiabilidad de Dios sustenta la fe y permite al hombre, con la ayuda de la gracia, alcanzar el misterio: convencerse de la realidad de la existencia divina, de que no es una mera proyección del pensamiento humano, de que puede confiar en Él<sup>62</sup>. Ante la indiferencia hacia Dios, se puede afirmar que podemos hablar de Dios y conocerle porque Él ha tomado antes la iniciativa<sup>63</sup>, nos ama personalmente, se interesa por nosotros, e incluso se ha entregado por nosotros. Benedicto XVI es consciente de que en el mundo actual no hay especial

<sup>56</sup> Cf. *ibid.*, n. 4.

<sup>57</sup> Cf. *ibid.*, nn. 2 y 3.

<sup>58</sup> Cf. *ibid.*, nn. 1-7.

<sup>59</sup> Cf. *ibid.*, n. 5.

<sup>60</sup> *Ibid.*, n. 14.

<sup>61</sup> «La fe es don de Dios, pero es también acto profundamente libre y humano» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 484).

<sup>62</sup> Cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 261.

<sup>63</sup> «¿Cómo hablar de Dios en nuestro tiempo? ¿Cómo comunicar el Evangelio para abrir caminos a su verdad salvífica en los corazones frecuentemente cerrados de nuestros contemporáneos y en sus mentes a veces distraídas por los muchos resplandores de la sociedad? (...) ¿Cómo hablar de Dios hoy? La primera respuesta es que nosotros podemos hablar de Dios porque Él ha hablado con nosotros. La primera condición del hablar con Dios es, por lo tanto, la escucha de cuanto ha dicho Dios mismo. ¡Dios ha hablado con nosotros! Así que Dios no es una hipótesis lejana sobre el origen del mundo; no es una inteligencia matemática muy apartada de nosotros. Dios se interesa por nosotros, nos ama, ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia, se ha auto-comunicado hasta encarnarse. Dios es una realidad de nuestra vida; es tan grande que también tiene tiempo para nosotros, se ocupa de nosotros. En Jesús de Nazaret encontramos el rostro de Dios, que ha bajado de su Cielo para sumergirse en el mundo de los hombres, en nuestro mundo, y enseñar el “arte de vivir”, el camino de la felicidad; para liberarnos del pecado y hacernos hijos de Dios (cf. *Ef* 1, 5; *Rm* 8, 14). Jesús ha venido para salvarnos y mostrarnos la vida buena del Evangelio» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 662-663).

receptividad hacia Dios, pero será más fácil llegar hasta Él si se le percibe como un Dios fiable.

La fiabilidad de Dios se fundamenta en su entrega, que da a conocer al hombre por la Revelación. «Dios, se nos ha revelado y entregado en Cristo para ser definitivamente Dios con los hombres. La Palabra revelada, la humanidad de Cristo y su Iglesia son las tres expresiones máximas de su manifestación y entrega a los hombres»<sup>64</sup>.

Otra manifestación de su fiabilidad será mostrar su coherencia, su verdad auténtica y profunda<sup>65</sup> (tal como veremos en los siguientes apartados y en el capítulo II); pero también, otra señal experiencial, vivencial, de su fiabilidad, es mostrarse como capaz de otorgar la alegría<sup>66</sup> al hombre que se abre al don de la fe<sup>67</sup>.

La fiabilidad de Dios no se pierde porque el misterio de Dios supere al hombre. Que el misterio sobrepase al hombre, por la misma naturaleza de Dios, no quiere decir que sea irracional: la fe es razonable, aunque supere los límites de la razón humana<sup>68</sup>. La fiabilidad de Dios facilita el acceso del hombre al misterio de Dios (si la persona corresponde libremente al don de la fe). Aunque este misterio exceda al hombre, el individuo puede adquirir –de forma indirecta: basado en la autoridad divina–, con la ayuda de la gracia, un conocimiento cierto del misterio de

<sup>64</sup> «Viaje apostólico a Santiago de Compostela y Barcelona. Santa Misa de dedicación de la iglesia de la Sagrada Familia de Barcelona y consagración del altar», *AAS* 102 (2010), 883-87. En *Jesús de Nazaret* el Papa Ratzinger afrontó esta fiabilidad, especialmente al abordar la cuestión del *Jesús histórico* y el *Jesús de la fe*.

<sup>65</sup> Dios muestra al hombre su fiabilidad a través de su auto-revelación: a partir de las cosas creadas, en la Sagrada Escritura, y sobre todo en el encuentro con la persona de su Hijo Jesucristo, en la Tradición y en las enseñanzas de su Iglesia. Así, el hombre que tenga una disposición abierta podrá captar la omnipotencia y bondad divina que se percibe en la creación. «La fe, por lo tanto, implica saber reconocer lo invisible distinguiendo sus huellas en el mundo visible. El creyente puede leer el gran libro de la naturaleza y entender su lenguaje (cf. *Sal* 19, 2-5); pero es necesaria la Palabra de revelación, que suscita la fe, para que el hombre pueda llegar a la plena consciencia de la realidad de Dios como Creador y Padre» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 170). También cf. «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 725.

<sup>66</sup> «Vemos la fuerza atrayente que ella [la fe] tiene: en un mundo marcado a menudo por la tristeza y la inquietud, la alegría es un testimonio importante de la belleza y fiabilidad de la fe cristiana» («Mensaje para la XXVII MJM», 2012. «Alegraos, siempre en el Señor», 359).

<sup>67</sup> «Dios no es el rival de nuestra existencia, sino su verdadero garante, el garante de la grandeza de la persona humana. (...) el Dios de Jesucristo, ese Dios que nos ha mostrado un amor tan grande como para encarnarse, morir y resucitar por nosotros; ese Dios que pide seguirle y dejarse transformar por su inmenso amor para renovar nuestra vida y nuestras relaciones; ese Dios que nos ha dado la Iglesia para caminar juntos y, a través de la Palabra y los Sacramentos, renovar toda la Ciudad de los hombres a fin de que pueda transformarse en Ciudad de Dios» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 671-672).

<sup>68</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 628-632. San Agustín afirma, para expresar el carácter teologal de la fe: *credere Deum, credere Deo, credere in Deum*. Y, en esta línea, César Izquierdo explica cómo, así entendida la fe, es conocimiento, confianza y comunión. Así se llega a un conocimiento de la fe, del misterio, que va más dirigido al asentimiento del hombre que a su comprensión, pues al ser un misterio supera a la naturaleza humana. La revelación da a conocer el misterio y el designio salvador de Dios al hombre. El misterio, que se revela especialmente en Jesucristo, va a tener como principios fundamentales la trascendencia, la gratuidad y la cognoscibilidad analógica, además de la fundamental conexión con la verdad. Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 91-120. Capítulo: «La fe se dirige sólo a Dios «Creo en Jesucristo»».

Dios. No obstante, como este capítulo lo dedicamos a la acción de Dios, estudiaremos la recepción de la revelación divina por parte del hombre en los siguientes capítulos.

La fiabilidad de Dios es ampliamente comentada también en *Lumen fidei*: no hay mayor fiabilidad que la de Cristo, Dios mismo, que muere por amor al hombre: «En este amor, que no se ha sustraído a la muerte para manifestar cuánto me ama, es posible creer; su totalidad vence cualquier suspicacia y nos permite confiarnos plenamente en Cristo»<sup>69</sup>. También en la encíclica firmada por el Papa Francisco se señala cómo la fe se fía de Dios<sup>70</sup>, pues nada hay más firme que la Palabra de Dios<sup>71</sup>.

### ***B. Dios, al revelarse, interpela al hombre y le otorga su gracia***

Como parte de la iniciativa divina, Dios concede al hombre una sed de Dios que le permite iniciar una búsqueda hacia su plenitud en el mismo Dios.

«Este es otro aspecto que nosotros corremos el riesgo de perder en el mundo ruidoso y disperso en el que vivimos: la capacidad de detenernos y mirar en profundidad en nosotros mismos y leer esa sed de infinito que llevamos dentro, que nos impulsa a ir más allá y remite a Alguien que la pueda colmar»<sup>72</sup>.

Y, a la vez, Dios da la gracia necesaria para descubrirle y corresponder al don de la fe. El hombre es una criatura de Dios y está hecho para Dios, sólo en Él encuentra su plenitud y la razón profunda de su existir. Como explicaba san Agustín: «nos creaste para ti y nuestro corazón anda siempre inquieto mientras no descansa en ti»<sup>73</sup>.

Queremos reseñar cómo Benedicto XVI, a la vez que es consciente de las dificultades actuales para descubrir la fe —especialmente en la sociedad “occidental”—, es muy optimista en lo que respecta a la acción de la gracia y la iniciativa divina<sup>74</sup>.

<sup>69</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 15. Cf. también *ibid.*, n. 16.

<sup>70</sup> «El hombre fiel recibe su fuerza confiándose en las manos de Dios. (...) San Agustín lo explica así: “El hombre es fiel creyendo a Dios, que promete; Dios es fiel dando lo que promete al hombre”» (*ibid.*, n. 10).

<sup>71</sup> Cf. *ibid.*, nn. 14-18, donde aborda la fiabilidad de la fe.

<sup>72</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 590.

<sup>73</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, Madrid: Ciudad Nueva, 2003, I, 1; cf. también *ibid.*, XXXVII, 38; cf. *Ibid.*, *Obras de San Agustín. De la verdadera religión*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1948, 39,72. Benedicto XVI cita con frecuencia a san Agustín, quien pasó por este proceso: «Dios es más íntimo a mí mismo de cuanto lo sea yo para mí mismo» (*Confesiones*, III, 6, 11); «No quieras salir fuera de ti; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad» (*De la verdadera religión*, 39, 72). Entonces el hombre encuentra a Dios, sin que le falte la gracia para aceptar la fe: «Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba (...) Pero Vos me llamasteis y disteis tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera. Brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguera (...) y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis creado (...). En fin, Señor, me tocasteis y me encendí en deseos de abrazaros» (*Confesiones*, XXXVII, 38).

<sup>74</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 453-463; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 258.

«La fe es un “gran sí” que contiene e implica a su vez toda la existencia»<sup>75</sup>. Al estudiar la respuesta a la fe, veremos la responsabilidad que tiene el hombre en su respuesta a la llamada de Dios; ahora nos centramos en la acción de Dios.

**a) Dios atrae al hombre, el cual está hecho para Dios**

El hombre es un ser insatisfecho, que alberga un misterioso deseo de Dios no satisfecho si no es en Él. Benedicto XVI abordó explícitamente esta cuestión en su Catequesis del Año de la fe, del 7 de noviembre de 2012, que tituló significativamente: “El deseo de Dios”. Ahí apuntaba: «De modo muy significativo, el *Catecismo de la Iglesia Católica* se abre precisamente con la siguiente consideración: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia Sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” (n. 27)».<sup>76</sup>

Dios atrae al hombre en su individualidad y en su totalidad. La gracia que va a facilitar el acto de fe en cada hombre abarca la totalidad de su ser, afecta a todas las dimensiones de la persona: es el acto más “puramente humano”. La fe no está separada de la vida del hombre; de hecho, la fe es un acto humano de gran densidad, en el que el hombre necesita ejercitar todas las potencialidades de su existencia<sup>77</sup>.

Pero ese deseo-certeza de necesitar a Dios no es obvio; ni tampoco es inmediato el acceso a la fe desde él: «El hombre, en definitiva, conoce bien lo que no le sacia, pero no puede imaginar o definir qué le haría experimentar esa felicidad cuya nostalgia lleva en el corazón. No se puede conocer a Dios sólo a partir del deseo del hombre»<sup>78</sup>. Si bien eso es cierto, la gracia de la fe abre la posibilidad a completar nuestra existencia necesitada de salvación. El hombre puede vislumbrar que en Dios la vida se abre a un Amor que nos precede, nos transforma desde dentro, nos ilumina en toda nuestra existencia<sup>79</sup>, y que podemos intuir en nuestra vida actual, en la que nos abre a un camino de búsqueda<sup>80</sup>. La fe dice a la humanidad que solo merece vivirse la vida humana de fe, pues la fe humaniza la existencia.

<sup>75</sup> Cf. BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, Madrid: Palabra, 2012, 9. Presentación.

<sup>76</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 542.

<sup>77</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-516. César Izquierdo lo explica afirmando que el hombre es un ser-para-la-fe (cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 125): todo hombre puede experimentar lo que afirma la concepción católica de la persona, el hombre es un ser *incompleto*, que está continuamente en un “hacerse”, y necesita tender al bien y a la verdad; al conocimiento y a la felicidad. Dios se presenta al hombre como el bien y la verdad que busca, como el modo de llegar a su plenitud y ofrece el don de la fe. El hombre entonces puede corresponder con un acto de fe personal, pero éste exige que intervenga su racionalidad (la razón del hombre tiende a la verdad como su fin) y la libertad (que tiende al bien de la persona).

<sup>78</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 543.

<sup>79</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 169-82.

<sup>80</sup> «El hombre sólo se puede comprender a partir de Dios, y sólo viviendo en relación con Dios su vida será verdadera» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 205; y también 379). Él es el que puede colmar los anhelos profundos del hombre.

«Donde existe dominio, posesión, explotación, mercantilización del otro para el propio egoísmo, donde existe la arrogancia del yo cerrado en sí mismo, el hombre resulta empobrecido, degradado, desfigurado. La fe cristiana, operativa en la caridad y fuerte en la esperanza, no limita, sino que humaniza la vida; más aún, la hace plenamente humana»<sup>81</sup>.

También el hombre puede negar esa necesidad de Dios, pero entonces tiende a suplirla con placeres excitantes, sucedáneos que no colman su anhelo de plenitud<sup>82</sup>.

El Papa Francisco en el primer capítulo de la Encíclica *Lumen fidei*, “Hemos creído en el amor”, desarrolla las principales cuestiones de este apartado<sup>83</sup>.

### ***b) Dios da su gracia al hombre para hacerle capaz del acto de fe***

En el proceso de la fe confluye la iniciativa de Dios con la libertad del hombre, escrupulosamente respetada por Dios<sup>84</sup>. La iniciativa divina es compatible, por la naturaleza de la gracia, con la libertad humana que la persona podrá aprovechar o despreciar. Al seguir estudiando la fe desde la acción de Dios, que *llama* al hombre, nos centraremos aquí en la gracia. Y aunque es inevitable que surja la cuestión de la libertad en la discusión, la estudiaremos más detenidamente en el siguiente capítulo.

Benedicto XVI se planteaba, en el transcurso del Año de la fe, qué es la gracia: «Gracia quiere decir el Amor en su pureza y belleza; es Dios mismo, así como se ha revelado en la historia salvífica narrada en la Biblia y enteramente en Jesucristo. (...) El aliento apacible de la Gracia puede desvanecer las nubes más sombrías, puede hacer la vida bella y rica de significado hasta en las situaciones más inhumanas»<sup>85</sup>. En una definición no académica, la describe como el mismo Dios que ayuda al hombre a superar su inclinación al mal y las dificultades que encuentra en su vida<sup>86</sup>.

La llamada de Dios está plasmada en la estructura original de su ser: la fe no es algo extraño o indiferente para el hombre, y el hombre podrá abrirse a esta fe, con la ayuda de la gracia, a través de la auto-revelación divina en su sentido más amplio<sup>87</sup>. Así, Dios, al facilitar la apertura a la fe, gracia gratuita concedida al hombre,

<sup>81</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 454.

<sup>82</sup> «Dado que, evidentemente, al hombre no le basta la mera satisfacción del hambre corporal, quien no quiere dejar entrar a Dios en el mundo y en los hombres tiene que ofrecer el placer de emociones excitantes cuya intensidad suplante y acalle la conmoción religiosa» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 133).

<sup>83</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, Capítulo I, “Hemos creído en el Amor”, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”».

<sup>84</sup> «La fe es don de Dios, pero es también acto profundamente libre y humano», *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 485. «Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre» (*CEC*, n. 154).

<sup>85</sup> «Acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España», *AAS* 105 (2013), 45-47.

<sup>86</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 35; cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 5.

<sup>87</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594. Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 227-32. “Gracia y libertad en el acto de fe”. El profesor Izquierdo explica como la fe es una gracia que permite al hombre

busca que el hombre pueda llegar al encuentro personal con Jesucristo, pues la adhesión a la revelación en la Persona de Cristo es natural al hombre. Es decir, en la figura de Jesús se revela la verdad del hombre<sup>88</sup>.

Esta fe sería evidente al hombre, si no fuera por el pecado original que empaña la libertad humana<sup>89</sup>, pero el pecado original existe<sup>90</sup>, y el hombre necesita la gracia, de forma ineludible, para llegar a Dios. Y Dios, paternalmente, no va a dejar de otorgársela a ninguna persona: «el hombre no sólo se puede curar, de hecho, está curado. Dios ha introducido la curación. Ha entrado personalmente en la historia»<sup>91</sup>.

Cuando Dios se revela, se auto-comunica al hombre para salvarlo, a la vez que le pide una respuesta. Esa fe-respuesta debe ser un acto humano racional, libre y voluntario, de adhesión a la verdad de la fe que Dios le presenta; pues si no, no sería meritorio ni posible. Pero, también este acto humano requiere necesariamente la ayuda de la gracia para poder realizarse<sup>92</sup>.

Dios toma la iniciativa al ejercer sobre el hombre una atracción inscrita en su naturaleza y a la vez le otorga una gracia que, si el hombre tiene una actitud voluntariamente abierta, podrá captar en su inteligencia como una connaturalidad, un instinto interior, para conformar voluntariamente el propio pensamiento con el de Dios<sup>93</sup>. Son *gracias actuales* que mueven al hombre para llamarlo o destinarlo al ejercicio de la fe, en la comunión con la Trinidad. Así actúa Dios sobre cada persona para moverla a la fe, para atraerla a su intimidad, a veces, simplemente facilitando

abrirse al encuentro con Dios, gracias al deseo de plenitud inscrito en su naturaleza antropológica más íntima. La gracia de Dios incide en el hombre en el ámbito de su camino hacia la fe en cuanto realidad teologal, aprovechando la atracción íntima que Dios ejerce en el hombre y las señales de auto-revelación divina que pueden “despertar” la fe en el hombre; y en el facilitar el acto humano de fe, otorgando las gracias necesarias para que el hombre pueda responder con su asentimiento voluntario al don de la fe. En cuanto realidad teologal, el hombre está llamado a la comunión con Dios, es un ser-para-la-fe.

<sup>88</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-780; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-87; «*Porta fidei*», n. 10; CVII, «*Gaudium et spes*», n. 22. «La constitución del hombre se explica y se comprende en función de la fe; no, sin embargo, de la fe en general, sino de la fe necesaria para reconocer la revelación de Jesucristo» (G. Colombo, “Grazia e libertà nell atto di fede”, en FISICHELLA, R. (ed.), *Noi crediamo: per una teologia dell’atto di fede*, Roma: Edizioni Dehoniane, 1993, 45).

<sup>89</sup> Cf. «Acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España», 46.

<sup>90</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 3 de diciembre de 2008: San Pablo - Adán y Cristo. Del pecado (original) a la libertad*, IV, 2, 753-757, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008, 755.

<sup>91</sup> *Ibid.*, 756.

<sup>92</sup> «Nosotros podemos creer en Dios porque Él se acerca a nosotros y nos toca, porque el Espíritu Santo, don del Resucitado, nos hace capaces de acoger al Dios viviente. Así pues, la fe es ante todo un don sobrenatural, un don de Dios» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 485).

<sup>93</sup> «Gracia y libertad se compenetran recíprocamente, (...) La gracia de Dios siempre nos precede, nos abraza y nos sustenta. Pero sigue siendo también verdad que el hombre está llamado a participar en este amor, y que no es un simple instrumento de la omnipotencia de Dios, sin voluntad propia; puede amar en comunión con el amor de Dios, o también rechazar este amor» (*Jesús de Nazaret. Preludio. Los relatos de la infancia*. JROC, 57). Cf. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *S. Thomae Aquinatis Summa Theologica*, «Per modum naturae», II-II, q. 1, 4 ad 3; instinto interior: II-III q. 2 a. 9 ad 3. El concilio de Orange describió esa gracia como iluminación e inspiración del Espíritu, que da a todos suavidad en el consentir y crear la verdad.

por la gracia pequeños movimientos que acercan a la persona a la apertura a la fe: son los *preámbulos* de la fe, en gente que busca la verdad auténtica y plena<sup>94</sup>.

Dios, al conceder todas las gracias que cada persona necesita para alcanzar la fe, reclama del hombre una respuesta respecto a la fe y cada individuo debe decidir qué postura libre y responsable toma ante la fe que se insinúa en él. Pero, sin la ayuda de la gracia no se puede alcanzar la fe. «“La puerta de la fe” (cf. *Hcb* 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma»<sup>95</sup>. Y cuando el hombre decide aprovechar la gracia divina, la consecuencia es que se comunica a la persona un saber cierto, fiable, que no cede a la incredulidad<sup>96</sup>, y una alegría que se fundamenta en la posibilidad de alcanzar la plenitud a la que aspira el hombre, a la alegría de la gracia<sup>97</sup>, a través de la fe:

«Crear es fiarse con toda libertad y con alegría del proyecto providencial de Dios sobre la historia, como hizo el patriarca Abrahán, como hizo María de Nazaret. Así pues, la fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen su “sí” a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este “sí” transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica de alegría y de esperanza fiable»<sup>98</sup>.

<sup>94</sup> «El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo. (...) no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aun no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico *preámbulo* de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de “lo que vale y permanece siempre”. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro» («*Porta fidei*», n. 10); y esto, aunque el ambiente social y cultural sea contrario, cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de febrero de 2013: Las tentaciones de Jesús y la conversión por el Reino de los Cielos*, IX, 212. Cf. CEC, n. 2000; IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 231. El concilio de Trento la describió como gracia excitante e iluminación; y el Concilio Vaticano II como auxilios del Espíritu Santo.

<sup>95</sup> «*Porta fidei*», n. 1. La gracia es completamente necesaria en cualquier fase del camino del hombre hacia la fe, pues abarca a toda la persona y a todo el proceso de la fe que estamos comentando.

<sup>96</sup> «La fe permite un saber auténtico sobre Dios que involucra toda la persona humana: es un “saber”, esto es, un conocer que da sabor a la vida, un gusto nuevo de existir, un modo alegre de estar en el mundo» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 169-182; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 630).

<sup>97</sup> «María Inmaculada: nos habla de la alegría, esa alegría auténtica que se difunde en el corazón liberado del pecado. El pecado lleva consigo una tristeza negativa que induce a cerrarse en uno mismo. La gracia trae la verdadera alegría, que no depende de la posesión de las cosas, sino que está enraizada en lo íntimo, en lo profundo de la persona y que nadie ni nada pueden quitar» («Acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España», 47). También, cf. *Jesús de Nazaret. Preludio. Los relatos de la infancia*. JROC, VI/1, 24. “Alégrate, llena de gracia”.

<sup>98</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 487; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1, 449-460, Libreria Editrice Vaticana, 2011, VII, 1, 210-215; cf. «*Porta fidei*», n. 7.



La gracia está presente a lo largo de la Encíclica *Lumen fidei*, en sus distintos apartados: “Una luz por descubrir”, “La salvación mediante la fe”, “La fe como escucha y visión”, y otros<sup>99</sup>.

## 2. CAMINOS POR LOS QUE DIOS FACILITA AL HOMBRE EL ACCESO A LA FE

«Hay caminos que pueden abrir el corazón del hombre al conocimiento de Dios, hay signos que conducen hacia Dios. Ciertamente, a menudo corremos el riesgo de ser deslumbrados por los resplandores de la mundanidad, que nos hacen menos capaces de recorrer tales caminos o de leer tales signos. Dios, sin embargo, no se cansa de buscarnos, es fiel al hombre que ha creado y redimido, permanece cercano a nuestra vida, porque nos ama»<sup>100</sup>. El Papa bávaro trata esta cuestión en la catequesis de Introducción y, especialmente, en otras dos catequesis del Año de la fe: “Los caminos que conducen al conocimiento de Dios” y “La razonabilidad de la fe en Dios”<sup>101</sup>. Dios ofrece al hombre, en medio de su desorientación, caminos para llegar a Él, en quien alcanzará su plenitud<sup>102</sup>, tal como lo enseña la Iglesia y lo experimenta el hombre, pues está al alcance de su razón natural<sup>103</sup>.

Dios, por distintas vías, se comunica al hombre<sup>104</sup> y le otorga su gracia a través de su designio de benevolencia<sup>105</sup>: lo ilumina, sale a su encuentro y guía su libertad sin condicionarla ni forzarla<sup>106</sup>. Dios atrae al hombre por distintos signos<sup>107</sup>;

<sup>99</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 5, 19, 31, et al.

<sup>100</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 589.

<sup>101</sup> Cf. *Ibid. Audiencia general del 17 de octubre de 2012. Introducción*, 453-463; cf. *Ibid. Audiencia general del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-594; cf. *Ibid. Audiencia general del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 628-632.

<sup>102</sup> Dios se muestra al hombre y le ofrece respuestas a las inquietudes y perplejidades que surgen en torno a su marcada naturaleza (que no puede dejar de tender a la felicidad), al bien, al amor, a la verdad, a la belleza; en definitiva, en torno al devenir de su vida. Es una insinuación sutil, que respeta escrupulosamente la libertad del individuo, y éste podrá situarse, o no, en disposición de atenderla, y, si la escucha, podrá o no seguirla, sin ninguna coacción, excepción hecha de sus más íntimas inquietudes. Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 17.

<sup>103</sup> Cf. CVII, «*Gaudium et spes*», n. 19.

<sup>104</sup> «Quisiera recordar, sin embargo, que la iniciativa de Dios precede siempre a toda iniciativa del hombre y, también en el camino hacia Él, es Él quien nos ilumina primero, nos orienta y nos guía, respetando siempre nuestra libertad. Y es siempre Él quien nos hace entrar en su intimidad, revelándose y donándonos la gracia para poder acoger esta revelación en la fe. Jamás olvidemos la experiencia de san Agustín: no somos nosotros quienes poseemos la Verdad después de haberla buscado, sino que es la Verdad quien nos busca y nos posee» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 588).

<sup>105</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, 702-13.

<sup>106</sup> Cf. «Carta Encíclica «*Spe salvi*»», nn. 23-24; cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 642-44; cf. «Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae», *AAS* 100 (2008) 320-26; cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 208-17; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 232-57. Hay un motivo central por el que se cree: Jesucristo, el gran signo de la revelación de Dios, y existen motivos, signos, que preparan y conducen al hombre a la fe, hacia ese motivo central (BLANCO

poniendo en el punto de partida de estos caminos el deseo profundo de Dios y de felicidad que hay en todo ser humano, lo que ya es una gracia divina, y el deseo de saber quién es el hombre mismo<sup>108</sup>. A veces bastará un único signo, mientras que en otras ocasiones serán un conjunto de pequeños indicios que, de forma global, aportan una certeza moral a la persona afectada: *illative sense* (sentido ilativo), como los llamaba el beato Newman<sup>109</sup>.

Los caminos que conducen a Dios interpelan al hombre en los ámbitos en los que este le puede corresponder (siempre con la ayuda inicial de la gracia<sup>110</sup>): la inteligencia y la libertad; aunque la persona debe tener la suficiente sensibilidad, apertura a la escucha, para descubrirlos, y debe querer responder a esa llamada. La gracia, que juega un papel protagonista en la iniciativa divina, puede superar cualquier obstáculo siempre que el hombre quiera abrirse libremente a ella, al menos mínimamente<sup>111</sup>. Así podrá vencer la inercia de una vida indiferente (como si Dios

SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 208-1). Tomados aisladamente no tienen suficiente consistencia para sostener la fe; pero acercan al hombre hacia el objeto formal, hacia el motivo último, a Dios. Estos motivos son los signos de los que se sirve Dios para que el hombre se abra a la fe, dan una certeza moral, no completa, y pueden ser diversos. Entre ellos están los *preámbulos de la fe* (verdades religiosas accesibles al hombre por el uso recto de la razón, como la espiritualidad e inmortalidad del alma, la existencia de una ley natural, la libertad, o la capacidad de conocer la verdad) y los *signos de credibilidad*, que pueden ser externos o internos (la grandeza de la creación, los anhelos íntimos de la persona, el asombro que despierta la fe). Es una realidad sensible y espiritual que establece continuidad entre lo que el hombre es y hace, y la llamada que Dios dirige al hombre. Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 232-57.

<sup>107</sup> «Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, “que inició y completa nuestra fe” (Hb 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. (...) También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia» («*Porta fidei*», n. 13).

<sup>108</sup> «Es así que, mientras Dios se revela y se deja conocer, el hombre llega a saber quién es Dios, y conociéndole se descubre a sí mismo, su propio origen, su destino, la grandeza y la dignidad de la vida humana» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 631).

<sup>109</sup> Cf. NEWMAN, J. H., *El asentimiento religioso. Ensayo sobre los motivos relacionales de la fe*, Barcelona, 1960, 305, ss.

<sup>110</sup> Cf. RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, *Teoría de los principios teológicos*, 79, 396; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 147.

<sup>111</sup> La disposición de apertura a lo divino es necesaria en el proceso de la fe. Dios la facilita, por medio de la gracia divina, mostrándole al hombre los caminos por los que le procura conducir a la fe. La gracia otorga al hombre el don de la escucha y le facilita el ejercicio de su libertad fundamentado en una nueva esperanza. Esta gracia no le va a faltar a ningún hombre, pues «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de su verdad» (1 *Tm* 2, 4). En *Lumen fidei* también se remarca esta idea, cf. n. 19-21. «Cuando el hombre piensa que, alejándose de Dios, se encontrará a sí mismo, su existencia fracasa (cf. *Lc* 15,11-24). La salvación comienza con la apertura a algo que nos precede, a un don originario que afirma la vida y protege la existencia. Sólo abriéndonos a este origen y reconociéndolo, es posible ser transformados, dejando que la salvación obre en nosotros y haga fecunda la vida, llena de buenos frutos. La salvación mediante la fe consiste en reconocer el primado del don de Dios, como bien resume san Pablo: “En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios” (*Ef* 2,8s)» (*Lumen fidei*, n. 19).

Esta apertura es imprescindible («Con su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y la voz de su conciencia, con su aspiración al infinito y a la dicha, el hombre se interroga sobre la existencia de Dios», *CEC*, n. 33), pero no siempre es fácil. Aunque sobre todo lo veremos en el siguiente capítulo, no queremos dejar de reseñar algunas dificultades que pueden cercenar esa disposición de apertura a la trascendencia y que pueden impedir la percepción de los signos, o el recorrer los caminos

no existiera) o una sociedad empapada de un ateísmo teórico o práctico, de escepticismo o relativismo<sup>112</sup>. En esta línea, Benedicto XVI citaba en una de sus Catequesis algunos ejemplos de conversiones de personas de ámbitos muy alejados a la fe o en circunstancias muy duras<sup>113</sup>.

El Papa emérito resalta en su catequesis tres caminos para alcanzar el conocimiento de Dios: el mundo, el hombre y la fe<sup>114</sup>. Estos caminos no son exclusivamente intelectuales<sup>115</sup>, sino que implican a toda la persona en una experiencia vital<sup>116</sup>. «El conocimiento de Dios es por ello experiencia de fe e implica, al mismo tiempo, un camino intelectual y moral: alcanzados en lo profundo por la presencia del Espíritu de Jesús en nosotros, superamos los horizontes de nuestros egoísmos y nos abrimos a los verdaderos valores de la existencia»<sup>117</sup>.

Como se desarrolla en *Lumen fidei*, la luz de la fe ilumina las inquietudes de la vida de la persona si el hombre tiene una verdadera actitud de búsqueda de la verdad, abierta a la trascendencia<sup>118</sup>. En definitiva, la experiencia de fe puede remover a la persona que se deja permea por la gracia<sup>119</sup>, la cual facilita al individuo la búsqueda

que conducen a Dios: el ser «deslumbrados por los “resplandores de la mundanidad”, un ateísmo teórico o práctico, con sus diversas manifestaciones y consecuencias (como el relativismo y la ambigua concepción de la libertad en la que cae el hombre cuando se aparta de Dios) y que impide, o al menos desdibuja, un horizonte ético» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-94). El hombre se desorienta al separarse de Dios.

<sup>112</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-594.

<sup>113</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de febrero de 2013*, IX, 268-278. También citó algunas conversiones antiguas (como san Pablo o san Agustín), o más recientes, como Pavel Florenskij, Edith Stein o Ety Hillesum (1914-1943), o Dorothy Day.

<sup>114</sup> «¿Qué respuestas está llamada entonces a dar la fe, con “delicadeza y respeto”, al ateísmo, al escepticismo, a la indiferencia hacia la dimensión vertical, a fin de que el hombre de nuestro tiempo pueda seguir interrogándose sobre la existencia de Dios y recorriendo los caminos que conducen a Él? Quisiera aludir a algunos caminos que se derivan tanto de la reflexión natural como de la fuerza misma de la fe. Los resumiría muy sintéticamente en tres palabras: el mundo, el hombre, la fe» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 590).

<sup>115</sup> «Intelecto y fe, ante la divina Revelación, no son extraños o antagonistas, sino que ambos son condición para comprender su sentido, para recibir su mensaje auténtico, acercándose al umbral del misterio. San Agustín, junto a muchos otros autores cristianos, es testigo de una fe que se ejercita con la razón, que piensa e invita a pensar» (*ibid. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 631-632).

<sup>116</sup> «La fe permite un saber auténtico sobre Dios que involucra toda la persona humana: es un “saber”, esto es, un conocer que da sabor a la vida, un gusto nuevo de existir, un modo alegre de estar en el mundo. La fe se expresa en el don de sí por los demás, en la fraternidad que hace solidarios, capaces de amar, venciendo la soledad que entristece. Este conocimiento de Dios a través de la fe no es por ello sólo intelectual, sino vital. Es el conocimiento de Dios-Amor, gracias a su mismo amor. El amor de Dios además hace ver, abre los ojos, permite conocer toda la realidad, más allá de las estrechas perspectivas del individualismo y del subjetivismo que desorientan las conciencias» (*ibid. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 630).

<sup>117</sup> *Ibid.*, 630; cf. *Ibid. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, 484-496; cf. «Mensaje para la XXVII JMJ, 2012. “Alegraos, siempre en el Señor”»; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de junio de 2012*, VIII, 1, 748-760; cf. «*Verbum Domini*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia», *AAS* 102 (2010), 681-787, n. 11.

<sup>118</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 1 y 19-21.

<sup>119</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 370-71.

coherente de la verdad, el despertar su sensibilidad a los signos de credibilidad y a la Revelación<sup>120</sup>. Dios quiere atraer a cada individuo y le va a otorgar esas gracias, muchas veces en el contexto de los tres caminos por los que Benedicto XVI sugiere que Dios puede facilitar al hombre el acceso a la fe, a su encuentro con Jesucristo<sup>121</sup>: «es siempre Él quien nos hace entrar en su intimidad, revelándose y donándonos la gracia para poder acoger esta revelación en la fe. (...) Quisiera aludir a algunos caminos que se derivan tanto de la reflexión natural como de la fuerza misma de la fe. Los resumiría muy sintéticamente en tres palabras: el mundo, el hombre, la fe»<sup>122</sup>. Eso sí, nunca serán completamente concluyentes, pues, si no, se vería demasiado comprometida la libertad del hombre respecto a Dios. Estos tres caminos serán muchas veces los signos por los que Dios se insinúa a la persona en su camino hacia la fe, aisladamente o en la forma de *illative sense*.

### ***A. El mundo***

Todo lo creado, y la misma belleza que encierra la creación, puede conducir a Dios. Por eso, el Papa emérito, citando a san Agustín, explica: «Interroga a la belleza de la tierra, del mar, del aire amplio y difuso. Interroga a la belleza del cielo..., interroga todas estas realidades. Todos te responderán: ¡Míranos: somos bellos! Su belleza es como un himno de alabanza. Estas criaturas tan bellas, si bien son mutables, ¿quién las ha creado, sino la Belleza Inmutable?»<sup>123</sup>. Y también cita a Albert Einstein (1879-1955): «se revela una razón tan superior que toda la racionalidad del pensamiento y de los ordenamientos humanos es, en comparación, un reflejo absolutamente insignificante»<sup>124</sup>.

---

<sup>120</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-591; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 159-91. En la experiencia de fe se va a percibir una auto-comunicación de Dios al hombre, al que compromete en su totalidad (no solo intelectualmente, ni únicamente su asentimiento voluntario), se va a vislumbrar a sí mismo como sujeto de ese vivir y de esa experiencia, no de una forma extrínseca a él (le compete completamente). Esta comunicación no es puramente subjetiva, se da dentro de un encuentro personal entre Dios y el hombre, de modo que la experiencia va a depender de la fe (se le entrega la Palabra, dentro de una dimensión eclesial y, a la vez, se le pide una racionalidad y una confianza). En definitiva, es acoger la revelación recibida en la fe, no es una cuestión subjetiva, sino que trasciende al sujeto. «La revelación desencadena una profunda y rica experiencia de fe en el creyente cuando se acepta el compromiso personal y total de la relación definitiva con el misterio de Dios, y se vive esa relación en la celebración litúrgica del misterio cristiano» (*ibid.* 188).

<sup>121</sup> Cf. «*Porta fidei*», nn. 2-3.

<sup>122</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 590.

<sup>123</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones nuevos*, Madrid: Revista Agustiniiana, 2001, 241, 2: PL 38, 1134; citado en *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 588.

<sup>124</sup> EINSTEIN, A., *El mundo como lo vedo io*, Roma: Newton Compton, 2005; citado en *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 588.

### a) *La creación*

El ser humano, al captar su pequeñez y la inmensidad de la creación, puede percibirse a sí mismo como insignificante y es lógico que se plantee las causas de lo que le rodea. A la vez, Dios ha querido que el hombre sea capaz de conocer al Creador y que pueda captar lo invisible en lo visible<sup>125</sup>.

«Pienso que debemos recuperar y hacer recuperar al hombre de hoy la capacidad de contemplar la creación, su belleza, su estructura. El mundo no es un magma informe, sino que cuanto más lo conocemos, más descubrimos en él sus maravillosos mecanismos, más vemos un designio, vemos que hay una inteligencia creadora. (...) Un primer camino, por lo tanto, que conduce al descubrimiento de Dios es contemplar la creación con ojos atentos»<sup>126</sup>.

Así, surge espontánea la pregunta de si ese mundo tan perfecto no es más lógico que sea producto de una causalidad que haya ordenado el caos, en vez de fruto de la casualidad. Es fácil percibir en sus entrañas un designio, una inteligencia creadora<sup>127</sup>.

«Las cuentas sobre el hombre, sin Dios, no cuadran; y las cuentas sobre el mundo, sobre todo el universo, sin él no cuadran. En resumidas cuentas, quedan dos alternativas: ¿Qué hay en el origen? La Razón creadora, el Espíritu creador que obra todo y suscita el desarrollo, o la Irracionalidad que, carente de toda razón, produce extrañamente un cosmos ordenado de modo matemático, así como el hombre y su razón. Esta, sin embargo, no sería más que un resultado casual de la evolución y, por tanto, en el fondo, también algo irracional»<sup>128</sup>.

De donde se llegaría a la conclusión lógica: «es Dios el origen de todas las cosas y en la belleza de la creación se despliega su omnipotencia de Padre que ama»<sup>129</sup>; se puede entrever el amor que lleva a Dios a crear al hombre, a situarle en un lugar adecuado, a dotarlo de libertad y a respetarlo exquisitamente: su acción creadora está impregnada de sabiduría y amor<sup>130</sup>.

<sup>125</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 170.

<sup>126</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 591.

<sup>127</sup> Cf. *ibid.*, 587-594.

<sup>128</sup> «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 725.

<sup>129</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 170.

<sup>130</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 796-801. «La matemática como tal es una creación de nuestra inteligencia: la correspondencia entre sus estructuras y las estructuras reales del universo —que es el presupuesto de todos los modernos desarrollos científicos y tecnológicos, ya expresamente formulado por Galileo Galilei con la célebre afirmación de que el libro de la naturaleza está escrito en lenguaje matemático— suscita nuestra admiración y plantea un gran interrogante. En efecto, implica que el universo mismo está estructurado de manera inteligente, de modo que existe una correspondencia profunda entre nuestra razón subjetiva y la razón objetiva de la naturaleza. Así resulta inevitable preguntarse si no debe existir una única inteligencia originaria, que sea la fuente común de una y de otra. De este modo, precisamente la reflexión sobre el desarrollo de las ciencias nos remite al *Logos* creador. Cambia radicalmente la tendencia a dar primacía a lo irracional, a la casualidad y a la necesidad, a reconducir a lo irracional también nuestra inteligencia y nuestra libertad. Sobre estas bases resulta de nuevo posible ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes

En un razonamiento lastrado por una postura de oposición entre fe y razón, podría argumentarse que el *Génesis*, la Biblia, no es un libro científico y que no tiene sentido creer en una narración como la que presenta. La Iglesia enseña, como veremos, que no hay oposición entre fe y razón; igual que también afirma que no tiene por qué haber incompatibilidades entre el relato bíblico y la ciencia. La Biblia no es un manual de ciencias naturales y no pretende establecer unos teoremas ni unos principios científicos<sup>131</sup>; sino que más bien busca la verdad profunda y auténtica de las cosas presentándola al alcance de todos los hombres de todas las épocas: hay un *Logos* creador, que fundamenta la creación en la razón, el amor y la libertad<sup>132</sup>.

Pero al observar la creación se ve también que los males que afectan al mundo no son sólo producto de la libertad humana (el mal se puede entender como una libertad humana desordenada que abusa<sup>133</sup>; pero las catástrofes naturales no son fáciles de explicar). Es lógico reflexionar sobre los desastres naturales de distinta naturaleza (terremotos, erupciones volcánicas, catástrofes climáticas...): ¿el mundo ha sido creado por un Dios justo?, ¿un Dios perfecto y omnipotente habría creado este mundo?, ¿ama Dios al hombre cuando permite estas catástrofes, el dolor o la muerte?, ¿no encaja mejor este mundo en el esquema de una casualidad estadística caprichosa que no responde a unas reglas de amor? Junto con estas preguntas, el hombre intelectualmente honrado se planteará la cuestión de forma global: si la naturaleza tiende al caos, ¿cómo es posible apreciar un orden (macroscópico, microscópico, atómico...) tan perfecto?; si la investigación científica se basa en los hechos comprobables de modo experimental, en busca de una causalidad regida por leyes físicas, ¿por qué se tiende a obviar esa causalidad en las últimas consecuencias del origen de la materia?; ¿cómo explicar el paso de la nada a la materia?; ¿por qué no se aceptan los límites de ciertas ciencias para alcanzar ciertos saberes que se escapan a sus ámbitos, como puede ser la metafísica o la antropología?

Si no hay casualidad, si no causalidad, ante estas preguntas, realmente nos enfrentamos al misterio del mal y el dolor. En la reflexión acerca de estas cuestiones, se pueden entrever algunas respuestas que se enraízan en el pecado original<sup>134</sup>, pero que no serán completamente concluyentes, lo que no quiere decir que la fe sea irracional. El hombre, también el escéptico o el ateo, puede entender que, aunque la fe no aclare todas y cada una de las cosas, puede ser porque éstas sobrepasan la razón, o simplemente le faltan datos. Así, la fe afirma que hay algunas cuestiones

cuestiones de la verdad y del bien, conjugar entre sí la teología, la filosofía y las ciencias, respetando plenamente sus métodos propios y su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca» (*ibid.* 798).

<sup>131</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 169-182.

<sup>132</sup> Cf. *ibid.*, 173.

<sup>133</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 3 de diciembre de 2008: San Pablo - Adán y Cristo. Del pecado (original) a la libertad*, IV, 2, 410-412.

<sup>134</sup> Cf. *ibid.*, 410-12; «Cuanto Dios había creado era bueno, es más, muy bueno; después de esta libre decisión del hombre a favor de la mentira contra la verdad, el mal entra en el mundo» (cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 170).

que se podrán comprender en la eternidad, pero que en este mundo entran en el ámbito del misterio<sup>135</sup>. El mal y el sufrimiento son algunas de ellas, vislumbrándose que los caminos de Dios son distintos a los *caminos* de los hombres. Las catástrofes y sufrimientos son compatibles con la explicación que da la fe. Dios puede servirse de estas realidades para que el hombre se interrogue respecto a las verdades últimas y pueda acercarse a la fe<sup>136</sup>.

### **b) La belleza**

Dios se acerca al hombre a través de la belleza. Benedicto XVI, a lo largo de su vida, ha concedido gran importancia a este camino de encuentro con Dios<sup>137</sup>. La persona intuye la trascendencia a partir de la belleza, es “algo” que contempla en el mundo, que hace referencia a Otro, y esto le impulsa a la búsqueda de Dios: «La belleza es también reveladora de Dios, porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo»<sup>138</sup>. Desde el cosmos, la naturaleza<sup>139</sup> y cualquier expresión de verdadero arte, se puede acceder a lo trascendente, se descubre la alegría, se percibe la plenitud de la felicidad y se es capaz de atisbar el sentido profundo de la existencia: se abre una puerta a la trascendencia. Por eso, el Papa alemán afirma que realmente se abre una *via pulchritudinis*, un camino de la belleza que, a partir de lo bello, de la estética, busca lo infinito desde la teología<sup>140</sup>; apoyándose en esta cuestión en Von Balthasar<sup>141</sup>.

La belleza, al igual que el bien y la verdad, es necesaria para el hombre: atrae con fuerza y proporciona felicidad, alegría y esperanza, y ahí se puede descubrir a Dios. Simone Weil (1909-1943) decía: «En todo lo que suscita en nosotros el sentimiento puro y auténtico de la belleza está realmente la presencia de Dios. Existe casi una especie de encarnación de Dios en el mundo, cuyo signo es la belleza»<sup>142</sup>; y en la misma línea el Papa Ratzinger cita a Hermann Hesse (1877-1962):

<sup>135</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 463-464. “Para que todos sean uno...”. «Esta especie de “mundo” tiene que desaparecer; debe ser transformado en el mundo de Dios. Ésta es propiamente la misión de Jesús, en la que se implica a los discípulos: llevar al “mundo” fuera de la alienación del hombre respecto de Dios y de sí mismo, para que el mundo vuelva a ser de Dios y el hombre, al hacerse una sola cosa con Dios, torne a ser totalmente él mismo» (*ibid.* 464).

<sup>136</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 3 de diciembre de 2008: San Pablo - Adán y Cristo. Del pecado (original) a la libertad*, IV, 2, 410-412; Cf. MURPHY, J., *Christ our joy*, 99-112.

<sup>137</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 39-57.

<sup>138</sup> «Santa Misa de dedicación de la iglesia de la Sagrada Familia de Barcelona y consagración del altar», 884.

<sup>139</sup> En *Jesús de Nazaret* se habla también a esa belleza de la creación que remite a un Creador. Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 345, “La Transfiguración” (342-52).

<sup>140</sup> Cf. «Encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina», 1045-52.

<sup>141</sup> «Nuestra palabra inicial se llama belleza. La belleza es la última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien, y su indisociable unión. (...) Es la belleza desinteresada sin la cual no sabría entenderse a sí mismo el mundo antiguo, pero que se ha despedido sigilosamente y de puntillas del mundo moderno de los intereses, abandonándolo a su avidez y a su tristeza. (...) De aquel cuyo semblante se crispa ante la sola mención de su nombre —pues para él la belleza sólo es chuchería exótica del pasado burgués— podemos asegurar que, abierta o tácitamente, ya no es capaz de rezar y, pronto, ni siquiera será capaz de amar» (BALTHASAR, H. U. VON, *Una estética teológica*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1985, 22).

<sup>142</sup> WEIL, SIMONE, *La pesanteur et la grace*, Paris: Plon, 147, 1988, 198. Citada en «Encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina», 1048.

«Arte significa: dentro de cada cosa mostrar a Dios»<sup>143</sup>. Perseguir la belleza reclama salir de uno mismo, superar la inmanencia. Si uno deja que la belleza le hiera íntimamente acabará por encontrar a un Dios que ama a cada persona y se presenta como la suma belleza<sup>144</sup>.

Pero el hombre distingue que no todas las cosas tienen igual grado de belleza. Sólo la belleza auténtica puede ayudar al hombre en su búsqueda de sentido y de felicidad<sup>145</sup>. En cambio, la belleza falsa, como seguramente ha experimentado todo hombre, acaba esclavizando, limita la libertad y priva de la alegría y la esperanza:

«Se trata de una belleza seductora pero hipócrita, que vuelve a despertar el afán, la voluntad de poder, de poseer, de dominar al otro, y que se transforma, muy pronto, en lo contrario, asumiendo los rostros de la obscenidad, de la trasgresión o de la provocación en sí misma. La belleza auténtica, en cambio, abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de ir hacia el Otro, hacia el más allá»<sup>146</sup>.

La belleza auténtica recuerda al hombre la dignidad de su vocación y le ayuda a buscar una vida acorde. La belleza remueve y conmueve, pone al hombre en camino, y el que persigue lo bello no se conforma con menos que con la belleza absoluta. El hombre tiene una sed infinita de lo bello, de lo bueno, que puede aparecer como inasequible o inalcanzable, y en ese punto se asoma Dios en busca del hombre<sup>147</sup>.

También el hombre es capaz de percibir en los creyentes la belleza de la fe, aunque no sea capaz de comprenderla perfectamente (aunque este aspecto lo desarrollaremos más detenidamente en los subapartados posteriores: “La persona” y

<sup>143</sup> Citado en *ibid.*

<sup>144</sup> La esperanza está vinculada con el trascendental de la belleza; y su ausencia, con una razón cercenada de toda afectividad. Benedicto XVI cita a Pablo VI: «este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone alegría en el corazón de los hombres» («Encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina», *AAS* 101 (2009) 1045-52). Cf. también, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-94; cf. ROWLAND, T., *Benedicto XVI - Guía para perplejos*, Nuevo Inicio, 2011, 141.

<sup>145</sup> «¿Qué puede volver a dar entusiasmo y confianza, qué puede alentar al espíritu humano a encontrar de nuevo el camino, a levantar la mirada hacia el horizonte, a soñar con una vida digna de su vocación, sino la belleza? Vosotros, queridos artistas, sabéis bien que la experiencia de la belleza, de la belleza auténtica, no efímera ni superficial, no es algo accesorio o secundario en la búsqueda del sentido y de la felicidad, porque esa experiencia no aleja de la realidad, sino, al contrario, lleva a una confrontación abierta con la vida diaria, para liberarla de la oscuridad y transfigurarla, a fin de hacerla luminosa y bella. Una función esencial de la verdadera belleza, que ya puso de relieve Platón, consiste en dar al hombre una saludable “sacudida”, que lo hace salir de sí mismo, lo arranca de la resignación, del acomodamiento del día a día e incluso lo hace sufrir, como un dardo que lo hiere, pero precisamente de este modo lo “despierta” y le vuelve a abrir los ojos del corazón y de la mente, dándole alas e impulsándolo hacia lo alto. La expresión de Dostoievski que voy a citar es sin duda atrevida y paradójica, pero invita a reflexionar: “La humanidad puede vivir —dice— sin la ciencia, puede vivir sin pan, pero nunca podría vivir sin la belleza, porque ya no habría motivo para estar en el mundo. Todo el secreto está aquí, toda la historia está aquí”. En la misma línea dice el pintor Georges Braque: “El arte está hecho para turbar, mientras que la ciencia tranquiliza”. La belleza impresiona, pero precisamente así recuerda al hombre su destino último, lo pone de nuevo en marcha, lo llena de nueva esperanza, le da la valentía para vivir a fondo el don único de la existencia» («Encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina», 1047-48).

<sup>146</sup> *Ibid.*, 1049.

<sup>147</sup> Cf. *ibid.*, 1045-52.



“El testimonio”). La influencia de san Agustín en el Papa germano hace que la belleza tenga gran importancia en su espiritualidad y juicios teológicos. Benedicto XVI aprecia la belleza en todas sus manifestaciones (la música, el arte, la liturgia, o la fe de los creyentes, la vida de los santos<sup>148</sup>), pero ha destacado la belleza de la liturgia y la fe de los creyentes, como elementos que pueden acercar especialmente a Dios<sup>149</sup>. Las personas creyentes, que experimentan el encuentro personal con Dios, muestran la belleza intrínseca de la fe reflejada en su propia vida, y a veces también a través del arte. «La fe es amor y por ello crea poesía y crea música. La fe es alegría y por ello crea belleza»<sup>150</sup>.

En definitiva, cuando uno es sensible a la belleza auténtica, posee una razón abierta que aúna verdad y belleza, Dios puede insinuarse en su vida y abrir un camino hacia la fe. Así la persona puede reconocer lo Infinito en lo finito, el Todo en el fragmento, a Dios en la Historia de la humanidad. Entonces se es capaz de distinguir lo verdadero y lo bello<sup>151</sup>. También *Lumen fidei* se refiere a cómo Dios sale al encuentro del hombre por medio de la belleza en la creación<sup>152</sup>.

## B. La persona

El ser humano, en su maravillosa complejidad, es otra de las grandes vías por la que Dios se insinúa al hombre. El Papa Benedicto XVI cita con frecuencia a san Agustín; de hecho, investigó su obra desde muy joven<sup>153</sup> y siempre se ha mostrado como un admirador declarado de sus enseñanzas. Pero se fija especialmente en él, también, al considerarle un ejemplo de gran actualidad<sup>154</sup>: tuvo un proceso de búsqueda y conversión muy similar al que seguramente experimentaría hoy día alguien que quisiera encontrar a Dios, y recuerda así, cómo la persona puede descubrir a Dios en su interior<sup>155</sup>. La persona que busca el sentido último de su vida puede encontrar respuestas al reflexionar acerca de su afán de felicidad, verdad, belleza o de bien. A lo largo de su existencia, el hombre percibe destellos que le hablan de Dios: algunas acciones o palabras que le hacen replantearse sus creencias

<sup>148</sup> El profesor Juan Alonso, al comentar esta posición de Benedicto XVI, propone una razón más amplia donde verdad y belleza se aúnen, puesto que la alegría que proviene de la verdad y la belleza pueden abrir al hombre a la trascendencia. Cf. Juan Alonso “La Iglesia, lugar de la fe”, en BLANCO SARTO, P. (ed.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 135-37.

<sup>149</sup> Cf. ROWLAND, T., *Benedicto XVI. Guía para perplejos*, 260-61.

<sup>150</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de mayo de 2008: Romano el Meloda*, 843.

<sup>151</sup> Cf. ALONSO, J. en, BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 143.

<sup>152</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 35.

<sup>153</sup> Cf. RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, *Obras completas. Disertación y otros estudios sobre san Agustín y sobre la teología de los Padres de la Iglesia*, I, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2014, I, *Pueblo y casa de Dios en la doctrina de san Agustín sobre la Iglesia*.

<sup>154</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2008: San Agustín (2)*, 89-90.

<sup>155</sup> «Pero Tú estabas más dentro de mí que lo más íntimo mío y más alto que lo más alto de mi ser» (AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, III, 6, 11); y también: «No quieras salir fuera de ti; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad» (*ibid.* *Obras de San Agustín. De la verdadera religión*, 39, 75); citado en *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 589. Dios quiere atraer a sí al hombre para llevarle a su plenitud (cf. 1. B. a. *La atracción de Dios hacia el hombre. El hombre está hecho para Dios*), y lo hace habitualmente desde su interioridad.

más íntimas, el dolor o el sufrimiento, la historia misma, la propia intimidad, la amistad, etc. Son ocasiones para profundizar en la propia fe, o buscarla, según los casos. De este modo, el hombre descubre en sí mismo una sed de infinito que nada en la tierra puede colmar y que remite a Alguien; una sed tan grande que es fácil que la persona decida abrirse a explorar la trascendencia y *darle* a Dios la *oportunidad*, dejarle la posibilidad de colmar esos anhelos de felicidad que siente el hombre: «El deseo de conocer realmente a Dios, es decir, de ver el rostro de Dios es innato en cada hombre, también en los ateos. Y nosotros tenemos, tal vez inconscientemente, este deseo de ver sencillamente quién es Él, qué cosa es, quién es para nosotros. Pero este deseo se realiza siguiendo a Cristo»<sup>156</sup>.

De este modo, es fácil que se inicie un camino hacia un conocimiento más profundo de Dios que acabe en el descubrimiento de su Amor hacia el hombre<sup>157</sup>.

«...nosotros corremos el riesgo de perder [este aspecto] en el mundo ruidoso y disperso en el que vivimos: la capacidad de detenernos y mirar en profundidad en nosotros mismos y leer esa sed de infinito que llevamos dentro, que nos impulsa a ir más allá y remite a Alguien que la pueda colmar. El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma: “Con su apertura a la verdad y a la belleza, con su sentido del bien moral, con su libertad y la voz de su conciencia, con su aspiración al infinito y a la dicha, el hombre se interroga sobre la existencia de Dios” (n. 33)»<sup>158</sup>.

Dios no se cansa de buscar al hombre. En quienes se dejan interrogar con sinceridad por el dinamismo del propio deseo de verdad y de bien, Dios no deja de insinuarse, y la persona puede acabar encontrando la fe con la gracia de Dios que sale a su encuentro<sup>159</sup>. También el hombre que no busca a Dios, pero que tiene una inquietud sincera, percibe cómo la vida sin Dios deja un poso de insatisfacción vital<sup>160</sup>, o incluso degrada al hombre y lo empequeñece<sup>161</sup>.

Los deseos de felicidad y esperanza con fundamento, el amor auténtico y la verdad, además de otras circunstancias externas, pueden remover al hombre y

<sup>156</sup> *Ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 589.

<sup>157</sup> Existe una sed de Dios en todos los hombres, de la que Dios se sirve para atraer al hombre (cf. *Ibid.*). Y ya que la constatación del deseo de una vida mejor no implica la necesidad de que exista ni la desmiente, los caminos que pueden conducir a la fe, facilitando el encuentro personal con Jesucristo, no imponen la fe. Por eso, Benedicto XVI sugería en una de sus Audiencias la promoción de una especie de *pedagogía del deseo* (cf. *Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594) que facilite la búsqueda de la verdad, de la fe.

<sup>158</sup> *Ibid.*

<sup>159</sup> Cf. *ibid. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, 540-48; cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 208-17.

<sup>160</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 540-548.

<sup>161</sup> «El hombre separado de Dios se reduce a una sola dimensión, la dimensión horizontal, y precisamente este reduccionismo es una de las causas fundamentales de los totalitarismos que en el siglo pasado han tenido consecuencias trágicas, así como de la crisis de valores que vemos en la realidad actual. Ofuscando la referencia a Dios, se ha oscurecido también el horizonte ético, para dejar espacio al relativismo y a una concepción ambigua de la libertad que en lugar de ser liberadora acaba vinculando al hombre a ídolos» (*ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 589).

hacerle tener una disposición de apertura a la trascendencia, a la gracia divina, pueden ser vías por las que Dios se insinúe al hombre<sup>162</sup>.

### a) *Deseos de felicidad en el hombre. La esperanza*

El hombre aspira de forma necesaria a la felicidad. Es algo universal y generalizable, con independencia de la concepción antropológica que tenga cada individuo, del sistema filosófico o de las circunstancias de la persona. Sin embargo, hay discrepancia acerca de qué o cómo puede ser aquello en lo que consiste esa felicidad y, más aún, en el modo de alcanzarla. A este respecto, el Papa Benedicto XVI cita a san Agustín<sup>163</sup> y afirma: «“Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (*docta ignorantia*)”, escribe [San Agustín]. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta “verdadera vida” y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados»<sup>164</sup>. Por el contrario, sí parece haber consenso en que el hombre es un ser insatisfecho: «El hombre, en definitiva, conoce bien lo que no le sacia, pero no puede imaginar o definir qué le haría experimentar esa felicidad cuya nostalgia lleva en el corazón»<sup>165</sup>.

La persona puede intentar saciar los deseos de felicidad y la inquietud que encuentra en su interior sin Dios, o con Él. Muy especialmente, desde la Edad Moderna el hombre ha tratado de construir su felicidad al margen de Dios, como si no existiera; sin embargo, la Iglesia, a lo largo de su Historia, ha enseñado que sólo través de la fe se puede alcanzar la felicidad que no perece. Ambas posturas tienen sus inconvenientes: ¿puede el progreso aportar una felicidad definitiva que sacie?, ¿se puede creer en un Dios que, si existe, no es justo y que permite el mal?, ¿se puede deducir que Dios existe o puede saciar al hombre sólo por la insatisfacción que sufre el hombre?<sup>166</sup>.

El hombre moderno, poco a poco, ha ido avanzando en el dominio de la naturaleza por la praxis y la experimentación, y parece dar la sensación de que Dios

<sup>162</sup> Cf. JUAN PABLO II, «Carta Encíclica “*Fides et Ratio*”», n. 12. Citado en *Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 778.

<sup>163</sup> *Ep. 130 Ad Probam* 14, 25-15, 28: CSEL 44, 68-73.

<sup>164</sup> «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 11. «Por un lado, no queremos morir; los que nos aman, sobre todo, no quieren que muramos. Por otro lado, sin embargo, tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente, (...) Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera “vida”, así debería ser. En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos “vida”, en verdad no lo es. Agustín, (...) escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la “vida bienaventurada”, la vida que simplemente es vida, simplemente “felicidad”. (...) Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos (...) Lo único que sabemos es que no es esto» (*ibid.*).

<sup>165</sup> «Cada deseo que se asoma al corazón humano se hace eco de un deseo fundamental que jamás se sacia plenamente. Indudablemente desde tal deseo profundo, que esconde también algo de enigmático, no se puede llegar directamente a la fe. El hombre, en definitiva, conoce bien lo que no le sacia, pero no puede imaginar o definir qué le haría experimentar esa felicidad cuya nostalgia lleva en el corazón. No se puede conocer a Dios sólo a partir del deseo del hombre. Desde este punto de vista el misterio permanece: el hombre es buscador del Absoluto, un buscador de pasos pequeños e inciertos» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 544).

<sup>166</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 11, 12, 30 y 31.

cada vez hace menos falta, cada vez aporta menos<sup>167</sup>. Pero se ha comprobado, que el hombre apartado de Dios no garantiza la felicidad y, en muchas ocasiones estos sistemas han degradado al hombre y limitado su libertad<sup>168</sup>. A pesar de las promesas de felicidad que han hecho al hombre tantas ideologías y sistemas de pensamiento, parece que para curar al hombre hace falta algo más que situarlo en unas condiciones materiales adecuadas, pues no es solo materia. «Creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social»<sup>169</sup>.

Por otro lado, Dios sale al encuentro del hombre y se muestra como un Dios capaz de saciar esos deseos de felicidad, capaz de otorgar lo que el hombre no puede lograr al margen de Dios: la felicidad que busca el hombre es una vía de acceso a Dios. La Iglesia enseña que no se puede alcanzar la felicidad por la autonomía completa del hombre al margen de Dios, pues el hombre está herido por el pecado original, tal como se comprueba en la historia y en la vida personal de cada uno<sup>170</sup>. La felicidad ofrecida por Dios al hombre es una posibilidad real, aquí y en la vida eterna<sup>171</sup>, una felicidad que no se acaba con la muerte<sup>172</sup>.

A la vez, la gran amenaza para colmar los anhelos de felicidad del hombre es la falta de esperanza: pensar que es inaccesible, ya que el hombre busca y no

<sup>167</sup> Cf. *ibid.* nn. 17-22. Bacon vaticinó que surgiría un reino del hombre y la fe pasaría de ser fe en Dios a una fe en el progreso que sustituiría a una fe cristiana en decadencia, en una profunda crisis. Este progreso se basaría en el dominio de la razón considerada como poder del bien y para el bien, encaminando al hombre hacia la libertad completa sin condicionamientos. De este modo, la razón y la libertad garantizarían la bondad del proyecto y la felicidad. En consecuencia, la Iglesia y a la fe serían enemigos que coartan la razón y la libertad. A la vez, objetivamente, se ha comprobado en la historia que ese reino de la razón y de la libertad puede volverse contra el hombre, tal como aconteció en las guerras y revoluciones de los últimos siglos, o como sucedió en el s. XIX con la revolución industrial, la cual trajo consigo graves injusticias sociales. En ese sentido, Marx y Engels señalaron cómo no es suficiente la ciencia y la razón en el progreso hacia lo mejor; sino que se necesitaría una revolución política, e indicaron el modo de llevarla a cabo. Incluso demostraron que se podía realizar esa revolución. Pero el hombre entonces tampoco alcanzó ese reino donde se logra la felicidad. La historia deja claro que el hombre siempre es hombre, y que la libertad humana es siempre libertad: el hombre es algo más que materia aislada. Y, obviamente, Marx y Engels caen en el error del materialismo absoluto.

<sup>168</sup> Cf. *ibid.* nn. 24-31, “La verdadera fisonomía de la esperanza cristiana”; cf. también «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”». Vivimos en una época de contrastes: grandes avances técnicos y, al mismo tiempo, grandes desigualdades; el reconocimiento de derechos humanos fundamentales convive con guerras y hambrunas; la sociedad de bienestar de los países occidentales contrasta con nuevas injusticias y formas de esclavitud.

<sup>169</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 34.

<sup>170</sup> «A veces, el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede —por decirlo con una expresión creyente— del pecado de los orígenes. La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad» (*Ibid.*, n. 34).

<sup>171</sup> «Esta comunión en Cristo por obra del Espíritu Santo, ofrecida por Dios a todos los hombres con la luz de la Revelación, no es algo que se sobrepone a nuestra humanidad, sino que es la realización de las aspiraciones más profundas, de aquel deseo de infinito y de plenitud que alberga en lo íntimo el ser humano, y lo abre a una felicidad no momentánea y limitada, sino eterna» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 705); cf. también MURPHY, J., *Christ our joy*, 62-76.

<sup>172</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 12.

encuentra la felicidad. Hoy, con frecuencia, surgen la desconfianza, la resignación, la desesperación y la agresividad en las relaciones humanas. E incluso, es muchas veces el propio hombre, de forma insensata, busca su propio beneficio egoísta y su acción no llega a ser respetuosa con su entorno, dificultando así su propia felicidad y la de los demás. De este modo, la experiencia del sufrimiento, el mal y la culpa alrededor del hombre hacen que la felicidad se le pueda presentar como inaccesible y surja la desesperanza<sup>173</sup>. Esta es la principal objeción que se le puede poner a la felicidad que ofrece la trascendencia: si existiera un Dios bueno y justo, cómo podría permitir el mal y el sufrimiento<sup>174</sup>. «En realidad, ante el mal y el sufrimiento, para muchos, para nosotros, se hace problemático, difícil, creer en un Dios Padre y creerle omnipotente»<sup>175</sup>. El Papa alemán afronta la explicación de la compatibilidad de la omnipotencia divina con el mal y muestra un Dios que ama a todos los hombres, respeta la libertad humana (también de los que deciden hacer el mal) y cuyos caminos son distintos de los nuestros: Él no combate directamente el mal, sino que su misericordia prefiere apelar continuamente a la conversión.

«Sólo quien es verdaderamente poderoso puede soportar el mal y mostrarse compasivo; sólo quien es verdaderamente poderoso puede ejercer plenamente la fuerza del

<sup>173</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 34.

<sup>174</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 43 y 44. Una de las principales objeciones a la hora de apostar por la fe como forma de alcanzar la felicidad es la postura que ha defendido la escuela de Frankfurt: Max Horkheimer y Theodor W. Adorno. Se podría enunciar afirmando que un Dios que crea un mundo en que hay tanta injusticia y sufrimiento de inocentes no puede ser un Dios bueno ni justo. Estos autores llegan a la conclusión de que una justicia verdadera requeriría suprimir el sufrimiento presente, y también revocar el pasado y el futuro, y esto no podría ser dentro de una filosofía idealista, en el entorno de un reino del espíritu absoluto. En su postura se separan tanto del teísmo como del ateísmo. Benedicto XVI rebate su postura de forma precisa: «Para el creyente, no obstante, la renuncia a toda imagen no puede llegar hasta el extremo de tener que detenerse, como querrían Horkheimer y Adorno, en el “no” a ambas tesis, el teísmo y el ateísmo. Dios mismo se ha dado una “imagen”: en el Cristo que se ha hecho hombre. En Él, el Crucificado, se lleva al extremo la negación de las falsas imágenes de Dios. Ahora Dios revela su rostro precisamente en la figura del que sufre y comparte la condición del hombre abandonado por Dios, tomándola consigo. Este inocente que sufre se ha convertido en esperanza-certeza: Dios existe, y Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne. Existe una justicia. Existe la “revocación” del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho. Por eso la fe en el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos. Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna. La necesidad meramente individual de una satisfacción plena que se nos niega en esta vida, de la inmortalidad del amor que esperamos, es ciertamente un motivo importante para creer que el hombre esté hecho para la eternidad; pero sólo en relación con el reconocimiento de que la injusticia de la historia no puede ser la última palabra en absoluto, llega a ser plenamente convincente la necesidad del retorno de Cristo y de la vida nueva. La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (cf. Ef 2,12). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él lo hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad. Una imagen, por lo tanto, de ese pavor al que se refiere san Hilario cuando dice que todo nuestro miedo está relacionado con el amor. Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado. Ambas –justicia y gracia– han de ser vistas en su justa relación interior. La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener siempre igual valor» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 43 y 44).

<sup>175</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, IX, 216.

amor. (...) El amor omnipotente de Dios no conoce límites; tanto que “no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (*Rm* 8, 32). Entonces el mal verdaderamente está vencido, porque lo ha lavado el amor de Dios; entonces la muerte ha sido derrotada definitivamente, porque se ha transformado en don de la vida (...) cuando decimos “Creo en Dios Padre todopoderoso”, expresamos nuestra fe en el poder del amor de Dios que en su Hijo muerto y resucitado derrota el odio, el mal, el pecado y nos abre a la vida eterna, la de los hijos que desean estar para siempre en la “Casa del Padre”<sup>176</sup>.

Benedicto XVI recuerda que Cristo mismo, resucitado, da sentido a esas situaciones, pues asume los sufrimientos e injusticias reales, y las compensará.

«Dios revela su rostro precisamente en la figura del que sufre y comparte la condición del hombre abandonado por Dios, tomándola consigo. Este inocente que sufre se ha convertido en esperanza-certeza: Dios existe, y Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne. Existe una justicia. Existe la “revocación” del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho»<sup>177</sup>.

La felicidad y la esperanza prometidas por la fe no son fáciles ni inmediatas, pero sí seguras<sup>178</sup>. Para el hombre que realmente busca una explicación<sup>179</sup> y nota esa necesidad de infinito<sup>180</sup>, Dios se ofrece como fundamento firme de esa esperanza, a pesar del sufrimiento y el mal. El sufrimiento es una experiencia presente en toda la vida del hombre, que proviene de la propia finitud del hombre (quien por su naturaleza sufre la falta de salud y la vejez), del mal (propio o ajeno) y de las culpas, pasadas y actuales. Y aunque es un deber de justicia y de amor tratar de disminuir ese sufrimiento, eliminarlo no está en las manos del hombre, sino sólo en las de un Dios que lo asumiera, como hizo Jesucristo al logranos una esperanza fiable<sup>181</sup>.

<sup>176</sup> Cf. *ibid.*, 217-18.

<sup>177</sup> «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 43.

<sup>178</sup> «Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. (...) [la] transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe» (*Ibid.* n. 37).

<sup>179</sup> Cf. «Carta encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 69.

<sup>180</sup> «A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo. Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar. En este sentido, la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero “reino de Dios”. Esta esperanza parecía ser finalmente la esperanza grande y realista, la que el hombre necesita. Ésta sería capaz de movilizar –por algún tiempo– todas las energías del hombre; este gran objetivo parecía merecer todo tipo de esfuerzos. Pero a lo largo del tiempo se vio claramente que esta esperanza se va alejando cada vez más. Ante todo, se tomó conciencia de que ésta era quizás una esperanza para los hombres del mañana, pero no una esperanza para mí» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 30).

<sup>181</sup> Cf. *ibid.* n. 36.

Estos argumentos, que en apariencia no son del todo concluyentes, sólo convencen en cuanto, respetando siempre la libertad humana, la gracia actúa en una persona que voluntariamente decide tomar una postura de apertura a la trascendencia, a la fe. El hombre no logra asegurar la felicidad; pero Dios asegura que Él sí puede hacerlo. Por tanto, finalmente podemos razonar que, si Dios fuese capaz de dar razón de la esperanza que permite el acceso a la felicidad –tal como afirma– se podría confiar en Él. Luego, es razonable dar una oportunidad a la trascendencia, a la fe, a la gracia. Entonces, Dios que sale al encuentro del hombre por medio de la gracia, hace que el hombre compruebe que Él es la esperanza grande; que, si falta, se derrumba la esperanza humana, y que, sin Dios, el hombre sólo se puede refugiar en el fanatismo. Dios es la esperanza-certeza que sostiene tanto la vida personal como la historia, que aporta las fuerzas necesarias para actuar y continuar. Y esta esperanza no la pueden dar las estructuras sociopolíticas, ni económicas<sup>182</sup>. Esta esperanza-certeza solo la da la fe, una fe que Dios ofrece sin imponerla, y que se puede explorar por medio de una disposición de apertura, al dar una oportunidad a un Dios que nos ofrece una esperanza robusta<sup>183</sup>. Esta esperanza tiene su fundamento en el poder indestructible del Amor y es capaz de custodiar nuestra vida personal y la historia, a pesar del mal que observamos y que podría destruir el presente y el futuro<sup>184</sup>. La esperanza es un don, un Amor que nos anuncia el Reino de Dios, al cual podemos abrirnos y encaminarnos. No podemos merecer ese don, pero podemos prestar atención a la apertura que se da en el hombre al bien, a la verdad y al amor. Entonces se consolida por la gracia una esperanza fuerte para nosotros y para los demás, que nos da ánimos y orienta nuestro obrar, aunque no tengamos éxito o la fuerza del mal parezca sobreponerse, en los momentos buenos y en los malos<sup>185</sup>. Esta es la gran esperanza fundada en sus promesas, la que los hombres de todos los tiempos han observado en los santos, que como colaboradores de Dios, contribuyen a la salvación del mundo<sup>186</sup>.

<sup>182</sup> Es legítimo buscar un bienestar proporcionado, pero se comprueba que la felicidad no se encuentra en la mera comodidad. «La banalidad de dejarse simplemente llevar no hace justicia al hombre. Tampoco la hace la postura según la cual la comodidad es el mejor modo de vivir, el bienestar, el único contenido de la felicidad» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 117).

<sup>183</sup> «...su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es “realmente” vida» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 31).

<sup>184</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 159-82 y 269-273. En estos pasajes se desarrollan las Bienaventuranzas y la parábola del pobre Lázaro y el rico epulón.

<sup>185</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 35-36, 46-47.

<sup>186</sup> Si el hombre se deja otorgar el don de este tipo de esperanza, su razón será sostenida y encontrará la fuerza necesaria para lograr orientar libre y progresivamente, su voluntad hacia el descubrimiento de la verdadera felicidad y la salvación (distintas del bienestar material y de una actuación social, aunque sean fácilmente confundibles para el hombre contemporáneo), hacia el amor (cf. «Carta encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 33, 42, 61 y 62). La fe afecta a nuestra inteligencia, pero no se queda ahí, abarca la totalidad de la persona: su inteligencia, su voluntad, su corporeidad, su corazón, emociones y sentimientos, sus relaciones humanas... La fe se nos ofrece como la clave que nos revela la totalidad del sentido de nuestra vida, nuestro pasado, presente y futuro (cf. Insegnamenti di Benedetto XVI. *And. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 453-463). «A veces se presenta una imagen del cristianismo como una propuesta de vida que oprime nuestra libertad, que va contra nuestro deseo de felicidad y alegría. Pero esto no corresponde a la verdad. Los cristianos son hombres y mujeres verdaderamente felices, porque saben que nunca están solos, sino que siempre están sostenidos por las manos de Dios» («Mensaje para la XXVII JMJ, 2012. “Alegraos, siempre en el Señor”, 360»).

*Lumen fidei* se plantea, desde el inicio, si la gran luz de la fe puede iluminar al hombre y colmar sus ansias de felicidad, si el amor de Dios tiene la fiabilidad suficiente como para garantizarnos la felicidad; apelando para ello como garantía a “la experiencia de la fe” (cf. n. 5)<sup>187</sup>.

### **b) Amor y acceso a la felicidad**

Amor y felicidad están intrínsecamente unidos en el hombre. Dios se presenta al hombre que busca la plenitud de la felicidad como el Amor que le puede ayudar a obtenerla. El hombre necesita un amor incondicionado que resista incluso la muerte<sup>188</sup>, ya que vive para el amor, para la felicidad, y experimenta en una sociedad de bienestar, tecnificada, que: «no es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor»<sup>189</sup>. El amor es una realidad constitutiva fundamental en el hombre, es un anhelo interior que siempre está presente: «la persona humana no es sólo razón e inteligencia, aunque ciertamente son sus elementos constitutivos. Lleva en su interior, inscrita en lo más profundo de su ser, la necesidad de amor, de ser amada y de amar a su vez»<sup>190</sup>.

Cuando el hombre no logra amar, o se niega a hacerlo, esto le provoca frustración e infelicidad. «Una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. Ciertamente, también las otras pobreza, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados o de la dificultad de amar»<sup>191</sup>.

Benedicto XVI acomete la cuestión del amor y la felicidad a partir del estudio del amor conyugal<sup>192</sup>. Lo abordó con profundidad en su primera Encíclica *Deus caritas est*<sup>193</sup> y él mismo resumió sus conclusiones<sup>194</sup>. La relación amor-felicidad se

<sup>187</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 2, 5, 18.

<sup>188</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 26-27.

<sup>189</sup> *Ibid.* n. 26.

<sup>190</sup> «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 798.

<sup>191</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 53. Y continúa explicando que muchas veces esto es consecuencia de no querer abrirse a Dios: «Con frecuencia, son provocadas por el rechazo del amor de Dios, por una tragedia original de cerrazón del hombre en sí mismo, pensando ser autosuficiente, o bien un mero hecho insignificante y pasajero, un “extranjero” en un universo que se ha formado por casualidad» (*ibid.*).

<sup>192</sup> Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 3.

<sup>193</sup> El profesor Blanco Sarto estudia esta encíclica y la divide en tres ámbitos: el amor, la caridad y la santidad. El hombre experimenta en su vida el amor en forma de *eros* y *agape*, que no son antagonistas y le llevan a salir de sí y a la donación. Ese amor del hombre es posible por el Amor fontal de Dios, que se transformará en amor recibido en el hombre. Dios ama al hombre: lo crea y lo redime. La novedad es que Dios muestra ese amor mediante su encarnación y el hombre puede recibir ese amor al estar hecho a imagen de Dios. Benedicto XVI emplearía el esquema agustiniano “*exitus-reditus*” para explicar cómo el hombre recibe el amor de la Trinidad y vuelve a Dios al conocerlo como persona en Cristo (podemos amar a Dios, porque Él nunca deja de amarnos). Por último, el hombre crece en su amor total a Dios por la santidad, reflejo del amor de Dios, llegando así a los demás y colmando al hombre. Cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 189-208. Cf. también BENEDICTO XVI, THORNTON, JOHN F., y VARENNE, SUSAN B., *The essential Pope Benedict XVI: his central writings and speeches*, San Francisco, Harper, 2007; BENEDICT XVI, P., MELINA, L., y ANDERSON, C. A., *The way of love: reflections on Pope Benedict XVI's encyclical, Deus caritas est*, San Francisco, CA : Ignatius Press, 2006.

<sup>194</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 540-548.



intuye con especial claridad en el amor entre el hombre y la mujer, y a primera vista, las demás felicidades empequeñecen frente a ese amor. El amor humano tiene una dimensión de éxtasis (*eros*), que lleva al hombre a salir de sí, y una dimensión de donación al otro (*agape*)<sup>195</sup>. «A través del amor, el hombre y la mujer experimentan de manera nueva, el uno gracias al otro, la grandeza y la belleza de la vida y de lo real»<sup>196</sup>. Este amor lleva al hombre a salir de sí mismo y buscar el bien del otro, y trata de encontrar la respuesta al misterio que encierra ese mismo amor: «ni siquiera la persona amada, de hecho, es capaz de saciar el deseo que alberga en el corazón humano; es más, cuanto más auténtico es el amor por el otro, más deja que se entreabra el interrogante sobre su origen y su destino, sobre la posibilidad que tiene de durar para siempre»<sup>197</sup>.

Dios, que es Amor<sup>198</sup> (cf. 1 Jn 4, 8), ofrece al hombre abrirse a la trascendencia a partir de la experiencia humana de un amor que no se sacia. El amor de Dios se une al del hombre, es su fundamento y condición previa, ya que de Dios procede todo amor<sup>199</sup>, así que «el amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios»<sup>200</sup>. El Papa bávaro cita a Pascal (1623-1662): «El hombre supera infinitamente al hombre»<sup>201</sup>: el hombre reclama más que un amor humano noble y grande, la dinámica del amor reclama una exclusividad y entrega total<sup>202</sup>; y la grandeza del amor de Dios se insinúa al hombre: «el modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano»<sup>203</sup>. Dios se percibe como el único amor que podría calmar la sed de totalidad que hay en el hombre<sup>204</sup>, y nos muestra cómo culmina su amor a través de la muerte y resurrección de su Hijo.

El hombre busca y necesita un amor pleno que lo llene de esperanza<sup>205</sup>. Se pueden tener muchas esperanzas, más o menos grandes, pero si falta la esperanza absoluta que nos garantiza la vida, el hombre está solo. Y a la vez, aquél que se ve

<sup>195</sup> Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 3-11.

<sup>196</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 542.

<sup>197</sup> *Ibid.*, 543.

<sup>198</sup> Cf. MARTÍNEZ, J. L., «*Deus caritas est*: La verdadera moral del cristianismo es el amor?», en MADRIGAL TERRAZAS, J. S. (ed.), *El pensamiento de Joseph Ratzinger: teólogo y Papa*, Madrid: San Pablo: Universidad Pontificia Comillas, 2009, 101-47.

<sup>199</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 203.

<sup>200</sup> «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 39.

<sup>201</sup> PASCAL, B., *Pensamientos*, Madrid: Rialp, 2014, 434; citado en *Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, 540-48.

<sup>202</sup> Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 3-11.

<sup>203</sup> *Ibid.* n. 11; y también, «Dios, en aquella noche santa, haciéndose carne, quiso hacerse don para los hombres, se dio a sí mismo por nosotros; Dios hizo de su Hijo único un don para nosotros, asumió nuestra humanidad para donarnos su divinidad» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 45).

<sup>204</sup> «El libro del Génesis nos indica que el primer pensamiento de Dios era encontrar un amor que respondiera a su amor. El segundo pensamiento es crear un mundo material donde situar este amor, estas criaturas que le correspondan en libertad» (*ibid. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, 170).

<sup>205</sup> La encarnación y el misterio pascual (Jesucristo que muere por amor al hombre) demuestran que el amor, el cariño y el afecto no están meramente en el ámbito humano, sino, sobre todo, en el divino. Cf. BLANCO SARTO, P., «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», *REV-Scripta Theologica* 44 (2012), 286.

tocado por el amor<sup>206</sup> intuye que su vida puede llegar a ser la vida eterna, en y a través de una vida de relación<sup>207</sup> (con los demás y con Aquél que no muere y nos ama hasta el extremo)<sup>208</sup>.

Dios que ama hasta el extremo al hombre, hasta la muerte, enseña a amar al hombre<sup>209</sup>. En Jesucristo se restaura la relación con Dios y entre los hombres<sup>210</sup>. Se nos propone así el camino de la verdadera felicidad: salir de uno mismo, oponerse al propio egoísmo por amor a los demás, especialmente estando abierto a la trascendencia<sup>211</sup>. El hombre se descubre a sí mismo, descubre su dignidad, su excelcitud y la capacidad que tiene de ser feliz y hacer felices a los demás, ya que el cristianismo no es simplemente una moral formal<sup>212</sup>. La moral del cristianismo es el amor, un amor que procede de Dios y que, por su gracia, llegará a los demás y nos conduce a la felicidad<sup>213</sup>:

«Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por

<sup>206</sup> Jutta Burggraf (1952-2010) glosa *Deus caritas est*: «El Papa va directamente al corazón de nuestra fe. ¡Dios nos ama, es el gran Amante, el primer Amante! Y el cristiano es aquel que se sabe amado y que ha encontrado el camino del amor. Dios nos ha hecho para amar» (BURGGRAF, J. (JUTTA), «*Deus caritas est*. Primera encíclica de Benedicto XVI», *REV- Scripta Theologica*. Vol. 38 Issue 3 (2006), 965-69).

<sup>207</sup> «Jesús, que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. *Jn* 10,10), nos explicó también qué significa “vida”: “Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (*Jn* 17,3). La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces “vivimos”» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 27).

<sup>208</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 3-8. Este tipo de amor hace salir a la persona de sí misma en un éxtasis: «Ciertamente, el amor es “*éxtasis*”, pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: “El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará”» (*ibid.* n. 6).

<sup>209</sup> «No hay punto de vista más alto que el amor, puesto que el amor es la vida de Dios. No hay vida más allá de la vida del amor. (...) si fracasamos en el amar, no llegamos a convertirnos en lo que somos. No hemos alcanzado lo que significa ser persona. Por esto todo amor apunta a Dios» (Walsh, D. en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 156).

<sup>210</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 169-182.

<sup>211</sup> «La caridad es amor recibido y ofrecido. Es “gracia” (*cháris*). Su origen es el amor que brota del Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es amor que desde el Hijo desciende sobre nosotros. Es amor creador, por el que nosotros somos; es amor redentor, por el cual somos recreados. Es el Amor revelado, puesto en práctica por Cristo (cf. *Jn* 13,1) y “derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (*Rm* 5,5). Los hombres, destinatarios del amor de Dios, se convierten en sujetos de caridad, llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 5).

<sup>212</sup> El Papa Ratzinger expone en *Jesús de Nazaret*, cómo el acceso a la felicidad por medio del amor a Dios y al otro es asumida por la moral cristiana en el Sermón de la Montaña (cf. Capítulo “Las Bienaventuranzas”). «En una palabra: la verdadera “moral” del cristianismo es el amor. (...) sólo por la vía del amor, cuyas sendas se describen en el Sermón de la Montaña, se descubre la riqueza de la vida, la grandiosidad de la vocación del hombre» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 182); cf. también ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 125-54.

<sup>213</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 26-27.

la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando “unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia” (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1)<sup>214</sup>.

En la historia reciente, Nietzsche (1844-1900) ofrece otra visión opuesta que poco a poco ha ido calando en la sociedad, y que, a su vez, se separa de cualquier punto de vista trascendente. El amor al otro y la moral cristiana, por tanto, no serían más que una forma de justificar el fracaso de los más débiles. Este modo de entender la felicidad no tiene ningún interés en una felicidad eterna, o futura, sino que busca más bien una felicidad inmediata, accesible únicamente al individuo fuerte. Este planteamiento se presta al abuso de los más fuertes y degrada a la persona que lo ejercita, pues reduce a los demás hombres a mera mercancía manipulable. No parece una vía fiable para alcanzar la plenitud, y no resuelve el anhelo de una felicidad plena tras la muerte. Y se comprueba, efectivamente, que el mayor enemigo del hombre como tal es su conciencia de autosuficiencia<sup>215</sup>.

Los deseos de felicidad y la intuición de un amor que los colme no garantizan que se pueda lograr la felicidad. Y tampoco nos garantizaría que ese amor que satisface sea Dios. Pero Dios se insinúa en la persona gracias a este dinamismo de insatisfacción, de inquietud, que refiere más allá de uno mismo, que lleva a salir de uno e invita a estar abierto a Dios, que se ofrece a darnos razón de nuestra propia existencia. Se intuye que el verdadero amor es un reflejo del amor de Dios<sup>216</sup>.

### **c) Amor y verdad se identifican**

Cuando el hombre busca la felicidad a través del amor, busca también la verdad, ya que no se puede separar el amor de la verdad<sup>217</sup>. Dicho de otra forma, el hombre busca necesariamente el bien y la verdad, y con la razón discierne acerca de la verdad del bien que puede hacerle feliz y acerca del mal que le desconcierta y le separa de su felicidad (aunque en algunas ocasiones, subjetivamente, no se lo parezca). Así, el hombre se plantea si se puede alcanzar el amor auténtico, si existe una verdad objetiva que conduzca a él y, en tal caso, si es posible acceder a ella<sup>218</sup>. La cuestión de la verdad, la libertad y la capacidad de la razón para alcanzar la verdad, la estudiaremos en el siguiente capítulo; aquí nos centramos en hacer una breve descripción de la situación actual, para estudiar cómo Dios puede salir al encuentro del hombre desconcertado en la búsqueda de la verdad.

<sup>214</sup> «Porta fidei», n. 14.

<sup>215</sup> Cf. BENEDICTO XVI, «Carta encíclica “Deus caritas est”», nn. 3-4; Cf. LUBAC, H. DE, *El Drama del humanismo ateo*, Madrid: Encuentro, 1990; cf. MURPHY, J., *Christ our joy*, 15-24.

<sup>216</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 540-548; cf. BLANCO SARTO, P., «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 286.

<sup>217</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 289; cf. también BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 121-61; BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 160-61; ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 120; KOCH, K., *Il mistero del granello di senape. Fondamenti del pensiero teologico di Benedetto XVI*, Milano: Lindau, 2012 Milán, 2012.

<sup>218</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 796-801; cf. MURPHY, J., *Christ our joy*, 44-61.

La visión acerca de la verdad es muy diversa según la visión antropológica desde donde se la examine. Hoy en día se mira con recelo una verdad común, absoluta, universal; se la ve como recuerdo de pretensiones totalitaristas. De hecho, actualmente, el concepto de verdad más aceptado es la verdad tecnológica, que excluye la trascendencia y todo lo que no es científicamente medible, y la verdad subjetiva de cada individuo, que no permite la proposición de verdades universales<sup>219</sup>. De esta forma, se ha llegado a lo que Benedicto XVI ha definido como la *dictadura del relativismo*<sup>220</sup>. El único criterio válido, al que todo lo demás debe someterse, es, en la práctica, la libertad individual. Pero el amor necesita la verdad, pues, si no, queda a merced del sentimiento, o cae en el fideísmo al olvidarse de lo terreno. Amor y verdad se necesitan mutuamente. Solo así, verdad y amor serán un fundamento firme en el hombre<sup>221</sup>. Por eso, Benedicto XVI reivindica la capacidad de la razón humana para acceder a la verdad, al amor verdadero<sup>222</sup>.

El hombre, cuando renuncia a la posibilidad de alcanzar una verdad universal, se priva de toda esperanza, cae en la insatisfacción, en el vacío, se ve defraudado. La consecuencia es una gran dificultad en la consecución del amor, de la felicidad, del bien. Es fácil abandonar la búsqueda de la verdad y del bien último por considerarlo un imposible; y en ese caso se tiende a sustituir por el amor a sucedáneos de lo verdadero que no satisfacen<sup>223</sup>. Si no se puede conocer la verdad, es complicado lograr –por no decir imposible– un amor auténtico<sup>224</sup>.

---

<sup>219</sup> «Está a la vista que el concepto de verdad ha caído bajo sospecha. Por supuesto, es cierto que se ha abusado mucho de él. En nombre de la verdad se ha llegado a la intolerancia y la crueldad. En tal sentido se tiene temor cuando alguien dice que tal cosa es la verdad o hasta afirma poseer la verdad. Nunca la poseemos; en el mejor de los casos, ella nos posee a nosotros. Nadie discutirá que es preciso ser cuidadoso y cauteloso al reivindicar la verdad. Pero descartarla sin más como inalcanzable ejerce directamente una acción destructiva. Gran parte de la filosofía actual consiste realmente en decir que el hombre no es capaz de la verdad. Pero, visto de ese modo, tampoco sería capaz de ética. No tendría parámetro alguno. En tal caso sólo habría que cuidar del modo en que uno más o menos se las arregla, y el único criterio que contaría sería, en todo caso, la opinión de la mayoría. Pero qué destructivas pueden ser las mayorías nos lo ha mostrado la historia reciente, por ejemplo, en sistemas como el nazismo y el marxismo, los cuales han estado particularmente en contra también de la verdad» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 63).

<sup>220</sup> Cf. *ibid.*, Capítulo I.5, “Dictadura del relativismo”, 48; cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 25.

<sup>221</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 26-28.

<sup>222</sup> «La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad. Esta luz es simultáneamente la de la razón y la de la fe, por medio de la cual la inteligencia llega a la verdad natural y sobrenatural de la caridad, percibiendo su significado de entrega, acogida y comunión. Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente. Éste es el riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad. Es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos, una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario. La verdad libera a la caridad de la estrechez de una emotividad que la priva de contenidos relacionales y sociales, así como de un fideísmo que mutila su horizonte humano y universal. En la verdad, la caridad refleja la dimensión personal y al mismo tiempo pública de la fe en el Dios bíblico, que es a la vez “*Agapé*” y “*Lógos*”: Caridad y Verdad, Amor y Palabra» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 3); cf. FERNÁNDEZ LABASTIDA, F., *Tener fe en la razón: una reflexión de Benedicto XVI*, Pamplona: EUNSA, 2016, 81-83.

<sup>223</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 5.

<sup>224</sup> Quizás, en la cotidianidad, no parece una situación demasiado alarmante; pero la sociedad acusa estas carencias, aunque no sea consciente de los recursos necesarios para combatirlas, y se tambalea sin saber dónde anclar los fundamentos que le den consistencia, pues no alcanza una verdad firme. Se percibe la insatisfacción personal y la perplejidad ante situaciones de emergencia que producen escándalo. Los

Dios puede salir al encuentro del hombre precisamente en este contexto. El hombre echa de menos un fundamento fuerte en su vida y, ante la necesidad de una verdad sólida, surge la consideración de un *Logos* creador. Por otro lado, se percibe que la verdad como tal trasciende al hombre: «La verdad que, como la caridad es don, nos supera, como enseña san Agustín. (...) En efecto, en todo proceso cognitivo la verdad no es producida por nosotros, sino que se encuentra o, mejor aún, se recibe. Como el amor, “no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano”»<sup>225</sup>; y se añade como pie de página a estas palabras:

«San Agustín explica detalladamente esta enseñanza en el diálogo sobre el libre albedrío (*De libero arbitrio* II 3, 8 ss.). Señala la existencia en el alma humana de un “sentido interior”. Este sentido consiste en una acción que se realiza al margen de las funciones normales de la razón, una acción previa a la reflexión y casi instintiva, por la que la razón, dándose cuenta de su condición transitoria y falible, admite por encima de ella la existencia de algo externo, absolutamente verdadero y cierto. El nombre que San Agustín asigna a veces a esta verdad interior es el de Dios (*Confesiones* X, 24, 35; XII, 25, 35; *De libero arbitrio* II 3, 8), pero más a menudo el de Cristo (*De Magistro* 11, 38; *Confesiones* VII, 18, 24; XI, 2, 4)»<sup>226</sup>.

La razón es capaz de intuir la trascendencia que la sobrepasa. Así, el hombre de ciencia comprende lo razonable de un creador causante del orden que observa en la creación, y que si existe daría de este modo fundamento a una verdad universal al primar la causalidad frente a la casualidad<sup>227</sup>. La persona contempla una “razón ampliada” que colabora con la fe, gracia que otorga Dios, y que tendría capacidad de alcanzar la verdad<sup>228</sup>. «Dios revela el hombre al hombre; la razón y la fe colaboran a

individuos, con su débil moralidad, no son capaces de afrontarlas y dar respuestas coherentes, como ocurre con guerras, genocidios, migraciones obligadas, esclavitud, escándalos económicos, crisis de guerras o penurias. Y, en un paso más, muchas veces incluso se puede pasar a que la falta de coherencia eche la culpa de las propias faltas a un Dios cruel, inmisericorde, del que se niega su omnipotencia. La ausencia de una verdad sólida, que dé fundamento, hace que se llegue a incoherencias. «Sorprende la selección arbitraria de aquello que hoy se propone como digno de respeto. Muchos, dispuestos a escandalizarse por cosas secundarias, parecen tolerar injusticias inauditas. Mientras los pobres del mundo siguen llamando a la puerta de la opulencia, el mundo rico corre el riesgo de no escuchar ya estos golpes a su puerta, debido a una conciencia incapaz de reconocer lo humano» («Carta encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 75).

<sup>225</sup> *Ibid.* n. 34.

<sup>226</sup> *Ibid.*, nota a pie de página.

<sup>227</sup> «La reflexión sobre el desarrollo de las ciencias nos remite al *Logos* creador. Cambia radicalmente la tendencia a dar primacía a lo irracional, a la casualidad y a la necesidad, a reconducir a lo irracional también nuestra inteligencia y nuestra libertad. Sobre estas bases resulta de nuevo posible ensanchar los espacios de nuestra racionalidad, volver a abrirla a las grandes cuestiones de la verdad y del bien, conjugar entre sí la teología, la filosofía y las ciencias, respetando plenamente sus métodos propios y su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca» («Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 798).

<sup>228</sup> «El mundo es presentado ahora en su racionalidad: procede de la Razón eterna, y sólo esa Razón creadora es el verdadero poder sobre el mundo y en el mundo. Sólo la fe en el Dios único libera y “racionaliza” realmente el mundo. Donde, en cambio, desaparece, el mundo es más racional sólo en apariencia. En realidad, hay que admitir entonces a las fuerzas del azar, que no se pueden definir; la “teoría del caos” se pone a la par del conocimiento de la estructura racional del mundo y deja al hombre ante incógnitas que no puede resolver y que limitan el aspecto racional del mundo. “Exorcizar”, iluminar el mundo con la luz de la ratio que procede de la eterna Razón creadora, así como de su bondad salvadora: ésa es una tarea

la hora de mostrarle el bien, con tal que lo quiera ver; la ley natural, en la que brilla la Razón creadora, indica la grandeza del hombre, pero también su miseria, cuando desconoce el reclamo de la verdad moral»<sup>229</sup>. Solo una verdad universal, grande, que se identifica con Dios mismo, puede fundamentar de verdad al hombre y sus principios<sup>230</sup>.

Ya en los primeros tiempos del cristianismo fueron muchos los que afrontaron la unidad verdad-amor con rigor, desde la razón<sup>231</sup>. Desde la inteligencia se mostraron abiertos a Dios y a la fe, y se enfrentaron con coherencia al problema que representa una sociedad en la que están presentes el mal y el sufrimiento. Dios da la fe para que la razón pueda alcanzar una verdad objetiva que dé esperanza y ayude a alcanzar el amor, la felicidad: la fe cambia ya el presente<sup>232</sup>. Por otro lado, en Benedicto XVI también se trasluce su agustinismo, al mostrar la influencia de la relación verdad-amor en la epistemología<sup>233</sup>.

A modo de resumen de este apartado, nos parece muy oportuno un texto de *Jesús de Nazaret*: «El hombre vive de la verdad y de ser amado, de ser amado por la Verdad. Necesita a Dios, al Dios que se le acerca y que le muestra el sentido de su vida, indicándole así el camino de la vida»<sup>234</sup>; que se complementaría con este otro de la misma obra, donde, al comentar la *bienaventuranza* “Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados” (*Mt* 5, 6), recordaba: «Edith Stein (1891-1942) dijo en cierta ocasión que quien busca con sinceridad y apasionadamente la verdad está en el camino de Cristo. De esas personas habla la Bienaventuranza, de esa hambre y esa sed que son dichosas porque llevan a los hombres a Dios, a Cristo, y por eso abren el mundo al Reino de Dios»<sup>235</sup>. Estas personas que buscan la verdad y son capaces de llegar a Dios por su gracia, alcanzarán la felicidad plena.

La Encíclica *Lumen fidei* dedica bastante espacio a la cuestión de la verdad, con el amor y la fe. En el capítulo I (“Hemos creído en el amor”) se estudia la relación de la fe y el amor, mientras que en el capítulo II se afrontan los binomios

central y permanente de los mensajeros de Cristo Jesús» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 240-41 (“Los discípulos”).

<sup>229</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 75.

<sup>230</sup> En esta línea, Benedicto XVI pone al beato Newman como ejemplo de persona preocupada por encontrar la verdad, por demostrar que es posible alcanzarla a pesar de las dificultades, estamos destinados a conocer a Cristo, que es “el camino, y la verdad, y la vida” (*Jn* 14,6). Cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 642-45. Esta verdad será accesible a todos los hombres, como glosa el profesor Blanco, cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 182-84.

<sup>231</sup> «(...) es preciso tener la osadía de decir: sí, el hombre debe buscar la verdad, es capaz de la verdad. Es evidente que la verdad necesita criterios para ser verificada y descartada. También ha de ir acompañada de tolerancia, pero la verdad nos muestra entonces aquellos valores constantes que han hecho grande a la humanidad, por eso hay que aprender y ejercitar de nuevo la humildad de reconocer la verdad y de permitirle constituirse en parámetro» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 64).

<sup>232</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 796-801; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632; cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 32.

<sup>233</sup> Cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 263.

<sup>234</sup> *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 322.

<sup>235</sup> *Ibid.*, 176.

fe-verdad (nn. 23-25; y 32-36) y amor-conocimiento de la verdad (nn. 26-28). La conexión fe-verdad es imprescindible, pero es necesaria una verdad grande universal, alcanzable por la razón y por el amor. Ahora hemos afrontado estas cuestiones teniendo en cuenta la iniciativa de Dios; en el siguiente capítulo lo haremos desde la perspectiva de la respuesta del hombre.

### ***C. El testimonio***

«En la realidad de nuestro tiempo, no debemos olvidar que un camino que conduce al conocimiento y al encuentro con Dios es el camino de la fe»<sup>236</sup>. Muchos conocerán la profunda verdad del cristianismo, fuera de estereotipos, gracias a la revelación que hace Dios de sí mismo, habitualmente en el ámbito de la Iglesia<sup>237</sup>, pero también gracias al testimonio de su fe por parte de los miembros de su Iglesia, cuando descubren a Jesucristo<sup>238</sup>.

#### ***a) La Revelación***

Dios ha querido manifestar al hombre su acción en favor de él. Esta revelación divina se realiza en la historia e incluye la creación y cualquier signo que remita a Él; pero muy especialmente la encarnación de su Hijo<sup>239</sup>. «Este “designio de benevolencia” no ha quedado, por decirlo así, en el silencio de Dios, en la altura de su Cielo, sino que Él lo ha dado a conocer entrando en relación con el hombre, a quien no sólo ha revelado algo, sino a Sí mismo. Él no ha comunicado simplemente un conjunto de verdades, sino que se ha auto-comunicado a nosotros, hasta ser uno de nosotros, hasta encarnarse»<sup>240</sup>.

La Revelación de Dios es la comunicación que Dios hace de Sí mismo y de su designio de benevolencia y amor para con el hombre<sup>241</sup>. Benedicto XVI la abordó por extenso en la Exhortación apostólica *Verbum Domini*, dedicada a la Palabra de Dios, y en su Catequesis acerca de *Las etapas de la Revelación*, con la idea de fondo de

<sup>236</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 706.

<sup>237</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, 511-521.

<sup>238</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-594. «Hoy muchos tienen una concepción limitada de la fe cristiana, porque la identifican con un mero sistema de creencias y de valores, y no tanto con la verdad de un Dios que se ha revelado en la historia, deseoso de comunicarse con el hombre de tú a tú en una relación de amor con Él. (...) el acontecimiento del encuentro entre el hombre y Dios en Cristo Jesús. El Cristianismo, antes que una moral o una ética, es acontecimiento del amor, es acoger a la persona de Jesús» (*Ibid.*, 590-591).

<sup>239</sup> «La historia no es una simple sucesión de siglos, años, días, sino que es el tiempo de una presencia que le da pleno significado y la abre a una sólida esperanza» (*ibid. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, 775). Cf. también, JUAN PABLO II, «Carta Encíclica “*Fides et Ratio*”», n. 12.

<sup>240</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 704.

<sup>241</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, 773-780.

que Dios da su gracia al hombre para que entre en comunión íntima con Él a partir de la Revelación<sup>242</sup>.

La parte principal de la Revelación se contiene en la Sagrada Escritura, en cuanto lugar privilegiado para descubrir los acontecimientos de este camino de salvación de Dios para con los hombres. Estos hechos se recogen en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, piezas de un único proyecto de salvación dirigido a todos los hombres, que llega a su plenitud con la encarnación del Hijo de Dios, de Jesucristo<sup>243</sup>. En ellos se muestra la fidelidad de Dios a los hombres, a su Pueblo, como queda patente en los distintos actos de salvación que realiza Dios a lo largo de la historia. Dios sella con la humanidad una primera Alianza, que culmina en la Nueva y definitiva Alianza con la muerte y resurrección de Cristo<sup>244</sup>.

El Antiguo Testamento es preparación y está orientado al Nuevo, ya que la Revelación se culmina en Jesucristo. En el Antiguo Testamento se comienzan a mostrar las acciones de Dios en favor de los hombres<sup>245</sup>, y se muestra cómo la fe lleva a salir de nosotros mismos y dejar nuestros proyectos, para dejar que Dios guíe nuestros pasos, como hizo Abrahán al salir de su tierra. También destaca el hecho habitual de que Dios quiera contar con un mediador en la transmisión de la fe<sup>246</sup>. En

<sup>242</sup> «La fe, en efecto, es encuentro con Dios que habla y actúa en la historia, y que convierte nuestra vida cotidiana, transformando en nosotros mentalidad, juicios de valor, opciones y acciones concretas. (...) [Es] anuncio del Evangelio, Buena Noticia capaz de liberar a todo el hombre» (*Ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-94). Los pilares de la fe son la fidelidad de Dios y el recuerdo de los actos de salvación que facilitan la fe: «La fe se alimenta del descubrimiento y de la memoria del Dios siempre fiel que guía la historia y constituye el fundamento seguro y estable sobre el que apoyar la propia vida» (*Ibid. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, 773-80). Esta fe, junto con la gracia previa, abre a la trascendencia: «El hombre, sólo con su inteligencia y sus capacidades, no habría podido alcanzar esta revelación tan luminosa del amor de Dios» (*Ibid. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su "designio de benevolencia"*, 702-13). El profesor Izquierdo, glosando la cuestión, comenta: «Un aspecto singular de la relación entre experiencia y revelación es el de la atracción interior de Dios, que lleva a creer» (IZQUIERDO, C., «La revelación como acontecimiento de gracia», *Creo, creemos*, 187), y explica cómo existe una particular acción de Dios atestiguada en la Sagrada Escritura, que actúa en el sujeto mediante una palabra interior, de modo que a la eficacia de la Palabra externa se une la de la palabra interior, gracia para responder a la fe.

<sup>243</sup> «Debo decir que, desde el primer día de mi estudio de la Teología he tenido de alguna manera una claridad inmediata acerca de la unidad interior entre la Antigua y la Nueva Alianza, entre las dos partes de nuestra Sagrada Escritura» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 94).

<sup>244</sup> Cf. «*Verbum Dominis*», n. 8.

<sup>245</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-780; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-87; *ibid. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, 169-182; *ibid. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, 210-2206; *ibid. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, 230-240.

<sup>246</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, 80-87. El Antiguo Testamento enseña que la fe nos suele llegar, habitualmente, a través de una mediación. En la fe de Israel, Moisés fue el mediador entre Dios y su pueblo, como mediadores fueron los Profetas, Jueces y Reyes hasta llegar a Jesucristo. Dios prevé que la fe llegue a todos los pueblos a partir de la fe del pueblo escogido. A través de la Iglesia nos llega la fe en la actualidad. El porqué de la elección por Dios es un misterio. Su elección no es exclusión de los demás, conlleva un fin: busca a algunos que sirvan de instrumento para acercar Dios a los demás. La elección comporta una misión: recordar la voluntad de Dios a su pueblo, recordar la exigencia de fidelidad a la alianza; y mantiene viva la esperanza en el cumplimiento pleno y definitivo de las promesas de Dios. La fe exige la humildad de fiarse y confiarse a un mediador, y así se puede alcanzar el encuentro con Dios.



definitiva, ya se vislumbran algunas características fundamentales de la Nueva Alianza misericordiosa de Dios con su pueblo en Jesucristo y la celebración de esa Alianza<sup>247</sup>: la universalidad de la fe, la revelación plena<sup>248</sup>. «En Jesús se realiza toda promesa, en Él culmina la historia de Dios con la humanidad. (...) Cristo ilumina el Antiguo Testamento, toda la historia de la salvación, y muestra el gran proyecto unitario de los dos Testamentos, muestra su unicidad»<sup>249</sup>.

La Sagrada Escritura aporta al hombre el fundamento para acceder al conocimiento de Dios<sup>250</sup>. Con los parámetros utilitaristas actuales, el hombre podría preguntarse descarnadamente para qué sirve la Sagrada Escritura, qué aporta. Y estas preguntas podrían verse acompañadas de otra más: ¿cuál es el conocimiento que tiene el hombre de hoy de sus propios fundamentos? «Quien conoce la Palabra divina conoce también plenamente el sentido de cada criatura. En efecto, si todas las cosas “se mantienen” en aquel que es “anterior a todo” (...) la Palabra de Dios nos impulsa a cambiar nuestro concepto de realismo: realista es quien reconoce en el Verbo de Dios el fundamento de todo. De esto tenemos especial necesidad en nuestros días»<sup>251</sup>. Cuántas veces Dios se acerca al hombre a través de la mera lectura pausada de los Evangelios. El hombre, por la gracia, puede abrirse a Dios en la Escritura a través de la Iglesia<sup>252</sup>. En cualquier caso, para que la Escritura tenga toda su potencialidad y fuerza, como recuerda Benedicto XVI, es fundamental la contextualización y el estudio exacto de esa Palabra a partir de la *hermenéutica de la fe*<sup>253</sup>.

La Sagrada Escritura suele llegar al hombre a través de la Iglesia y busca facilitar el encuentro del hombre con Cristo, culmen de la Revelación. Dios toma la iniciativa, pero también influirán significativamente las disposiciones del hombre. El encuentro se puede dar, aunque el hombre sea frágil y pecador, si lo busca sinceramente; en cambio, si se muestra superficial o escéptico, él mismo se priva de ese encuentro, por mucho que Dios ponga de su parte. De este modo, la Sagrada Escritura tendría que leerse asumiendo que es un libro inspirado que transmite la verdad, y no como simple objeto de curiosidad, pues esa actitud impediría una actitud abierta a la gracia que Dios quiere otorgar<sup>254</sup>.

<sup>247</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-780; cf. CEC, nn. 54-64.

<sup>248</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-87. Dios desea revelarse progresivamente, y el Antiguo Testamento es preparación para el Nuevo; y el conocimiento de Dios que se alcanza en esa etapa es limitado. Cf. también, CEC, nn. 54-64.

<sup>249</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 777.

<sup>250</sup> Cf. «*Verbum Dominii*», nn. 6-21.

<sup>251</sup> *Ibid.*, n. 10.

<sup>252</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 102-103.

<sup>253</sup> Cf. «*Verbum Dominii*», nn. 29-49; cf. BLANCO SARTO, P., «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 278.

<sup>254</sup> Cf. «*Verbum Dominii*», nn. 19 y 50; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-80.

En resumen, Dios toma la iniciativa en busca del hombre y le ofrece fundamentar su vida en Él, sin miedo a perder algo de sí, con vistas a ganar mucho más, a Dios mismo: la vida, la salvación y un futuro de plenitud con Dios, ahora y en la eternidad. Dios atrae a Sí al hombre, aunque en ocasiones pueda parecer ausente; pero sólo lo parece: nos da su gracia y, al poner nuestra confianza en Él y acoger el don de la fe, nos llena de alegría y nos hace capaces de vivir cada situación de la vida con paz, en la certeza de su fidelidad y de su amor<sup>255</sup>. El paradigma de hombre de fe es Abrahán<sup>256</sup>: «Cuando afirmamos: “Creo en Dios”, decimos como Abrahán: Me fío de Ti; me entrego a Ti, Señor»<sup>257</sup>. La fe, tal como hemos recordado, es un don, al que siempre vamos a poder corresponder con la gracia de Dios. Ya en el Antiguo Testamento Dios nos recuerda que, a pesar de las apariencias, merece la pena corresponder a sus requerimientos. Pero, el Antiguo Testamento termina con la llegada de Jesucristo, que inicia el Nuevo Testamento. «Lo que ilumina y da sentido pleno a la historia del mundo y del hombre (...) [es] la salvación que se realiza en Jesucristo. En Jesús de Nazaret Dios manifiesta su rostro y pide la decisión del hombre de reconocerle y seguirle. La revelación de Dios en la historia, para entrar en relación de diálogo de amor con el hombre, da un nuevo sentido a todo el camino humano. La historia no es una simple sucesión de siglos, años, días, sino que es el tiempo de una presencia que le da pleno significado y la abre a una sólida esperanza»<sup>258</sup>. La revelación llega a su plenitud con la encarnación del Hijo de Dios. Toda la fe está encaminada al encuentro personal individual con Jesucristo, el cual es el camino hacia la fe por excelencia.

*Lumen fidei* subraya la importancia de la Revelación y la armonía del Antiguo y el Nuevo Testamento al tratar la respuesta de Abrahán, la fiabilidad de Dios, la fe de Israel y la mediación en la historia de la salvación y la salvación por la fe<sup>259</sup>.

### **b) La dimensión eclesial**

«La fe nace en la Iglesia, conduce a ella y vive en ella»<sup>260</sup>. En el último capítulo, estudiaremos en profundidad la Iglesia, pero forzosamente la mencionamos ahora, pues es el instrumento fundamental del que se sirve Dios para llevar la fe a los hombres.

<sup>255</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Icono de la fe obediente*, VIII, 2, 773-780.

<sup>256</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, 773-780; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 174.

<sup>257</sup> *Ibid. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, 171.

<sup>258</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 777.

<sup>259</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 8-21.

<sup>260</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 512; cf. BELLANDI, A., *Fede cristiana come stare e comprendere*, 220-27. «“Creer” es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes» (CEC, n. 181). Y termina ese mismo punto con una cita de san Cipriano: «Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre» (San Cipriano de Cartago, *De Ecclesiae catholicae unitate*, 6: PL 4,503A).

Cuando Cristo fundó su Iglesia, quiso que la fe llegara a todos los hombres a través de ella: es mediadora<sup>261</sup>. De hecho, la fe es don teologal y, a la vez, es un acto personal que se da en el interior del hombre y le transforma, pero no es resultado de la reflexión individual solitaria, sino que llega a través de la Iglesia<sup>262</sup>, que transmite el contenido de la fe y proporciona los medios de salvación: la Palabra de Dios y los sacramentos<sup>263</sup>. De este modo, los hombres, por la Iglesia, entran en comunión con el eterno amor de Dios Trino y con todos los creyentes<sup>264</sup>. Benedicto XVI explica esta cuestión en su catequesis sobre *La fe de la Iglesia*<sup>265</sup>, acudiendo a la *Lumen Gentium*: «Dios quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa»<sup>266</sup>.

La Iglesia asegura que la enseñanza de Cristo llega fielmente a los hombres de todos los tiempos. La Tradición de la Iglesia<sup>267</sup>, con la asistencia del Espíritu Santo<sup>268</sup>, es garantía de la autenticidad de la fe<sup>269</sup>, como ya vimos. El carácter eclesial de la fe surge desde el principio<sup>270</sup>. Por querer de Dios, la Iglesia es necesaria en el

<sup>261</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521.

<sup>262</sup> «En efecto, participar en la vida de Dios, Trinidad de Amor, es alegría completa (cf. 1 Jn 1,4). Y comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios presente en medio de nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia» («*Verbum Domini*», n. 2).

<sup>263</sup> Cf. *ibid.*, n. 50.

<sup>264</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521. «No puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me es donada por Dios a través de una comunidad creyente que es la Iglesia y me introduce así, en la multitud de los creyentes, en una comunión que no es sólo sociológica, sino enraizada en el eterno amor de Dios que en Sí mismo es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es Amor trinitario. Nuestra fe es verdaderamente personal sólo si es también comunitaria: puede ser mi fe sólo si se vive y se mueve en el “nosotros” de la Iglesia, sólo si es nuestra fe, la fe común de la única Iglesia» (*ibid.*, 512).

<sup>265</sup> Cf. *ibid.*

<sup>266</sup> CVII, «Const. Dogm. *Lumen gentium*», *AAS* 57 (1965) 5 n. 9.

<sup>267</sup> «Existe una cadena ininterrumpida de vida de la Iglesia, de anuncio de la Palabra de Dios, de celebración de los sacramentos, que llega hasta nosotros y que llamamos Tradición. Ella nos da la garantía de que aquello en lo que creemos es el mensaje originario de Cristo, predicado por los Apóstoles» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 518). Cf. CVII, «Const. Dogm. *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación», *AAS* 58 (1966) 817-55 nn. 8-9.

<sup>268</sup> Cf. «*Verbum Domini*», nn. 17-18; cf. ROWLAND, T., *Benedicto XVI - Guía para perplejos*, 125. Con la asistencia actualizada, contemporánea, dinámica del Espíritu Santo, a través de la Tradición se ha fijado el canon de los libros sagrados, se ha mantenido constante el anuncio de la Palabra de Dios y de la celebración de los sacramentos, se da garantía de que el mensaje originario de Cristo que predicó a los Apóstoles ha llegado intacto, y se hace que se comprenda la Palabra cada vez de forma más adecuada.

<sup>269</sup> Cf. «*Verbum Domini*», nn. 6-21; cf. Balaguer, V. “La Biblia, libro de la Iglesia” en JAVIER PALOS y CARLOS CREMADES (eds.), «Perspectivas del pensamiento de Joseph Ratzinger», *Diálogos de Teología. Edicep. Valencia* 8 (2006) 229; cf. MADRIGAL TERRAZAS, J. S., *Iglesia es caritas: la eclesiología de Joseph Ratzinger, Benedicto XVI*, Sal Terrae, 2008, 273.

<sup>270</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521. De hecho, san Ireneo (130-202) recuerda: «Los que no participan del Espíritu no obtienen del pecho de su madre (la Iglesia) el nutrimento de la vida, no reciben nada de la fuente más pura que brota del cuerpo de Cristo», IRENEO DE LYON, SANTO OBISPO, *Adversus haereses*, Sevilla: Apostolado Mariano, 1999, III, 24, 1: PG7, 966; Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 59.

acceso a Dios, porque así lo ha dispuesto Él, es el lugar donde se da la fe<sup>271</sup>. La fe crece y madura en la Iglesia<sup>272</sup>.

La Encíclica *Lumen fidei* recuerda que la Iglesia es madre de nuestra fe, y aborda “La forma eclesial de la fe”. En ella, se remarca cómo la Iglesia lleva la fe a todos los creyentes, de modo que fuera de la Iglesia no es posible la fe verdadera; la fe tiene configuración eclesial, no es privada ni individualista; o cómo el que se deja alcanzar por la gracia de la fe es transformado, igual que se dedica un apartado al crecimiento en la fe<sup>273</sup>. En general, la Iglesia es un tema especialmente querido para Benedicto XVI, al que a lo largo de toda su vida se acerca desde un punto de vista teocéntrico, estudiándola como el misterio de Dios que facilita la comunión con Él y con todos los creyentes<sup>274</sup>. Por tanto, será un tema que aparezca con gran frecuencia a lo largo de su Magisterio, así como en entrevistas<sup>275</sup> e intervenciones<sup>276</sup>.

### **c) La dimensión testimonial**

Dios se puede servir de la vida coherente de los creyentes para, con su gracia, despertar el anhelo de Dios. El indiferente o escéptico puede percibir que esa fe que observa en el hombre de fe, «no es espejismo, fuga de la realidad, cómodo refugio, sentimentalismo, sino implicación de toda la vida y anuncio del Evangelio, Buena Noticia capaz de liberar a todo el hombre»<sup>277</sup>.

Dios no deja de dar su ayuda a los que no creen para que, al observar la vida coherente de los creyentes, se interroguen acerca de su propia vida y busquen a Dios<sup>278</sup>. De este modo, el no creyente puede verse removido al comprobar ya la eficacia de la gracia en esas personas: «es Él quien actúa en nuestra debilidad: (...) están llamadas [las personas creyentes y las comunidades] a mostrar la acción transformadora de la gracia de Dios, superando individualismos, cerrazones,

<sup>271</sup> Cf. Juan Alonso en, BLANCO SARTO, P. (ed.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 135-37. “La Iglesia, lugar de la fe”.

<sup>272</sup> «Necesitamos la Iglesia para tener confirmación de nuestra fe y para experimentar los dones de Dios: su Palabra, los sacramentos, el apoyo de la gracia y el testimonio del amor. Así nuestro “yo” en el “nosotros” de la Iglesia podrá percibirse, a un tiempo, destinatario y protagonista de un acontecimiento que le supera: la experiencia de la comunión con Dios, que funda la comunión entre los hombres» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, 518).

<sup>273</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 22, 37-39 y 40-45: “Los sacramentos y la transmisión de la fe”.

<sup>274</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 101-22. “La Iglesia”.

<sup>275</sup> Cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 2010.

<sup>276</sup> Por citar sólo algunos pasajes, cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, “Las grandes imágenes del Evangelio de Juan” (275-327), “La confesión de Pedro” (329-42), “Yo soy” (372-80); cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, “La institución de la Eucaristía” (474-82), “La teología de las palabras de la institución” (482-91), “Jesús ante Pilatos” (525-538), “Las apariciones de Jesús a Pablo” (586-87), “Subió al cielo, y está sentado a la derecha de Dios Padre, y de nuevo vendrá con gloria” (597-607).

<sup>277</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 590; cf. *ibid. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, 484-496; cf. *ibid. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, 661-672.

<sup>278</sup> Cf. Juan Alonso en, BLANCO SARTO, P. (ed.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 139-40. “La fe un don para ser compartido”.

egoísmos, indiferencia, y viviendo el amor de Dios en las relaciones cotidianas»<sup>279</sup>. El cristianismo no es una moral, es un encuentro personal con una persona, Jesucristo Dios, que implica toda la existencia, y lo lógico es que las personas que se ven removidas por la fe de otros acaben buscando también ellos su propio encuentro personal con Cristo<sup>280</sup>.

Por esto, Dios otorga también su gracia al creyente y «(...) pide a cada uno hacer cada vez más transparente el propio testimonio de fe, purificando la propia vida para que sea conforme a Cristo»<sup>281</sup>; es Cristo mismo quien actúa a través del cristiano<sup>282</sup>, «La fe se alimenta del descubrimiento y de la memoria del Dios siempre fiel, que guía la historia y constituye el fundamento seguro y estable sobre el que apoyar la propia vida»<sup>283</sup>. Con esta garantía la fe otorga a la vida una base, un nuevo fundamento, una nueva libertad<sup>284</sup>.

Cristo transforma la historia a través del creyente, de los santos: «son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor»<sup>285</sup>. Y esta realidad es palpable y atractiva para todos los hombres.

Otra forma de descubrimiento de Dios a través de la fe, derivada también del testimonio de los creyentes, son las devociones populares, muy arraigadas en tantos pueblos, entre las que destaca la devoción a la Virgen Santísima. Esta *fe de los*

<sup>279</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 665.

<sup>280</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-594; cf. BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, «Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», 180-83.

<sup>281</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594.

<sup>282</sup> San Josemaría lo explicaba como «ser otro Cristo, el mismo Cristo»: «Cada cristiano debe ser *alter Christus, ipse Christus*, presente entre los hombres» La fórmula *alter Christus, ipse Christus* es recurrente en san Josemaría para designar al cristiano, llamado a ser otro Cristo, más aún, el mismo Cristo. La expresión *alter Christus* es clásica en la literatura sobre la espiritualidad sacerdotal, con vistas a señalar que el sacerdote ha sido constituido, en virtud del sacramento del Orden, en ministro de Cristo e invitado a ser, con su actuación y con su conducta, «otro Cristo». De ahí la toma san Josemaría, que lo hace con dos subrayados significativos. De una parte, refuerza el sentido de la expresión hablando no solo de *alter Christus*, otro Cristo, sino de *ipse Christus*, pasando así decididamente de la representatividad, la semejanza y la imitación, a la identificación, en continuidad con la enseñanza paulina (ver 1 *Ts* 5, 10; *Rm* 8, 9-11; *Ga* 3, 28; 1 *Co* 1, 30; 2 *Co* 4, 5-14; *Ef* 3, 16-17; *Col* 2, 11-13 y *Col* 3, 1-4, etc.). De otra, la aplica no sólo al sacerdote, sino a todo cristiano, incorporado a Cristo por el Bautismo» (Cf. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SANTO Ed. Crítica preparada por ILLANES, J. L., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica. Josemaría Escrivá de Balaguer. Obras completas*, I/3, Madrid: Rialp, 2012, 300-301). Así, el cristiano que vive su fe con coherencia da un testimonio de esperanza segura sobre el que asentar la existencia (cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 211-15).

<sup>283</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su "designio de benevolencia"*, VIII, 2, 708.

<sup>284</sup> Cf. «Carta Encíclica "*Spe salvi*»», n. 8. Y esta Encíclica comienza así: «"*Spe salvi facti sumus*" —en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (*Rm* 8, 24). Según la fe cristiana, la "redención", la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino» (*ibid.*, n. 1).

<sup>285</sup> «Carta Encíclica "*Deus Caritas est*»», n. 40

*sencillos*<sup>286</sup>, como la ha llamado Benedicto XVI, empapada de piedad popular, es muchas veces el camino para un descubrimiento más profundo de Dios. Por sus manifestaciones pueden parecer demasiado sencillas, pero en ellas no se contradicen fe y razón, y pueden dar muchas respuestas al hombre que las busca<sup>287</sup>. *Lumen fidei* recoge las mismas ideas:

«La fe no es algo privado, una concepción individualista, una opinión subjetiva (...), “¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie?” (Rm 10,14). La fe se hace entonces operante en el cristiano a partir del don recibido, del Amor que atrae hacia Cristo (cf. Ga 5,6), y le hace partícipe del camino de la Iglesia, peregrina en la historia hasta su cumplimiento. Quien ha sido transformado de este modo adquiere una nueva forma de ver, la fe se convierte en luz para sus ojos»<sup>288</sup>.

### 3. JESUCRISTO, CUMBRE Y CENTRO DE LA REVELACIÓN

Hasta ahora hemos visto algunas vías (la alegría de la fe, el mundo, la persona, el testimonio de los creyentes) por las que Dios toma la iniciativa y busca al hombre para que responda libremente a la llamada suya y pueda acceder a la intimidad divina, a una vida de plenitud. Pero la cumbre del acercamiento de Dios al hombre se da en Jesucristo: Él es el mediador principal que Dios ha querido establecer entre Él y los hombres. El fundamento teológico de la revelación es este: el hombre puede acceder a Dios a través del encuentro personal con Cristo en el Evangelio: se hace hombre e ilumina todo el Antiguo Testamento (cuya función fue preparar su venida), y da sentido al proyecto unitario de Amor de Dios para con el hombre del Antiguo y el Nuevo Testamento<sup>289</sup>. «En Jesús se realiza toda promesa, en Él culmina la historia de Dios con la humanidad»<sup>290</sup>. Dios sale al encuentro del hombre en la Persona de su Hijo, a través de Jesucristo, que muere y resucita por él<sup>291</sup>.

<sup>286</sup> Cf. por ejemplo: *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, VII, 2, 841-851, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011, VII, 2, 841-851; «*Ad primam Sessionem generalem Coetus Specialis pro Medio Oriente Synodi Episcoporum*», *AAS* 102 (2010), 828-32; o también, cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 36. De alguna forma también él se incluye en esta categoría en cuanto relaciona la sencillez con la verdad: «Yo lo diría de manera semejante. Diría: lo más sencillo es lo verdadero, y lo verdadero es sencillo. Nuestra problemática consiste en que, de tantos árboles, no vemos más el bosque, que, de tanto saber, no encontramos más la sabiduría» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 175).

<sup>287</sup> «María es la verdadera Sión hacia la que han confluído las esperanzas en medio de todas las devastaciones de la historia» (ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 160).

<sup>288</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 22.

<sup>289</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-780; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-87.

<sup>290</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 777.

<sup>291</sup> Cf. Juan Alonso en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 120-22; IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 91-120, “La fe se dirige sólo a Dios. Creo en Jesucristo”. Jesucristo es «mediador y plenitud de toda la revelación» (CVII, «Const. Dogm. *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación», n. 2).

El deseo de conocer a Dios –ya lo hemos visto– se da en todas las personas, también en los ateos que pueden encontrar a Dios en Jesucristo. En su Pontificado, Benedicto XVI recuerda la doctrina conocida acerca de Jesucristo, el Hijo de Dios, el *Logos*, incidiendo a la vez en no perder la capacidad de sorpresa y admiración ante Dios que se hace hombre, en el carácter personal de Jesucristo –con quien podemos, y debemos, tener un encuentro personal– y en el optimismo que da al hombre la completa fiabilidad de Jesucristo, capaz de colmar sus deseos de felicidad.

El Papa alemán se ha esforzado en argumentar cómo el Jesús histórico, que paseó por Palestina, es realmente Dios<sup>292</sup>, es el mismo que el Jesús de la fe; aún inseparablemente el *Jesús de la fe* y el *Jesús histórico*. Jesucristo es verdaderamente una Persona con la cual cada individuo, sea de la época que sea, puede tener un encuentro personal a partir de una escucha atenta<sup>293</sup>. Por tanto, Jesucristo es la principal vía para conocer a Dios: «Dios se puede ver, Dios manifestó su rostro, es visible en Jesucristo»<sup>294</sup>. No es un lenguaje figurado, sino que el rostro de Dios es asequible: cualquiera puede encontrarlo en la Palabra de Dios, recogida en la Sagrada Escritura, y muy especialmente en la Eucaristía<sup>295</sup>. La centralidad de Cristo en los estudios de Benedicto XVI es bien conocida<sup>296</sup>. Es significativa, al respecto, la publicación de *Jesús de Nazaret* durante su Pontificado. «Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo»<sup>297</sup>.

El hombre se pregunta acerca de la autenticidad de la figura de Jesucristo. La historicidad de la Sagrada Escritura y de la figura de Jesucristo, Dios y Hombre, está suficientemente probada, pero, como dice el mismo Benedicto XVI, no se puede esperar, por la naturaleza del conocimiento histórico y por la naturaleza del misterio, una certeza absoluta<sup>298</sup>: «cuál es el verdadero origen de Jesús: Él es el Hijo unigénito del Padre, viene de Dios. Nos encontramos ante el gran e impresionante misterio (...): el Hijo de Dios, por obra del Espíritu Santo, se ha encarnado en el seno de la

<sup>292</sup> Cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 180-81. «Ése era justamente el punto principal de mi libro [*Jesús de Nazaret*]: mostrar que el Jesús en quien se cree es realmente también el Jesús histórico, y que la figura que muestran los evangelios es mucho más realista y creíble que las muchas otras figuras de Jesús que nos son expuestas siempre de nuevo» (*ibid.*, 180).

<sup>293</sup> Prácticamente en todos sus documentos importantes, la *Catequesis del Año de la fe* y en un gran número de intervenciones ha subrayado la importancia del encuentro personal con Cristo.

<sup>294</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 85; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 92-93.

<sup>295</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-87.

<sup>296</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 383-401; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 67-93. Destaca el “*exitus-reditus*” agustiniano, y la antropología cristocéntrica fundamentada en Cristo, como el Nuevo Adán.

<sup>297</sup> «*Porta fidei*», n. 2.

<sup>298</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 82-88. Aunque se desvía de nuestro estudio, no queremos dejar de apuntar que esta cuestión ha estado muy presente en los estudios de Benedicto XVI acerca del método histórico-crítico de exégesis. También subyace la cuestión en todo su libro *Jesús de Nazaret. Escritos de cristología*. Vol. VI/1, 2015; por ejemplo, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 465-67, en “La Última Cena”.

Virgen María»<sup>299</sup>. La última certeza viene al hombre por la gracia de la fe que otorga Dios<sup>300</sup>, de forma que también se salvaguarda la libertad de la persona en el acceso a la fe<sup>301</sup>. A la vez, sólo si Jesús es Dios y hombre verdadero, que baja a la tierra para salvar a la humanidad, se explica la pregunta que se hace el Benedicto XVI: «¿cómo pudo aquel pequeño y débil Niño traer al mundo una novedad tan radical como para cambiar el curso de la historia?»<sup>302</sup>.

Cada individuo puede encontrar a Dios. La sed de Dios que existe en el fondo de cada hombre encuentra respuesta en su encuentro personal<sup>303</sup>, precedido por la iniciativa y la gracia de Dios, que atrae al hombre y le ofrece el camino de Jesucristo<sup>304</sup>. El personalismo tiene gran peso en el pensamiento del Papa alemán, quien sitúa la fe en la dinámica del encuentro entre Dios y el hombre<sup>305</sup>. Y la persona, en ese encuentro, hallará la respuesta a los interrogantes más profundos de su propia existencia, y encontrará la verdadera alegría y la plenitud, a la vez que percibirá un Amor de Dios pleno, capaz de transformar el mundo e iluminar el tiempo<sup>306</sup>.

La Historia de Jesús es la manifestación plena de la fiabilidad de Dios. Su Amor es real, no figurado; vence la muerte y nos obtiene la vida para siempre con su muerte y Resurrección; es un amor capaz de otorgar la felicidad que nos promete y que determina el destino final de la Historia. Y eso es así porque es Dios quien nos busca y se deja encontrar en su Hijo Jesucristo. En el siguiente capítulo veremos que el hombre, por su parte, tiene que estar abierto a corresponder libremente, a *querer creer a* Jesucristo (aceptar que su Palabra es veraz), y a *querer creer en* Jesucristo (acogerlo en nuestra vida y dejarnos transformar por su Amor, a seguirle), para lo cual Dios nos ofrece la fe como instrumento de salvación, y a la vez respeta la libertad humana. Así en el Nuevo Testamento nos muestra que su Amor es fiable,

<sup>299</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 2 de enero de 2013: Fue concebido por obra del Espíritu Santo*, IX, 13.

<sup>300</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 466-467.

<sup>301</sup> Cf. «Necesidad de trascender la «letra»», *«Verbum Domini»*, n. 35.

<sup>302</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 2 de enero de 2013: Fue concebido por obra del Espíritu Santo*, IX, 16.

<sup>303</sup> «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» («Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 1).

<sup>304</sup> «... también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. *Jn* 4, 14). (...) La pregunta planteada por los que lo escuchaban es también hoy la misma para nosotros: “¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?” (*Jn* 6, 28). Sabemos la respuesta de Jesús: “La obra de Dios es ésta: que creáis en el que él ha enviado” (*Jn* 6, 29). Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación» («*Verbum Domini*», n. 3).

<sup>305</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», 273-303. Este encuentro tendrá lugar entre un “*Tu*” divino, que toma la iniciativa, que busca a un “*yo*” humano, el cual se siente interpelado. Dios facilita por la gracia este encuentro a través de Jesucristo, el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, que se hace hombre para salvar por amor a los hombres y para facilitarles el participar de la intimidad divina. El autor glosa las influencias filosóficas teológicas de Benedicto XVI (san Agustín, san Buenaventura, santo Tomás de Aquino, Heidegger, Martin Buber...) y el concepto de persona que adopta: «La instancia personal constituye, a juicio de Ratzinger, una propuesta de origen cristiano y, más en concreto, a partir de la doctrina sobre la Trinidad y las dos naturalezas de Cristo. A partir de esta nueva realidad revelada (“Dios es persona”, escribirá Ratzinger, Trinidad de personas), tendrá lugar un desarrollo teológico y antropológico en clave personalista» (*ibid.*, 278).

<sup>306</sup> Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 17; cf. «*Porta fidei*», nn. 15 y 2.



sin separarnos de la realidad, y nos enseña el significado profundo de nuestra existencia<sup>307</sup>.

En este apartado desarrollamos cómo Benedicto XVI explica cómo Dios se da a conocer al hombre en Jesucristo, el *Logos*, y nos muestra su rostro: Jesús de Nazaret. Él es el camino, la verdad y la vida (cf. *Jn* 14, 6), con Él se identifican la Verdad, el Amor y la Belleza que busca el hombre<sup>308</sup>. Por eso, Jesús baja a la Tierra para realizar la voluntad del Padre en cada momento: escucha su voz y la obedece en todo momento (cf. *Jn* 8, 55); y nos cuenta las cosas del Padre a través de sus contemporáneos («les he comunicado las palabras que tú me diste», *Jn* 17,8). Y así, igual que se manifiesta a Sí mismo como el *Logos* divino, también se nos muestra como el nuevo Adán y enseña al hombre cómo debe ser el propio hombre (cf. *Lc* 2, 52 y *Lc* 5, 1). Finalmente, en Él se sella la Nueva y definitiva Alianza de Dios con la humanidad, con todo su pueblo<sup>309</sup>.

La centralidad de Cristo, tanto para conocer a Dios, como para transformarnos en Él, es un punto central de la encíclica *Lumen fidei*<sup>310</sup>: «La nueva lógica de la fe está centrada en Cristo. La fe en Cristo nos salva porque en él la vida se abre radicalmente a un Amor que nos precede y nos transforma desde dentro, que obra en nosotros y con nosotros»<sup>311</sup>.

### ***A. Jesucristo, el Logos encarnado, siempre obedece al Padre, y en Él nos revela Dios (cf. Jn 8, 55)***

La iniciativa de Dios hacia el hombre tiene su culmen en la revelación del Padre en Jesucristo, por el Espíritu Santo, al obedecer al Padre<sup>312</sup>. Dios abre el camino hacia el Cielo y permite entrar en comunión con Él<sup>313</sup>: si el hombre no deja de asombrarse ante estas verdades tiene la posibilidad real de conocer a Dios en Jesucristo<sup>314</sup>.

#### ***a) Jesucristo, el Logos, obedece al Padre***

Por la revelación, sabemos que Jesucristo es la Palabra de Dios —el *Logos*—, el Hijo de Dios, y por tanto verdadero Dios, tal como pone de manifiesto el Prólogo

<sup>307</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-80; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, 484-96; PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 17.

<sup>308</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 1.

<sup>309</sup> Cf. «*Verbum Dominum*», nn. 22, 26, 81.

<sup>310</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 19-21.

<sup>311</sup> *Ibid.*, n. 20.

<sup>312</sup> Cf. «*Verbum Dominum*», nn. 12 y 20; cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 121-31.

<sup>313</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 43-49.

<sup>314</sup> «“El Verbo se hizo carne” es una de esas verdades a las que estamos tan acostumbrados que casi ya no nos asombra la grandeza del acontecimiento que expresa» (*ibid.*, 44).

del evangelio de san Juan, donde se nos revela el nexo entre el *Logos* y Jesucristo<sup>315</sup>. Además, Dios se manifiesta como Padre en su Hijo, Jesucristo, y el Hijo tiene conciencia de que Dios es su Padre y que es Él quien lo puede dar a conocer a los hombres, como se ve repetidamente en el Evangelio<sup>316</sup>. El Hijo es la Palabra de Dios, es el “*Logos* hecho carne” (cf. *Jn* 1, 14), que vino a cumplir la voluntad del que lo había enviado, cuya llegada fue preparada y anunciada en el Antiguo Testamento y se produce efectiva y realmente en el Nuevo<sup>317</sup>.

Por el *Logos* se realizó la creación (cf. *Jn* 1, 3). «Es la palabra, el *Logos* de Dios, lo que está en el origen de la realidad del mundo; y al decir: “Dijo Dios”, fue así, subraya el poder eficaz de la Palabra divina. El Salmista canta de esta forma: “La Palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos... porque Él lo dijo, y existió; Él lo mandó y todo fue creado” (33, 6.9). La vida brota, el mundo existe, porque todo obedece a la Palabra divina»<sup>318</sup>. Todo, también el hombre, fue creado por la Palabra de Dios, y aunque el hombre se apartó de Dios, Dios no lo ha abandonado tras el pecado original. Dios es fiel<sup>319</sup>.

Jesucristo, el *Logos*, obedece siempre al Padre (cf. *Jn* 15, 10). Y así, cuando Dios en su *designio de benevolencia* decide salvar al hombre por medio de su Hijo<sup>320</sup>, el Hijo obedece, por amor a su Padre y a los hombres, se encarna y muere en la Cruz, para luego resucitar y redimirnos (cf. *Jn* 15, 1-27)<sup>321</sup>. Dado que el hombre no podía redimirse por sí mismo, sólo podía realizarlo alguien que fuese a la vez verdadero Dios y verdadero hombre<sup>322</sup>. Dios revela así el misterio de su Amor por la humanidad, pues el hombre sólo, por sus propias fuerzas, no habría podido llegar al conocimiento de esta verdad. En última instancia, el fin último del designio amoroso de Dios para con el hombre y para con toda la creación es “recapitular

<sup>315</sup> «El *Logos*, que está junto a Dios, el *Logos* que es Dios, el Creador del mundo (cf. *Jn* 1, 1), por quien fueron creadas todas las cosas (cf. 1, 3), que ha acompañado y acompaña a los hombres en la historia con su luz (cf. 1, 4-5; 1, 9), se hace uno entre los demás, establece su morada en medio de nosotros, se hace uno de nosotros (cf. 1, 14)» (*ibid.*, 45); cf. *Jn* 1, 1-36.

<sup>316</sup> «Jesús se dirige a Dios llamándolo “Padre”. Este término expresa la conciencia y la certeza de Jesús de ser “el Hijo”, en íntima y constante comunión con él, y este es el punto central y la fuente de toda oración de Jesús. (...) Jesús afirma que sólo “el Hijo” conoce verdaderamente al Padre» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, VII, 2, 845).

<sup>317</sup> Cf. «*Verbum Dominis*», n. 20.

<sup>318</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 171.

<sup>319</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 798.

<sup>320</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 702-713.

<sup>321</sup> “La muerte de Jesús como reconciliación (expiación) y salvación”: «Sólo el Verbo que se ha hecho carne, cuyo amor se cumple en la cruz, es la obediencia perfecta. (...) El misterio de la cruz no está simplemente ante nosotros, sino que nos afecta y da a nuestra vida un nuevo valor. (...) la grandeza del amor de Cristo se manifiesta precisamente en que Él, a pesar de toda nuestra miserable insuficiencia, nos acoge en sí, en su sacrificio vivo y santo, de manera que llegamos a ser realmente “su Cuerpo”» (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 565).

<sup>322</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 176.

todas las cosas en Cristo” (Ef 1, 10): erigiéndose en el centro y llevando a su plenitud, en Él, a toda la creación<sup>323</sup>.

Por otra parte, Benedicto XVI realza y subraya cómo Jesucristo es, a la vez, *Logos* (*Razón creadora*), e Hijo de Dios (el Verbo), la Palabra que se hace carne para redimir a los hombres. En Jesucristo el hombre puede descubrir a Dios por la razón (que descubre en la perfección de la creación el reflejo de la Razón creadora, del *Logos*<sup>324</sup>) y por el amor (que se deslumbra ante el Amor que nos redime<sup>325</sup>). En el amor, la sabiduría y la omnipotencia plena, no puede haber oposición entre fe y razón<sup>326</sup>. Y el hombre puede acceder a Dios a través del encuentro personal con Jesucristo<sup>327</sup>. Y ese encuentro es posible porque Jesucristo es realmente verdadero Dios y verdadero hombre, tal como el Papa emérito presenta con rotundidad<sup>328</sup>.

### **b) Cristo es revelación de Dios. En Jesucristo se nos muestra Dios**

El hombre descubre a Dios en Jesucristo –en quien se cumplen las promesas de Dios a los hombres en la historia de la salvación– por la revelación que Dios hace de Sí mismo en la Palabra creadora que da origen al mundo. Jesús entra en la historia, y muestra Dios al hombre<sup>329</sup>.

«Jesús muestra que el verdadero conocimiento de Dios presupone la comunión con él: sólo estando en comunión con el otro comienzo a conocerlo; y lo mismo sucede con Dios: sólo puedo conocerlo si tengo un contacto verdadero, si estoy en comunión con él. Por lo tanto, el verdadero conocimiento está reservado al Hijo, al Unigénito que desde siempre está en el seno del Padre (cf. Jn 1, 18), en perfecta unidad con él. Sólo el Hijo

<sup>323</sup> Cf. «Porta fidei», n. 13; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 702-713.

<sup>324</sup> Cf. «*Verbum Domini*», n. 8; cf. «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 723-28; cf. «Viaje apostólico a Alemania: Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», *AAS* 103 (2011) 663-69; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632; cf. *Fe, verdad y tolerancia*, 187-88.

<sup>325</sup> Cf. *ibid.* *Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 43-49; «*Verbum Domini*», nn. 12, 21, 26, 50.

<sup>326</sup> Cf. *ibid.* *Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 628-632. «La verdad fundamental que nos revelan los relatos del Génesis es que el mundo no es un conjunto de fuerzas entre sí contrastantes, sino que tiene su origen y su estabilidad en el *Logos*, en la Razón eterna de Dios, que sigue sosteniendo el universo. Hay un designio sobre el mundo que nace de esta Razón, del Espíritu creador. Creer que en la base de todo exista esto, ilumina cualquier aspecto de la existencia y da la valentía para afrontar con confianza y esperanza la aventura de la vida. Por lo tanto, la Escritura nos dice que el origen del ser, del mundo, nuestro origen no es lo irracional y la necesidad, sino la razón y el amor y la libertad. De ahí la alternativa: o prioridad de lo irracional, de la necesidad, o prioridad de la razón, de la libertad, del amor. Nosotros creemos en esta última posición» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 178).

<sup>327</sup> Cf. «*Verbum Domini*», (2010). «Dios asumió la condición humana para sanarla de todo lo que la separa de Él, para permitirnos llamarle, en su Hijo unigénito, con el nombre de “Abbá, Padre” y ser verdaderamente hijos de Dios» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 45). En numerosos pasajes de *Jesús de Nazaret. Escritos de cristología*. JROC, Vol. VI/1, 2015; cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 186.

<sup>328</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 97; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 400.

<sup>329</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-780. «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Lc 10, 22).

conoce verdaderamente a Dios, al estar en íntima comunión del ser; sólo el Hijo puede revelar verdaderamente quién es Dios»<sup>330</sup>.

Cristo es el verdadero mediador que Dios ofrece al hombre para que pueda llegar hasta Él. A lo largo de la historia de salvación Dios emplea “mediadores” para guiar a su pueblo hasta Él, pero en Cristo tenemos al mediador en plenitud, pues es verdadero Dios y verdadero hombre <sup>331</sup>. Benedicto XVI lo explica en clave personalista. «Todo conocimiento entre las personas –como experimentamos todos en nuestras relaciones humanas– comporta una comunión, un vínculo interior, a nivel más o menos profundo, entre quien conoce y quien es conocido: no se puede conocer sin una comunión del ser»<sup>332</sup>.

El Papa germano explica que el encuentro con Jesucristo se da principalmente en la Sagrada Escritura, que es donde Dios se da a conocer al hombre. Dios, que se revela desde la creación, no quiso desvelar completamente su rostro en el Antiguo Testamento, sólo lo hizo a través de su Hijo Jesucristo en el Nuevo Testamento. Antes del Nuevo Testamento Dios se muestra trascendente, para subrayar que no se le puede reducir a un objeto, que no es semejante a nada al alcance del hombre<sup>333</sup>. Luego, con Cristo, llegará la plenitud de la Revelación: «en Él el contenido de la Revelación y el Revelador coinciden. Jesús nos muestra el rostro de Dios y nos da a conocer el nombre de Dios»<sup>334</sup>. De otra forma, el cristianismo no es mera Escritura Santa –la religión del Libro–, sino que la revelación nos muestra al mismo Dios, a quien el hombre puede acceder en Cristo por el Evangelio<sup>335</sup>.

En el encuentro con Cristo a través de la Escritura, vemos al Verbo encarnado y vivo, y en Él accedemos a cómo es Dios Padre y cómo se muestra en el Hijo a los hombres<sup>336</sup>. Su anuncio transmite una mirada de gran compasión ante los problemas y las dificultades del hombre, habla con gran realismo y enseña que nuestra vida vale mucho para Dios y cómo a través del mundo podemos llegar a Él. Él está presente en cada circunstancia humana, en la cotidianeidad, tal como reflejan las parábolas y ejemplos del Evangelio. Jesús parte de su relación íntima con Dios

<sup>330</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, VII, 2, 324.

<sup>331</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 85.

<sup>332</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. Miércoles 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, VII, 2, 325; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 65-93.

<sup>333</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-780; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-87; cf. GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI*, 111-27.

<sup>334</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 85.

<sup>335</sup> Cf. *ibid.*, 80-87. «El cristianismo —afirma san Bernardo— es la “religión de la Palabra de Dios”; no, sin embargo, de “una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y viviente” (*Hom. super missus est*, IV, 11: pl 183, 86 b). En la tradición patristica y medieval se usa una fórmula especial para expresar esta realidad: se dice que Jesús es el *Verbum abbreviatum* (cf. *Rm* 9, 28, referido a *Is* 10, 23), el Verbo abreviado, la Palabra breve, abreviada y sustancial del Padre, que nos ha dicho todo de Él. En Jesús está presente toda la Palabra» (*ibid.*, 84).

<sup>336</sup> Cf. «*Verbum Domini*», n. 7; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, IX, 210-220.

Padre en el Espíritu Santo en su actuación y enseñanza, y ahí radica su credibilidad, pues la gente percibe su autenticidad. Y a sus discípulos les pide que actúen de modo análogo<sup>337</sup>. Benedicto XVI glosó en varias catequesis, algunas de las enseñanzas que encierra el Evangelio<sup>338</sup> y mostró cómo la persona de hoy puede descubrir que Dios es capaz de colmarle de gozo<sup>339</sup>, encuentra «sabiduría de vida y orientación de la existencia»<sup>340</sup>.

La persona que pone esfuerzo en encontrar a Dios, sin duda, lo hallará, pues Él no deja de buscar al hombre, de esperar, y de otorgarle su gracia. Pero ese encuentro con Jesús hay que perseguirlo en todas las circunstancias, buenas y malas, y para eso cada uno debe orientar toda su vida hacia Él. El modo de encontrar a Dios en Jesucristo, es en la oración, en la Palabra y, para el creyente, en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía y la Penitencia<sup>341</sup>.

En el acceso al conocimiento de Dios por los hombres hay una singular peculiaridad: Cristo muestra a Dios a los sencillos. En el Himno de júbilo mesiánico (cf. *Mt* 11, 25-30 y *Lc* 10, 21-22), Jesús hace una afirmación sorprendente: Él, que ha venido a revelar a Dios a todos los hombres, «expresa su alegría porque la voluntad del Padre es mantener estas cosas ocultas a los doctos y los sabios y revelarlas a los pequeños (cf. *Lc* 10, 21)»<sup>342</sup>, porque es necesario ser pequeños y sencillos, tener un corazón sencillo como los niños, para poder conocer a Dios<sup>343</sup>.

<sup>337</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 661-672; cf. Vidal Talens, J. “Mirar a Jesús y ‘ver’ al Hijo de Dios, hecho hombre para nuestra Redención. Aportación de J. Ratzinger a la Cristología contemporánea” en MADRIGAL TERRAZAS, J. S., *El pensamiento de Joseph Ratzinger: teólogo y Papa*, 67-68; cf. BENEDICTO, CASALE, U., y RUINI, C., *Fede, ragione, verità e amore: la teología di Joseph Ratzinger*, 1. ed Torino: Lindau, 2009, 40-42.

<sup>338</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 661-72. La redención afecta directamente al hombre en sus circunstancias particulares, por duras que sean, por lo que Dios habla con realismo y quiere hacer feliz al hombre, ya que somos hijos en su Hijo: «la salvación traída por el Dios que se hizo carne en Jesús de Nazaret toca al hombre en su realidad concreta y en cualquier situación en que se encuentre. Dios asumió la condición humana para sanarla de todo lo que la separa de Él, para permitirnos llamarle, en su Hijo unigénito, con el nombre de “Abba, Padre” y ser verdaderamente hijos de Dios» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 45); cf. *Ibid. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, 210-20; cf. también, *¿Cómo hablar de Dios?*

<sup>339</sup> «Sólo este Dios nos salva del miedo del mundo y de la ansiedad ante el vacío de la propia vida. Sólo mirando a Jesucristo, nuestro gozo en Dios alcanza su plenitud, se hace gozo redimido» (*Mirar a Cristo: ejercicios de fe, esperanza y amor*, en SERRA, X. (ed.), 2a ed Valencia: EDICEP, 2005, 44; «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 725).

<sup>340</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 665.

<sup>341</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-87.

<sup>342</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. Miércoles 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, VII, 2, 324; cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, 352-80, “Las afirmaciones de Jesús sobre sí mismo”.

<sup>343</sup> «¿Qué significa “ser pequeños”, sencillos? ¿Cuál es “la pequeñez” que abre al hombre a la intimidad filial con Dios y a aceptar su voluntad? ¿Cuál debe ser la actitud de fondo de nuestra oración? Miremos el “Sermón de la montaña”, donde Jesús afirma: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (*Mt* 5, 8). Es la pureza del corazón la que permite reconocer el rostro de Dios en Jesucristo; es tener un corazón sencillo como el de los niños, sin la presunción de quien se cierra en sí mismo,

Por la oración, buscando en ella el trato íntimo con Jesús, podemos acceder al Dios, uno y trino, de la fe<sup>344</sup>. Ahí, en la oración, el hombre recibe el don de Dios, a Jesús mismo:

«También nosotros, con el don de su Espíritu, podemos dirigirnos a Dios, en la oración, con confianza de hijos, invocándolo con el nombre de Padre, “*Abbà*”. (...) La oración nos abre a recibir el don de Dios, su sabiduría, que es Jesús mismo, para cumplir la voluntad del Padre en nuestra vida y encontrar así alivio en el cansancio de nuestro camino»<sup>345</sup>.

Y la certeza de haber encontrado a Dios en Jesucristo, por la oración, nos la dará la preocupación por el prójimo<sup>346</sup>.

Dios es Padre, y vemos su omnipotencia, fiabilidad y ternura en cómo nos ayuda, nos perdona, nos salva: derrota el odio, el mal y el pecado para que podamos acceder a la vida eterna en la “casa del Padre”. Por eso, permite que su Hijo muera y resucite por nosotros y, de esta forma, toma sobre sí el pecado del mundo y nos abre de nuevo la amistad con Dios rota por Adán y Eva. Dios Padre nos hace saber que somos verdaderos hijos de Dios en el Hijo, con todas sus consecuencias<sup>347</sup>.

### ***B. Jesucristo, el Logos, muestra al propio hombre quién es el hombre***<sup>348</sup>

El *Logos* se ha hecho verdadero y perfecto hombre en su encarnación, y aparece así Cristo como “mediador y plenitud de toda la revelación”<sup>349</sup> para mostrar a Dios a los hombres; pero también es mediador para mostrar al hombre cómo debe ser el propio hombre<sup>350</sup>. El *Logos* descubre el proyecto de Dios para cada uno: la plenitud a la que debe llegar y cómo puede alcanzarla. Jesucristo nos abre el camino al cielo, a la intimidad con Dios, pero a esta verdad sólo podemos llegar por la gracia,

pensando que no tiene necesidad de nadie, ni siquiera de Dios» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. Miércoles 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, VII, 2, 324).

<sup>344</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de marzo de 2012*, VIII, 1, pp. 450-455, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012, VIII, 1, 450-455; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 104-9.

<sup>345</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, VII, 2, 325.

<sup>346</sup> «Toda nuestra existencia debe estar orientada hacia el encuentro con Jesucristo, al amor hacia Él; y, en ella, debe tener también un lugar central el amor al prójimo, ese amor que, a la luz del Crucificado, nos hace reconocer el rostro de Jesús en el pobre, en el débil, en el que sufre. Esto sólo es posible si el rostro auténtico de Jesús ha llegado a ser familiar para nosotros en la escucha de su Palabra, al dialogar interiormente, al entrar en esta Palabra de tal manera que realmente lo encontremos, y, naturalmente, en el Misterio de la Eucaristía» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 84).

<sup>347</sup> Cf. *ibid. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, 210-220.

<sup>348</sup> Cf. CVII, «*Gaudium et spes*», n. 22.

<sup>349</sup> Cf. CVII, «Const. Dogm. *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación», n. 2.

<sup>350</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, IX, 80-87.

por la fe que Dios nos da, y por nuestra correspondencia libre<sup>351</sup>. De este modo, Cristo hace el recorrido inverso a Adán, se abaja para salvar al hombre<sup>352</sup>.

**a) Dios se hace hombre<sup>353</sup>**

Este es un hecho estremecedor, al que Benedicto XVI pide que no nos acostumbremos: Dios mismo ha querido hacerse hombre, en todo igual a él, menos en el pecado. En el Evangelio vemos a Dios hecho hombre, y aprendemos cómo debe ser el hombre, de modo que así podamos descubrir a Dios. El mismo Dios creador quiere hacerse uno de nosotros para comunicarnos su misma vida (cf. 1 Jn 1, 1-4). Cristo, como mediador, nos enseña –y no es solo un saber teórico– cómo vivir nuestra humanidad, cada pequeña experiencia de nuestra vida<sup>354</sup>.

Jesucristo, al hacerse hombre, nos muestra que la salvación que nos trae afecta al hombre en su realidad concreta y en cualquier situación que se encuentre. «Dios asumió la condición humana para sanarla de todo lo que la separa de Él, para permitirnos llamarle, en su Hijo unigénito, con el nombre de “Abba, Padre” y ser verdaderamente hijos de Dios»<sup>355</sup>.

El misterio de la Encarnación es, ante todo, don gratuito que hace Dios de sí mismo al hombre. Dios se da del todo. «Dios hizo de su Hijo único un don para nosotros, asumió nuestra humanidad para donarnos su divinidad»<sup>356</sup>. En la gratuidad del amor de Dios, el hombre aprende a «que nuestras relaciones, especialmente aquellas más importantes, estén guiadas por la gratuidad del amor»<sup>357</sup>.

La vida de Cristo en la tierra, su amor divino, está impregnada de un infinito realismo: Jesús vivió entre los suyos, tuvo amigos y familia, formó discípulos, trabajó, se cansó, sufrió incomprendimientos y desazones. Compartió nuestra vida en todo, menos en el pecado, y por eso mismo el hombre aprende en Él cómo vivir según

<sup>351</sup> Cf. *ibid.* Aud. gral. del 9 de enero de 2013: *Se hizo hombre*, 43-49. «Los Padres de la Iglesia han comparado a Jesús con Adán, hasta definirle “segundo Adán” o el Adán definitivo, la imagen perfecta de Dios. Con la Encarnación del Hijo de Dios tiene lugar una nueva creación, que dona la respuesta completa a la pregunta: “¿Quién es el hombre?”. Sólo en Jesús se manifiesta completamente el proyecto de Dios sobre el ser humano: Él es el hombre definitivo según Dios» (*ibid.* 45). «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. (...) Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación» (CVII, «*Gaudium et spes*», n. 22). Cf. también CEC, n. 359.

<sup>352</sup> «... así como Adán no reconoce que es creatura y quiere ponerse en el lugar de Dios, Jesús, el Hijo de Dios, está en una relación filial perfecta con el Padre, se abaja, se convierte en siervo, recorre el camino del amor humillándose hasta la muerte de cruz, para volver a poner en orden las relaciones con Dios. La Cruz de Cristo se convierte de este modo en el nuevo árbol de la vida» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 179).

<sup>353</sup> Cf. *ibid.* Aud. gral. del 9 de enero de 2013: *Se hizo hombre*, 43-49.

<sup>354</sup> Cf. *ibid.* Aud. gral. del 16 de enero de 2013: *Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, 80-87.

<sup>355</sup> *Ibid.* Audiencia general del 9 de enero de 2013: *Se hizo hombre*, 44. A partir de la Encarnación el hombre no puede vivir de espaldas a ella, como si no hubiera ocurrido (cf. JUAN PABLO II, «Carta Encíclica “*Fides et Ratio*”», n. 14).

<sup>356</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 44.

<sup>357</sup> *Ibid.*, 45.

Dios, mostrando que la fe afecta a toda nuestra vida, no sólo a la cabeza y al corazón, y que toda nuestra vida se puede vivir en amistad con Dios, que la vida humana cara a Dios no es una utopía<sup>358</sup>.

En Jesús se nos muestra el proyecto de Dios para con el hombre, iniciado en la creación, en el *Génesis*. Por eso, el Antiguo Testamento habrá que contemplarlo a la luz del Nuevo para descubrir el proyecto de Dios para cada persona individual. «En aquel niño, el Hijo de Dios que contemplamos en Navidad, podemos reconocer el rostro auténtico, no sólo de Dios, sino el auténtico rostro del ser humano. Sólo abriéndonos a la acción de su gracia y buscando seguirle cada día, realizamos el proyecto de Dios sobre nosotros, sobre cada uno de nosotros»<sup>359</sup>.

### **b) El hombre sin Dios**

Dios es la verdad y, por tanto, es el único que puede aportar sentido a la existencia. Por esto, el hombre sin Dios se extravía. Y por ser la verdad, también es el verdadero fundamento de la libertad, así que «en el Evangelio se inaugura un nuevo humanismo, una auténtica “gramática” del hombre y de toda la realidad»<sup>360</sup>.

Dios, que sabe que el hombre le necesita, no va a dejar de darle siempre la gracia necesaria para que crezca y viva de acuerdo con el proyecto que tiene para él, y así pueda obtener la plenitud<sup>361</sup>; y aunque a veces haya grandes dificultades y parezca que Dios no escucha, o ni siquiera existe, el hombre siempre podrá encontrar en Cristo respuestas a sus interrogantes más profundos, a veces, ciertamente, desconcertantes.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada” (2 *Ts* 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. (...) La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. *Col* 1, 24), son preludeo de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe»<sup>362</sup>.

<sup>358</sup> Cf. *ibid.*, 43-49; 47.

<sup>359</sup> *Ibid.*, 47.

<sup>360</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632; 630. Cristo, con su vida, nos muestra qué es lo que tiene verdadera importancia. La gran tentación de la humanidad es suplantar a Dios, hacerle superfluo, suprimirle de nuestra existencia. Pero Cristo nos muestra que lo realmente importante es la vida eterna y el alimento necesario para obtenerla; que es más importante el camino de la cruz, el amor y la humildad al del poder; que Dios es el Señor de todo y no tiene sentido que se someta al capricho del hombre. Cf. también, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de febrero de 2013: Las tentaciones de Jesús y la conversión por el Reino de los Cielos*, IX, 217; cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 178.

<sup>361</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 47.

<sup>362</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 15.



En resumen, por la fe Dios facilita al hombre reconocer la pequeñez de nuestra condición humana y la grandeza de Dios, que nos impulsa a fiarnos de Él, a fiarnos de su infinito amor al hombre, que le lleva a morir en la Cruz por él<sup>363</sup>. Esto no implica en absoluto renunciar a nuestra humanidad, sino que, por el contrario, supone llevarla a su plenitud<sup>364</sup>, por difícil que parezca. «¡Nada es imposible para Dios! Con Él nuestra existencia camina siempre sobre un terreno seguro y está abierta a un futuro de esperanza firme»<sup>365</sup>. Dios enseña al hombre a ser hombre, y le muestra también la necesidad que tiene el hombre de Dios<sup>366</sup>.

### ***C. En Jesucristo se sella la Nueva y Eterna Alianza***

La misión de Cristo se cumple especialmente en el misterio Pascual, donde nos muestra el Amor que Dios nos tiene y sella la Nueva Alianza:

«En este gran misterio, Jesús se manifiesta como la Palabra de la Nueva y Eterna Alianza: la libertad de Dios y la libertad del hombre se encuentran definitivamente en su carne crucificada, en un pacto indisoluble, válido para siempre. (...) Jesús mismo, en la última cena, en la institución de la Eucaristía, había hablado de “Nueva y Eterna Alianza”, establecida con el derramamiento de su sangre (cf. *Mt* 26, 28; *Mc* 14, 24; *Lc* 22, 20), mostrándose como el verdadero Cordero inmolido, en el que se cumple la definitiva liberación de la esclavitud»<sup>367</sup>.

El amor de Cristo es más fuerte que la muerte, y si nos unimos a Él, vencemos a la muerte con Él. Este misterio solo se entiende con la lógica del amor<sup>368</sup>. El misterio de nuestra salvación se corona en la muerte y resurrección de Cristo por el amor, con nuestra respuesta libre, nos abre las puertas a la felicidad completa y la llevamos a los demás cuando recibimos el bautismo por medio de la Iglesia<sup>369</sup>. Cristo no deja de atraer con su amor a todos los hombres de cada generación<sup>370</sup>.

<sup>363</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 170.

<sup>364</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “diseño de benevolencia”*, VIII, 2, 702-713; cf. MURPHY, J., *Christ our joy*, 113-38.

<sup>365</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 2 de enero de 2013: Fue concebido por obra del Espíritu Santo*, IX, 16.

<sup>366</sup> «El Sermón de la Montaña traza un cuadro completo de la humanidad auténtica. Nos quiere mostrar cómo se llega a ser hombre. Sus ideas fundamentales se podrían resumir en la afirmación: el hombre sólo se puede comprender a partir de Dios, y sólo viviendo en relación con Dios su vida será verdadera» (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 205). Cf. *ibid.*, “Las bienaventuranzas”, 159-82.

<sup>367</sup> «*Verbum Dominum*», n. 12.

<sup>368</sup> «Pero la clave de este misterio es el amor y sólo en la lógica del amor se puede acceder a él y comprenderlo de algún modo: Jesucristo resucita de entre los muertos porque todo su ser es perfecta e íntima unión con Dios, que es el amor realmente más fuerte que la muerte. (...) Él era uno con la Vida indestructible y, por tanto, podía dar su vida dejándose matar, pero no podía sucumbir definitivamente a la muerte: en concreto, en la última Cena anticipó y aceptó por amor su propia muerte en la cruz, transformándola de este modo en entrega de sí, en el don que nos da la vida, nos libera y nos salva» («Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 799).

<sup>369</sup> «Nuestra vocación y nuestra misión de cristianos consisten en cooperar para que se realice efectivamente, en la realidad diaria de nuestra vida, lo que el Espíritu Santo ha emprendido en nosotros con el bautismo: estamos llamados a ser hombres y mujeres nuevos, para poder ser auténticos testigos del Resucitado y de este modo portadores de la alegría y de la esperanza cristiana en el mundo, concretamente

En Cristo el hombre adquiere una nueva esperanza<sup>371</sup>, pues en Él obtenemos el anuncio de los bienes futuros y vemos con luz nueva el presente: «Cristo crucificado y resucitado, nuevo Adán, opone al río sucio del mal un río de luz»<sup>372</sup>, de modo que «Dios se ha manifestado en Cristo. Nos ha comunicado ya la “sustancia” de las realidades futuras y, de este modo, la espera de Dios adquiere una nueva certeza. Se esperan las realidades futuras a partir de un presente ya entregado»<sup>373</sup>. En el misterio Pascual se cumple todo lo anunciado y preparado en el Antiguo Testamento, cuando Jesús muere y resucita «según las Escrituras» (cf. 1 *Cor* 15, 3-4). Así, caduca la Antigua Alianza y comienza la Nueva y eterna, que nunca pasará y que abarca la eternidad. Con su muerte y resurrección, Cristo nos obtiene el gozo y la esperanza que busca todo hombre, se revela a sí mismo y con la fuerza del amor de la Trinidad aniquila las fuerzas destructoras de la muerte y el mal. El *Logos* creador pone los cimientos de la nueva creación. En Él está el centro de la Historia, el hombre halla su salvación, se restablece la unidad del creador y la creatura y se vuelven a unir la libertad humana y la divina<sup>374</sup>.

\* \* \*

En resumen, hoy se constata una insatisfacción generalizada de la persona que busca la felicidad y una verdad plena que responda a sus inquietudes más profundas; pero el hombre autónomo, cerrado a la trascendencia, con una mentalidad marcadamente relativista, no es capaz de alcanzar esas respuestas y alcanzar una verdad plena. Dios ama al hombre y desea atraerlo hacia Él para que participe en la comunión con su intimidad divina, alcance su plenitud y así obtenga la felicidad que ansía. Entonces Dios, a la vez que respeta de forma absoluta la libertad humana y sin pretender forzarla, toma la iniciativa –movido por la gracia–, ofrece al hombre el don de la fe, y busca que la persona descubra a Dios y colme sus anhelos de felicidad. Es una llamada divina al individuo que se presenta a cada uno de forma diversa; pero para facilitar su estudio la hemos sistematizado siguiendo el esquema de *Lumen fidei*, según explicamos en la “Introducción”.

El hombre de hoy se encuentra en un mundo que parece no necesitar a Dios: si existiera, se podría prescindir de Él. El Papa bávaro afirma, no obstante, que los anhelos de felicidad no colmados que encuentra la persona en su interior y el observar la alegría de la fe en los creyentes, pueden llevar al individuo actual a plantearse la cuestión de Dios. Benedicto XVI propone la apertura a la trascendencia para tratar de alcanzar la alegría que ofrece la fe.

en la comunidad de hombres y mujeres en la que vivimos» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 21). Ese amor mismo, que encuentra el hombre en él, es ya una gracia de Dios, pues así «el cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus sentimientos, su condición filial, porque se le hace partícipe de su Amor, que es el Espíritu. Y en este Amor se recibe en cierto modo la visión propia de Jesús» (*ibid.*).

<sup>370</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 7.

<sup>371</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 1-3, 35.

<sup>372</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 3 de diciembre de 2008: San Pablo - Adán y Cristo. Del pecado (original) a la libertad*, IV, 2, 756.

<sup>373</sup> «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 9.

<sup>374</sup> Cf. «*Verbum Domini*», n. 13.

El Papa alemán recuerda que la iniciativa en el recorrido de la fe siempre es de Dios que sale al encuentro del hombre. Al buscar a cada persona, Dios traza, en su *designio de benevolencia*, un trayecto por el que el individuo pueda descubrirle y recuperar la amistad perdida por el hombre tras el pecado original. Para esto, Él ofrece a cada hombre el don de la fe, para que éste pueda acceder a la intimidad divina. Y lo facilita a cada persona al concederle su gracia, al insinuarle su existencia –sin forzar su libertad– a través de la creación (el hombre y todas las cosas creadas) y por su propia auto-revelación, y al mostrarse como un Dios fiable. La gracia de Dios, específica para cada persona, hace que el itinerario hacia la fe sea peculiar para cada individuo. Dios atrae al hombre de forma individual a partir del mundo –la creación, la belleza–, de las inquietudes que encuentra el hombre en su interior –las ansias de felicidad, esperanza, amor, verdad–, y del testimonio de la fe –de la Iglesia, de los creyentes, de la revelación–. La persona intuye que las ansias de felicidad no satisfechas sólo pueden ser colmadas por Dios, y se podrá decidir a recorrer el camino hacia el descubrimiento de la verdad, de la felicidad.

Pero Dios, sobre todo, busca que cada hombre llegue al encuentro personal con Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, cumbre y centro de la revelación divina. Jesucristo es el *Logos*, que sale al encuentro de cada individuo; y la persona, con la ayuda de la gracia divina y de su recta razón, puede descubrir en Él a Dios mismo. En la Sagrada Escritura el hombre encuentra a Jesucristo, el verdadero rostro de Dios, el único que puede colmar esos deseos de felicidad de cada uno. Jesucristo muestra quién es Dios, quién y cómo es el hombre, y sella la nueva y definitiva Alianza entre Dios y el hombre. Además, la gracia hace que el hombre se sienta interpelado en este proceso y que, tras el descubrimiento de Dios, responda a esa llamada divina con el acto de fe. Benedicto XVI a lo largo de su Pontificado no ha dejado de recordar que a Dios no se llega solo por un razonamiento o por una decisión ética, sino a través del encuentro personal con Jesucristo, auspiciado por Dios con la ayuda de su gracia.



## CAPÍTULO II. RESPUESTA. DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA DE LA FE

### LA PERSONA RESPONDE A LA LLAMADA DE DIOS. CREER PARA COMPRENDER

En el presente capítulo acometemos la dimensión antropológica de la fe. En el capítulo anterior vimos cómo Dios toma la iniciativa, sale al encuentro del hombre y le ofrece el don de la fe. La persona entonces se ve interpelada y debe decidir, con total libertad, qué postura adopta al respecto: la “respuesta” que da<sup>1</sup>. Un acto humano de fe reclama, por parte del hombre, la existencia de una verdad, su reconocimiento de ella, y su libre adhesión. Así, hemos estructurado el presente capítulo: en la relación que existe entre la fe y la verdad; el acceso a la verdad, con ayuda de la fe, por medio del amor y de la razón; y la respuesta libre del hombre a la fe. Este es también el esquema que sigue el capítulo 2 de *Lumen fidei*, “Si no creéis, no comprenderéis”<sup>2</sup>.

Se puede considerar que Benedicto XVI aprovechó el discurso que hizo a la Curia romana<sup>3</sup>, a los pocos meses de ser elegido Papa, para mostrar, de forma *quasi-programática*, las preocupaciones que tenía para su pontificado<sup>4</sup>. En este discurso recuerda cómo Dios al bajar a la tierra, «nos interpela, nos invita a renacer en él para que, juntamente con él, podamos vivir eternamente en la comunión de la santísima Trinidad»<sup>5</sup>, y así aprender a dar sentido al sufrimiento y al dolor, a descubrir al Creador, a ponernos a la escucha de su revelación histórica, a tratarle en la Eucaristía. Para esto propone centrar el debate en la antropología, en consonancia con el Concilio Vaticano II<sup>6</sup>. Y lo explicita pidiendo que la Iglesia se interroge en torno a

---

<sup>1</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 10; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 512; cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 22, 33.

<sup>2</sup> Cf. *Ibid.*, nn. 23-36: Capítulo 2, “Si no creéis, no comprenderéis”.

<sup>3</sup> Cf. «Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», *AAS* 98 (2006), 40-53.

<sup>4</sup> Así lo propone el profesor Juan Luis Lorda, véase grabación, BLANCO SARTO, P. y LORDA, J. L., «Fe y razón en Joseph Ratzinger. 1. Juan Luis Lorda», 2015: [https://www.youtube.com/watch?v=ZzUSq\\_9L5VM](https://www.youtube.com/watch?v=ZzUSq_9L5VM). En cualquier caso, son cuestiones muy presentes en sus estudios anteriores, y aparecen también después, a lo largo de su Magisterio.

<sup>5</sup> «Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», 40.

<sup>6</sup> Cf. *ibid.*, 40-53. Este discurso lo realiza al hilo de los acontecimientos más significativos de ese año 2005: el fallecimiento de san Juan Pablo II, la JMJ de Colonia, la celebración del cuadragésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II y, lógicamente, su elección como sucesor de Pedro. Destaca aquí la actualidad que da al CVII, al que considera completamente vigente en su correcto desarrollo, dentro de una hermenéutica de la *reforma en la continuidad*. Se puede afirmar que encuadra su Pontificado en ese contexto histórico, dando plena validez y vigencia a las enseñanzas del último Concilio para solucionar las

ella misma y su fe, y a la relación entre Iglesia y edad moderna. Concreta esta preocupación en tres ámbitos: la relación entre fe y las ciencias modernas (que serán los dos primeros apartados de este capítulo; fe y verdad, y acceso a la verdad<sup>7</sup>); la relación entre la Iglesia y el Estado moderno (que no lo estudiaremos en este capítulo, sino que lo veremos dentro del marco de la sociedad y el bien común en el siguiente), y la relación entre la fe cristiana y las religiones del mundo (la fe que interpela al hombre, que abordamos en el tercer apartado de este capítulo). Al concluir su Pontificado se ha comprobado la gran importancia que el Papa otorgó a estos temas. En estas cuestiones son protagonistas la fe, la verdad, la razón y la libertad.

Benedicto XVI al hablar de la fe desde el punto de vista de la persona, se centra en el hombre de hoy (con sus circunstancias sociales y culturales) y en la capacidad del ser humano de alcanzar la verdad. Se puede afirmar que no le interesa el estudio abstracto y meramente académico de la fe y la verdad, el amor, la razón y la libertad. Le interesa, sobre todo, que cada persona actual alcance la felicidad, la plenitud anhelada, por medio del encuentro personal con Jesucristo. El Papa Benedicto XVI tiene un gran optimismo y confianza en el hombre<sup>8</sup>.

Hemos seguido utilizando en este capítulo como fuentes primarias las Encíclicas escritas por el pontífice; la Carta *Porta fidei* y las Catequesis del Año de la fe (citadas en la Introducción), y abundantes textos del Magisterio de Benedicto XVI. Destacamos algunos discursos por su especial relevancia y repercusión en torno a la fe, la razón y la verdad: Ratisbona, *La Sapienza*, sus palabras ante la Asamblea General de la Organización Naciones Unidas, en Westminster y en el Reichstag, y París<sup>9</sup>. Igualmente vuelve a estar presente su obra *Jesús de Nazaret*, y su entrevista *Luz del mundo*, aunque insistimos en que no son el objetivo primario de este trabajo. Como fuentes secundarias presentamos las mismas que en el anterior capítulo, con especial atención a la *Lumen fidei*, y hemos añadido algunos artículos y otras

---

necesidades actuales del hombre que busca respuestas en la fe de la Iglesia. Llama la atención el gran optimismo y la confianza de Benedicto XVI en la fe de la Iglesia para resolver la problemática del hombre. Y para hacerlo destaca cómo hay que afrontar la cuestión de la verdad, la fe y la razón y el diálogo con el estado moderno y con las otras religiones. Apuntaba: «ahora, este diálogo se debe desarrollar con gran apertura mental, pero también con la claridad en el discernimiento de espíritus que el mundo, con razón, espera de nosotros precisamente en este momento. Así hoy podemos volver con gratitud nuestra mirada al concilio Vaticano II: si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia» (*ibid.*, 52).

<sup>7</sup> En ese mismo discurso señalaba cómo, tras desencuentros históricos, confía en que es posible encontrar posibilidades de diálogo que ayuden a superar un relativismo que impide el acceso a la verdad, que afecta al «problema perenne de la relación entre la fe y la razón, que se vuelve a presentar de formas siempre nuevas» (*ibid.*, 51).

<sup>8</sup> Cf. «*Porta fidei*», nn. 10-15.

<sup>9</sup> «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», (2006); «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», (2008); «Viaje Apostólico a Francia: Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», *AAS* 100 (2008); «A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», (2008); «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», (2010); «Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», (2011).

monografías<sup>10</sup>. La bibliografía acerca del binomio fe-razón es muy extensa pues ha sido uno de los temas de estudio principales de Benedicto XVI en su pontificado<sup>11</sup> (y, también, antes<sup>12</sup>).

## 1. FE Y VERDAD

La persona, antropológicamente, busca necesariamente la verdad y la necesita como fundamento<sup>13</sup>, tal como hemos visto (cf. Cap. I, 2.B.c “*Amor y verdad se identifican*”). Por otra parte, la verdad no es fácil de alcanzar y, como consecuencia, el hombre ha negado muchas veces la posibilidad de acceso a una verdad universal, objetiva; o ha desistido en su intento por alcanzarla<sup>14</sup>. Ahora, vamos a profundizar

<sup>10</sup> Destacamos especialmente: BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger - Benedicto XVI*, 2012; id., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 2005; id., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 2013; id., *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI*, 2013; id., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 2013; id. *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 2012; FERNÁNDEZ LABASTIDA, F., *Tener fe en la razón: una reflexión de Benedicto XVI*, Pamplona, EUNSA, 2016; FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad: El antídoto de Benedicto XVI contra la dictadura del relativismo*, Rosario, Logos, 2011; id., *Al César lo que es del César: Benedicto XVI y la libertad*, Madrid: Rialp, 2012; IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 2008; ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 2009; NICHOLS, A., *The thought of pope Benedict XVI*, ; MURPHY, J., *Christ our joy*, 2008; GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI*, 2010.

<sup>11</sup> «Carta Encíclica “*Spe salvi*”»; «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”»; «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 107-14; «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 320-27; «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 721-30; «A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», 331-38; «Viaje apostólico al Reino Unido: Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall. City of Westminster», *AAS* 102 (2010), 635-39; «Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 663-69; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594; *ibid. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 628-632; *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 169-182, et al.

<sup>12</sup> Por citar solo algunas obras a modo de ejemplo, RATZINGER, J. y MESSORI, V., *Informe sobre la fe*, 2 ed. Madrid: BAC, 2005; RATZINGER, J. y SEEWALD, P., *Dios y el mundo*; IBID., *La sal de la tierra: cristianismo e Iglesia Católica ante el nuevo milenio: una conversación con Peter Seewald*, Madrid: Ediciones Palabra, 2005; *Cooperadores de la verdad*, Madrid: Rialp, 1991; *Una mirada a Europa: Iglesia y modernidad en la Europa de las revoluciones*, Madrid: Rialp, 1993; *La fe como camino: contribución al «ethos» cristiano en el momento actual*, Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias, 1997; *Ser cristiano en la era neopagana*, Madrid: Encuentro, 2002; *El cristiano en la crisis de Europa*, Madrid: Cristiandad, 2005; *Introducción al Cristianismo: lecciones sobre el credo apostólico*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2005; *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, en AGUIRRE, J. (ed.), Madrid: Ediciones Encuentro, 2006; *Verdad, valores, poder: piedras de toque de la sociedad pluralista*, 7ª ed Madrid: Rialp, 2012 et al.

<sup>13</sup> «Todos los hombres perciben el impulso interior de amar de manera auténtica; amor y verdad nunca los abandonan completamente, porque son la vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano. Jesucristo purifica y libera de nuestras limitaciones humanas la búsqueda del amor y la verdad, y nos desvela plenamente la iniciativa de amor y el proyecto de vida verdadera que Dios ha preparado para nosotros» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 1); cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 590; cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 107-14; cf. *CEC*, n. 33.

<sup>14</sup> Cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman»; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

en la visión de Benedicto XVI en torno a la percepción actual de la verdad y la respuesta que aporta la fe.

Hoy está muy extendida una visión intelectual racionalista-positivista que entiende que la única verdad accesible es la empírica-científica<sup>15</sup>: la que aportaría la razón humana por métodos científicos. Fuera de esta verdad, lo demás en cuanto realidades no mensurables científicamente (incluido Dios), quedaría en el ámbito del relativismo y la opinión. El único conocimiento válido reconocido sería el empírico<sup>16</sup>; pero este método no resuelve satisfactoriamente los grandes interrogantes del hombre<sup>17</sup>, y por tanto, no satisface al hombre<sup>18</sup>.

Benedicto XVI no se conforma con esa visión limitada de la verdad y afirma que la fe es fundamental a la hora de alcanzar la verdad. Busca recuperar que se reconozca hoy la conexión entre la fe y la verdad<sup>19</sup>. En el cristianismo la verdad es esencial<sup>20</sup> —el Papa emérito está convencido<sup>21</sup>— y además tiene certeza de la capacidad del hombre para alcanzar una verdad universal, absoluta<sup>22</sup>. La ciencia, en su sentido profundo, también debería aspirar a ella, sin conformarse con verdades parciales<sup>23</sup>. Y a la vez, piensa que es fundamental la relación fe-amor y fe-razón para

<sup>15</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn 18-23; cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 2, 69-77. «(...) queda sólo un relativismo en el que la cuestión de la verdad completa, que es en el fondo la cuestión de Dios, ya no interesa» (cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 27). Y, también: «Gran parte de la filosofía actual consiste realmente en decir que el hombre no es capaz de la verdad. Pero, visto de ese modo, tampoco sería capaz de ética» («Luz del mundo», 63).

<sup>16</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 70-78.

<sup>17</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

<sup>18</sup> «El ser humano se desarrolla cuando crece espiritualmente, cuando su alma se conoce a sí misma y la verdad que Dios ha impreso germinalmente en ella, cuando dialoga consigo mismo y con su Creador. Lejos de Dios, el hombre está inquieto y se hace frágil. La alienación social y psicológica, y las numerosas neurosis que caracterizan las sociedades opulentas, remiten también a este tipo de causas espirituales. Una sociedad del bienestar, materialmente desarrollada, pero que oprime el alma, no está en sí misma bien orientada hacia un auténtico desarrollo» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 76); cf. FERNÁNDEZ LABASTIDA, F., *Tener fe en la razón*, 13-30, Capítulo I, “¿Existe todavía espacio para la verdad? ”; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 160-61, “*Verdad y amor*”. La renuncia a la verdad defrauda, deja vacío e insatisfacción.

<sup>19</sup> Cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 15-18; cf. TORRES-PARDO, JOSÉ LUIS CR., *La luz brilla en las tinieblas. El pensamiento de Benedicto XVI. Teólogo - Prefecto - Vicario de Cristo*, Roldán: Cristo Rey, 2007, 45-78.

<sup>20</sup> «El hombre vive de la verdad y de ser amado, de ser amado por la Verdad», *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración. JROC*, VI/1, 322. La cuestión de la verdad está presente en otros muchos pasajes de esta obra, especialmente en “Jesús ante Pilato”, *ibid. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 525-538.

<sup>21</sup> Su lema episcopal es “colaborador de la verdad” (3 Jn 1, 8). Cf. también BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 174; cf. RATZINGER, J. y SEEWALD, P., *Dios y el mundo: Creer y vivir en nuestra época*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2002, 246-47.

<sup>22</sup> «es preciso tener la osadía de decir: sí, el hombre debe buscar la verdad, es capaz de la verdad», BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 64. Dedicó el capítulo 5 a “La dictadura del relativismo”.

<sup>23</sup> Tras la intervención del Rector de Ratisbona subrayaba: «la ética de la investigación científica —como ha aludido usted, Señor Rector Magnífico—, debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, expresar una actitud que forma parte de los rasgos esenciales del espíritu cristiano» («Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 735); cf. también «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 107-14; «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 642-45; BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 11-13.



llegar al acceso a la verdad: el *credo ut intelligam* de san Agustín<sup>24</sup>. Benedicto XVI ha puesto un gran esfuerzo en hacer ver a la sociedad actual que la Iglesia no es enemiga de la verdad, ni del conocimiento, ni de la razón: la propone y anima a su búsqueda<sup>25</sup>.

En este primer apartado del presente capítulo se recoge un breve diagnóstico de la percepción de la verdad y de su relación con la fe en la sociedad contemporánea (especialmente en el mundo occidental en el que se centra el Papa alemán por la influencia que ejerce en el resto del mundo). Primero estudiaremos la actual crisis de la verdad; y luego veremos la necesidad de mostrar el nexo profundo que existe entre la verdad y la fe para intentar restablecer las vías de acceso a esa verdad universal, absoluta, que hoy se presenta como inaccesible.

En *Lumen fidei* se recogen estas mismas ideas en el apartado “Si no creéis, no comprenderéis”<sup>26</sup>. La fe trasciende al hombre, pero, cuando la persona cree, esto le ayuda a comprender: pues fe y verdad no se oponen, como no se opone fe y razón.

### ***A. La actual crisis de la verdad. Dificultades en el acceso a la verdad***

El Papa emérito ha abordado en numerosas ocasiones a lo largo de su pontificado la crisis actual de la verdad. El pensamiento relativista que se ha impuesto en gran parte de la sociedad hace que muchas personas piensen que es imposible el acceso –ni desde el amor, ni desde la razón, ni desde la fe– a una verdad objetiva universal. Desde el inicio de la modernidad se ha asentado el pensamiento relativista, que ha evolucionado hasta el actual empirismo tecnicista caracterizado por una concepción de la libertad completamente autónoma. Un antropocentrismo subjetivista, la relegación de Dios, la pérdida de la noción de naturaleza humana y la desorientación de la libertad conforman esta crisis de la verdad<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones nuevos*, 43, 9; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. And. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 133; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 22-23.

<sup>25</sup> Por citar sólo un ejemplo, en sus palabras destinadas a la Universidad de *La Sapienza*, en Roma, recordaba una de las obligaciones de la Iglesia: «no debe tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que sólo puede ser donada en libertad. Más allá de su ministerio de Pastor en la Iglesia, y de acuerdo con la naturaleza intrínseca de este ministerio pastoral, tiene la misión de mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro» («Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 114).

<sup>26</sup> «De este modo, la cuestión del conocimiento de la verdad se colocaba en el centro de la fe (...). Puesto que Dios es fiable, es razonable tener fe en él, cimentar la propia seguridad sobre su Palabra» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 23).

<sup>27</sup> Algunas de las intervenciones más destacadas de Benedicto XVI al respecto son: «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 107-14; «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 721-30; «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 635-39; «Visita

Benedicto XVI señala la *auto-limitación moderna de la razón*<sup>28</sup> como la causa que está en la raíz de la imposibilidad de alcanzar la verdad: la razón excluye, por decisión propia, como herramientas de apoyo eficaz en la búsqueda de la verdad, a la fe y al amor. Así hay una imposibilidad práctica intelectual de llegar a la verdad, pues al romper el nexo fe-verdad, amor-verdad y, por tanto, razón-verdad, se cortan los caminos que conducen a esa verdad objetiva y universal. Esta *autolimitación de la razón* lo considera consecuencia del pensamiento de Kant (1724-1804) en sus “críticas”, que evolucionó más tarde hacia el cientificismo. La consecuencia ha sido la transformación del concepto de razón. «Este concepto moderno de la razón se basa, por decirlo brevemente, en una síntesis entre platonismo (cartesianismo) y empirismo, una síntesis corroborada por el éxito de la técnica»<sup>29</sup>. Esto ha derivado en que hoy únicamente se considera verdadera ciencia al método científico positivista. Incluso las disciplinas humanísticas han tratado de adaptarse a este método, como por ejemplo la historia, la filosofía o la psicología. Ni la religión, ni la ética, ni los principales interrogantes del hombre pueden hallar fundamentación en este esquema de ciencia, y así quedará declarado su destierro al ámbito de lo subjetivo. Tendrá que ser cada individuo el que decida lo que a él le parece admisible, y así se perderá la posibilidad de fijar unos criterios objetivos comunes que fundamenten una sociedad y una ética<sup>30</sup>. En la práctica se impide el acceso del hombre a una verdad única, objetiva: se impone la ya citada *dictadura del relativismo*<sup>31</sup>. Se desvinculan la verdad y la fe, la verdad y la razón; y esto hará que aparezcan

al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 663-69; Cf. también IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 126-29; cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 36.

<sup>28</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38. En ese discurso de Ratisbona el Papa alemán explica cómo a lo largo de la Historia se puede decir que ha habido un proceso de deshelenización de la fe en distintas fases. Así, poco a poco, se habría visto amenazada la riqueza que aportó el helenismo al inicio del cristianismo, y que Benedicto XVI considera una cuestión providencial – prevista por Dios– y absolutamente esencial para la fe cristiana. Este proceso habría desembocado en la actual separación fe-verdad, y fe-razón; y en último término en el actual relativismo e imposibilidad práctica intelectual de acceso a la verdad objetiva. El proceso de deshelenización, según Benedicto XVI, habría comenzado en la Baja Edad Media con Duns Scoto con su explicación del arbitrio divino y su afirmación de que únicamente podemos conocer la que denominó *voluntas ordinata* de Dios. Después se habrían sucedido tres deshelenizaciones. La primera sería la nominalista, que surge con la Reforma, reclama la *sola Scriptura*, y reduce la fe a la “razón práctica” kantiana: la renuncia a la razón para dejar espacio a la fe. La segunda habría llegado con la *teología liberal* de los ss. XIX y XX, y su principal exponente sería Adolf von Harnack (1851-1930), que también tuvo influjo en la teología católica por medio de Blaise Pascal con su separación del Dios de los filósofos y el Dios de los cristianos: se ahonda en la división fe-razón. Se llega a una reducción de la razón en la síntesis del platonismo cartesiano y el empirismo científico: lo único verdadero es aquello que se puede someter al método científico, y lo demás pasa a ser subjetivo, como la ética. La tercera deshelenización que describe sería la del actual historicismo que propone que el helenismo inicial del cristianismo fue una inculturación de las muchas posibles, y que ahora hay que desecharlo, para proceder a nuevas inculturaciones de la fe en las distintas sociedades. Hoy habría que purificar el Evangelio de sus elementos helenísticos, de tal modo que la razón quedaría desterrada. El resultado global ha sido que se ha socavado la confianza en la razón para alcanzar la verdad, con lo que se cercena un camino muy importante en el acceso a la verdad, y se abre el camino a numerosas patologías de la religión y de la misma razón.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 734.

<sup>30</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 16-17.

<sup>31</sup> Cf. BENEDICTO XVI, «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Al César lo que es del César*, 39-66; cf. FERNÁNDEZ LABASTIDA, F., *Tener fe en la razón*, 31-60 Capítulo II, «Las transformaciones de la verdad»; cf. BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, *La gran dictadura: Anatomía del relativismo*, Madrid: Rialp, 2011.

distintas *patologías* (tal como las ha nombrado Benedicto XVI), tanto en la fe como en la razón<sup>32</sup>.

El Papa de Baviera acepta el compromiso con la modernidad, pero no se acomoda a ella, sino que busca la verdad auténtica<sup>33</sup>, y para esto, lo primero que hace es determinar la problemática de la cuestión y mostrar las consecuencias de la separación fe-verdad y razón-verdad.

### a) *Separación fe-verdad*

Si atendemos a las *patologías* que puede sufrir la fe al verse desconectada de la verdad, destacan el fideísmo y el sentimentalismo irracional. Ambas posturas han sido rechazadas por la tradición católica. El fideísmo es la postura de la voluntad que cree contra la razón, por pensar que la razón es incapaz de alcanzar la verdad o porque considera que es irrelevante buscar la conexión<sup>34</sup>. En el dicho clásico se expresa: “*credo quia absurdum*”, pero «Dios no es absurdo, sino que es misterio. El misterio, a su vez, no es irracional, sino sobreabundancia de sentido, de significado, de verdad. Si, contemplando el misterio, la razón ve oscuridad, no es porque en el misterio no haya luz, sino más bien porque hay demasiada»<sup>35</sup>. El hombre puede acceder a la verdad porque Dios condesciende con él: «Dios, con su gracia, ilumina la razón, le abre horizontes nuevos, inconmensurables e infinitos. Por esto la fe constituye un estímulo a buscar siempre, a nunca detenerse y a no aquietarse jamás en el descubrimiento inexhausto de la verdad y de la realidad. (...) La fe católica es, por lo tanto, razonable y nutre confianza también en la razón humana»<sup>36</sup>.

El sentimentalismo irracional<sup>37</sup>, por la propia naturaleza voluble de los sentimientos deja una fe huera: «Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la

<sup>32</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 727. «El sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera admisible en el ámbito religioso y la “conciencia” subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética. Pero, de este modo, el *ethos* y la religión pierden su poder de crear una comunidad y se convierten en un asunto totalmente personal. La situación que se crea es peligrosa para la humanidad, como se puede constatar en las patologías que amenazan a la religión y a la razón, patologías que irrumpen por necesidad cuando la razón se reduce hasta el punto de que ya no le interesan las cuestiones de la religión y de la ética. Lo que queda de esos intentos de construir una ética partiendo de las reglas de la evolución, de la psicología o de la sociología, es simplemente insuficiente» («Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 734).

<sup>33</sup> «Para Ratzinger, una cosa es el compromiso con la modernidad y otra muy distinta, la acomodación a ella» (ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 256).

<sup>34</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 3; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 630-631.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 630.

<sup>36</sup> *Ibid.*, 629-630.

<sup>37</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 4; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 593-594; cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 108-9: el sentimiento en la fe y el sentimentalismo, dentro de la teología, se vieron muy influidos por el liberalismo protestante abanderado por Schleiermacher: en su oposición a Kant trata de sustentar la religión en la experiencia personal de lo infinito. Como resultado se ahondó, más todavía, en la brecha entre fe y razón que había abierto Kant.

convivencia social, pero marginales. De este modo, en el mundo no habría un verdadero y propio lugar para Dios. Sin la verdad, la caridad [la fe] es relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado. Queda excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal, en el diálogo entre saberes y operatividad»<sup>38</sup>. El sentimentalismo reduce la fe al ámbito privado y la deja a merced del pragmatismo<sup>39</sup>; en *Lumen fidei* se afirma que la fe sería un «sentimiento hermoso, que consuela y entusiasma, pero dependiendo de los cambios en nuestro estado de ánimo o de la situación de los tiempos, e incapaz de dar continuidad al camino de la vida»<sup>40</sup>. Solo la fe unida a la verdad puede dar una luz que ilumine y sustente la existencia. No obstante, no hay que confundir el sentimentalismo con el conocimiento cierto que aporta el amor, que veremos un poco más adelante<sup>41</sup>.

### **b) Separación razón-verdad**

Algunas *patologías* que aparecen con la desconexión de la razón con la verdad, no dejan de ser evoluciones de la *auto-limitación de la razón* en la modernidad. Entre ellas están –sin pretender ser exhaustivos, pues hay muchas ramificaciones con sus respectivos matices– el relativismo, el empirismo y el tecnicismo, y el indiferentismo ateo.

El relativismo, la “subjetivación” de la verdad, equivale a la renuncia a la verdad. Como su nombre indica, relativiza toda verdad que no sea empírica, bien por desentenderse de ella, bien por rechazarla<sup>42</sup>. Tiene múltiples consecuencias prácticas, personales y sociales, puesto que «el relativismo lleva a no tener puntos firmes; sospecha y volubilidad provocan rupturas en las relaciones humanas, mientras que la vida se vive en el marco de experimentos que duran poco, sin asunción de responsabilidades»<sup>43</sup>.

Este relativismo, tiene una primera consecuencia antropológica en la ética, pues excluye que cualquier principio moral sea válido y vinculante por sí mismo<sup>44</sup>. También se deforma el concepto de la naturaleza humana, lo cual tendrá

<sup>38</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 4.

<sup>39</sup> Cf. *ibid.*

<sup>40</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 24.

<sup>41</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 593-594. Los sentimientos son volubles por su propia naturaleza; el amor es estable, es fundamento (cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 27).

<sup>42</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 2; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 182-85, “*La renuncia a la verdad*”; cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 11-14, Capítulo I. “El relativismo como crisis de la verdad”. Quizás esté tan extendida esta visión relativista, como apunta el profesor Fazio, por extrapolar el hombre una evidencia: la mayoría de las cuestiones son relativas, y además tienen una porción de verdad; aunque esto es una visión reductiva, pues a la vez se obvía que hay verdades inalienables para el hombre, las recogidas en su naturaleza, en la ley natural (cf. p. 13).

<sup>43</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 459.

<sup>44</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 798.

consecuencias directas e inmediatas, también en la educación<sup>45</sup>: para educar es preciso tener claro quién es el hombre, y obviamente «una visión relativista de dicha naturaleza plantea serios problemas a la educación, sobre todo a la educación moral»<sup>46</sup>. La educación afecta directamente a la moral y esto compromete la existencia de cada individuo y de la sociedad en su totalidad<sup>47</sup>.

El Papa alemán se pregunta si la verdad puede regir el ámbito del orden social y político, o si al ser inaccesible se debe abdicar de ella en favor de la tradición y el consenso<sup>48</sup>. Pero si la verdad no cuenta y la justicia se tiene que basar en el consenso y en las mayorías, lo que en algunos casos puede ser válido, se corren grandes riesgos, tal como recuerdan algunos regímenes totalitarios que alcanzaron el poder de forma democrática, como el nazismo<sup>49</sup>. Además, en el plano social-cultural, el relativismo cultural provoca la imposibilidad de diálogo entre distintos grupos y la verdadera integración<sup>50</sup>. Sin una verdad objetiva, la sociedad corre nuevos riesgos de manipulación y sometimiento<sup>51</sup>. Igual que también pueden darse alteraciones del sentido de cuestiones importantes como la libertad religiosa<sup>52</sup>, que puede pasar a entenderse como una consecuencia del relativismo (al no poderse alcanzar la verdad, tendría igual valor e importancia cualquier tipo de religión), en vez de como una

---

<sup>45</sup> «En este horizonte relativista, los fines de la educación terminan inevitablemente por reducirse. Se produce lentamente un descenso de los niveles. Hoy notamos una cierta timidez ante la categoría del bien y una búsqueda ansiosa de las novedades del momento como realización de la libertad. Somos testigos de cómo se ha asumido que cualquier experiencia vale lo mismo y cómo se rechaza admitir imperfecciones y errores. Es especialmente inquietante la reducción de la preciosa y delicada área de la educación sexual a la gestión del “riesgo”, sin referencia alguna a la belleza del amor conyugal» («*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 325).

<sup>46</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 61.

<sup>47</sup> Benedicto XVI muestra cómo las consecuencias de una moral relativista afectan a la persona en su totalidad. Una moral relativista, al no haber una verdad objetiva en torno al hombre ni tener puntos firmes de fundamentación, facilita una degradación moral, que se constata habitualmente en formas de vida hedonistas y consumistas que conducen muchas veces a la explotación humana, como sucede en el turismo sexual, o en la explotación de pueblos y sus recursos materiales. Acabará por afectar de forma negativa a la justicia social y provoca falta de solidaridad. Cf. *Ibid.*

<sup>48</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 531.

<sup>49</sup> «Para gran parte de la materia que se ha de regular jurídicamente, el criterio de la mayoría puede ser un criterio suficiente. Pero es evidente que, en las cuestiones fundamentales del derecho, en las cuales está en juego la dignidad del hombre y de la humanidad, el principio de la mayoría no basta: en el proceso de formación del derecho, una persona responsable debe buscar los criterios de su orientación. (...) Basados en esta convicción, los combatientes de la resistencia actuaron contra el régimen nazi y contra otros regímenes totalitarios, prestando así un servicio al derecho y a toda la humanidad. Para ellos era evidente, de modo irrefutable, que el derecho vigente era en realidad una injusticia. Pero en las decisiones de un político democrático no es tan evidente la cuestión sobre lo que ahora corresponde a la ley de la verdad, lo que es verdaderamente justo y puede transformarse en ley. Hoy no es de modo alguno evidente de por sí lo que es justo respecto a las cuestiones antropológicas fundamentales y pueda convertirse en derecho vigente. A la pregunta de cómo se puede reconocer lo que es verdaderamente justo, y servir así a la justicia en la legislación, nunca ha sido fácil encontrar la respuesta y hoy, con la abundancia de nuestros conocimientos y de nuestras capacidades, dicha cuestión se ha hecho todavía más difícil» («Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 663-69). Y, también: «qué destructivas pueden ser las mayorías nos lo ha mostrado la historia reciente, por ejemplo, en sistemas como el nazismo y el marxismo, los cuales han estado particularmente en contra también de la verdad» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Mujer del mundo*, 64).

<sup>50</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 22-24.

<sup>51</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 26.

<sup>52</sup> Cf. WALSH, D. en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 152-56.

necesidad social e histórica metafísica ligada a la legítima libertad de cada persona<sup>53</sup>. Si no hay una verdad objetiva: «Sorprende la selección arbitraria de aquello que hoy se propone como digno de respeto. Muchos, dispuestos a escandalizarse por cosas secundarias, parecen tolerar injusticias inauditas»<sup>54</sup>, y acaba siendo justificable todo: manipulación de la vida, abuso de poder, manipulación informativa...<sup>55</sup>. Benedicto XVI alerta de cómo el actual «relativismo intelectual y moral amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad»<sup>56</sup>.

El relativismo está tan extendido que gran parte de la sociedad no concibe otra visión, y plantea una oposición intransigente a cualquier disensión a ella<sup>57</sup>. Como oposición a esta intransigente *dictadura del relativismo*<sup>58</sup>, el Papa alemán reclama desterrar la *auto-limitación de la razón* y redescubrir la auténtica razón: «es muy importante que nos opongamos a semejante reclamo absoluto, a un tipo determinado de “racionalidad”. No se trata, en efecto, de la razón misma, sino de la restricción de la razón a lo que se puede reconocer mediante la ciencia natural. Y al mismo tiempo de la marginación de todo aquello que vaya más allá de ella»<sup>59</sup>. Y este redescubrimiento de la verdad es urgente, porque, además, cuando desaparece la verdad, como consecuencia del relativismo, impera el pragmatismo de unos pocos que se imponen a los demás<sup>60</sup>.

El tecnicismo es consecuencia y evolución del pensamiento relativista. Surge de «una nueva oleada de ilustración y de laicismo, por la que sólo sería racionalmente válido lo que se puede experimentar y calcular, mientras que en la práctica la libertad individual se erige como valor fundamental al que todos los demás deberían someterse»<sup>61</sup>. El desarrollo tecnológico ha alimentado la sensación de autosuficiencia de la técnica, y el hombre se pregunta el *cómo*, no los *porqués* de las cosas. El riesgo es que la técnica, que en principio es un instrumento de la libertad humana, se convierta en una ideología que no permita al hombre la búsqueda de la verdad<sup>62</sup>: «El absolutismo de la técnica tiende a producir una incapacidad de percibir todo aquello que no se explica con la pura materia»<sup>63</sup>. Conlleva, como consecuencia,

<sup>53</sup> Cf. «Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», 51.

<sup>54</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 75.

<sup>55</sup> Cf. *ibid.* especialmente nn. 72-75. Cf. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 20-22.

<sup>56</sup> Cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 643; cf. TWOMEY, V., *Pope Benedict XVI: the conscience of our age. A theological portrait*, San Francisco: Ignatius Press, 2007, 127-30.

<sup>57</sup> «La realidad es de hecho tal que se presentan determinadas formas de comportamiento y de pensamiento como las únicas racionales y, por tanto, como las únicas adecuadas para los hombres. El cristianismo se ve así expuesto a una presión de intolerancia que, primeramente, lo caricaturiza -como perteneciente a un pensar equivocado, erróneo-, y después, en nombre de una aparente racionalidad, quiere quitarle el espacio que necesita para respirar» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 66).

<sup>58</sup> Cf. *ibid.*, Capítulo 5, “Dictadura del relativismo”, 63-72; cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, Capítulo IV, “La dictadura del relativismo”, 25-46.

<sup>59</sup> BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 66.

<sup>60</sup> «Digámoslo tranquilamente: la irredención del mundo consiste precisamente en la ilegibilidad de la creación, en la irreconocibilidad de la verdad; una situación que lleva necesariamente al dominio del pragmatismo y, de este modo, hace que el poder de los fuertes se convierta en el dios de este mundo» (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 532).

<sup>61</sup> «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 798.

<sup>62</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 70-77.

<sup>63</sup> *Ibid.*, n. 77.

una ética de corte relativista que permite la reducción del hombre y, como consecuencia, de Dios:

«Dios queda excluido de la cultura y de la vida pública, y la fe en Él resulta más difícil, entre otras razones, porque vivimos en un mundo que se presenta casi siempre como obra nuestra, en el cual, por decirlo así, Dios no aparece ya directamente, da la impresión de que ya es superfluo, más aún, extraño. En íntima relación con todo esto, tiene lugar una radical reducción del hombre, considerado un simple producto de la naturaleza, como tal no realmente libre y al que de por sí se puede tratar como a cualquier otro animal. Así se produce un auténtico vuelco del punto de partida de esta cultura, que era una reivindicación de la centralidad del hombre y de su libertad»<sup>64</sup>.

La consecuencia del tecnicismo es que se acaban confundiendo los fines con los medios, y queda como único criterio válido el propio beneficio, ya sea personal o institucional. Así, aunque parezca que la tecnificación aporta una garantía de ecuanimidad, al dejar de lado al hombre, provoca injusticias al relativizar el valor de las cosas o de las personas<sup>65</sup> y, sobre todo, lleva a la falta de esperanza<sup>66</sup>. Sin embargo, el tecnicismo no es capaz de dar explicación a la dimensión inmaterial y espiritual de la vida que todo hombre experimenta en sus relaciones de amor o de conocimiento. «Todo conocimiento, hasta el más simple, es siempre un pequeño prodigio, porque nunca se explica completamente con los elementos materiales que empleamos. En toda verdad hay siempre algo más de lo que cabía esperar, en el amor que recibimos hay siempre algo que nos sorprende»<sup>67</sup>. Por ello, el Papa bávaro apela a una sensibilidad capaz de captar ese *algo más* que la técnica no puede ofrecer, ya que el hombre es algo más que técnica, y su desarrollo no depende exclusiva, ni principalmente, de ella:

«Cuando el único criterio de verdad es la eficiencia y la utilidad, se niega automáticamente el desarrollo. En efecto, el verdadero desarrollo de la técnica tiende a producir una incapacidad de percibir todo aquello que no se explica con la pura materia. (...) La técnica atrae fuertemente al hombre, porque lo rescata de las limitaciones físicas y le amplía el horizonte. Pero la libertad humana es ella misma sólo cuando responde a esta atracción de la técnica con decisiones que son fruto de la responsabilidad moral»<sup>68</sup>.

Por último, queremos destacar, como derivación del relativismo, la “cerrazón ideológica” a Dios y el “indiferentismo ateo”, como los llama Benedicto XVI<sup>69</sup>. En el fondo, es dar la espalda a la verdad y negarse a buscarla por considerarla inalcanzable o inexistente. La consecuencia es que se vive de forma superficial

<sup>64</sup> «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 798-99.

<sup>65</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 71, 77. Algunas de las injusticias señaladas que acarrea el tecnicismo aislado del verdadero humanismo, son la manipulación de la vida (investigación con embriones, clonación, hibridación, fecundación in vitro, eutanasia, aborto), la paz y el desarrollo económico.

<sup>66</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 780.

<sup>67</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 77.

<sup>68</sup> *Ibid.*, n. 70.

<sup>69</sup> Cf. *ibid.* n. 78; cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Al César lo que es del César*, 103-6.

“como si Dios no existiera” (*etsi Deus non daretur*)<sup>70</sup>, y desemboca en un humanismo que excluye a Dios, un *humanismo inhumano* que termina degradando a la persona<sup>71</sup>.

### ***B. Recuperar la conexión de la fe con la verdad***

Es preciso mostrar la conexión auténtica entre fe y verdad para poder superar la actual crisis profunda de la verdad; y para ello, el hombre necesita abrirse a la fe<sup>72</sup>.

Desde la edad moderna se ha ido resquebrajando la íntima conexión de la fe con la verdad, hasta el punto de que hoy, con mucha frecuencia, se percibe la fe como independiente de la verdad, una cuestión de mera opinión, a-científica, o incluso contraria a la verdad<sup>73</sup>. La modernidad reconoce la ciencia como única vía válida en el acceso a la verdad, no la fe<sup>74</sup>. Por otro lado, nos podríamos plantear que, si Dios existe tendría que ceñirse a los parámetros de la ciencia, ser constatable; pero, ¿sería lógico que tuviera que someterse al método científico? Benedicto XVI afirma:

«Se trata, por tanto, de [si] Dios debe someterse a una prueba. Es “probado” del mismo modo que se prueba una mercancía. Debe someterse a las condiciones que nosotros consideramos necesarias para llegar a una certeza. (...) La arrogancia que quiere convertir a Dios en un objeto e imponerle nuestras condiciones experimentales de laboratorio no puede encontrar a Dios. Pues, de entrada, presupone ya que nosotros negamos a Dios en cuanto Dios, pues nos ponemos por encima de Él. Porque dejamos de lado toda dimensión del amor, de la escucha interior, y sólo reconocemos como real lo que se puede experimentar,

<sup>70</sup> «En nuestro tiempo se ha verificado un fenómeno particularmente peligroso para la fe: existe una forma de ateísmo que definimos, precisamente, “práctico”, en el cual no se niegan las verdades de la fe o los ritos religiosos, sino que simplemente se consideran irrelevantes para la existencia cotidiana, desgajados de la vida, inútiles. Con frecuencia, entonces, se cree en Dios de un modo superficial, y se vive “como si Dios no existiera” (*etsi Deus non daretur*). Al final, sin embargo, este modo de vivir resulta aún más destructivo, porque lleva a la indiferencia hacia la fe y hacia la cuestión de Dios» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 589).

<sup>71</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 78. En ese mismo punto, se señala: «Por tanto, la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano, que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios. La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa. Al contrario, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano. Solamente un humanismo abierto al Absoluto nos puede guiar en la promoción y realización de formas de vida social y civil —en el ámbito de las estructuras, las instituciones, la cultura y el *ethos*—, protegiéndonos del riesgo de quedar apresados por las modas del momento» (*ibid.*).

<sup>72</sup> «La revelación de Dios ofrece a cada generación la posibilidad de descubrir la verdad última sobre la propia vida y sobre el fin de la historia» («*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 324).

<sup>73</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

<sup>74</sup> «(...) sólo el tipo de certeza que deriva de la sinergia entre matemática y método empírico puede considerarse científica (...) este método en cuanto tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. (...) Si la ciencia en su conjunto es sólo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la “ciencia” entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo» (*Ibid.*, 734); también cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 78.



lo que podemos tener en nuestras manos. Quien piensa de este modo se convierte a sí mismo en Dios y, con ello, no sólo degrada a Dios, sino también al mundo y a sí mismo»<sup>75</sup>.

En la situación cultural presente de la llamada sociedad occidental, al desaparecer Dios desaparece la verdad, y al desaparecer el valor de la verdad se intenta hacer parecer superfluo a Dios<sup>76</sup>. Pero esto no satisface al hombre, y la persona experimenta que siguen sin ser colmados los más profundos anhelos humanos. El hombre intuye que sin una respuesta convincente a su hambre de verdad, al hambre de Dios, el hombre no se puede salvar<sup>77</sup>. El penúltimo Papa advierte de un peligro paradójicamente muy real: «Hoy, el peligro del mundo occidental —por hablar sólo de éste— es que el hombre, precisamente teniendo en cuenta la grandeza de su saber y de su poder, se rinda ante la cuestión de la verdad»<sup>78</sup>.

Una posibilidad de recuperar el acceso a la verdad es contemplar la opción de que la verdad, al proceder de Dios, trascienda al hombre. Entonces sería lógico que el hombre solo tuviera acceso a la verdad completa con la ayuda de la fe. Esto no implica que fe y verdad estén enfrentadas, pues que la verdad de Dios sobrepase al hombre no quiere decir que la fe sea irracional, ya que ambas tienen igual origen en el *Logos*, en Dios. En los siguientes subapartados vamos a ver cómo la fe y la verdad están íntimamente unidas; pero el hombre necesita de la fe para esquivar la *auto-limitación de la razón* que se ha impuesto a sí mismo al cerrarse a la trascendencia, para alcanzar la verdad plena. El Papa alemán pide a la universidad y a la sociedad, que con la ayuda de la fe no pierdan la valentía de buscar la verdad y fundar un auténtico humanismo abierto a la trascendencia.

Benedicto XVI tiene una gran confianza y optimismo en el hombre y en su razón, ayudada por la fe<sup>79</sup>: en Dios concurren la fe y la verdad; y reclama un humanismo cristiano que se deje guiar por la verdad como la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo humano, y que permita al hombre alcanzar esa verdad<sup>80</sup>:

«En nuestros días, cuando un relativismo intelectual y moral amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad, Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres a imagen y semejanza de Dios, fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas. En una palabra, estamos destinados a conocer a Cristo, que es “el camino, y la verdad, y la vida” (Jn 14,6)»<sup>81</sup>.

<sup>75</sup> *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 133-134.

<sup>76</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 723-28; cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “La Sapienza” de Roma», 107-14; cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 642-45

<sup>77</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de febrero de 2013: Las tentaciones de Jesús y la conversión por el Reino de los Cielos*, IX, 210-220.

<sup>78</sup> «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “La Sapienza” de Roma», 113.

<sup>79</sup> Cf. NICHOLS, A., *The theology of Joseph Ratzinger: an introductory study*, 1st printed Edinburg: T. & T. Clark, 1988, 240.

<sup>80</sup> Cf. «Carta Encíclica “Caritas in veritate”», n. 78.

<sup>81</sup> «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 643. Además, en esta intervención, destacó la pasión del beato Newman por la verdad, y sus intentos por mostrar la forma en

*Lumen fidei* lo expresa de la siguiente forma: «recuperar la conexión de la fe con la verdad es hoy aún más necesario, precisamente por la crisis de verdad en que nos encontramos (...) queda sólo un relativismo en el que la cuestión de la verdad completa, que es en el fondo la cuestión de Dios, ya no interesa»<sup>82</sup>.

### a) *Fe y verdad están íntimamente unidas. Relación ciencia-fe*

Una fe auténtica, en la plenitud de su significado, no puede existir sin estar necesariamente unida a la verdad; sería mera creencia vacía, sentimentalismo, o fideísmo<sup>83</sup>. La fe no salva si no tuviera su fundamento en la verdad; y, a la vez, la fe capacita al hombre para alcanzar la verdad universal, pues está íntimamente unida a ella. No obstante, es necesario que el hombre esté dispuesto a abrirse a su propia naturaleza espiritual, donde la persona encuentra su necesario desarrollo completo, pues sin el componente espiritual la persona se deshumaniza (ya que el hombre es espíritu y materia)<sup>84</sup>. Además, si la fe asegura que puede ayudar a alcanzar la verdad, y la ciencia no es capaz de responder a las cuestiones últimas del hombre con la profundidad que anhela, lo lógico sería dar una oportunidad a Dios y a la fe<sup>85</sup>.

Dios, por su esencia, no puede contradecirse, y por tanto no puede haber una verdad para Dios, y otra distinta para lo creado<sup>86</sup>; y al proceder toda la creación de Dios, del *Logos*<sup>87</sup>, su huella ha quedado en todo lo creado y en el hombre. La verdad es única, por lo que la verdad alcanzada por medio del conocimiento científico no puede ser contraria a la verdad que facilita la fe. Fe y verdad concuerdan en perfecta armonía, pues ambas confluyen en la verdad que procede del *Logos*<sup>88</sup>. En cambio, sí

que la fe facilita el acceso a ella: «Newman describe el trabajo de su vida como una lucha contra la creciente tendencia a percibir la religión como un asunto puramente privado y subjetivo, una cuestión de opinión personal» (*ibid.*).

<sup>82</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 25.

<sup>83</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 5; cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 3-4; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632; cf. «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 723-28; «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 721-30 et al.

<sup>84</sup> «El desarrollo [humano] conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 79).

<sup>85</sup> Cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 107-14; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 721-30; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 642-45.

<sup>86</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, IX, 210-220; cf. *Ibid. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, 169-82.

<sup>87</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, 230-37; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 107-14; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 721-30 et al.

<sup>88</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 121-32. El autor explica cómo este tema ha tenido gran protagonismo a lo largo de la vida de Benedicto XVI. El Papa alemán muestra el *Logos* como el Verbo eterno del Padre que se encarna por Amor, y a la vez, como la Verdad y como la Razón creadora.

es lógico y posible que la fe trascienda la ciencia, aunque no pueda, ni pretenda, contradecirla<sup>89</sup>. En ese contexto, la Iglesia presenta la fe como vía de acceso a la verdad, a través de Jesucristo: el *Logos*, la verdad, la razón que ha dejado su rastro en toda la creación y en el hombre. En el *Logos* se fundamenta la necesaria conexión fe-verdad, y el hombre es capaz de descubrir la verdad grande que salva: Dios<sup>90</sup>. La persona es capaz por su razón, ayudada por la fe, de alcanzar la verdad, a Dios mismo; por el amor y la razón<sup>91</sup>.

Abrirse a la fe no es ir contra la propia racionalidad (renunciar a la verdad, ni prescindir de la ciencia), ya que el objeto de la fe y la razón coincide: es la verdad objetiva que emana del *Logos* (la ciencia en su ámbito y método; y la fe en un espacio más ampliado). La cultura actual, en ocasiones, presenta la fe como limitadora de la legítima autonomía de la ciencia, pero Benedicto XVI explica que no es así en absoluto, sino que, al contrario, se da un nexo fecundo: la ciencia ayuda a comprender mejor la fe, pues aporta el método científico al esfuerzo por comprender las verdades de fe; y la fe, al tener una mayor profundidad en el acceso a la verdad, puede ayudar a realizar una investigación científica más profunda, y que ésta salvaguarde el bien del hombre en su sentido profundo<sup>92</sup>.

Benedicto XVI considera esencial al cristianismo la unión, que se dio desde el inicio, entre la fe cristiana y la razón griega. El cristianismo no puede prescindir de la verdad, ni de la razón. Los primeros cristianos no asumieron dócil e irracionalmente la fe, no nació al amparo de los mitos, o de una religiosidad incoherente: «la fe no pertenecía a las costumbres culturales, diversas según los pueblos, sino al ámbito de

---

Por tanto, en Él confluye Dios, el Amor, la verdad, la razón y el hombre. Cuando hablamos de que Dios existe, estamos afirmando que el *Logos* está no solo al final, sino también al principio, es el origen de todo, y en todo está su rastro. La razón humana es reflejo de la Razón divina, y Dios la hace capaz de descubrirle, a Él mismo, mediante su razón, inteligencia y amor, con ayuda de la fe que será su guía. El mundo proviene de la Razón y esa razón es una Persona con la que se puede tener un encuentro personal, y esa Persona es Amor. La Palabra es relación y comunión, es encuentro. El anterior pontífice explica este encuentro desde una óptica personalista. También defiende la *analogía entis*, como vía de acceso de la razón del hombre a Dios. En el cristianismo se dio desde el principio la unión de la fe con la razón helénica, de modo providencial y constitutivo; no hay contradicción entre fe y verdad, ni entre razón y fe, como veremos más adelante.

<sup>89</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 12; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de mayo de 2008: Romano el Meloda*, VIII, 2, 841-845; «Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», 40-53; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

<sup>90</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 78; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, IX, 210-220.

<sup>91</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 189-218; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 59-83.

<sup>92</sup> «(...) la fe, vivida realmente, no entra en conflicto con la ciencia; más bien coopera con ella ofreciendo criterios de base para que promueva el bien de todos, pidiéndole que renuncie sólo a los intentos que — oponiéndose al proyecto originario de Dios— pueden producir efectos que se vuelvan contra el hombre mismo. También por esto es razonable creer: si la ciencia es una preciosa aliada de la fe para la comprensión del plan de Dios en el universo, la fe permite al progreso científico que se lleve a cabo siempre por el bien y la verdad del hombre, permaneciendo fiel a dicho plan» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 630).

la verdad»<sup>93</sup>. La fe se alió desde el principio con la ciencia, con la razón, en una «actitud verdaderamente filosófica: mirar más allá de las cosas penúltimas y lanzarse a la búsqueda de las últimas, las verdaderas»<sup>94</sup>. La fe se presentó, en ese contexto, como una vía para alcanzar la verdad a partir del propio hombre: «lo más profundo del pensamiento y del sentimiento humano sabe en cierto modo que Él tiene que existir. Que en el origen de todas las cosas debe estar no la irracionalidad, sino la Razón creativa, no el ciego destino, sino la libertad»<sup>95</sup>. La fe guía a la razón cuando esta última pide más que la mera casualidad; si no hay casualidad y existe Dios y causalidad, la verdad estará anclada en Él, y la fe ayudará al acceso a la verdad<sup>96</sup>.

Se puede afirmar, que cualquier acción que a lo largo de la historia haya desprestigiado la posibilidad de un encuentro personal amoroso con Dios o la capacidad de la razón en el acceso a la verdad ha contribuido a la actual crisis de la verdad. Por tanto, para superar esta crisis es imprescindible volver a mostrar el necesario nexo indisoluble entre fe y verdad.

### **b) *El hombre necesita la fe para acceder a la verdad completa***

La fe es un don que permite el acceso a la verdad completa y absoluta, a Dios<sup>97</sup>. San Agustín, avalado por su propia experiencia, resumía la actitud del hombre que busca realmente la verdad como un “dejarse aferrar por la verdad”, tal como ha recordado con mucha frecuencia el Papa emérito<sup>98</sup>. Esa persona, necesariamente, estará abierta a la fe —que es un don, como ya vimos—, pues percibe que la necesita para alcanzar la verdad que persigue.

Si se entiende que la fe aporta al hombre un conocimiento más profundo que el que puede lograr por sus capacidades humanas, se comprende que no es contrario al hombre dar el paso de querer creer para comprender mejor<sup>99</sup>. Es más, al aceptar

<sup>93</sup> «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 722; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 119-23.

<sup>94</sup> «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 722.

<sup>95</sup> *Ibid.* Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 109-20.

<sup>96</sup> «La fe lleva a descubrir que el encuentro con Dios valora, perfecciona y eleva cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en el hombre. Es así que, mientras Dios se revela y se deja conocer, el hombre llega a saber quién es Dios, y conociéndole se descubre a sí mismo, su propio origen, su destino, la grandeza y la dignidad de la vida humana. La fe permite un saber auténtico sobre Dios que involucra toda la persona humana: es un “saber”, esto es, un conocer que da sabor a la vida, un gusto nuevo de existir, un modo alegre de estar en el mundo» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632); cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 5; cf. MURPHY, J., *Christ our joy*, 44-61.

<sup>97</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 631.

<sup>98</sup> A modo de ejemplo: «¿Qué es, por lo tanto, el acto de fe? Es la respuesta del hombre a la Revelación de Dios, que se da a conocer, que manifiesta su designio de benevolencia; es, por usar una expresión agustiniana, dejarse aferrar por la Verdad que es Dios, una Verdad que es Amor» (*ibid. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, 711); cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 52 y 53.

<sup>99</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

el nexo fe-verdad (“comprende para creer y cree para comprender”<sup>100</sup> de san Agustín<sup>101</sup>) también se comprueba la fecundidad de la relación virtuosa entre ciencia y fe<sup>102</sup>. La fe ayuda a alcanzar la verdad con un conocimiento más profundo e incisivo; y la razón ayuda a creer mejor y, humanamente, fundamentar mejor la fe.

«La fe permite un saber auténtico sobre Dios que involucra toda la persona humana (...) Este conocimiento de Dios a través de la fe no es por ello sólo intelectual, sino vital. Es el conocimiento de Dios-Amor, gracias a su mismo amor (...) Intelecto y fe, ante la divina Revelación, no son extraños o antagonistas, sino que ambos son condición para comprender su sentido, para recibir su mensaje auténtico, acercándose al umbral del misterio»<sup>103</sup>.

Por tanto, la actitud libre del hombre ante la fe y la verdad tendrá gran importancia, pero esto lo estudiaremos al hablar de la libertad.

Santo Tomás de Aquino definía la verdad como «*adaequatio intellectus et rei*»<sup>104</sup>, adecuación entre el entendimiento y la realidad. Al comentar esta sentencia, Benedicto XVI explicaba cómo la verdad se encuentra en el intelecto de Dios en sentido propio y verdadero, mientras que en el intelecto humano está en sentido propio y derivado. Por tanto, Dios es la verdad en sentido profundo y de Él procede la verdad; el mundo es verdadero en cuanto refleja a Dios<sup>105</sup>. El hombre sin Dios se encuentra desorientado y no es capaz de entender quién es<sup>106</sup>. Pero, por querer de Dios, y con ayuda de la fe —de la gracia—, el hombre tiene capacidad de acceder a la verdad. Benedicto XVI no duda en afirmar:

«La “crisis de verdad” contemporánea está radicada en una “crisis de fe”. Únicamente mediante la fe podemos dar libremente nuestro asentimiento al testimonio de Dios y reconocerlo como el garante trascendente de la verdad que Él revela. Una vez más, vemos por qué el promover la intimidad personal con Jesucristo y el testimonio comunitario de su verdad que es amor, es indispensable. (...) La verdad solamente puede encarnarse en la fe y la razón auténticamente humana, hacerse capaz de dirigir la voluntad a través del camino de la libertad»<sup>107</sup>.

<sup>100</sup> «A este respecto, son justamente célebres sus dos fórmulas (cf. *Sermones*, 43, 9) con las que expresa esta síntesis coherente entre fe y razón: *crede ut intelligas* (“cree para comprender”) —creer abre el camino para cruzar la puerta de la verdad—, pero también y de manera inseparable, *intellige ut credas* (“comprende para creer”), escruta la verdad para poder encontrar a Dios y creer» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 133).

<sup>101</sup> Cf. *Ibid. Audiencia general del 9 de enero de 2008: San Agustín (1)*, 41-48; cf. *ibid. Audiencia general del 16 de enero de 2008: San Agustín (2)*, 87-93; cf. *ibid. Audiencia general del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, 170-176; cf. *ibid. Audiencia general del 20 de febrero de 2008: San Agustín (4) - Las obras*, 270-279; cf. *ibid. Audiencia general del 27 de febrero de 2008: San Agustín (5) - Las conversiones de san Agustín*, 320-329; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632.

<sup>102</sup> Cf. *ibid. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 630.

<sup>103</sup> *Ibid.*, 629-630.

<sup>104</sup> TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *S. Thomae Aquinatis Summa Theologica*, I, q. 21, 2 c.

<sup>105</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 531-532.

<sup>106</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 78-79.

<sup>107</sup> «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 323.

Por tanto, el hombre puede acceder a la verdad completa, universal, objetiva –con la ayuda de la fe– a través del amor y de la razón, con el indispensable concurso de la libertad personal. En *Lumen fidei* se explica cómo la fe sin la verdad quedaría en una bella fábula sin capacidad de salvación del hombre, en la mera proyección de los deseos de felicidad del hombre, o en mero sentimentalismo irracional<sup>108</sup>, «en cambio, gracias a su unión intrínseca con la verdad, la fe es capaz de ofrecer una luz nueva (...) porque comprende la actuación de Dios, que es fiel a su alianza y a sus promesas»<sup>109</sup>.

## 2. ACCESO A UNA VERDAD GRANDE A TRAVÉS DE LA FE

La verdad no es una mera necesidad pragmática de la persona; es una necesidad existencial a la que debe tratar de acceder, a la que debe dar respuesta. Si el hombre reflexiona honradamente acerca de la verdad y el amor, llega a la misma conclusión que refiere la encíclica *Caritas in veritate*: «La verdad, y el amor que ella desvela, no se pueden producir, sólo se pueden acoger. Su última fuente no es, ni puede ser, el hombre, sino Dios, o sea Aquel que es Verdad y Amor»<sup>110</sup>. Y el hombre tiene acceso a esa verdad por la fe<sup>111</sup>, y será en la acogida libre de esa verdad y ese amor donde el hombre encuentre su felicidad y su verdadero desarrollo<sup>112</sup>. Y todo individuo tiene que decidir si busca esa verdad en Él –si se deja “aferrar por la verdad”<sup>113</sup>–, o la ignora.

En el acceso a la verdad influye la concepción antropológica que se tenga del hombre y la actitud personal de cada individuo (según veremos más adelante junto con la libertad): la acogida que implica la totalidad de la persona (ese *dejarse aferrar*) junto con la no *auto-limitación* apriorística del conocimiento humano. No es un camino fácil, como experimentó el beato Newman<sup>114</sup>.

La concepción antropológica que se tenga puede condicionar el acceso a la verdad, pues en ocasiones se confunde el alma humana y la verdad última del hombre en ese contexto, con la *psique* y el bienestar emotivo<sup>115</sup>. Se precisa

<sup>108</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 24.

<sup>109</sup> *Ibid.*

<sup>110</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 52.

<sup>111</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 457.

<sup>112</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 52.

<sup>113</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 711.

<sup>114</sup> «La vida de Newman nos enseña también que la pasión por la verdad, la honestidad intelectual y la auténtica conversión son costosas» («Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 643).

<sup>115</sup> «El problema del desarrollo está estrechamente relacionado con el concepto que tengamos del alma del hombre, ya que nuestro yo se ve reducido muchas veces a la *psique*, y la salud del alma se confunde con el bienestar emotivo» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 76). También: «Sin embargo, no faltan actitudes religiosas y culturales en las que no se asume plenamente el principio del amor y de la verdad, terminando así por frenar el verdadero desarrollo humano e incluso por impedirlo. El mundo de hoy está siendo atravesado por algunas culturas de trasfondo religioso, que no llevan al hombre a la comunión, sino

contemplar al hombre como individuo formado de alma y cuerpo, y estar dispuesto a referir la verdad del hombre a la verdad de Cristo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida –le respondió Jesús–; nadie va al Padre si no es a través de mí» (*Jn* 14, 6). «Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad»<sup>116</sup>.

La actitud de la persona que facilita su acceso a la verdad se manifestará en una disposición abierta a la acogida personal de la verdad con un concepto de razón no cerrada a la trascendencia. Respecto a la acogida personal de la verdad, la verdad afecta a la persona en su integridad, en su totalidad, no es sólo un acto intelectual. Benedicto XVI, al glosar la figura de Newman, afirma:

«Vio claramente que lo que hacemos no es tanto aceptar la verdad en un acto puramente intelectual, sino abrazarla en una dinámica espiritual que penetra hasta la esencia de nuestro ser. (...) Newman, igual que innumerables santos que le precedieron en el camino del discipulado cristiano, enseñó que la “bondadosa luz” de la fe nos lleva a comprender la verdad sobre nosotros mismos, nuestra dignidad como hijos de Dios y el destino sublime que nos espera en el cielo»<sup>117</sup>.

La verdad transforma a la persona y esa misma luz de la fe, después se transmitirá de forma coherente con el ejemplo de la propia vida<sup>118</sup>. En cuanto a la disposición del hombre hacia la trascendencia influirá decisivamente la confianza de la persona en la capacidad de la razón humana para alcanzar la verdad. Una *auto-limitación de la razón* cerrada a la trascendencia, que juzgase la religión como no racional, o sin conexión con la verdad, limitaría nuestra capacidad de escucha y respuesta. Hoy, el método científico de conocimiento –extendido por el positivismo científico a todos los ámbitos del saber– presenta la posibilidad de buscar la verdad en Dios como una especie de quimera intelectualmente poco seria. Pero la ciencia no lo aclara todo<sup>119</sup>, como por ejemplo por qué el mundo natural, que responde a unas leyes explicables por un método científico, no se responde con el saber empírico. La ciencia es insuficiente y el conocimiento científico debe recurrir a otras disciplinas que le ayuden en la profundización del saber, como la filosofía o la teología<sup>120</sup>: la fe y la razón se complementan, ya que la fe no es irracional. Si, realmente, se desecha la posibilidad de acceder a la verdad a través de Dios, el hombre auto-limita su razón<sup>121</sup>: «Occidente, desde hace mucho, está amenazado por esta aversión a los interrogantes fundamentales de su razón, y así sólo puede sufrir

---

que lo aíslan en la búsqueda del bienestar individual, limitándose a gratificar las expectativas psicológicas» (*Ibid.*, n. 55).

<sup>116</sup> «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 6.

<sup>117</sup> «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 643.

<sup>118</sup> Cf. *ibid.*, 642-45.

<sup>119</sup> Cf. Capítulo I, 2.B *La persona*.

<sup>120</sup> Benedicto XVI en diversas ocasiones a lo largo de su vida ha defendido la perfecta validez de la Teología como ciencia, rebatiendo algunas posturas positivistas. Cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 197-208; cf. BELLANDI, A., «Considerazioni sullo statuto epistemologico della teologia negli scritti di Joseph Ratzinger», *Vivens homo*, 6 (1995), 45-46, 48ss.

<sup>121</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 732-38.

una gran pérdida»<sup>122</sup>, y no quiere entender que hay cuestiones que escapan del ámbito del saber empírico.

Por tanto, Benedicto XVI afirma que una persona con una concepción antropológica correcta (que busque la verdad sin dejarse engañar por el bienestar aparente), con una disposición valiente en la acogida personal de la verdad y con honestidad intelectual (que no se imponga apriorísticamente una *auto-limitación* de su razón que le cierre el camino a la trascendencia) puede acceder a la verdad grande, objetiva, plena, universal. Y lo hará con ayuda de la fe, por el conocimiento que aporta el amor y por la razón, y en último término por el encuentro personal con Jesucristo<sup>123</sup>.

La fe facilita al hombre el conocimiento de la verdad fundamentalmente por dos caminos: a través del conocimiento que aporta el amor en el hombre y, por otro lado, por el saber que puede alcanzar con la razón humana<sup>124</sup>.

### ***A. Amor y conocimiento de la verdad. Escucha y visión***

Todos los hombres tienen experiencia de un cierto conocimiento que no procede exclusivamente de la inteligencia, es el conocimiento aparejado con el amor<sup>125</sup>. Lógicamente, este modo de conocimiento a través del amor no es incompatible con la inteligencia, es complementario: «El saber nunca es sólo obra de la inteligencia. (...) No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor»<sup>126</sup>. Ir más allá de la razón no significa prescindir de ella, ni contradecirla, ya que «las exigencias del amor no contradicen las de la razón. El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre»<sup>127</sup>.

Pero para ello, son precisos unos ojos nuevos, no exclusivamente racionalistas, abiertos a la verdad, que compatibilicen amor e inteligencia<sup>128</sup>. Este

<sup>122</sup> *Ibid.*, 737.

<sup>123</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 30; «Ratzinger sostiene que el *ethos* del cristianismo debe consistir en el amor y la razón que convergen uno y otro como pilares en los que se apoya a la realidad» (ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 120).

<sup>124</sup> Cf. «Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae», 320-27; «Ratzinger se ha interesado igualmente en el tema de que Dios es amor, en la relación entre la fe y el amor; así como entre la fe y la razón» (ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 22). Y no sólo es válido para los creyentes, sino también para todos los hombres que realmente buscan con interés la verdad: «Las personas que no se conforman con la realidad existente ni sofocan la inquietud del corazón, esa inquietud que remite al hombre a algo más grande y lo impulsa a emprender un camino interior como los Magos de Oriente que buscan a Jesús, la estrella que muestra el camino hacia la verdad, hacia el amor, hacia Dios. Son personas con una sensibilidad interior que les permite oír y ver las señales sutiles que Dios envía al mundo y que así quebrantan la dictadura de lo acostumbrado» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 175).

<sup>125</sup> Según Rowland, esta relación epistemológica entre verdad y amor, es la faceta en la que Benedicto XVI se muestra más agustiniano. Cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 32.

<sup>126</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 30.

<sup>127</sup> *Ibid.*

<sup>128</sup> «El absolutismo de la técnica tiende a producir una incapacidad de percibir todo aquello que no se explica con la pura materia. Sin embargo, todos los hombres tienen experiencia de tantos aspectos inmateriales y



conocimiento a través del amor en el hombre, en último término, es imagen del que se da en Dios, que es Amor y Verdad. «En todo conocimiento y acto de amor, el alma del hombre experimenta un “más” que se asemeja mucho a un don recibido, a una altura a la que se nos lleva».<sup>129</sup> El Espíritu Santo es el que otorga el amor al hombre con la gracia, y lo conduce a la verdad plena<sup>130</sup>.

Para alcanzar este conocimiento es importante desarrollar la capacidad de escucha y de visión que otorgan la fe y el amor. Los santos son el paradigma de personas que han adquirido un conocimiento verdaderamente profundo, que no tiene por qué ser científicamente enciclopédico, pero que es la verdadera sabiduría<sup>131</sup>: «los que viven en y por la verdad instintivamente reconocen lo que es falso y, precisamente como falso, perjudicial para la belleza y la bondad que acompañan el esplendor de la verdad, *veritatis splendor*»<sup>132</sup>. Este conocimiento vendrá facilitado por la fe y la gracia<sup>133</sup>.

**a) El amor, vía de acceso a la verdad. Dios, el Logos, es la verdad y es amor**

El hombre puede acceder a la verdad en el amor por la gracia de Dios que se le otorga a través de la comunión con la Trinidad y de la comunicación de la que se le hace partícipe, con la ayuda de la razón y la analogía<sup>134</sup>.

Benedicto XVI, a lo largo de su Pontificado, ha tenido muy presente la cuestión del amor y la verdad. Resalta la identificación que se da en Dios con la verdad y el amor, en el *Logos*<sup>135</sup>. Dios Trino es comunidad de amor que se manifiesta en la relación entre las tres personas divinas y con toda la creación, y quiere hacer partícipe al hombre de su comunión íntima de amor, de la que puede participar por medio de la persona de Jesucristo<sup>136</sup>. El hombre puede acceder a la verdad al participar en la comunión de su amor, y por la comunicación de su amor<sup>137</sup>.

espirituales de su vida. Conocer no es sólo un acto material, porque lo conocido esconde siempre algo que va más allá del dato empírico. Todo conocimiento, hasta el más simple, es siempre un pequeño prodigio, porque nunca se explica completamente con los elementos materiales que empleamos. En toda verdad hay siempre algo más de lo que cabía esperar, en el amor que recibimos hay siempre algo que nos sorprende. Jamás deberíamos dejar de sorprendernos ante estos prodigios» (*ibid.* n. 77).

<sup>129</sup> Cf. *ibid.* nn. 1, 5 y 54; cf. PELL, GEORGE CARDENAL en ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, xvi: Benedicto XVI toma de san Agustín la centralidad del amor y su vínculo esencial con la verdad. Cf. también en el anterior Capítulo I, en el apartado 2.B.c “*Amor y verdad se identifican*”.

<sup>130</sup> Cf. «*Verbum Domini*», n. 20.

<sup>131</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 208-14.

<sup>132</sup> «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 644.

<sup>133</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 7.

<sup>134</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 5. También, cf. «*Porta fidei*», n. 7.

<sup>135</sup> Destaca su encíclica “*Caritas in veritate*”, pero también en las otras dos y en otros muchos documentos.

<sup>136</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 54; cf. BENEDICTO, CASALE, U., y RUINI, C., *Fede, ragione, verità e amore*, 48-59; cf. David Walsh en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 156-58; cf. NICHOLS, A., *The thought of pope Benedict XVI*, 270.

<sup>137</sup> «En efecto, la verdad es “*lógos*” que crea “*diá-Logos*” y, por tanto, comunicación y comunión. La verdad, rescatando a los hombres de las opiniones y de las sensaciones subjetivas, les permite llegar más allá de las determinaciones culturales e históricas y apreciar el valor y la sustancia de las cosas» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 4); cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 125-40; cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 58-68.

El hombre para acceder a la verdad a través del amor del que participa y del que se le comunica, cuenta con la ayuda complementaria de su razón, de la revelación y de la analogía<sup>138</sup>. Benedicto XVI afirma con santo Tomás de Aquino que se puede acceder a la verdad de Dios, con las limitaciones propias de la naturaleza humana, a través de la razón y de la comunión en la Revelación por medio de la *analogia entis*<sup>139</sup>, con ayuda de la filosofía, la teología y, por supuesto, la gracia<sup>140</sup>. La analogía se puede dar tanto en el ámbito de la razón, como en el del amor: «Ciertamente el amor, como dice san Pablo, “rebas” el conocimiento y por eso es capaz de percibir más que el simple pensamiento (cf. *Ef* 3, 19); sin embargo, sigue siendo el amor del Dios-*Logos*, por lo cual el culto cristiano, como dice también san Pablo, es “λογικη λατρεία”, un culto que concuerda con el Verbo eterno y con nuestra razón (cf. *Rm* 12, 1)»<sup>141</sup>. Por tanto, una forma concreta de acceder a la verdad es a través de la analogía a partir de la comunión con Dios: compenetración profunda que muestra la verdad<sup>142</sup>.

El modo en que se lleva a cabo esta comunión con Dios es a través de la comunión con una persona: Jesucristo, rostro de Dios, Dios que se muestra al hombre: «Jesucristo purifica y libera de nuestras limitaciones humanas la búsqueda del amor y la verdad, y nos desvela plenamente la iniciativa de amor y el proyecto de vida verdadera que Dios ha preparado para nosotros»<sup>143</sup>. Como hemos dicho, el pontífice alemán pone como gran ejemplo de la búsqueda de la verdad a través del

<sup>138</sup> Cf. BLANCO SARTE, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 62-63. En su día, Ratzinger ya estudió a fondo la cuestión de la *analogia entis*. Es clave si la *analogia entis* es válida, o no lo es, pues marca la validez de la complementariedad fe-razón.

<sup>139</sup> «La fe de la Iglesia se ha atenido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada, existe una verdadera analogía, en la que ciertamente –como dice el IV concilio de Letrán en 1215– las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero sin llegar por ello a abolir la analogía y su lenguaje» («Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 732). Benedicto XVI, a lo largo de su vida ha defendido la *analogia entis* como forma de conocimiento de Dios complementaria a la teología negativa. Dios no es “más Dios” porque lo alejemos de nosotros y lo hagamos inaccesible cuando Él ha querido manifestarse como el *Logos* accesible a la razón.

<sup>140</sup> «La corrección de los razonamientos teológicos y su significado cognoscitivo real se basan en el valor del lenguaje teológico, que, según santo Tomás, es principalmente un lenguaje analógico. La distancia entre Dios, el Creador, y el ser de sus criaturas es infinita; la desemejanza siempre es más grande que la semejanza (cf. *DS* 806). A pesar de ello, en toda la diferencia entre Creador y criatura existe una analogía entre el ser creado y el ser del Creador, que nos permite hablar con palabras humanas sobre Dios. Santo Tomás no sólo fundó la doctrina de la analogía en sus argumentaciones exquisitamente filosóficas, sino también en el hecho de que con la Revelación Dios mismo nos ha hablado y, por tanto, nos ha autorizado a hablar de él. (...) La gracia, dada por Dios y comunicada a través del misterio del Verbo encarnado, es un don absolutamente gratuito con el que la naturaleza es curada, potenciada y ayudada a perseguir el deseo innato en el corazón de cada hombre y de cada mujer: la felicidad. Todas las facultades del ser humano son purificadas, transformadas y elevadas por la gracia divina» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 350-355, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2010, 352-53).

<sup>141</sup> «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 733.

<sup>142</sup> Para explicar cómo la comunión de personas en el amor, puede dar un conocimiento cierto de la verdad por analogía, el Papa germano pone un ejemplo a partir del amor esponsal: «Como el amor sacramental une a los esposos espiritualmente en “una sola carne” (*Gn* 2,24; *Mt* 19,5; *Ef* 5,31), y de dos que eran, hace de ellos una unidad relacional y real, de manera análoga la verdad une los espíritus entre sí y los hace pensar al unísono, atrayéndolos y uniéndolos en ella» (Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 54).

<sup>143</sup> Cf. *ibid.*, n. 1.

amor a san Agustín<sup>144</sup>. «Su conversión no fue repentina ni se realizó plenamente desde el inicio, sino que puede definirse más bien como un auténtico camino, que sigue siendo un modelo para cada uno de nosotros (...) San Agustín buscó apasionadamente la verdad: lo hizo desde el inicio y después durante toda su vida»<sup>145</sup>. El santo obispo de Hipona en su búsqueda de la verdad no renunció a la razón<sup>146</sup>, pero solo la alcanzó en su encuentro con Jesucristo<sup>147</sup>.

La pasión por el hombre y por la verdad le llevó a buscar a Dios, pero fue la fe, la gracia divina, la que le hizo entender. «La fe en Cristo le hizo comprender que en realidad Dios no estaba tan lejos como parecía. Se había hecho cercano a nosotros, convirtiéndose en uno de nosotros. En este sentido, la fe en Cristo llevó a cumplimiento la larga búsqueda de san Agustín en el camino de la verdad»<sup>148</sup>. El Papa Benedicto XVI describe su vida tras su conversión de forma elocuente: «Ahora estaba llamado a vivir totalmente para la verdad, con la verdad, en la amistad de Cristo, que es la verdad»<sup>149</sup>. El conocimiento de la verdad no se limita a un camino intelectual:

«También hoy, como en su época, la humanidad necesita conocer y sobre todo vivir esta realidad fundamental: Dios es amor y el encuentro con él es la única respuesta a las inquietudes del corazón humano, un corazón en el que vive la esperanza —quizá todavía oscura e inconsciente en muchos de nuestros contemporáneos—, pero que para nosotros los cristianos abre ya hoy al futuro, hasta el punto de que san Pablo escribió que “en esperanza fuimos salvados” (Rm 8, 24)»<sup>150</sup>.

---

<sup>144</sup> «[San Agustín] Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios (cf. *Confesiones*, I, 1). Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la “puerta de la fe”. Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios» («*Porta fidei*», n. 7). También: «Pidamos, por tanto, para que en nuestra vida se nos conceda cada día seguir el ejemplo de este gran convertido, encontrando como él en cada momento de nuestra vida al Señor Jesús, el único que nos salva, nos purifica y nos da la verdadera alegría, la verdadera vida» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de febrero de 2008: San Agustín (5) - Las conversiones de san Agustín*, IV/1, 323).

<sup>145</sup> *Ibid.*, 321.

<sup>146</sup> Cf. *ibid.* Benedicto XVI explica en esa Audiencia cómo la filosofía, y en concreto el platonismo, le acercó a la verdad, al cristianismo y a la figura de Jesucristo. No obstante, el encuentro con Jesucristo se dio de forma directa a través de los escritos de san Pablo (*Rm*, 13, 13-14).

<sup>147</sup> «La presencia de Dios en el hombre es profunda y al mismo tiempo misteriosa, pero puede reconocerse y descubrirse en la propia intimidad: no hay que salir fuera —afirma el convertido—; “vuelve a ti mismo. La verdad habita en lo más íntimo del hombre. Y si encuentras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo. Pero, al hacerlo, recuerda que trasciendes un alma que razona. Así pues, dirígete adonde se enciende la luz misma de la razón” (*De vera religione*, 39, 72). Con una afirmación famosísima del inicio de las *Confesiones*, autobiografía espiritual escrita en alabanza de Dios, él mismo subraya: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti” (1, 1, 1). La lejanía de Dios equivale, por tanto, a la lejanía de sí mismos» (*ibid. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, 172).

<sup>148</sup> *Ibid. Aud. gral. del 27 de febrero de 2008: San Agustín (5) - Las conversiones de san Agustín*, IV/1, 322.

<sup>149</sup> *Ibid.*

<sup>150</sup> *Ibid.*, 324.

En definitiva, este conocimiento de la verdad a partir del amor se resume en que el hombre entra en comunión con el amor de Dios y, a partir de la fe, se da en la persona un cambio de mentalidad que le conduce a un cambio profundo en su percepción de la realidad: se comprende finalmente que es razonable dejarse aferrar por la verdad de un Dios que nos ama hasta el extremo, que se conoce en Jesucristo, y cuyas enseñanzas no contradicen la razón<sup>151</sup>.

*Lumen fidei* radica el conocimiento que da la fe con la comunión con el amor de Dios. Destaca también cómo en el concepto bíblico de “corazón” es donde el hombre se abre a la verdad y al amor en perfecta sintonía, es el conocimiento que da la fe.

«Esta interacción de la fe con el amor nos permite comprender el tipo de conocimiento propio de la fe, su fuerza de convicción, su capacidad de iluminar nuestros pasos. La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz. La comprensión de la fe es la que nace cuando recibimos el gran amor de Dios que nos transforma interiormente y nos da ojos nuevos para ver la realidad»<sup>152</sup>.

### **b) Escucha y visión que aporta la fe**

Pero el conocimiento que aporta el amor tiene que ser acogido libremente por el hombre y será la gracia de la fe la que capacita al hombre para escuchar y ver ese conocimiento que surge del amor, de la comunión con Dios.

*Porta fidei* comienza: «“La puerta de la fe” (cf. *Hcb* 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida»<sup>153</sup>. A la fe se llega por gracia de Dios, el cual toma la iniciativa (cf. Capítulo I), pero es imprescindible “dejarse plasmar” por esa gracia. La fe aporta al hombre una escucha y una visión de Dios que, si tiene una disposición abierta, le permitirá abrazar la verdad. En este apartado nos vamos a centrar en las características de esa escucha y visión (la apertura a ellas corresponde al apartado de la libertad humana, que respeta escrupulosamente la fe).

Hay que fomentar una disposición personal de escucha. Es una actitud, una sensibilidad que permite el acceso a un conocimiento cierto que aporta la fe<sup>154</sup>. Es tratar de descubrir al Creador, a la trascendencia. Benedicto XVI resumía su primera Jornada Mundial de la Juventud como una invitación a fomentar esta escucha

<sup>151</sup> Cf. «*Verbum Domini*», n. 6; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 705; *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 179, 254-255, «El hijo», «La confesión de Pedro», «El pastor», et al. cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 451-452.

<sup>152</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 26-28. Se señala como ejemplo del conocimiento que se puede adquirir por la fe, la percepción por el pueblo de Israel del designio amoroso de Dios con él.

<sup>153</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 1.

<sup>154</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 221.

interior y animaba, como claves de esa actitud, a buscar la verdad a través del descubrimiento de la “caligrafía del Creador” en la realidad que nos circunda, y a ponerse a la escucha de la revelación histórica. Por tanto, la actitud de escucha se fundamenta en la apertura a la trascendencia, al amor y a la verdad de la razón<sup>155</sup>.

Esa disposición de escucha que otorga la fe permitirá el encuentro con Jesucristo, verle y oírle<sup>156</sup>. Y como consecuencia, se llega a un conocimiento cierto en la comunión con Él por el amor<sup>157</sup>: se experimenta y acepta, de forma natural, que la luz de la fe nos lleva a comprender la verdad sobre Dios y sobre nosotros mismos<sup>158</sup>. Pero la escucha tendrá concreciones específicas. Esa luz brilla en el corazón del hombre cuando busca la comunión con Dios en la escucha de la Palabra, se procura su trato en la oración y se participa en la vida de la Iglesia a través de los sacramentos. Entonces, además de dejarse uno mismo deslumbrar por la luz de la fe, se convierte también en luz para otros<sup>159</sup>.

En esta escucha y visión tiene un papel trascendental la Iglesia<sup>160</sup>, pues el hombre descubre la verdad de la fe en un diálogo, no como mero fruto de una reflexión personal aislada. La dimensión comunitaria de la fe es esencial<sup>161</sup>, reflejo del mismo Dios que también posee una dimensión comunitaria, relacional, al ser comunión de personas, Amor trinitario<sup>162</sup>. La escucha personal se inscribe en la Iglesia, donde todo creyente recibe la fe y los medios de salvación, como son la Palabra y los sacramentos. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta la fe de cada creyente. «Nuestra fe es verdaderamente personal sólo si es también comunitaria: puede ser mi fe sólo si se vive y se mueve en el “nosotros” de la Iglesia,

<sup>155</sup> «El lema elegido para esas jornadas [JM] de Colonia] –“Hemos venido a adorarlo”– (...). Ante todo, incluía la imagen de la peregrinación, la imagen del hombre que, elevando la mirada por encima de sus asuntos y de su vida ordinaria, se pone en camino en busca de su destino esencial, de la verdad, de la vida verdadera, de Dios. Esta imagen del hombre en camino hacia la meta de la vida contenía en sí misma dos indicaciones claras. (...) tratar de descubrir en él [el mundo] la “caligrafía del Creador”, la razón creadora y el amor del que nació el mundo y del que nos habla el universo, si prestamos atención, si nuestros sentidos interiores se despiertan y se hacen capaces de percibir las dimensiones más profundas de la realidad. Como segundo elemento, se añadía la invitación a ponerse a la escucha de la revelación histórica» («Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», 42).

<sup>156</sup> «La fe es más que una palabra, más que una idea: significa entrar en comunión con Jesucristo y, a través de Él, con el Padre» (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, JROC, VI/1, 463).

<sup>157</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n.1; cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 90-97.

<sup>158</sup> Cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 644.

<sup>159</sup> Cf. *ibid.*, 644-45.

<sup>160</sup> «No puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me es donada por Dios a través de una comunidad creyente que es la Iglesia y me introduce así, en la multitud de los creyentes, en una comunión que no es sólo sociológica, sino enraizada en el eterno amor de Dios que en Sí mismo es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es Amor trinitario» (Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 512).

<sup>161</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 29 de marzo de 2006: El don de la comunión*, II, 1, 375-381, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006.

<sup>162</sup> Cf. *ibid.*; cf. también IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 98-108. El autor explica la forma clásica agustiniana de expresar el carácter teologal de la fe: *credere Deum, credere Deo, credere in Deum*. Explica cómo la fe es conocimiento, confianza y comunión.

sólo si es nuestra fe, la fe común de la única Iglesia»<sup>163</sup>. Solo en la Iglesia es donde se podrá afianzar un amor fuerte que facilite un conocimiento seguro<sup>164</sup>.

Benedicto XVI es consciente de que hoy no es fácil cultivar una sensibilidad de escucha, y al final de *Porta fidei* animaba a no ser perezosos en la búsqueda de la fe, a dejarnos iluminar por ella, y ser capaces de escuchar a Dios, que nos busca, en lo que nos circunda y en la historia<sup>165</sup>; y esto se garantiza gracias al amor adquirido en el encuentro personal con Cristo<sup>166</sup>.

Dios se revela y habla al hombre; y la persona que tiene una actitud de escucha lo percibirá<sup>167</sup>. Puede ocurrir en algunas ocasiones que el individuo fomente el silencio buscando activamente a Dios, pero Dios no aparece; se produce lo que el Papa germano ha llamado el *silencio de Dios*<sup>168</sup>. El hombre puede quejarse del *silencio de Dios*, que no habla, que no se manifiesta; aunque, no obstante, la persona que realmente tiene esa actitud que busca ver y escuchar, podrá captar que Dios habla también con su silencio, aunque a veces sea difícil de comprender para el hombre, y tendrá que poner más empeño en descifrar ese misterio de su silencio que el mismo Cristo sufrió, y que se volverá elocuente<sup>169</sup>.

<sup>163</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 512-514, 512.

<sup>164</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>165</sup> Benedicto XVI ha estudiado a fondo la cuestión de la historia y la verdad a lo largo de su vida. De hecho, en su tesis de habilitación para la docencia estudió la teología de la historia en san Buenaventura. Cf. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 132-41; cf. *ibid.* *La Teología de Joseph Ratzinger*, 27-31; WEIGEL, G., *La elección de Dios: Benedicto XVI y el futuro de la Iglesia*, Madrid: Critería, 2006; ALLEN, J. L., *Pope Benedict XVI: a biography of Joseph Ratzinger*, New York: Continuum, 2005; cf. NICHOLS, A., *The thought of pope Benedict XVI*, 225.

<sup>166</sup> «Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que “buscara la fe” (cf. 2 *Tm* 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 *Tm* 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos comprometemos a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo» (*«Porta fidei»*, n. 15).

<sup>167</sup> En *Jesús de Nazaret* señala que el hombre es capaz de ver y escuchar, de encontrar la verdad: «Son personas con una sensibilidad interior que les permite oír y ver las señales sutiles que Dios envía al mundo y que así quebrantan la dictadura de lo acostumbrado» (p. 176) Existe una verdad y se debe buscar; sería una falacia afirmar que la salvación llegará viviendo cada uno su propia religión, o incluso el ateísmo, con independencia a la verdad. Es importante mantener el espíritu despierto, pues así toda persona que realmente busque ver y escuchar, captará su «hablarnos silencioso, que está en nosotros y nos rescata de la simple rutina conduciéndonos por el camino de la verdad; exige personas que tengan “hambre y sed de justicia”: ése es el camino que se abre para todos; es el camino que finaliza en Jesucristo» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 176-79).

<sup>168</sup> Cf. *«Verbum Dominis»*, n. 21.

<sup>169</sup> «Como pone de manifiesto la cruz de Cristo, Dios habla por medio de su silencio. El silencio de Dios, la experiencia de la lejanía del Omnipotente y Padre, es una etapa decisiva en el camino terreno del Hijo de Dios, Palabra encarnada. Colgado del leño de la cruz, se quejó del dolor causado por este silencio: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Mc* 15,34; *Mt* 27,46). (...) Esta experiencia de Jesús es indicativa de la situación del hombre que, después de haber escuchado y reconocido la Palabra de Dios, ha de enfrentarse también con su silencio. Muchos santos y místicos han vivido esta experiencia, que también hoy se presenta en el camino de muchos creyentes. El silencio de Dios prolonga sus palabras precedentes. En esos momentos de oscuridad, habla en el misterio de su silencio. Por tanto, en la dinámica de la revelación cristiana, el silencio aparece como una expresión importante de la Palabra de Dios», (*ibid.*); cf.

Benedicto XVI pone a María Santísima como perfecto ejemplo de persona que supo ver y escuchar el mensaje de la fe y que nos enseña cómo imitarla<sup>170</sup>. «Que (...) María Inmaculada nos enseñe a escuchar la voz de Dios que habla en el silencio; a acoger su Gracia, que nos libra del pecado y de todo egoísmo; para gustar así la verdadera alegría»<sup>171</sup>. Y proponía la consecución de la verdadera alegría como prueba de autenticidad de haber descubierto la verdad que ofrece la fe: «María Inmaculada nos habla de la alegría, esa alegría auténtica que se difunde en el corazón liberado del pecado. El pecado lleva consigo una tristeza negativa que induce a cerrarse en uno mismo. (...) Jesús es la alegría de María y es la alegría de la Iglesia, de todos nosotros»<sup>172</sup>. También se subraya la figura de Santa María en *Lumen fidei* en esta línea: «¡Madre, ayuda nuestra fe! Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada»<sup>173</sup>.

La persona intelectualmente honrada con disposición de escucha acaba por encontrar la verdad: «Edith Stein dijo en cierta ocasión que quien busca con sinceridad y apasionadamente la verdad está en el camino de Cristo»<sup>174</sup>.

La encíclica *Lumen fidei* dedica tres números a la fe como escucha y visión (nn. 29-31). Destaca cómo el conocimiento que aporta la fe se fundamenta en la fidelidad de Dios, que establece una relación de amor con el hombre y le dirige su Palabra. El hombre es capaz de ver y escuchar el proyecto de Dios para él, por la fe, de forma personal en un conocimiento vinculado al tiempo<sup>175</sup>.

«Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca. Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que él mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de modo nuevo, en unión con la persona amada. En este sentido, san Gregorio Magno ha escrito que “*amor ipse notitia est*”, el amor mismo es un conocimiento, lleva consigo una lógica nueva. Se trata de un modo relacional de ver el mundo, que se convierte en conocimiento compartido, visión en la visión de otro o visión común de todas las cosas»<sup>176</sup>.

## **B. Fe y razón**

La novedad que trajo el cristianismo, frente a otras religiones, es que es una religión que se mueve en el ámbito de la verdad y de la razón, no del mito ni de la creencia sin fundamento racional: la razón forma parte constitutiva de la fe

también *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 630-631.

<sup>170</sup> Cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 160.

<sup>171</sup> «Acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España», 47.

<sup>172</sup> *Ibid.*

<sup>173</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 60.

<sup>174</sup> *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 176.

<sup>175</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», 29-31.

<sup>176</sup> *Ibid.* n. 27.

cristiana<sup>177</sup>. El cristianismo no teme la razón, es más, la necesita. Hay armonía entre fe y razón<sup>178</sup>.

Pero el hombre que busca la verdad, que intuye a Dios, no podría llegar hasta Él, si Él no se nos hubiera manifestado primero. Dios –el *Logos*, la Razón, la verdad– toma la iniciativa y efectivamente se muestra; y esta verdad es conforme a la razón: el hombre tiene un cierto acceso a ella por su razón participada en el *Logos*<sup>179</sup>.

La armonía fe-razón se puede constatar en la racionalidad de la fe en la que se hace patente la complementariedad fe-razón<sup>180</sup>, en la capacidad de descubrir una ley natural universal<sup>181</sup> y en cómo la fe puede ayudar a la razón, de modo que ésta última se abra a la trascendencia<sup>182</sup>. Y es este es el esquema que hemos seguido en el estudio de la fe y la razón en Benedicto XVI.

El pontífice emérito, a la vez, sostiene una justa autonomía de la razón respecto a la fe<sup>183</sup>, una “laicidad positiva” (compatible con la colaboración fe-razón)<sup>184</sup>, en la que la razón comprende y respeta los límites de la razón y de la

<sup>177</sup> La razón es parte integrante y constitutiva de la fe cristiana, por querer de Dios, y cristalizó en la helenización de la fe; es una realidad a la que no se puede renunciar. Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

<sup>178</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., en ID. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, “Presentación”, 5-25; cf. ALONSO, JUAN, “La belleza de creer” en, BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 128-29.

<sup>179</sup> «Un Dios sólo pensado e inventado no es un Dios. Si Él no se revela, nosotros no llegamos hasta Él. (...) La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha mostrado. Pero esto no es un hecho ciego, sino un hecho que, en sí mismo, es *Logos* –presencia de la Razón eterna en nuestra carne. *Verbum caro factum est* (Jn 1,14): precisamente así en el hecho ahora está el *Logos*, el *Logos* presente en medio de nosotros. El hecho es razonable. Ciertamente hay que contar siempre con la humildad de la razón para poder acogerlo; hay que contar con la humildad del hombre que responde a la humildad de Dios» («Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 724).

<sup>180</sup> Fe y razón se ayudan y reclaman mutuamente. Cf. BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, «Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», 172-73.

<sup>181</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 635-39; «Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 663-69.

<sup>182</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 2006; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 2008; cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 2008; BLANCO SARTO, P., “Razón, cristianismo y modernidad. Ecos de Ratisbona” en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 113-146.

<sup>183</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 5, 9, 29; cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., Capítulo V, “Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”, *Cooperadores de la verdad*, 47-63.

<sup>184</sup> El Presidente de la República, Nicolas Sarkozy, recibió a Benedicto XVI, y empleó el término “laicidad positiva”. El Papa emérito glosó en su respuesta esta cuestión: «Usted, Señor Presidente, utilizó la bella expresión “laicidad positiva” para designar esta comprensión más abierta. En este momento histórico en el que las culturas se entrecruzan cada vez más entre ellas, estoy profundamente convencido de que una nueva reflexión sobre el significado auténtico y sobre la importancia de la laicidad es cada vez más necesaria. En efecto, es fundamental, por una parte, insistir en la distinción entre el ámbito político y el religioso para tutelar tanto la libertad religiosa de los ciudadanos, como la responsabilidad del Estado hacia ellos y, por otra parte, adquirir una más clara conciencia de las funciones insustituibles de la religión para la formación de las conciencias y de la contribución que puede aportar, junto a otras instancias, para la creación de un consenso ético de fondo en la sociedad» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Voyage apostolique en France: Cérémonie de bienvenue au Palais de l’Élysée (Paris, 12 septembre 2008)*, IV/2, 300-303, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 300-302).



religión, y busca una ayuda mutua para alcanzar la verdad; es una razón que no se cierra obstinadamente en sí misma, sino que se abre a la trascendencia y que es capaz de alcanzar la verdad<sup>185</sup>. La verdad no necesita del fundamentalismo para imponerse, le basta la razón que buscará la ayuda de la fe: la justa razón y la naturaleza humana bastan como fuentes del derecho y la convivencia<sup>186</sup>, pues tras ellas se puede descubrir la trascendencia que las sustenta, al *Logos* creador que deja su huella de razón en la creación y en el hombre<sup>187</sup>.

El pontífice alemán también puso a san Agustín como ejemplo de honradez intelectual y humana, válido también hoy en día al ponerse de manifiesto la armonía entre la fe y la razón<sup>188</sup>.

«Su sed de verdad era radical y lo llevó a alejarse de la fe católica. Pero era tan radical que no podía contentarse con filosofías que no llegaran a la verdad misma, que no llegaran hasta Dios. Y a un Dios que no fuera sólo una hipótesis cosmológica última, sino que fuera el verdadero Dios, el Dios que da la vida y que entra en nuestra misma vida. De este modo, todo el itinerario intelectual y espiritual de san Agustín constituye un modelo válido también hoy en la relación entre fe y razón, tema no sólo para hombres creyentes, sino también para todo hombre que busca la verdad, tema central para el equilibrio y el destino de todo ser humano»<sup>189</sup>.

Es posible llegar a la verdad por medio de la razón y la fe<sup>190</sup>; pero influye decisivamente, también, la libre disposición personal (que estudiaremos en el punto 3 de este apartado). «Estas dos dimensiones, fe y razón, no deben separarse ni contraponerse, sino que deben estar siempre unidas. Como escribió san Agustín tras su conversión, fe y razón son “las dos fuerzas que nos llevan a conocer” (*Contra*

<sup>185</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, “La laicidad positiva”, 22-24.

<sup>186</sup> «No se ha de olvidar que el fundamentalismo religioso y el laicismo son formas especulares y extremas de rechazo del legítimo pluralismo y del principio de laicidad. En efecto, ambos absolutizan una visión reductiva y parcial de la persona humana, favoreciendo, en el primer caso, formas de integrismo religioso y, en el segundo, de racionalismo. La sociedad que quiere imponer o, al contrario, negar la religión con la violencia, es injusta con la persona y con Dios, pero también consigo misma. Dios llama a sí a la humanidad con un designio de amor que, implicando a toda la persona en su dimensión natural y espiritual, reclama una correspondencia en términos de libertad y responsabilidad, con todo el corazón y el propio ser, individual y comunitario. Por tanto, también la sociedad, en cuanto expresión de la persona y del conjunto de sus dimensiones constitutivas, debe vivir y organizarse de tal manera que favorezca la apertura a la trascendencia» («XLIV Jornada Mundial de la Paz 2011, La libertad religiosa, camino para la paz», *AAS* 103 (2011) 46-59 n. 8; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 215). En la misma línea, explica cómo hoy existe el riesgo de construir un mundo, dominado por el fundamentalismo, al margen de la razón. Según Rowland, citando a James V. Schall, la filosofía del secularismo moderno y el islam no difieren mucho. Ambos rechazan la razón externa y se confían a un voluntarismo que se manifiesta a través de un imperativo de la razón: la modernidad a favor de una voluntad humana autónoma, y el islam a favor de una voluntad extrínseca de Alá (aunque no se puede considerar un islamismo uniforme). Ninguno de los dos sistemas reconoce un *Logos* inherente, constitutivo y objetivo en la persona. El Papa alemán propone una armonía de fe y razón llamadas a purificarse, curarse y ayudarse mutuamente.

<sup>187</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. *JROC*, VI/1, 240-241; cf. también *ibid. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. “Jesús ante Pilato”, 525-538.

<sup>188</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 170-176.

<sup>189</sup> *Ibid.*, 171.

<sup>190</sup> Existe perfecta armonía entre fe y razón, pues ambas buscan la verdad, y es propio de la fe ayudarse de la razón y ayudar a la razón. Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 735.

*academicos*, 3, 20, 43)»<sup>191</sup>. Y elaborando esta convicción, la sintetizó en los aforismos *crede ut intelligas* (“cree para comprender”), e *intellige ut credas* (“comprende para creer”)<sup>192</sup>. El camino intelectual y espiritual que recorre el santo obispo de Hipona, paradigmáticamente honesto, le lleva a descubrir que «quien está lejos de Dios también está lejos de sí mismo, alienado de sí mismo, y sólo puede encontrarse a sí mismo si se encuentra con Dios. De este modo logra llegar a sí mismo, a su verdadero yo, a su verdadera identidad»<sup>193</sup>.

La encíclica *Lumen fidei* dedica los números 32 a 34 al “Diálogo entre fe y razón”. Allí recuerda que la fe ilumina, por el amor, toda la realidad y colabora con la razón para alcanzar la verdad; cómo los primeros cristianos buscaron desde el principio la verdad, el hombre no ha querido despreciar la razón y ha procurado siempre el diálogo fe-razón. Y también cita a san Agustín: «En la vida de san Agustín encontramos un ejemplo significativo de este camino en el que la búsqueda de la razón, con su deseo de verdad y claridad, se ha integrado en el horizonte de la fe, del que ha recibido una nueva inteligencia»<sup>194</sup>.

#### **a) Racionalidad de la fe. Fe y razón no son opuestas**

La fe es necesariamente racional. Como la fe y la razón proceden del *Logos*, de la Verdad y guían a ella, la fe es razonable, aunque la razón no la abarque, pues la fe la sobrepasa<sup>195</sup>. Tal como hemos visto anteriormente, una de las razones que han conducido a la actual crisis de la verdad ha sido romper los nexos razón-verdad y fe-razón, y por eso Benedicto XVI no duda en afirmar que la actual crisis de la verdad es una crisis de fe. Ya hemos visto cómo la fe y la razón no son opuestas, se necesitan y ayudan mutuamente para llegar a la verdad<sup>196</sup>: la fe guía a la razón a un conocimiento más profundo, que tiene a Dios como garante; y la razón ayuda al hombre a profundizar en el conocimiento que transmite la fe<sup>197</sup>.

<sup>191</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 171.

<sup>192</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones nuevos*, 43, 9.

<sup>193</sup> Cf. *Confesiones*, III, 6, 11; «Tú estabas, ciertamente, delante de mí, mas yo me había alejado también de mí, y no acertaba a hallarme, ¡cuánto menos a ti!», *ibid.*, V, 2, 2; Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 170-176.

<sup>194</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 33. Cf. *ibid.*, nn. 32-34.

<sup>195</sup> «Dios, con su gracia, ilumina la razón, le abre horizontes nuevos, inconmensurables e infinitos. Por esto la fe constituye un estímulo a buscar siempre, a nunca detenerse y a no aquietarse jamás en el descubrimiento inexhausto de la verdad y de la realidad. Es falso el prejuicio de ciertos pensadores modernos según los cuales la razón humana estaría como bloqueada por los dogmas de la fe. Es verdad exactamente lo contrario, como han demostrado los grandes maestros de la tradición católica. San Agustín, antes de su conversión, busca con gran inquietud la verdad a través de todas las filosofías disponibles, hallándolas todas insatisfactorias. Su fatigosa búsqueda racional es para él una pedagogía significativa para el encuentro con la Verdad de Cristo (...) es testigo de una fe que se ejercita con la razón, que piensa e invita a pensar» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 629).

<sup>196</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 350-355.

<sup>197</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 323.

Por el cambio de mentalidad que se ha producido en la sociedad actual hoy no es fácil percibir con claridad la necesidad de la fe: «[hoy se] reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad»<sup>198</sup>.

La credibilidad de la fe radica en las razones que llevan a confiar respecto al testigo y al testimonio (la revelación cristiana y sus contenidos)<sup>199</sup>. La fe religiosa se fundamenta en la fiabilidad de Dios, en la confianza del hombre que se fía de su Padre Dios manifestado en Cristo<sup>200</sup> (análogamente a como la fe humana se apoya en la credibilidad del testigo, del profesor, de la autoridad<sup>201</sup>).

Pero, si existe una verdadera credibilidad de la fe, el sujeto debe percibir la racionalidad de esa fe, pues el hombre es esencialmente racional (aunque también vaya a influir decisivamente en esa percepción las disposiciones personales: el querer creer<sup>202</sup>). Creer es razonable, no contradice la razón<sup>203</sup>, y por eso se puede captar la razonabilidad de la fe que se fundamenta especialmente en el amor<sup>204</sup>, en «el acontecimiento del encuentro salvífico de Dios [el *Logos*-Amor, *Logos*-Razón] con los hombres (...) mientras Dios se revela y se deja conocer, el hombre llega a saber

<sup>198</sup> «*Porta fidei*», n. 12.

<sup>199</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 5; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII/2, 628-532; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 169-182; cf. *Ibid. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, 210-220.

<sup>200</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 9.

<sup>201</sup> Cf. BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, «Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», 173-76.

<sup>202</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII/2, 628-632; cf. CONGAR, Y., *La fe y la teología*, Barcelona: Herder, 1970, 116; PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, Madrid: Rialp, 2007, 177.

<sup>203</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632; cf. *Ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-594; cf. *Ibid. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, 170-76; cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 107-32; cf. BLANCO SARTO, P., «The *Logos*-based nature of faith according to Joseph Ratzinger-Benedict XVI; *Logosowy charakter wiary wedlug Josepha Ratzingera - Benedykta XVI*», *Polonia sacra* 33 (2013) 5-15; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 237-48: Creer es un acto plenamente humano en el que la fe (confianza) y la razón (intelecto que juzga la fiabilidad) se armonizan, no son disyuntivas, sino que actúan y se necesitan mutuamente. La principal fuente del saber propio es uno mismo. Pero se puede adquirir un conocimiento por el testimonio de otro. Es el caso de la fe. Ese testimonio no proviene de la razón, pero no es ajeno a ella. Se da una circularidad entre saber-conocer-creer. La fe otorga un saber de Dios. Por otro lado, las razones para creer no siempre se pueden mostrar, a veces son entidades no lingüísticas, razones subjetivas que aportan una cierta certeza, que no será total, pues entonces no sería precisa la fe. Esta realidad se constata en el plano no trascendente, por ejemplo, en la ciencia (la confianza en unas hipótesis que serán contrastadas), en las relaciones humanas (como explica la filosofía personalista, en el conocimiento que se alcanza por medio de la relación), o en la intimidad del hombre como ha desarrollado la antropología existencialista (la importancia para la persona de sus expectativas y esperanzas). En el plano trascendente, la fe precisa una razón con una apertura plena y global a la realidad, capaz de superar la inmanencia, con apertura a la Revelación, a buscar el bien, la verdad y la belleza. La fe no es credulidad que desprecia la razón; es más bien credibilidad que no rechaza una relación audaz con la realidad, y de quien se fía en la autoridad del otro. Cf. también, Capítulo I, 2. «*Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe*».

<sup>204</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 34.

quién es Dios, y conociéndole se descubre a sí mismo, su propio origen, su destino, la grandeza y la dignidad de la vida humana»<sup>205</sup>. La fe, así aporta un conocimiento auténtico sobre Dios, que involucra la totalidad de la persona. En el Amor de Dios por el hombre, que el mismo hombre experimenta, la persona conoce a Dios y se conoce a sí misma. Es un conocimiento intelectual, pero también vital, moral, que aporta un saber profundo que supera los horizontes del hombre<sup>206</sup>; Dios es un misterio, pero no es irracional<sup>207</sup> y por esto es lógico que este saber atravesase por dudas y procesos de crecimiento hasta llegar a la verdad del amor<sup>208</sup>.

Por otro lado, la razonabilidad de la fe no tiene por qué concordar con una razonabilidad “exclusivamente” humana, no trascendente. Por ejemplo, san Pablo ve la Cruz como un hecho salvífico con una razonabilidad específica a la luz de la fe, sin la cual no es fácil de entender. Y, a su vez, san Pedro exhortaba a estar «dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1 P 3, 15). Hay un nexo fecundo entre fe y razón para llegar a la verdad profunda, para creer y entender. También se constata una relación virtuosa entre ciencia y fe<sup>209</sup>.

Al igual que en la vía de conocimiento a través del amor, un modo racional de alcanzar la verdad, de razonar la fe, es también la *analogia entis*<sup>210</sup>. Dios realmente se quiere manifestar al hombre, y, por tanto, se hace accesible a la razón: «Dios no se hace más divino por el hecho de que lo alejemos de nosotros con un voluntarismo puro e impenetrable, sino que, más bien, el Dios verdaderamente divino es el Dios que se ha manifestado como “Logos” y ha actuado y actúa como “Logos” lleno de amor por nosotros»<sup>211</sup>. Por tanto, a través de la analogía, podemos tener acceso a Él, por querer suyo, aunque como recuerda la “teología negativa” Dios supera infinitamente nuestra capacidad de alcanzarle. Pero esto no quiere decir que no podamos tener un conocimiento cierto y verdadero con la colaboración de la

<sup>205</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628.

<sup>206</sup> Cf. *ibid.*, 629; cf. también, Capítulo II, 1.A “Amor y conocimiento de la verdad. Escucha y visión”; y cf. *Introducción al cristianismo*, 75.

<sup>207</sup> «Dios, en efecto, no es absurdo, sino que es misterio. El misterio, a su vez, no es irracional, sino sobreabundancia de sentido, de significado, de verdad. Si, contemplando el misterio, la razón ve oscuridad, no es porque en el misterio no haya luz, sino más bien porque hay demasiada» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 629); cf. ECHEVARRÍA, J., *Creo, creemos: textos procedentes de las Cartas pastorales dirigidas a los fieles de la Prelatura del Opus Dei durante el Año de la fe (2012-2013)*, Madrid: Rialp, 2014, 149-52.

<sup>208</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 39; cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 34; cf. CONGAR, Y., *La fe y la teología*, 130: «Existen un conocimiento y una inteligencia (*gnosis* y *epignosis*) que comienzan con la fe, y en los que se puede crecer».

<sup>209</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 631; ”); cf. CEC, n. 216; cf. Capítulo II, 1.B.a “Fe y verdad están íntimamente unidas. Relación ciencia-fe”.

<sup>210</sup> Cf. *Ibid.*; cf. Capítulo II, II.A.a “El amor, vía de acceso a la verdad. Dios, el Logos, es la verdad y el amor”; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

<sup>211</sup> *Ibid.*, 731. Y antes: «La fe de la Iglesia se ha atendido siempre a la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada, existe una verdadera analogía, en la que ciertamente —como dice el IV concilio de Letrán en 1215— las diferencias son infinitamente más grandes que las semejanzas, pero sin llegar por ello a abolir la analogía y su lenguaje» (*ibid.*).

fe y la razón<sup>212</sup>. Benedicto XVI sitúa a Jesucristo como el eje de la razonabilidad de la fe, el *Logos*, que se encarna por amor al hombre<sup>213</sup>.

En la valoración de la credibilidad por parte de la persona influirá la capacidad de conocimiento y análisis de la persona y su capacidad moral (incluidas sus disposiciones, positivas o negativas, de compromiso). El hombre tiene capacidad de abrirse, o cerrarse a la credibilidad por una actitud burguesa cómoda que evita la implicación total de su persona, por distracción o repulsa que impide acoger o identificar la fe. Credibilidad y racionalidad aportan una certeza moral al individuo que le ayudan a creer: si el individuo tiene interés podrá percibir que la fe no es contraria a la razón y tiene una coherencia<sup>214</sup>. Y al final a cada hombre se le van a presentar una serie de signos que le facilitan el creer, los motivos de credibilidad, los ya comentados *illative sense* de Newman<sup>215</sup>.

Por la fe se nos muestra a Dios y se ilumina la realidad (permite acoger la revelación y transmite la gracia al hombre); fe y razón no sólo no son incompatibles sino que se reclaman y compenetran<sup>216</sup> (la teología y la filosofía se necesitan mutuamente)<sup>217</sup>. Como explicó el Papa alemán en su tierra, en Ratisbona, la fe no puede no ser razonable: «no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios»<sup>218</sup>. Por la fe el hombre accede a la verdad en el *Logos*, en Jesucristo (cf. Capítulo I, 3. “Jesucristo, cumbre y centro de la Revelación”) y en su fiabilidad el hombre encuentra solución a los aparentes antagonismos entre verdad, fe, historia, libertad y culturas: amor, verdad, razón, bien y Dios se identifican en Él<sup>219</sup>. El hombre accederá a esa verdad –por medio de la gracia de la fe– con la imprescindible abierta disposición al fundamento de la verdad, del amor: al *Logos*; y entonces la persona adquiere un tipo de conocimiento verdadero, no irracional,

<sup>212</sup> Cf. *Ibid.* «Una vez revelados, los misterios no son verdades herméticas que hay que aceptar sin saber nada de lo que contienen. Los misterios pueden ser objeto de reflexión y de conocimiento, que será siempre insuficiente. Los misterios se refieren a lo humano, a lo creado, y por eso, la inteligencia puede partir de esa relación entre lo revelado y lo naturalmente conocido y, mediante la analogía, llegar a conocimientos ciertos» (IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 119).

<sup>213</sup> «Oremos para que todos vuelvan a encontrar en Cristo el sentido de la existencia y el fundamento de la verdadera libertad: sin Dios el hombre se extravía. Los testimonios de cuantos nos han precedido y dedicaron su vida al Evangelio lo confirman para siempre. Es razonable creer; está en juego nuestra existencia» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 631).

<sup>214</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 10; cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 643; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 245-47.

<sup>215</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594; cf. NEWMAN, J. H., *El asentimiento religioso. Ensayo sobre los motivos relacionales de la fe.*, 305, ss. El profesor Izquierdo cita a André Manaranche: «No creemos por razones, pero tenemos razones para creer» (MANARANCHE, A., *Les Raisons de l'espérance*, 277).

<sup>216</sup> En *Jesús de Nazaret* afronta la cuestión fe-razón de forma destacada al comentar el pasaje de Jesús ante Pilato. No hay oposición, y la razón ayudada por la fe ayudará a descubrir la verdad en la creación, el rastro de la Razón creadora. Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, “Jesús ante Pilato”, 525-538.

<sup>217</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino* (2), VI/1, 350-355; cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 34.

<sup>218</sup> «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 729.

<sup>219</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 173.

gracias a la fe que ayuda a su razón<sup>220</sup>. Entonces, el hombre conoce a Dios en el *Logos* creador, por la Revelación sobrenatural y por una revelación natural que reclama una causalidad<sup>221</sup>.

«El gran Galileo dijo que Dios escribió el libro de la naturaleza con la forma del lenguaje matemático. Estaba convencido de que Dios nos ha dado dos libros: el de la Sagrada Escritura y el de la naturaleza. Y el lenguaje de la naturaleza –esta era su convicción– es la matemática; por tanto, la matemática es un lenguaje de Dios, del Creador. Reflexionemos ahora sobre qué es la matemática: de por sí, es un sistema abstracto, una invención del espíritu humano que como tal, en su pureza, no existe. Siempre es realizado de forma aproximada, pero, como tal, es un sistema intelectual, es una gran invención –una invención genial– del espíritu humano. Lo sorprendente es que esta invención de nuestra mente humana es realmente la clave para comprender la naturaleza, que la naturaleza está realmente estructurada de modo matemático, y que nuestra matemática, inventada por nuestro espíritu, es realmente el instrumento para poder trabajar con la naturaleza, para ponerla a nuestro servicio, para servirnos de ella mediante la técnica.

Me parece casi increíble que coincidan una invención del intelecto humano y la estructura del universo: la matemática inventada por nosotros nos da realmente acceso a la naturaleza del universo y nos permite utilizarlo. Por tanto, coinciden la estructura intelectual del sujeto humano y la estructura objetiva de la realidad: la razón subjetiva y la razón objetivada en la naturaleza son idénticas. Creo que esta coincidencia entre lo que nosotros hemos pensado y el modo como se realiza y se comporta la naturaleza, son un enigma y un gran desafío, porque vemos que, en definitiva, es “una” la razón que las une a ambas: nuestra razón no podría descubrir la otra si no hubiera una idéntica razón en la raíz de ambas»<sup>222</sup>.

El hombre busca siempre la verdad a través de la razón, y ha sido con la ayuda de la fe cuando ha podido acceder a ella<sup>223</sup>. A lo largo de la historia se ha tratado muchas veces de disociar fe y verdad, y se ha discutido la fe con enfoques reductivos de la verdad (la racionalidad de la fe se ha atacado, directa o indirectamente, siempre que se ha puesto en duda la posibilidad de acceso de la razón a la verdad). Pero que el misterio supere la capacidad del hombre no implica que vaya contra la racionalidad, ni que sea absurdo creer<sup>224</sup>.

Por otro lado, la fe, también en las cuestiones humanas, es lo más opuesto a “bloquear” la razón; es más, la fe necesita la razón<sup>225</sup>. La fe católica es razonable, e

<sup>220</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 159; Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 121-32.

<sup>221</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 230-240; cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 796-801; cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 39.

<sup>222</sup> «Encuentro con jóvenes de Roma y del Lacio como preparación para la XXI JMJ», *AAS* 98 (2006), 355-56.

<sup>223</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 350-355.

<sup>224</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 138-39. Cf. también Capítulo II. I.A “La actual crisis de la verdad”. Cf. también, Capítulo II. I.A “La actual crisis de la verdad”.

<sup>225</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de febrero de 2008: San Agustín (5) - Las conversiones de san Agustín*, IV/1, 320-329; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632. La necesidad de buscar la verdad espolea la razón y acaba encontrando la fe. Benedicto XVI cita los casos de san Agustín, santo Tomás o san Ambrosio. Este

impulsa a la razón, pues la aporta confianza. Se da una relación que beneficia a ambas:

«El concilio Vaticano I, en la Constitución Dogmática *Dei Filius*, afirmó que la razón es capaz de conocer con certeza la existencia de Dios a través de la vía de la creación, mientras que sólo a la fe pertenece la posibilidad de conocer “fácilmente, con absoluta certeza y sin error” (ds 3005) las verdades referidas a Dios, a la luz de la gracia. El conocimiento de la fe, además, no está contra la recta razón. San Juan Pablo II, en efecto, en la encíclica *Fides et ratio* sintetiza: “La razón del hombre no queda anulada ni se envilece dando su asentimiento a los contenidos de la fe, que en todo caso se alcanzan mediante una opción libre y consciente” (n. 43). En el irresistible deseo de verdad, sólo una relación armónica entre fe y razón es el camino justo que conduce a Dios y al pleno cumplimiento de sí»<sup>226</sup>.

Pero, esta concepción de armonía entre la fe y la razón no podrá darse dentro de una visión exclusivamente de conocimiento científico-positivista, pues hace al hombre incapaz de trascenderse y de encontrar la auténtica verdad<sup>227</sup>. Benedicto XVI denunciaba los riesgos de renunciar a la razón, a la fe, a la verdad y la responsabilidad de la Iglesia:

«Es un deber de la Iglesia transmitir la fe, comunicar el Evangelio, para que las verdades cristianas sean luz en las nuevas transformaciones culturales, y los cristianos sean capaces de dar razón de la esperanza que tienen (cf. 1 P 3, 15). (...) Los procesos de la secularización y de una difundida mentalidad nihilista, en la que todo es relativo, han marcado fuertemente la mentalidad común. Así, a menudo la vida se vive con ligereza, sin ideales claros y esperanzas sólidas, dentro de vínculos sociales y familiares líquidos, provisionales. Sobre todo, no se educa a las nuevas generaciones en la búsqueda de la verdad y del sentido profundo de la existencia que supere lo contingente, en la estabilidad de los afectos, en la confianza»<sup>228</sup>.

La fe sin razón se deshumaniza y cae en el sentimentalismo o en el fideísmo, como ya vimos<sup>229</sup>. Indudablemente la fe necesita la ayuda de la razón.

«La razón, con sus medios, puede hacer algo importante por la fe, prestándole un triple servicio que santo Tomás resume en el prólogo de su comentario al *De Trinitate* de Boecio: “Demostrar los fundamentos de la fe; explicar mediante semejanzas las verdades de la fe; rechazar las objeciones que se levantan contra la fe” (q. 2, a. 2). Toda la historia de la teología es, en el fondo, el ejercicio de este empeño de la inteligencia, que muestra la inteligibilidad de la fe, su articulación y armonía internas, su racionalidad y su capacidad de promover el bien del hombre»<sup>230</sup>.

último definió la fe católica como: *fides quarens intellectum*, el buscar de la inteligencia es un acto inherente al creer.

<sup>226</sup> *Ibid.* Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: *El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 629.

<sup>227</sup> «Donde la razón positivista es considerada como la única cultura suficiente, relegando todas las demás realidades culturales a la condición de subculturas, ésta reduce al hombre, más todavía, amenaza su humanidad» («Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 665).

<sup>228</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 456; cf. también BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 89-90.

<sup>229</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 3; cf. BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, «Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», 179-81. Cf. también, Capítulo II. 1.A.a “*Separación fe-verdad*”.

<sup>230</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 352

A la vez, la razón sin fe es incapaz de alcanzar la verdad, se empequeñece e inutiliza, el hombre queda atrapado en sí mismo, y se cierra a su verdadero desarrollo global como persona<sup>231</sup>. La razón humana ha de admitir que no tiene respuestas para todos los interrogantes del hombre, y lo lógico y coherente es que se sirva de todos los recursos que le ayuden a resolver esas preguntas, también la filosofía y la teología<sup>232</sup>. La cerrazón a llegar a los últimos fundamentos, causada por una razón sorda a la fe, acarrearía consecuencias prácticas perjudiciales para el individuo y la humanidad, como su empobrecimiento personal, o una sociedad que se lance a descubrir cómo funciona la naturaleza y dominarla, sin un fundamento superior que dicte un uso responsable, y así caiga en la explotación al servicio de los propios intereses<sup>233</sup>.

Una razón recta es la que busca la verdad, la que busca a Dios –*quarere Deum*– con ayuda de la fe<sup>234</sup>. Si la razón renuncia a la fe, se dará una verdadera capitulación

---

<sup>231</sup> «Si la razón, celosa de su presunta pureza, se hace sorda al gran mensaje que le viene de la fe cristiana y de su sabiduría, se seca como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan vida. Pierde la valentía por la verdad y así no se hace más grande, sino más pequeña. Eso, aplicado a nuestra cultura europea, significa: si quiere sólo construirse a sí misma sobre la base del círculo de sus propias argumentaciones y de lo que en el momento la convence, y, preocupada por su laicidad, se aleja de las raíces de las que vive, entonces ya no se hace más razonable y más pura, sino que se descompone y se fragmenta» («Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 112). Cf. también «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 70

<sup>232</sup> «Con todo, como he tratado de demostrar, la razón moderna propia de las ciencias naturales, con su elemento platónico intrínseco, conlleva un interrogante que va más allá de sí misma y que trasciende las posibilidades de su método. La razón científica moderna ha de aceptar simplemente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho, en el cual se basa su método. Ahora bien, la pregunta sobre el por qué existe este dato de hecho, la deben plantear las ciencias naturales a otros ámbitos más amplios y altos del pensamiento, como son la filosofía y la teología. Para la filosofía y, de modo diferente, para la teología, escuchar las grandes experiencias y convicciones de las tradiciones religiosas de la humanidad, especialmente las de la fe cristiana, constituye una fuente de conocimiento; oponerse a ella sería una grave limitación de nuestra escucha y de nuestra respuesta. Aquí me vienen a la mente unas palabras que Sócrates dijo a Fedón. En los diálogos anteriores se habían expuesto muchas opiniones filosóficas erróneas; y entonces Sócrates dice: “Sería fácilmente comprensible que alguien, a quien le molestaran todas estas opiniones erróneas, desdénara durante el resto de su vida y se burlara de toda conversación sobre el ser; pero de esta forma renunciaría a la verdad de la existencia y sufriría una gran pérdida”. Occidente, desde hace mucho, está amenazado por esta aversión a los interrogantes fundamentales de su razón, y así sólo puede sufrir una gran pérdida. La valentía para abrirse a la amplitud de la razón, y no la negación de su grandeza, es el programa con el que una teología comprometida en la reflexión sobre la fe bíblica entra en el debate de nuestro tiempo. “No actuar según la razón, no actuar con el “*Logos*” es contrario a la naturaleza de Dios”, dijo Manuel II partiendo de su imagen cristiana de Dios, respondiendo a su interlocutor persa. En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a este gran “*Logos*”, a esta amplitud de la razón» («Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 733).

<sup>233</sup> Cf. *ibid.*, 734-35.

<sup>234</sup> «La fe protege a la razón de toda tentación de desconfianza en sus propias capacidades, la estimula a abrirse a horizontes cada vez más amplios, mantiene viva en ella la búsqueda de los fundamentos y, cuando la propia razón se aplica a la esfera sobrenatural de la relación entre Dios y el hombre, enriquece su trabajo. Según santo Tomás, por ejemplo, la razón humana puede por supuesto llegar a la afirmación de la existencia de un solo Dios, pero únicamente la fe, que acoge la Revelación divina, es capaz de llegar al misterio del Amor de Dios uno y trino» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 352).



de la razón ya que ésta será incapaz de alcanzar la auténtica verdad plena<sup>235</sup>. La cooperación fe-razón para el hombre es imprescindible, son perfectamente compatibles y su colaboración es necesaria, recíproca y beneficiosa. El hombre se juega en ello su propia humanidad. Pero, al final, será cada individuo quien debe decidir libremente si su razón adopta una disposición valiente, abierta a la trascendencia, o si por el contrario no está dispuesto a esa apertura<sup>236</sup>.

*Lumen fidei* aborda la complementariedad de la fe que ilumina la realidad, con la razón que busca la verdad, para percibir la luz del Amor de Jesús que llega hasta nosotros<sup>237</sup>.

### **b) Fe y razón en el re-descubrimiento de la ley natural**

Cuando fe y razón cooperan se descubre una verdad objetiva accesible al hombre, aunque no siempre fácil de argumentar. El hombre descubre esta verdad con su razón a partir de los indicios que puede observar a su alrededor, y en su propio interior. Es fácil comprobar que existe un bien y un mal objetivo, y se puede llegar a la convicción de que éste debe proceder de una naturaleza humana real en la que hay cuestiones que benefician al hombre y otras que le perjudican. A partir de ahí se deducen unos derechos y unos deberes, de modo que la razón puede alcanzar unos principios morales objetivos de actuación, y determinar una ética que facilite al hombre alcanzar su plenitud en la verdad. La razón no necesita la fe para lograr este conocimiento, pero su ayuda purifica e ilumina la razón, pues ambas convergen en la verdad<sup>238</sup>.

En la actualidad el hombre que busca la verdad honradamente por medio de la razón, especialmente si ésta es ayudada por la fe, puede percibir la falta de fundamentación sólida en algunos aspectos de la sociedad actual. Benedicto XVI señalaba cómo, sobre todo en las cuestiones fundamentales en las que está en juego la dignidad del hombre, el criterio de mayoría democrática o parlamentaria es insuficiente, como se comprobó con algunos totalitarismos surgidos en el siglo

---

<sup>235</sup> «Para muchos, Dios se ha convertido realmente en el gran Desconocido. Pero como entonces tras las numerosas imágenes de los dioses estaba escondida y presente la pregunta acerca del Dios desconocido, también hoy la actual ausencia de Dios está tácitamente inquieta por la pregunta sobre Él. *Quaerere Deum* – buscar a Dios y dejarse encontrar por Él: esto hoy no es menos necesario que en tiempos pasados. Una cultura meramente positivista que circunscribiera al campo subjetivo como no científica la pregunta sobre Dios, sería la capitulación de la razón, la renuncia a sus posibilidades más elevadas y consiguientemente una ruina del humanismo, cuyas consecuencias no podrían ser más graves. Lo que es la base de la cultura de Europa, la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle, sigue siendo aún hoy el fundamento de toda verdadera cultura» («Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 727).

<sup>236</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 74.

<sup>237</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 32-34.

<sup>238</sup> Cf. «Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 663-69; cf. «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 635-39; cf. «A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», 331-38; cf. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 10-13.

XX<sup>239</sup>. Pero, el Papa emérito alerta de que esto puede seguir pasando hoy de forma similar, pues no hay un reconocimiento objetivo y universal de lo justo y lo bueno. «El hombre tiene la capacidad de destruir el mundo. Se puede manipular a sí mismo. Puede, por decirlo así, hacer seres humanos y privar de su humanidad a otros seres humanos. ¿Cómo podemos reconocer lo que es justo? ¿Cómo podemos distinguir entre el bien y el mal, entre el derecho verdadero y el derecho sólo aparente?»<sup>240</sup>. El hombre necesita la verdad última acerca de sí, pero, además de necesitar esa verdad y ese discernimiento del bien y del mal, el hombre percibe que es capaz por medio de su razón, y lo es de forma más fácil si cuenta con el auxilio de la fe<sup>241</sup>.

Existe una ley natural y es accesible a todos los hombres<sup>242</sup>. Es el fundamento de una serie de normas objetivas justas, permanentes, no arbitrarias, ni manipulables, a las que puede llegar la razón humana, son “valores no negociables”<sup>243</sup>. El anterior pontífice es consciente de que hoy en día esta ley está desprestigiada y, en gran parte, reducida al ámbito católico<sup>244</sup>; pero no teme

<sup>239</sup> «Sin la ayuda correctora de la religión, la razón puede ser también presa de distorsiones, como cuando es manipulada por las ideologías o se aplica de forma parcial en detrimento de la consideración plena de la dignidad de la persona humana. Después de todo, dicho abuso de la razón fue lo que provocó la trata de esclavos en primer lugar y otros muchos males sociales, en particular la difusión de las ideologías totalitarias del siglo XX» («Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 636); cf. también «Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 665.

<sup>240</sup> *Ibid.* Hoy se comprueba cómo en la política muchas veces se legisla sin un criterio objetivo de búsqueda del bien para el individuo, para la sociedad. El criterio muchas veces es la mera conveniencia y utilidad al servicio de los propios intereses. El hombre se ha instalado en su autonomía.

<sup>241</sup> «El discernimiento muestra cómo el confiar de manera exclusiva a cada Estado, con sus leyes e instituciones, la responsabilidad última de conjugar las aspiraciones de personas, comunidades y pueblos enteros puede tener a veces consecuencias que excluyen la posibilidad de un orden social respetuoso de la dignidad y los derechos de la persona. Por otra parte, una visión de la vida enraizada firmemente en la dimensión religiosa puede ayudar a conseguir dichos fines, puesto que el reconocimiento del valor trascendente de todo hombre y toda mujer favorece la conversión del corazón, que lleva al compromiso de resistir a la violencia, al terrorismo y a la guerra, y de promover la justicia y la paz. (...) Dichos derechos [humanos] están basados y plasmados en la naturaleza trascendente de la persona, que permite a hombres y mujeres recorrer su camino de fe y su búsqueda de Dios en este mundo. El reconocimiento de esta dimensión debe ser reforzado si queremos fomentar la esperanza de la humanidad en un mundo mejor, y crear condiciones propicias para la paz, el desarrollo, la cooperación y la garantía de los derechos de las generaciones futuras» («A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», 335-37).

<sup>242</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 59; cf. «*Verbum Dominis*», n. 9.

<sup>243</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, 353. Afirma también el profesor Fazio: «Que hay que hacer el bien y evitar el mal; que la vida merece respeto; que no hay que mentir; que no se deben cometer injusticias, negando a cada uno lo suyo, son algunas de las verdades que toda persona de buena voluntad descubre en el fondo de su corazón como faro que ilumina la conciencia. Este conjunto de verdades, que constituyen lo que tradicionalmente se ha denominado “ley natural”, será la base de lo que Benedicto XVI llama “principios no negociables” en el diálogo social» (FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 13-14).

<sup>244</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, III, 1, 2007, 150-155. «La idea del derecho natural se considera hoy una doctrina católica más bien singular, sobre la que no vale la pena discutir fuera del ámbito católico, de modo que casi nos avergüenza hasta la sola mención del término. Quisiera indicar brevemente cómo se llegó a esta situación. Es fundamental, sobre todo, la tesis según la cual entre ser y deber existe un abismo infranqueable. Del ser no se podría derivar un deber, porque se trataría de dos ámbitos absolutamente distintos. La base de dicha opinión es la concepción positivista de naturaleza adoptada hoy casi generalmente» («Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 665).

rescatarla y afirmar su accesibilidad a todos los hombres dada su trascendental importancia:

«está escrita en el corazón del hombre y, en consecuencia, también hoy no resulta simplemente inaccesible. Esta ley tiene como principio primero y generalísimo: “hacer el bien y evitar el mal”. Esta es una verdad cuya evidencia se impone inmediatamente a cada uno. De ella brotan los demás principios más particulares, que regulan el juicio ético sobre los derechos y los deberes de cada uno»<sup>245</sup>.

De hecho, como demostración de la existencia de estos principios, y de la accesibilidad a ellos por parte de cualquier hombre, debería valer el consenso que se logró al formular los Derechos Humanos. Naciones Unidas en su inicio buscó la elaboración de normas y estructuras ordenadas a promover el bien común, a defender los derechos y deberes del hombre en atención a su dignidad y, por tanto, a defender la libertad del hombre<sup>246</sup>. Ese consenso, sin duda se pudo lograr porque existe una ley natural, que procede de una Razón creadora, con independencia de cómo lo perciba cada individuo<sup>247</sup>.

«Es evidente que los derechos reconocidos y enunciados en la Declaración se aplican a cada uno en virtud del origen común de la persona, la cual sigue siendo el punto más alto del designio creador de Dios para el mundo y la historia. Estos derechos se basan en la ley natural inscrita en el corazón del hombre y presente en las diferentes culturas y civilizaciones. Arrancar los derechos humanos de este contexto significaría restringir su ámbito y ceder a una concepción relativista, según la cual el sentido y la interpretación de los derechos podrían variar, negando su universalidad en nombre de los diferentes contextos culturales, políticos, sociales e incluso religiosos. Así pues, no se debe permitir que esta vasta variedad de puntos de vista oscurezca no sólo el hecho de que los derechos son universales, sino que también lo es la persona humana, sujeto de estos derechos»<sup>248</sup>.

Los medios de que dispone el hombre para conocer la ley natural, y llegar a deducir qué es justo y bueno, es un “*corazón dócil*”: la razón, la conciencia y, la ayuda de Dios (la fe si es creyente; su gracia, en cualquier caso)<sup>249</sup>. Para esto el Papa alemán vuelve a proponer la razón, una razón ampliada (tal como veremos más

<sup>245</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, III, 1, 151-152.

<sup>246</sup> Cf. «A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», 331.

<sup>247</sup> «En todas las culturas se dan singulares y múltiples convergencias éticas, expresiones de una misma naturaleza humana, querida por el Creador, y que la sabiduría ética de la humanidad llama ley natural. Dicha ley moral universal es fundamento sólido de todo diálogo cultural, religioso y político, ayudando al pluralismo multiforme de las diversas culturas a que no se alejen de la búsqueda común de la verdad, del bien y de Dios» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 59).

<sup>248</sup> «A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», 334.

<sup>249</sup> Benedicto XVI comenzaba y terminaba su discurso en el Bundestag con una referencia a la petición que hizo Salomón a Dios para poder gobernar a su pueblo. «Al joven rey Salomón, a la hora de asumir el poder, se le concedió lo que pedía. ¿Qué sucedería si a nosotros, legisladores de hoy, se nos concediese formular una petición? ¿Qué pediríamos? Pienso que, en último término, también hoy, no podríamos desear otra cosa que un corazón dócil: la capacidad de distinguir el bien del mal, y así establecer un verdadero derecho, de servir a la justicia y la paz» («Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 667).

detenidamente en el siguiente sub-apartado) y la aceptación sin ambages de la conciencia (con sus incertidumbres y limitaciones)<sup>250</sup>.

A través de su razón y del sentido común (incluso prescindiendo del contenido de la revelación), la persona puede acceder a los principios básicos derivados de la ley natural que reflejan la dignidad del hombre<sup>251</sup>. Estos principios básicos constituyen el fundamento de los derechos humanos fundamentales<sup>252</sup> (el Papa germano cita el respeto a la vida humana, el deber de buscar la verdad, la libertad, la justicia y, derivada de ella, la expectativa de solidaridad<sup>253</sup>). Por su naturaleza esta ley natural no depende de la arbitrariedad o la subjetividad del individuo, sino que son normas inderogables y objetivas que no dependen del legislador<sup>254</sup>. En el ámbito de la política y el derecho se puede estudiar especialmente bien la necesidad e importancia que ha tenido a lo largo de la historia la ley natural, la razón, la verdad, la ética<sup>255</sup>. «La política debe ser un compromiso por la justicia y crear así las condiciones básicas para la paz»<sup>256</sup>. Pero, en muchas ocasiones, no es fácil discernir lo verdaderamente justo. Benedicto XVI señaló en Alemania que, de forma habitual a lo largo de la historia, las fuentes del Derecho han sido la naturaleza y la razón. Esta razón, fuente del derecho en la sociedad occidental-cristiana, era una razón en armonía entre razón objetiva y subjetiva: no podía haber oposición insalvable entre ambas pues las dos están enraizadas en la razón creadora de Dios. El Derecho actual se puede considerar que arranca en el s. II a.C. con el Derecho Natural Social, nacido de la síntesis entre la filosofía griega de origen estoico y el derecho romano. En algunas sociedades, el derecho lo establece el derecho religioso, como en el islam. En la sociedad occidental europea, los teólogos pusieron las bases del derecho no en el derecho religioso, sino en la filosofía que apoya sus razonamientos en la razón y en la naturaleza humana, y que por otro lado no puede contradecir la verdad de la fe (pues como hemos visto fe y razón tienen el mismo objeto: la verdad). En occidente, el protagonismo del derecho lo ha tenido la naturaleza y la conciencia que se deriva de ella<sup>257</sup>. De esta razón y naturaleza se

<sup>250</sup> Cf. BLANCO SARTO, PABLO, “Introducción” en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 15-17; cf. GARCÍA PÉREZ, RAFAEL D., “Conciencia, naturaleza y derecho” en *ibid.*, 182-83.

<sup>251</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 732; cf. también «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 637.

<sup>252</sup> «La Declaración Universal ha reforzado la convicción de que el respeto de los derechos humanos está enraizado principalmente en la justicia que no cambia, sobre la cual se basa también la fuerza vinculante de las proclamaciones internacionales» («A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», 333, 335).

<sup>253</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 47; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discorso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, III, 1, 151-152.

<sup>254</sup> Cf. *Ibid.*, 153.

<sup>255</sup> Este fue el tema principal en los discursos de Benedicto XVI cuando tuvo que dirigirse a las Naciones Unidas, al parlamento inglés y al alemán. Cf. «A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», (2008); «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», (2010); «Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», (2011).

<sup>256</sup> *Ibid.*, 664.

<sup>257</sup> Cf. *ibid.*, 664-65.

desprende una ética objetiva universal que expresa las exigencias de la ley natural, válida para todos los hombres por ser coherente con la razón humana<sup>258</sup>.

La conciencia podrá guiar al hombre en el descubrimiento de la ley natural si logra superar la dicotomía que se ha establecido en nuestros días entre libertad y verdad. Si se separan ambas se corrompen y caen en la anarquía y la violencia. La libertad perfecciona al hombre cuando está al servicio de la verdad<sup>259</sup>. El Papa emérito, entiende esa conciencia como en su día la definió Newman: «la presencia clara e imperiosa de la voz de la verdad en el sujeto»<sup>260</sup>. No es mera autoconciencia del yo, ni un subjetivismo relativista. Esta conciencia señalará al hombre, junto con la razón y la gracia, la ley natural: la verdad, el bien y el mal<sup>261</sup>.

Benedicto XVI ha explicado cómo a partir de la dignidad de la naturaleza se puede llegar a un conocimiento cierto de una ley natural y, por coherencia, alcanzar la naturaleza del hombre y su dignidad al participar de la verdad universal objetiva. El anterior pontífice recurre a una “*ecología humana*” que refuerce la dignidad de la persona<sup>262</sup>. Este término acuñado san Juan Pablo II le sirve para reclamar la coherencia que implica la naturaleza humana, la verdad:

«El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa. Esto exige que la sociedad actual revise seriamente su estilo de vida que, en muchas partes del mundo, tiende al hedonismo y al consumismo, despreocupándose de los daños que de ello se derivan. (...) Es necesario que exista una especie de ecología del hombre bien entendida. En efecto, la degradación de la naturaleza

<sup>258</sup> Pregunta el entrevistador: «Sin embargo, a veces se tiene la impresión de que hubiese una ley natural por la cual, en cierta medida, el paganismo recupera una y otra vez los territorios que han sido roturados y cultivados por el cristianismo»; y contesta: «La verdad del pecado original se confirma. Una y otra vez el hombre vuelve a caer de su fe, quiere volver a ser solamente él mismo, se vuelve pagano en el sentido más profundo de la palabra. Pero una y otra vez se pone también de manifiesto la presencia divina en el hombre. Esta es la lucha que atraviesa toda la historia» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 72).

<sup>259</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 590; BLANCO SARTO, P., «Joseph Ratzinger: ética, libertad, verdad», *Revista empresa y humanismo* (2006) 13. Para el Papa alemán «la conciencia es el lugar de encuentro de la libertad y de la verdad» (*ibid.*, *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 184).

<sup>260</sup> *Verdad, valores, poder*, 59.

<sup>261</sup> Cf. GARCÍA PÉREZ, RAFAEL D., “Conciencia, naturaleza y derecho” en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 173-91. En su artículo, el autor defiende que el Papa alemán, en el discurso del Bundestag, habla en clave de la razón práctica, como concepto filosófico, y afronta la ética que conllevaría una ley natural. La ley natural implicaría una concepción teísta del hombre, y su consecuencia sería la participación del *Logos* como razón creadora. La conciencia, junto con la razón, ayudaría a encontrar la verdad objetiva que sería fundamento de la sociedad y del comportamiento del individuo, y a la que tendría que estar ordenada también la libertad humana.

<sup>262</sup> Cf. JUAN PABLO II, SANTO, «Carta Encíclica «Centesimus annus»», *AAS* 83 (1991) 793-867; cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 48. «La importancia de la ecología es hoy indiscutible. Debemos escuchar el lenguaje de la naturaleza y responder a él coherentemente. Sin embargo, quisiera afrontar seriamente un punto que —me parece— se ha olvidado tanto hoy como ayer: hay también una ecología del hombre. También el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo. El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza, y su voluntad es justa cuando él respeta la naturaleza, la escucha, y cuando se acepta como lo que es, y admite que no se ha creado a sí mismo. Así, y sólo de esta manera, se realiza la verdadera libertad humana» («Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 667).

está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana: cuando se respeta la “ecología humana” en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia. Así como las virtudes humanas están interrelacionadas, de modo que el debilitamiento de una pone en peligro también a las otras, así también el sistema ecológico se apoya en un proyecto que abarca tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza.

Para salvaguardar la naturaleza no basta intervenir con incentivos o desincentivos económicos, y ni siquiera basta con una instrucción adecuada. Éstos son instrumentos importantes, pero el problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad. Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas. El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros. Es una grave antinomia de la mentalidad y de la praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad»<sup>263</sup>.

El hombre contará con la ayuda de la gracia en el descubrimiento de la ley natural. Pero, esta ley es válida para creyentes y no creyentes<sup>264</sup>; aunque en el caso de que el individuo cuente con la fe, será más evidente para él.

La recta razón dice que una naturaleza humana con estas características implica una concepción teísta. El Papa alemán recordó cómo Hans Kelsen (1881-1973), teórico del positivismo jurídico, abandonó al final de su vida el dualismo de ser y deber ser. En palabras de Benedicto XVI, su razonamiento fue: «había dicho que las normas podían derivar solamente de la voluntad. En consecuencia –añade–, la naturaleza sólo podría contener en sí normas si una voluntad hubiese puesto estas normas en ella. Por otra parte –dice–, esto supondría un Dios creador, cuya voluntad se ha insertado en la naturaleza. “Discutir sobre la verdad de esta fe es algo absolutamente vano”, afirma a este respecto». Pero el pontífice germano se interroga: «¿Lo es verdaderamente?, quisiera preguntar. ¿Carece verdaderamente de sentido reflexionar sobre si la razón objetiva que se manifiesta en la naturaleza no presupone una razón creativa, un *Creator Spiritus*?» Y recuerda los fundamentos firmes que aporta esta convicción al hombre y a la sociedad occidental: «Sobre la base de la convicción de la existencia de un Dios creador, se ha desarrollado el concepto de los derechos humanos, la idea de la igualdad de todos los hombres ante la ley, la conciencia de la inviolabilidad de la dignidad humana de cada persona y el reconocimiento de la responsabilidad de los hombres por su conducta»<sup>265</sup>.

<sup>263</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 51.

<sup>264</sup> «Para el desarrollo del derecho, y para el desarrollo de la humanidad, ha sido decisivo que los teólogos cristianos hayan tomado posición contra el derecho religioso, requerido por la fe en la divinidad, y se hayan puesto de parte de la filosofía, reconociendo a la razón y la naturaleza, en su mutua relación, como fuente jurídica válida para todos» («Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 665-66).

<sup>265</sup> *Ibid.*, 667.

Esta coherencia lógica que se desprende de la totalidad de la verdad, que proviene de la Razón creadora, implicará, en la persona y en la sociedad, un comportamiento ético conforme a la ley natural a partir de su primer principio de “hacer el bien y evitar el mal”<sup>266</sup>. Así, esta ética, por su origen, tiene una autoridad capaz de fundamentar el comportamiento moral personal y social<sup>267</sup>, pues cuando los principios éticos están enraizados en la ley natural tienen un fundamento sólido y permiten una sociedad estable y fuerte<sup>268</sup>. La verdad del hombre se expresa en la ley moral natural y, por tanto, da fundamento a la autoridad de unas normas objetivas. Las mayorías pueden asegurar el consenso, pero no la verdad; basar la autoridad en ellas puede originar graves injusticias para el hombre<sup>269</sup>.

Por otro lado, la Iglesia enseña que la naturaleza humana está herida por el pecado original<sup>270</sup>, lo que explica que sea más complicado al hombre captar la verdad de su naturaleza<sup>271</sup>. Por esto, la colaboración de la religión y la fe con la razón respecto a la ley natural es de gran importancia: «el mundo de la razón y el mundo de la fe —el mundo de la racionalidad secular y el mundo de las creencias religiosas— necesitan uno de otro y no deberían tener miedo de entablar un diálogo

<sup>266</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 51; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discorso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, III, 1, 150-155.

<sup>267</sup> «Si los principios éticos que sostienen el proceso democrático no se rigen por nada más sólido que el mero consenso social, entonces este proceso se presenta evidentemente frágil. Aquí reside el verdadero desafío para la democracia» («Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 636); cf. FERNÁNDEZ LABASTIDA, F., *Tener fe en la razón*, 66-67.

<sup>268</sup> «Un buen ejemplo de ello lo encontramos en uno de los logros particularmente notables del Parlamento Británico: la abolición del tráfico de esclavos. La campaña que condujo a promulgar este hito legislativo estaba edificada sobre firmes principios éticos, enraizados en la ley natural, y brindó una contribución a la civilización de la cual esta nación puede estar orgullosos» («Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 636).

<sup>269</sup> Esto es lo que ocurre cuando se legisla permitiendo situaciones de injusticia —encubiertas en una moral proporcionalista, o buscando intereses particulares— que atentan contra la ley natural al obviar la igual dignidad de todas las personas. Algunos ejemplos, desgraciadamente reales también en la sociedad occidental, son las situaciones de atentado contra la vida y concepción mecanicista del hombre que lo reduce a un objeto (aborto, eutanasia, fecundación *in vitro*, violencia, manipulación biotecnológica), o ataques a la institución familiar, guerras, injusta pobreza y explotación, abusos dentro del sistema económico, distintos tipos de esclavitud, abusos de los recursos naturales y de la ecología... Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 30; cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 21, 28, 32, 44, 75, et al. cf. «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 636-37.

<sup>270</sup> En *Jesús de Nazaret* se trata ampliamente la naturaleza humana al tratar los distintos aspectos de la doble naturaleza de Cristo, la humana y la divina. También queda de manifiesto cómo Jesús muestra la auténtica naturaleza del hombre al propio hombre y le redime de su naturaleza herida por el pecado original, aunque siga conservando algunas consecuencias de ese primer pecado. Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1 (2015). Por ejemplo: *La oración del Señor, La confesión de Pedro, Getsemaní, La Crucifixión, la Resurrección, et al.*

<sup>271</sup> Cf. CEC, nn. 404-406; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 175; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 3 de diciembre de 2008: San Pablo - Adán y Cristo. Del pecado (original) a la libertad*, IV, 2, 753-758. En esta última Audiencia explica Benedicto XVI cómo se enfrenta la explicación cristiana del pecado original con la explicación evolucionista. En el primer caso se considera una naturaleza herida y redimida, que conserva su capacidad de descubrir la verdad de forma imperfecta; en el segundo, da por supuesto un dualismo bien-mal en el hombre y cuenta con una cuota de mal que asume la humanidad de forma irremediable.

profundo y continuo, por el bien de nuestra civilización»<sup>272</sup>. El papel de la fe es purificador y corrector, ilumina y facilita a la recta razón la percepción clara de la ley natural: es garante de la recta razón frente a posibles desviaciones. Cuando la razón ignora la ayuda de la fe, es fácil que la persona se desoriente y también tiene el riesgo de caer en totalitarismos o abusos. Se comprueba que el papel de la fe en la sociedad es de gran importancia, por lo que no se debe marginar, ya que puede aportar mucho al individuo y a la sociedad. Al mismo tiempo, la fe debe respetar la justa independencia y autonomía respecto al poder político, y no pretender regir la sociedad<sup>273</sup>. El cristianismo no tiene una teología política, ni lo pretende; pero sí puede aportar un *ethos* político y, de hecho, se puede decir que el *ethos* ilustrado «vive de la influencia póstuma del cristianismo»<sup>274</sup>, tiene sus raíces, racionalidad y estructura interna en el cristianismo<sup>275</sup>.

La actual mentalidad posmoderna relativista se opone a este concepto de ley natural que encierra una verdad universal de la que emana una ética. Al negar el acceso a una verdad objetiva, no se puede fundamentar una norma global más allá del consenso. Se establece la libertad como fuente de verdad subjetiva, y el relativismo moral pasa a ser el elemento esencial de la sociedad democrática<sup>276</sup>. Entonces, al no haber un fundamento objetivo último que sostenga la sociedad y sus normas, se renuncia al *ethos* personal, y se sustituye por las estructuras sociales cuyo fin es salvaguardar las libertades individuales<sup>277</sup>. Queda eliminado el nexo libertad-verdad y se ignora a la persona como ser racional y libre: se corrompen tanto la libertad como la verdad<sup>278</sup>. También puede ocurrir que el estado no se fíe de una libertad excesiva, y entonces se cae en autoritarismos. En general, se sustituye una ética objetiva por un positivismo jurídico que fácilmente puede derivar en

<sup>272</sup> «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 637. Cf. GARCÍA PÉREZ, RAFAEL D., «Conciencia, naturaleza y derecho» en BLANCO SARTO, P. (ED.).

<sup>273</sup> «Su papel [de la fe en el gobierno justo] consiste más bien en ayudar a purificar e iluminar la aplicación de la razón al descubrimiento de principios morales objetivos» («Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 636).

<sup>274</sup> *El cristiano en la crisis de Europa*, 47.

<sup>275</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 28; cf. también GARCÍA PÉREZ, RAFAEL D., «Conciencia, naturaleza y derecho» en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 191.

<sup>276</sup> «Así Dios queda excluido de la cultura y de la vida pública, y la fe en Él resulta más difícil, entre otras razones porque vivimos en un mundo que se presenta casi siempre como obra nuestra, en el cual, por decirlo así, Dios no aparece ya directamente, da la impresión de que ya es superfluo, más aún, extraño. En íntima relación con todo esto, tiene lugar una radical reducción del hombre, considerado un simple producto de la naturaleza, como tal no realmente libre y al que de por sí se puede tratar como a cualquier otro animal. Así se produce un auténtico vuelco del punto de partida de esta cultura, que era una reivindicación de la centralidad del hombre y de su libertad. En la misma línea, la ética se sitúa dentro de los confines del relativismo y el utilitarismo, excluyendo cualquier principio moral que sea válido y vinculante por sí mismo» («Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 797).

<sup>277</sup> Cf. «Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 663-69; cf. *Iglesia, ecumenismo y política: nuevos ensayos de eclesiología*, Editorial Católica, 2005, 230-31; cf. GARCÍA PÉREZ, RAFAEL D., «Conciencia, naturaleza y derecho» en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 181-88.

<sup>278</sup> Cf. *Ibid.*, 182.



injusticias<sup>279</sup>. Será fácil llegar a una ética que se demuestra insuficiente basada en la sociología, la psicología o la evolución; o que se caiga en una moral puramente utilitarista que favorece a los *lobbies* de mayor poder o a corrientes de opinión<sup>280</sup>. En esta línea, Benedicto XVI ha denunciado que, en distintas ocasiones y de modos diversos, se ha querido marginar a la Iglesia y a los creyentes con una argumentación superficial y sectaria, que pone de manifiesto cómo se ha apartado la verdadera razón del debate público, y que limita una de las principales libertades del hombre: la libertad religiosa<sup>281</sup>:

«La religión no es un problema que los legisladores deban solucionar, sino una contribución vital al debate nacional. Desde este punto de vista, no puedo menos que manifestar mi preocupación por la creciente marginación de la religión, especialmente del cristianismo, en algunas partes, incluso en naciones que otorgan un gran énfasis a la tolerancia. Hay algunos que desean que la voz de la religión se silencie, o al menos que se relegue a la esfera meramente privada. Hay quienes esgrimen que la celebración pública de fiestas como la Navidad deberían suprimirse según la discutible convicción de que ésta ofende a los miembros de otras religiones o de ninguna. Y hay otros que sostienen — paradójicamente con la intención de suprimir la discriminación— que a los cristianos que desempeñan un papel público se les debería pedir a veces que actuaran contra su conciencia. Éstos son signos preocupantes de un fracaso en el aprecio no sólo de los derechos de los creyentes a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa, sino también del legítimo papel de la religión en la vida pública. Quisiera invitar a todos ustedes, por tanto, en sus respectivos campos de influencia, a buscar medios de promoción y fomento del diálogo entre fe y razón en todos los ámbitos de la vida nacional»<sup>282</sup>.

El Papa bávaro trató ante el Parlamento alemán de cómo se ha llegado a esta situación en la que no se contempla ni la verdadera razón, ni la naturaleza humana, que sí es capaz de reconocer el sentido común. Sólo cuenta la razón positivista, que se considera como la única razón científica<sup>283</sup>. Y Benedicto XVI explicaba: «entonces no se puede derivar de ella [de la naturaleza] realmente ninguna indicación que tenga de algún modo carácter ético. Una concepción positivista de la naturaleza, que comprende la naturaleza de manera puramente funcional, como las ciencias naturales la entienden, no puede crear ningún puente hacia el *ethos* y el derecho, sino dar nuevamente sólo respuestas funcionales»<sup>284</sup>. El pontífice no tiene inconveniente

<sup>279</sup> «La experiencia nos enseña que a menudo la legalidad prevalece sobre la justicia cuando (...) se presentan simplemente en términos de legalidad, los derechos corren el riesgo de convertirse en proposiciones frágiles, separadas de la dimensión ética y racional, que es su fundamento y su fin» («A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», 335).

<sup>280</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 45; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 735.

<sup>281</sup> Cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., Capítulo VI. “Libertad religiosa, laicismo y fundamentalismo”, *Cooperadores de la verdad*, 65-83.

<sup>282</sup> «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 638.

<sup>283</sup> Esta razón positivista no contempla aquello que no es comprobable con métodos científicos como el *ethos* y la religión, de modo que lo aparta al ámbito de lo subjetivo de forma dramática. «...la razón en una visión positivista, que muchos consideran como la única visión científica. En ella, aquello que no es verificable o descartable no entra en el ámbito de la razón en sentido estricto. Por eso, el *ethos* y la religión han de ser relegadas al ámbito de lo subjetivo y caen fuera del ámbito de la razón en el sentido estricto de la palabra» («Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 666).

<sup>284</sup> Cf. *Ibid.* Citado por Benedicto XVI, cf. Waldstein, op. cit. 15-21.

en afirmar que la visión positivista tiene aspectos positivos y ha aportado mucho a la sociedad, especialmente en el campo de las ciencias; pero no deja de alertar de los riesgos de una visión positivista omnicomprendensiva<sup>285</sup>.

Benedicto XVI está convencido de que la ley moral natural es de un valor inalienable para el progreso coherente y real de la vida personal y del orden social<sup>286</sup>. Quizás no pone énfasis en el término (“ley moral natural”), pues entiende que ha cambiado su significado en el actual contexto positivista<sup>287</sup>, pero sostiene que «todo ordenamiento jurídico, tanto a nivel interno como a nivel internacional, encuentra su legitimidad, en último término, en su arraigo en la ley natural, en el mensaje ético inscrito en el mismo ser humano, (...) [y que] el conocimiento de esta ley inscrita en el corazón del hombre aumenta con el crecimiento de la conciencia moral»<sup>288</sup>. Así pues, propone recuperar el concepto de ley natural que se concreta en una ética resumida en el Decálogo<sup>289</sup>. Entiende que esta proposición no es fácil de asumir desde la actual razón positivista, pero plantea que no se renuncie y se tome como vía de acceso el repensar la conciencia y la naturaleza<sup>290</sup> a partir de una razón ampliada abierta a la trascendencia.

«Ciertamente, la razón es el gran don de Dios al hombre, y la victoria de la razón sobre la irracionalidad es también un objetivo de la fe cristiana. Pero ¿cuándo domina realmente la razón? ¿Acaso cuando se ha apartado de Dios? ¿Cuándo se ha hecho ciega para Dios? La razón del poder y del hacer ¿es ya toda la razón? Si el progreso, para ser progreso, necesita el crecimiento moral de la humanidad, entonces la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Sólo de este modo se convierte en una razón realmente humana. Sólo se vuelve humana si es capaz de indicar el camino a la voluntad, y esto sólo lo puede hacer si mira más allá de sí misma. En caso contrario, la situación del hombre, en el desequilibrio entre la capacidad material, por un lado, y la falta de juicio del corazón, por otro, se convierte en una amenaza para sí mismo y para la

<sup>285</sup> Cf. *Ibid.*, 667; cf. GARCÍA PÉREZ, RAFAEL D., “Conciencia, naturaleza y derecho” en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 179. El triunfo del pensamiento evolucionista y el azar daban una explicación que permitía prescindir de Dios al positivismo, y supuso el abandono de la causalidad y de una naturaleza que fundamentase con su verdad objetiva unas normas universales.

<sup>286</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discorso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, III, 1, 153.

<sup>287</sup> Cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 211.

<sup>288</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discorso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, III, 1, 153.

<sup>289</sup> El Decálogo judeo-cristiano es una expresión altísima de la razón moral anclada en la naturaleza humana, en la ley natural. Tiene valor universal en todas las grandes culturas, y puede ser válido incluso para los no creyentes: Francisco de Vitoria, al que se puede considerar precursor de las Naciones Unidas, habló de una razón natural compartida por todas las naciones. Incluso en el islam hay apertura a un diálogo con este fondo cultural, cf. BLANCO SARTO, P., “Razón, cristianismo y modernidad. Ecos de Ratisbona”, *Un decálogo común* en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 118-22. «(...) se puede decir que la condición para llegar a Dios es simplemente el contenido esencial del Decálogo, poniendo el acento en la búsqueda interior de Dios, en el caminar hacia Él (primera tabla) y en el amor al prójimo, en la justicia para con el individuo y la comunidad (segunda tabla). No se mencionan condiciones basadas específicamente en el conocimiento que procede de la revelación, sino el “preguntar por Dios” y los fundamentos de la justicia que una conciencia atenta –despierta precisamente gracias a la búsqueda de Dios– le dice a cada uno» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI, 1, 178).

<sup>290</sup> Cf. GARCÍA PÉREZ, RAFAEL D., “Conciencia, naturaleza y derecho” en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 181-91.

creación. (...) Dios entra realmente en las cosas humanas a condición de que no sólo lo pensemos nosotros, sino que Él mismo salga a nuestro encuentro y nos hable. Por eso la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión»<sup>291</sup>.

*Lumen fidei* recuerda que la fe ayuda a la recta razón a descubrir y respetar la naturaleza humana, en la cual se descubren unas normas que protegen la dignidad de la persona<sup>292</sup>.

### c) Propuesta de una razón ampliada abierta a la trascendencia

Como hemos visto hasta ahora, la actual sociedad occidental tiende a negar el acceso a la verdad a través de la razón por lo que no tiene fácil descubrir la ley natural, que se engarza en la verdad más profunda del hombre<sup>293</sup>.

«Me parece que el gran desafío de nuestro tiempo es el secularismo, es decir, un modo de vivir y presentar el mundo como “*si Deus non daretur*”, es decir, como si Dios no existiera. Se quiere relegar a Dios a la esfera privada, a un sentimiento, como si él no fuera una realidad objetiva; y así cada uno se forja su propio proyecto de vida. Pero esta visión, que se presenta como si fuera científica, sólo acepta como válido lo que se puede verificar con experimentos»<sup>294</sup>.

Frente a esta situación, Benedicto XVI hace una defensa a ultranza de la razón humana, pero de una recta razón verdadera<sup>295</sup>. En la modernidad la razón ha liberado a la religión de algunos errores como el fideísmo o el fanatismo<sup>296</sup>; pero la razón ha caído –primero a causa del racionalismo, y después del relativismo<sup>297</sup>– en

<sup>291</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 23.

<sup>292</sup> «La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 34).

<sup>293</sup> Cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 27-28. Se llega así a un antropocentrismo subjetivista, que se cierra a la trascendencia.

<sup>294</sup> «Encuentro con los jóvenes de Roma y del Lacio como preparación para la XXI JMJ», 353.

<sup>295</sup> «Benedicto XVI hará de la defensa de la razón humana, capaz de alcanzar la verdad, participación de la Razón o *Logos* divino, uno de los núcleos más densos de su pontificado» (FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 36). Cf. FERNÁNDEZ LABASTIDA, F., *Tener fe en la razón*, 93-99; cf. BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, «Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», 197-200.

<sup>296</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 3, 57, et al. cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 635-39; cf. BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, «Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», 179-80.

<sup>297</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de agosto de 2009: San Juan María Vianney, cura de Ars*, Libreria Editrice Vaticana, 2009, IX, 2, 120-125. En esta intervención señalaba: «Ambas [racionalismo y relativismo] parecen respuestas inadecuadas a la justa exigencia del hombre de usar plenamente su propia razón como elemento distintivo y constitutivo de la propia identidad. El racionalismo fue inadecuado porque no tuvo en cuenta las limitaciones humanas y pretendió poner la sola razón como medida de todas las cosas, transformándola en una diosa; el relativismo contemporáneo mortifica la razón, porque de hecho llega a afirmar que el ser humano no puede conocer nada con certeza más allá del campo científico positivo. Sin embargo, hoy, como entonces, el hombre “que mendiga significado y realización” busca continuamente respuestas exhaustivas a los interrogantes de fondo que no deja de plantearse» (*ibid.*, 123).

una autolimitación que le impide alcanzar la verdad absoluta, lo cual debería ser el fin principal de la verdadera ciencia<sup>298</sup>.

El Papa alemán no renuncia a la razón moderna, sino que propone su mejora: una razón posmoderna que toma lo positivo de la razón moderna y la amplía al abrirla a la trascendencia<sup>299</sup>, a la verdad completa, de modo que no se auto-limite a sí misma, que contemple la posibilidad de que el hombre se halle en el error cuando entiende su vida como autonomía completa respecto a Dios. Esta síntesis entre la razón moderna y el cristianismo aporta fundamentos firmes que facilitan el reconocimiento de la dignidad humana, y así poder alcanzar la paz y el pleno respeto de la persona y del medio ambiente<sup>300</sup>. Al contemplar el “libro de la naturaleza” es lógico que el hombre se pregunte por los últimos porqués, ya que se intuye un orden, un *Logos* creador<sup>301</sup>.

La razón ampliada que promueve el Benedicto XVI no está limitada al conocimiento empírico<sup>302</sup>, sino que se ve ayudada por la filosofía y la teología que nacieron juntas en las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. Después, con la aparición de los escritos de Aristóteles, que mostraban cómo una recta razón podía alcanzar una verdad razonable sin la ayuda de la fe, santo Tomás de Aquino acometió la diferenciación de ambas, y apoyó que deben relacionarse sin confusión y sin separación<sup>303</sup>. Desde el punto de vista de la filosofía: «la razón acoge una verdad en virtud de su evidencia intrínseca, mediata o inmediata»<sup>304</sup>; y por parte de la teología: «la fe, en cambio, acepta una verdad basándose en la autoridad de la Palabra de Dios que se revela»<sup>305</sup> (así lo desarrolló santo Tomás en su *Summa*, tal

<sup>298</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 735.

<sup>299</sup> Los «errores y efectos colaterales de la modernidad exigían una crítica y una corrección. La propuesta de Benedicto XVI no constituía, sin embargo, un acto “pre-moderno” o “anti-moderno” (...), sino más bien algo que podríamos llamar posmoderno, en el sentido más amplio de la expresión. Se trata de hacer alcanzar una nueva síntesis de la posmodernidad con las mejores aportaciones del cristianismo. Consiste en crear una “nueva Ilustración”, una nueva cultura y una nueva sociedad, que requieren a su vez de una nueva razón –la “razón ampliada”–, que evite los errores cometidos por la razón moderna. Una razón abierta no solo al mundo del arte, de la ética y de los sentimientos, sino también al inmenso panorama de las religiones y también de la fe cristiana» (BLANCO SARTO, P., “Presentación” en, BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 9).

<sup>300</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

<sup>301</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 800. «(...) he tratado de demostrar, la razón moderna propia de las ciencias naturales, con su elemento platónico intrínseco, conlleva un interrogante que va más allá de sí misma y que trasciende las posibilidades de su método» («Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 735).

<sup>302</sup> «El absolutismo de la técnica tiende a producir una incapacidad de percibir todo aquello que no se explica con la pura materia. Sin embargo, todos los hombres tienen experiencia de tantos aspectos inmateriales y espirituales de su vida» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 77).

<sup>303</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 350-355. «De este modo, la teología y la filosofía forman una peculiar pareja de gemelos, en la que ninguna de las dos puede separarse totalmente de la otra y, sin embargo, cada una debe conservar su propia tarea y su propia identidad» («Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 110).

<sup>304</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 352.

<sup>305</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *S. Thomae Aquinatis Summa Theologica*, I, q. 1, a. 2; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 351.

como recuerda el anterior pontífice). Y a la vez, deben trabajar sin separación: la filosofía busca la verdad a través de la razón; pero cuenta con la ayuda de la fe que la ilumina y le ofrece el tesoro recibido por la Revelación para que reflexione la filosofía acerca de él<sup>306</sup>; y la teología por su parte necesita de la ayuda de la filosofía<sup>307</sup>. Y si se pierde esa cooperación entre ambas, puede suceder que el hombre deseche la posibilidad de alcanzar la verdad:

«Y eso significa al mismo tiempo que la razón, al final, se doblega ante la presión de los intereses y ante el atractivo de la utilidad, y se ve forzada a reconocerla como criterio último. Dicho desde el punto de vista de la estructura de la universidad: existe el peligro de que la filosofía, al no sentirse ya capaz de cumplir su verdadera tarea, degenera en positivismo; que la teología, con su mensaje dirigido a la razón, quede confinada a la esfera privada de un grupo más o menos grande. Sin embargo, si la razón, celosa de su presunta pureza, se hace sorda al gran mensaje que le viene de la fe cristiana y de su sabiduría, se seca como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan vida. Pierde la valentía por la verdad y así no se hace más grande, sino más pequeña»<sup>308</sup>.

La teología es verdadera ciencia, y una razón ampliada, no debe prescindir de ella como se ha demostrado a lo largo de la historia<sup>309</sup>. En el número 36 de *Lumen fidei* se glosa esta importante ciencia. «Al tratarse de una luz, la fe nos invita a adentrarnos en ella, a explorar cada vez más los horizontes que ilumina, para conocer mejor lo que amamos. De este deseo nace la teología cristiana. Por tanto, la teología es imposible sin la fe y forma parte del movimiento mismo de la fe, que busca la inteligencia más profunda de la autorrevelación de Dios, cuyo culmen es el misterio de Cristo»<sup>310</sup>. Por tanto, la teología está subordinada a la sabiduría<sup>311</sup>, y, en este contexto, la aportación de los santos es muy importante, pues al ser los que mejor han conocido el misterio de Cristo, son los que ayudarán más al conocimiento de Dios, al progreso de la teología<sup>312</sup>.

Además, la razón verdadera estará abierta a la ayuda de la fe, pues entiende que amplía sus límites y la ayuda a descubrir la verdad al aportar un saber más dilatado, gracias al origen más alto de su conocimiento<sup>313</sup>. El Papa Benedicto XVI

<sup>306</sup> Cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 111.

<sup>307</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 350-55; «(...) la teología requiere esa dimensión metafísica como su propia fundamentación, si no quiere caer en el vacío y en la arbitrariedad» (BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 204); cf. BELLANDI, A., «Considerazioni sullo statuto epistemologico della teologia negli scritti di Joseph Ratzinger», 54-55.

<sup>308</sup> «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 113.

<sup>309</sup> «Toda la historia de la teología es, en el fondo, el ejercicio de este empeño de la inteligencia, que muestra la inteligibilidad de la fe, su articulación y armonía internas, su racionalidad y su capacidad de promover el bien del hombre. La corrección de los razonamientos teológicos y su significado cognoscitivo real se basan en el valor del lenguaje teológico, que, según santo Tomás, es principalmente un lenguaje analógico» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 16 de junio de 2010: Santo Tomás de Aquino (2)*, VI/1, 353).

<sup>310</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 36.

<sup>311</sup> Cf. RATZINGER, J. en Cf. BELDA, M. ET AL. (eds.), *Santidad y mundo: actas del Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá, Roma 12-14 de octubre de 1993*, Pamplona, España: EUNSA, 1996, 19-20; Cf. BLANCO SARTO, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 210.

<sup>312</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1, 449-460; cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 112.

<sup>313</sup> Cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 66-67.

plantea la armonía entre fe y razón, como propuso al aunar el “Dios de la fe” y el “Dios de los filósofos”<sup>314</sup>.

«La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa [de la modernidad], sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros que surgen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir sus horizontes en toda su amplitud. En este sentido, la teología, no sólo como disciplina histórica y ciencia humana, sino como teología auténtica, es decir, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias»<sup>315</sup>.

El hombre no debería obviar la ayuda que presta la fe a la razón<sup>316</sup>; aunque tampoco se debe imponer la fe, pues ésta solo puede ser donada en libertad<sup>317</sup>. En el contexto de la razón posmoderna, la fe, aun con sus limitaciones, tiene la función de purificar y guiar a la razón<sup>318</sup>. Cuando la fe se alía con la razón, como pasó en el cristianismo desde el principio, es capaz de guiar al hombre hacia la verdad última<sup>319</sup>. En lo más íntimo de la persona, para cualquier verdadera cultura, sigue estando vigente el buscar a Dios:

«*Quaerere Deum* –buscar a Dios y dejarse encontrar por Él: esto hoy no es menos necesario que en tiempos pasados. Una cultura meramente positivista que circunscribiera al campo subjetivo como no científica la pregunta sobre Dios, sería la capitulación de la razón,

<sup>314</sup> Cf. *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, (2006); cf. BLANCO SARTO, P., Capítulo I. 1. “¿Fe y/o filosofía?”, *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 58-68.

<sup>315</sup> «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 735.

<sup>316</sup> En *Jesús de Nazaret* se muestra esta razón ampliada en el hombre que se abre a la trascendencia y a través de ella, de su relación personal con Dios alcanza la verdad, por ejemplo, en las *Bienaventuranzas*: Por ejemplo, «“Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8). A Dios se le puede ver con el corazón: la simple razón no basta. Para que el hombre sea capaz de percibir a Dios han de estar en armonía todas las fuerzas de su existencia» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 176-177). Cf. también, *ibid.*, VI/1, 240-241. 176-177; cf. *Ibid. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, 532.

<sup>317</sup> Cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 114. En el debate público en ocasiones se percibe la religión como fuente de violencia y guerras. El Papa emérito lo desmiente, la verdadera religión no puede engendrar violencia, Dios, el *Logos*, es Amor (cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 38-39).

<sup>318</sup> «La historia ha demostrado que varias cosas dichas por teólogos en el decurso de la historia, o también llevadas a la práctica por las autoridades eclesiales, eran falsas y hoy nos confunden. Pero, al mismo tiempo, es verdad que la historia de los santos, la historia del humanismo desarrollado sobre la base de la fe cristiana, demuestra la verdad de esta fe en su núcleo esencial, convirtiéndola así también en una instancia para la razón pública. (...) Al mismo tiempo, sin embargo, es verdad que el mensaje de la fe cristiana nunca es solamente una “comprehensive religious doctrine” en el sentido de Rawls, sino una fuerza purificadora para la razón misma, que la ayuda a ser más ella misma. El mensaje cristiano, en virtud de su origen, debería ser siempre un estímulo hacia la verdad y, así, una fuerza contra la presión del poder y de los intereses», («Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 112).

<sup>319</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38. En este discurso Benedicto XVI hace un breve repaso del proceso de helenización de la fe que comenzó con la traducción del Antiguo Testamento por los judíos, llamada de “los Setenta”. A continuación, prosigue describiendo el inicio del cristianismo en el contexto de búsqueda de la verdad que no teme la confrontación con la filosofía griega, y los posteriores procesos de deshelenización, hasta llegar a nuestros días: la Reforma, la teología liberal y el actual historicismo.

la renuncia a sus posibilidades más elevadas y consiguientemente una ruina del humanismo, cuyas consecuencias no podrían ser más graves. Lo que es la base de la cultura de Europa, la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle, sigue siendo aún hoy el fundamento de toda verdadera cultura»<sup>320</sup>.

En la razón posmoderna propuesta no hay oposición entre fe y razón y es factible re-descubrir una naturaleza humana universal que señale una verdad completa al hombre, como hemos visto hasta ahora. Por tanto, Benedicto XVI propone a la sociedad, como consecuencia de esta razón posmoderna, la apertura a la trascendencia (aunque solo sea como posibilidad), un modo de vivir *etsi Deus daretur*<sup>321</sup>, como si Dios existiera (alternativa al *etsi Deus non daretur*, como si Dios no existiera, que impera en la sociedad actual arrinconada por una razón positivista)<sup>322</sup>.

En la sociedad actual, la religión no tiene porqué no tener su espacio, ya que no implica ofensa a los no creyentes<sup>323</sup>. Y en este contexto, el Papa alemán valora muy positivamente que Habermas introduzca de nuevo la verdad en el panorama filosófico y político<sup>324</sup>, el pontífice siempre ha apreciado todos los esfuerzos por alcanzar la verdad última<sup>325</sup>.

Podemos resumir esta “razón ampliada”, verdaderamente humana, con unas palabras de la encíclica *Spe salvi*: «Si el progreso, para ser progreso, necesita el crecimiento moral de la humanidad, entonces la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas

<sup>320</sup> «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 729.

<sup>321</sup> El profesor Blanco analiza con acierto algunas consecuencias prácticas de esta propuesta de vivir *etsi Deus daretur*, en el contexto de una armonía entre fe y razón que se desprende de los escritos del Papa emérito. Resumidamente, serían el diálogo entre razón y religión con la actual cultura laicista y la propuesta de una “ética mundial” (*Weltethos*) no basada en el consenso sino en la verdad (propuesta surgida en el diálogo de Ratzinger con Habermas en 2004); la propuesta de un decálogo común como código ético válido para cualquier tipo de persona (expresión altísima de razón moral cuya validez e importancia está contrastada en las principales culturas); y la colaboración entre fe y razón, también para el diálogo interreligioso y ecuménico. Cf. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 113-46; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 363-64; cf. HABERMAS, J. y BENEDICTO XVI, *Entre razón y religión: dialéctica de la secularización*, México: Fondo de Cultura Económica, 2008; cf. HABERMAS, J., REDER, M., y SCHMIDT, J., *Carta al Papa consideraciones sobre la fe*, Barcelona: Paidós, 2009; cf. RODRÍGUEZ DUPLÁ, LEONARDO, «El diálogo entre fe cristiana y razón secularizada: El “caso Habermas”», *Estudios trinitarios* (2005) 93-102.

<sup>322</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594; cf. PERA, M. y BENEDICTO XVI, *Sin raíces: Europa, relativismo, cristianismo, islam*, Barcelona: Península, 2006; cf. HABERMAS, J. y BENEDICTO XVI, *Entre razón y religión: dialéctica de la secularización*, México: Fondo de Cultura Económica, 2008. Antes de ser elegido Papa, el cardenal Ratzinger mantuvo sendos diálogos con los pensadores Marcello Pera y Jürgen Habermas. Aunque no vamos a entrar en su estudio, pues se desvían del objetivo de este trabajo y no entran en el pontificado de Benedicto XVI, sí queremos señalar que, de alguna manera, marcan los preámbulos de una de las consecuencias de la razón ampliada que propone el Papa alemán: la apertura a la trascendencia que lleva a vivir *etsi Deus daretur*, como si Dios existiera.

<sup>323</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., «Razón, islam y cristianismo: el debate suscitado por Benedicto XVI», *Scripta Theologica* 41 (2009), 199-225; cf. BLANCO SARTO, P., “Presentación” en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 6-7.

<sup>324</sup> Cf. ISRAEL, G., «E adesso scopriamo che il più grande Habermas non si porta più», en *II Foglio* (15.IX.2007); cf. BLANCO SARTO, P., “Razón, cristianismo y modernidad. Ecos de Ratisbona”, BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 128-29.

<sup>325</sup> Cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “La Sapienza” de Roma», 110.

salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Sólo de este modo se convierte en una razón realmente humana»<sup>326</sup>.

Esta razón ampliada que colabora con la fe, y que se apoya en la filosofía y la teología en su búsqueda de la verdad en el amor, es comentada en *Lumen fidei* al hilo del ejemplo de san Agustín<sup>327</sup>.

### 3. FE Y BÚSQUEDA DE DIOS. RESPUESTA LIBRE DEL

#### HOMBRE A LA FE

Hasta ahora hemos visto cómo Dios toma la iniciativa, busca al hombre y sale a su encuentro (cf. Capítulo I), y cómo cada persona es capaz de percibir esa llamada a través de la búsqueda de la verdad con la ayuda del amor y la razón (cf. Capítulo II, apartados 1 y 2). Pero la fe no es sólo conocimiento; es, ante todo, don de Dios y la indispensable respuesta libre del hombre (posible por la gracia divina)<sup>328</sup>:

«La fe no es un simple asentimiento intelectual del hombre a las verdades particulares sobre Dios; es un acto con el que me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es adhesión a un “Tú” que me dona esperanza y confianza. Ciertamente, esta adhesión a Dios no carece de contenidos: con ella somos conscientes de que Dios mismo se ha mostrado a nosotros en Cristo; ha dado a ver su rostro y se ha hecho realmente cercano a cada uno de nosotros. (...) creer cristianamente significa este abandonarme con confianza en el sentido profundo que me sostiene a mí y al mundo, ese sentido que nosotros no tenemos capacidad de darnos, sino sólo de recibir como don, y que es el fundamento sobre el que podemos vivir sin miedo»<sup>329</sup>.

El hombre responde a la llamada, a la iniciativa divina con el acto de fe. Es un acto libre y voluntario que afecta a la totalidad de la persona, precedido por una

<sup>326</sup> «Carta Encíclica “*Spe salvi*”, n. 23.

<sup>327</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”, n. 32-34. «La luz de la fe, unida a la verdad del amor, no es ajena al mundo material, porque el amor se vive siempre en cuerpo y alma; la luz de la fe es una luz encarnada, que procede de la vida luminosa de Jesús. Ilumina incluso la materia, confía en su ordenamiento, sabe que en ella se abre un camino de armonía y de comprensión cada vez más amplio. La mirada de la ciencia se beneficia así de la fe: ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia» (*ibid.*, n. 34).

<sup>328</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. And. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 484-496.

<sup>329</sup> *Ibid.*, 485; «Nosotros podemos creer en Dios porque Él se acerca a nosotros y nos toca, porque el Espíritu Santo, don del Resucitado, nos hace capaces de acoger al Dios viviente. Así pues, la fe es ante todo un don sobrenatural, un don de Dios. (...) Así pues, la fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen su “sí” a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este “sí” transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica de alegría y de esperanza fiable» (cf. *Ibid.*, 486); «Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre» (cf. *CEC*, n. 154). Cf. también, Capítulo II, 2. “Acceso a una verdad grande a través de la fe”.



disposición de escucha abierta a la trascendencia (que permite un conocimiento cierto a través del amor y la razón)<sup>330</sup>.

Este acto de fe tiene lugar en el contexto de una búsqueda activa de Dios por parte del hombre. Entonces, Dios concede su gracia al hombre, de modo que esté en condiciones de realizar el acto de fe, el cual se concreta en un abandono libre, alegre y confiado, basado en el amor que surge del encuentro con la persona de su Hijo Jesucristo (cf. Capítulo I, 3. “Jesucristo, cumbre y centro de la Revelación”).

### ***A. El acto de fe. Libertad y voluntad***

La fe no es una creencia fría, es “dejarse aferrar” por el Amor. Pero para esto hay que estar en disposición de percibir la llamada de Dios, que desea llevar al hombre a su plenitud<sup>331</sup> (en este sentido podemos hablar de requisitos que facilitan el acceso a la fe, como son la reflexión y la implicación de la totalidad de la persona), y, a continuación, habrá que querer libre y voluntariamente entrar en relación personal con Dios<sup>332</sup>.

Al descubrir a Dios, el hombre se ve interpelado, y puede responder con el acto de fe personal. Es un acto humano libre, voluntario (conlleva por tanto una responsabilidad moral), que afecta a la totalidad de la persona, por el que el hombre se adhiere a Dios y a sus enseñanzas. Benedicto XVI lo describía así:

«(...) ¿qué es, por lo tanto, el acto de fe? Es la respuesta del hombre a la Revelación de Dios, que se da a conocer, que manifiesta su designio de benevolencia; es, por usar una expresión agustiniana, dejarse aferrar por la Verdad que es Dios, una Verdad que es Amor. Por ello san Pablo subraya cómo a Dios, que ha revelado su misterio, se debe “la obediencia de la fe” (*Rm* 16, 26; cf. 1, 5; 2 *Co* 10, 5-6), la actitud con la cual “el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela” (Const. dogm. *Dei Verbum*, 5). Todo esto conduce a un cambio fundamental del modo de relacionarse con toda la realidad; todo se ve bajo una nueva luz, se trata por lo tanto de una verdadera “conversión”. Fe es un “cambio de mentalidad”, porque el Dios que se ha revelado en Cristo y ha dado a conocer su designio de amor, nos aferra, nos atrae a Sí, se convierte en el sentido que sostiene la vida, la roca sobre la que la vida puede encontrar estabilidad»<sup>333</sup>.

<sup>330</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 1-3, 9, 12, et al. cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 170-1762; cf. *Ibid. Aud. gral. del 27 de febrero de 2008: San Agustín (5) - Las conversiones de san Agustín*, 320-329; cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 642-45.

<sup>331</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su «designio de benevolencia»*, VIII, 2, 702-713; cf. *Ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-594; cf. *Ibid. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, 540-548.

<sup>332</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 43-49; cf. *Ibid. Aud. gral. del 16 de enero de 2013: Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, 80-87; cf. *Ibid. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, 210-220; cf. *Ibid. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, 169-182; cf. *Ibid. Aud. gral. del 13 de febrero de 2013: Las tentaciones de Jesús y la conversión por el Reino de los Cielos*, 210-220.

<sup>333</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 702-713.

La libertad y la voluntad propia, necesarias para descubrir a Dios y realizar el acto de fe, no son antagonistas, en absoluto, de la voluntad de Dios, pues la verdadera libertad persigue el bien, y ésta lo va a encontrar en una disposición de apertura que le facilite alcanzar la verdad, descubrir a Dios:

«(...) en nuestros días, cuando un relativismo intelectual y moral amenaza con minar la base misma de nuestra sociedad, Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres a imagen y semejanza de Dios, fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas. En una palabra, estamos destinados a conocer a Cristo, que es “el camino, y la verdad, y la vida” (Jn 14,6)»<sup>334</sup>.

### a) *Requisitos de acceso a la fe*

Para acceder a la fe es necesaria una libre apertura a la verdad (también en sus manifestaciones de bien y de belleza)<sup>335</sup>. Pero esta disposición conlleva el esfuerzo, que debe ser mantenido por la libertad y la voluntad, de buscar un conocimiento cierto a través del amor y de la razón (con ayuda de la gracia, por la reflexión, el estudio y el discernimiento: no es credulidad irracional), y el compromiso de la implicación de la totalidad de la persona en una disposición valiente y coherente con la fe<sup>336</sup>. Nos centramos en estos dos requisitos de acceso a la fe: reflexión e implicación de la totalidad de la persona. También porque éstos son el origen de otras muchas actitudes, algunas de las cuales ya las hemos estudiado en el presente trabajo por su relación con la verdad, la razón o el amor<sup>337</sup>. Las distintas disposiciones libres del hombre respecto a la fe son importantes pues facilitan o dificultan el acceso a la fe<sup>338</sup>.

Para acceder a la fe es necesaria tener capacidad de reflexión. Hoy día, debido al dinamismo de la sociedad es difícil hallar el recogimiento necesario que facilite esa reflexión<sup>339</sup>. Para descubrir la fe, la verdad, es necesario un mínimo de silencio interior<sup>340</sup>. En este sentido, el Papa emérito ha citado a san Agustín: «*Verbo crescente,*

<sup>334</sup> «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 643. Cf. FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Al César lo que es del César*, 52-54.

<sup>335</sup> «Edith Stein dijo en cierta ocasión que quien busca con sinceridad y apasionadamente la verdad está en el camino de Cristo» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, 176).

<sup>336</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 1-3, 9, 12, et al.; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 170-1762; cf. *Ibid. Aud. gral. del 27 de febrero de 2008: San Agustín (5) - Las conversiones de san Agustín*, 320-329; cf. «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 642-45.

<sup>337</sup> Cf. Capítulo I, 2. “Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe”; Capítulo II, 1. “Fe y verdad”; 2. “Acceso a una verdad grande a través de la fe”.

<sup>338</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594.

<sup>339</sup> «La voz de Dios no se reconoce en el estruendo y en la agitación; su proyecto sobre nuestra vida personal y social no se percibe permaneciendo en la superficie, sino bajando a un nivel más profundo, donde las fuerzas que actúan no son las económicas y políticas, sino las morales y espirituales. Es allí donde María nos invita a descender y a sintonizarnos con la acción de Dios» («Acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España», 47).

<sup>340</sup> «La acogida de la Palabra de Dios. Es necesario el silencio interior y exterior para poder escuchar esa Palabra. Se trata de un punto particularmente difícil para nosotros en nuestro tiempo. En efecto, en

*verba deficiunt*» («Cuando el Verbo de Dios crece, las palabras del hombre disminuyen») <sup>341</sup>. El silencio interior y la reflexión son fundamentales <sup>342</sup> para tener la actitud receptiva, indispensable, para captar los signos que nos pueden conducir a la fe <sup>343</sup>, las insinuaciones de un Dios amoroso que toma la iniciativa y nos quiere atraer a Él <sup>344</sup>. «Lo que es verdaderamente grande a menudo pasa desapercibido y el quieto silencio se revela más fecundo que la frenética agitación que caracteriza nuestras ciudades, pero que —con las debidas proporciones— se vivía ya en ciudades importantes como la Jerusalén de entonces. Ese activismo que nos hace incapaces de detenernos, de estar tranquilos, de escuchar el silencio en el que el Señor hace oír su voz discreta» <sup>345</sup>.

La implicación de la totalidad de la persona, además de la reflexión, es esencial para que el hombre pueda descubrir la verdad, a Dios. Y para esto tendrá que poner en juego todas sus capacidades (la razón y el amor <sup>346</sup>, y la coherencia de vida <sup>347</sup>) para encontrar respuestas, para acceder a la fe <sup>348</sup>. No llevar una vida

nuestra época no se favorece el recogimiento; es más, a veces da la impresión de que se siente miedo de apartarse, incluso por un instante, del río de palabras y de imágenes que marcan y llenan las jornadas. Por ello, en la ya mencionada exhortación *Verbum Domini* recordé la necesidad de educarnos en el valor del silencio. (...) El silencio es capaz de abrir un espacio interior en lo más íntimo de nosotros mismos, para hacer que allí habite Dios, para que su Palabra permanezca en nosotros, para que el amor a Él arraigue en nuestra mente y en nuestro corazón, y anime nuestra vida. Por lo tanto, la primera dirección es: volver a aprender el silencio, la apertura a la escucha, que nos abre al otro, a la Palabra de Dios» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de marzo de 2012*, 2012, VIII/1, 451).

<sup>341</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermones nuevos*, Sermo 288, 5: pl 38, 1307; Sermo 120, 2: pl 38, 677.

<sup>342</sup> En *Luz del mundo* se hace eco de la necesidad de reflexión, desde un punto de vista personal, marcando la cuestión como línea fuerte de su pontificado: «Pienso que, ya que Dios ha hecho Papa a un profesor, quería que precisamente este aspecto de la reflexión, y en especial la lucha por la unidad de fe y razón, pasaran al primer plano» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 91).

<sup>343</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 127.

<sup>344</sup> Primero será una actitud de escucha, y ésta dará paso a una reflexión madura que implica, al recibir la fe, vivirla también: «es claro que la nueva palabra sólo puede madurar si nace de una comprensión consciente de la verdad expresada y que, por otra parte, la reflexión sobre la fe exige también que se viva esta fe» («Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», 45). A veces, esa reflexión que el hombre no busca, le sobreviene por circunstancias duras de la vida. Con perspectiva se puede descubrir cómo Dios sale al encuentro de esa persona con la enfermedad, la soledad o el dolor y así facilitar la reflexión en el hombre. Al hablar del tiempo que pasó Jesucristo en el desierto para dejarse tentar, comentaba que ese desierto es «el lugar del silencio, de la pobreza, donde el hombre está privado de los apoyos materiales y se halla frente a las preguntas fundamentales de la existencia, es impulsado a ir a lo esencial y precisamente por esto le es más fácil encontrar a Dios» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de febrero de 2013*, IX, 268). Cf. también Capítulo I, 2. «Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe».

<sup>345</sup> «Acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España», 46.

<sup>346</sup> Por ejemplo, el Papa emérito advertía del riesgo de leer la Escritura sin la disposición de dejarse permear y tocar por la gracia: «Cuando se debilita nuestra atención a la inspiración, se corre el riesgo de leer la Escritura más como un objeto de curiosidad histórica que como obra del Espíritu Santo, en la cual podemos escuchar la voz misma del Señor y conocer su presencia en la historia» («*Verbum Domini*», n. 19); cf. también RATZINGER, J., *Teoría de los principios teológicos*, 79.

<sup>347</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 1.

<sup>348</sup> «¿Qué respuestas está llamada entonces a dar la fe, con “delicadeza y respeto”, al ateísmo, al escepticismo, a la indiferencia hacia la dimensión vertical, a fin de que el hombre de nuestro tiempo pueda seguir interrogándose sobre la existencia de Dios y recorriendo los caminos que conducen a Él? Quisiera aludir a algunos caminos que se derivan tanto de la reflexión natural como de la fuerza misma de la fe. Los resumiría muy sintéticamente en tres palabras: el mundo, el hombre, la fe» (*Insegnamenti di Benedetto XVI*.

coherente de búsqueda del bien, una conducta éticamente buena, dificulta la percepción de las señales con las que Dios busca al hombre, y obstaculiza la búsqueda de la verdad, pues dificulta la reflexión y distorsiona la razón y el amor. Aunque ante esta situación, es cierto que siempre cabe es posible la conversión personal, pues el don de la fe es de naturaleza “performativo”: una esperanza que transforma<sup>349</sup>.

La capacidad de reflexión y la implicación de la totalidad de la persona irán muy entrelazadas con frecuencia, pues una influye en la otra. El recogimiento y la reflexión facilitan al hombre, al ejercitar el amor y su razón de forma honrada y armónica, posicionarse en una de estas dos posturas que condicionan la escucha y por tanto la respuesta: una razón abierta a la trascendencia o una razón cerrada en la propia inmanencia<sup>350</sup>: la casualidad o la causalidad, «si el hombre es un producto de sí mismo o si depende de Dios»<sup>351</sup>. La opción de la casualidad presenta dificultades que la razón no debería menospreciar: «la cerrazón a la trascendencia tropieza con la dificultad de pensar cómo es posible que de la nada haya surgido el ser y de la casualidad la inteligencia. Ante estos problemas tan dramáticos, razón y fe se ayudan mutuamente. Sólo juntas salvarán al hombre»<sup>352</sup>. Por esto, si la persona busca con honradez la verdad, será difícil que se conforme con la pura inmanencia, con el azar, y buscará el auxilio de la fe. La causalidad requiere un acto de fe en la trascendencia que es de carácter racional, aunque supere los límites de la razón humana. En cambio, la casualidad realmente reclama un “acto de fe” fundamentado en el azar. La libertad y la voluntad del individuo, junto a su actitud hacia la reflexión, afectarán de forma importante a la persona, pues lo predisponen en un sentido o en otro en torno a las cuestiones que hacen referencia a la fe: Dios, Jesucristo, los preámbulos de la fe, la verdad, el bien y la ética... La persona que libremente se encierra en la inmanencia –bien sea por relativismo o un científicismo positivista, o por falta de coherencia vital ética, o por cualquier otra razón– tiene muy complicado el acceso a la fe, a la verdad plena, y tiene una responsabilidad moral al respecto, tal como veremos<sup>353</sup>. Será difícil que la inteligencia y la voluntad, la razón y el amor,

---

*Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios, VIII, 2, 590).*

<sup>349</sup> «Verdad significa más que conocimiento: conocer la verdad nos lleva a descubrir el bien. La verdad se dirige al individuo en su totalidad, invitándonos a responder con todo nuestro ser. Esta visión optimista está fundada en nuestra fe cristiana, ya que en esta fe se ofrece la visión del *Logos*, la Razón creadora de Dios, que en la Encarnación se ha revelado como divinidad ella misma. Lejos de ser solamente una comunicación de datos fácticos, “informativa”, la verdad amante del Evangelio es creativa y capaz de cambiar la vida, es “performativa”» (*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*, 323). Cf. también «Carta Encíclica “*Spe salvi*”, n. 10; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2008: San Agustín (1)*, IV/1, 41-48; cf. ALONSO, J., “La belleza de creer”, en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 130-32.

<sup>350</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 74. También Benedicto XVI mencionará la importancia de la razón en algunas religiones que no la desarrollan de forma teológica, y que, si lo hicieran podrían evitar caer en la violencia, como es el caso del islam, cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38, cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 111-112.

<sup>351</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 74.

<sup>352</sup> *Ibid.*

<sup>353</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, nn. 71, 77; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 169-182; cf. «Encuentro

disciernan con acierto respecto al hombre. Por esto, el acto de fe, al ser un acto humano libre y voluntario en materia de gran importancia, tiene una gran carga moral<sup>354</sup>.

Por otro lado, también puede ocurrir que la razón encuentre dificultades objetivas para responder libremente al don de la fe con una adhesión a sus contenidos en la persona de Jesucristo. Podría suceder, por ejemplo, con la Cruz, el dolor y el sufrimiento, la muerte, o el mal<sup>355</sup>. Pero, estos temas, ya estudiados (cf. Capítulo I, 2.B “La persona”), cuando se plantean con honradez, llevan a la persona a preguntarse por la verdad profunda de su existencia, y si se tiene una actitud abierta a la trascendencia podrá vislumbrar y considerar —con estudio, consejo y con la gracia de Dios— que «el pensamiento de Dios es diferente del nuestro, que los caminos de Dios son otros respecto a los nuestros (cf. *Is* 55, 8) y también su omnipotencia es distinta»<sup>356</sup>. Así el hombre puede acercarse a Dios. En la voluntad libre que determina la disposición de la persona en su acercamiento a la fe se cumple el *agustiniano* “comprende para creer y cree para comprender” (*Discurso* 43, 9: *PL* 38, 258): es más fácil creer y comprender si se tiene una disposición de apertura a la trascendencia<sup>357</sup>. Y por el contrario, Benedicto XVI advierte acerca del peligro de la autonomía total del hombre que lo encierra en un saber muy limitado, y que no le ayuda a resolver los problemas personales ni los de la sociedad; y además se puede creer con autoridad para afirmar la imposibilidad de hallar la verdad, las respuestas últimas<sup>358</sup>.

---

con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38; cf. «Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 663-69.

<sup>354</sup> «La arrogancia que quiere convertir a Dios en un objeto e imponerle nuestras condiciones experimentales de laboratorio no puede encontrar a Dios. Pues, de entrada, presupone ya que nosotros negamos a Dios en cuanto Dios, pues nos ponemos por encima de Él. Porque dejamos de lado toda dimensión del amor, de la escucha interior, y sólo reconocemos como real lo que se puede experimentar, lo que podemos tener en nuestras manos. Quien piensa de este modo se convierte a sí mismo en Dios y, con ello, no sólo degrada a Dios, sino también al mundo y a sí mismo» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración. JROC*, 134).

<sup>355</sup> Ante el misterio del dolor y el mal, el hombre muchas veces no encuentra respuesta, pero se ancla en la firme convicción de que Dios es su Padre y lo ama. «Aunque estén inmersos como los demás hombres en las dramáticas y complejas vicisitudes de la historia, permanecen firmes en la certeza de que Dios es Padre y nos ama, aunque su silencio siga siendo incomprensible para nosotros. Fe, esperanza y caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la esperanza segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante, las oscuridades, al final vencerá Él» («Carta Encíclica “*Dens caritas est*”», nn. 38-39).

<sup>356</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, IX, 216. En esta Audiencia Benedicto XVI explicaba cómo la omnipotencia de Dios no tiene por qué coincidir con la razón del hombre, aunque no la contradiga.

<sup>357</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 630-3; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 170-176.

<sup>358</sup> «A veces, el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede —por decirlo con una expresión creyente— del pecado de los orígenes. (...) Creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas immanentes de bienestar material y de actuación social» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 34).

Cuando el hombre, en busca de su plenitud, reflexiona y acepta la fe, ésta implica la totalidad de la persona<sup>359</sup>. La apertura voluntaria y libre a la trascendencia hace sensible al hombre al don de la fe y, al aceptar de forma previa esa gracia, tiene mayor facilidad para comprender, pues entonces fe y razón cooperan (“cree para comprender, comprende para creer”, *Discurso* 43, 9: PL 38, 258). La disposición a aceptar el don de la fe ya implica, de alguna forma, estar dispuesto a la conversión, a comprometer la totalidad de la vida y estar abierto a la acción “performativa” de la fe. Por esto, también involucra la coherencia de vida<sup>360</sup> y, entonces, un corazón purificado está abierto a perseverar en la búsqueda de la fe y a cambiar personalmente para identificarse con Cristo<sup>361</sup>.

«La verdad se dirige al individuo en su totalidad, invitándonos a responder con todo nuestro ser. Esta visión optimista está fundada en nuestra fe cristiana, ya que en esta fe se ofrece la visión del *Logos*, la Razón creadora de Dios, que en la Encarnación se ha revelado como divinidad ella misma. Lejos de ser solamente una comunicación de datos fácticos, “informativa”, la verdad amante del Evangelio es creativa y capaz de cambiar la vida, es “performativa” (cf. *Spe salvi*, 2)»<sup>362</sup>.

Los obstáculos aparentes que puede encontrar quien busca la verdad, quien desea creer, son muchos, como por ejemplo: la divinidad de Jesús<sup>363</sup>; la fe vista como empobrecimiento de la existencia humana<sup>364</sup>; la dignidad del hombre, la naturaleza, la creación<sup>365</sup>; la verdad y el relativismo, la fe y la razón<sup>366</sup>; o la desconfianza en un Dios que no se manifiesta más plenamente<sup>367</sup>, etc. Pero, a pesar de las dificultades para acceder a la fe, la ayuda de la razón, de una voluntad

<sup>359</sup> Cf. ALONSO, J., “Nueva evangelización”, en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 127-34.

<sup>360</sup> «¿Cómo se hace puro el corazón? ¿Quiénes son los hombres de corazón puro, los que pueden ver a Dios (cf. *Mt* 5,8)? (...) La fe purifica el corazón. Y la fe se debe a que Dios sale al encuentro del hombre. No es simplemente una decisión autónoma de los hombres. Nace porque las personas son tocadas interiormente por el Espíritu de Dios, que abre su corazón y lo purifica» (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 430-431).

<sup>361</sup> «Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que “buscara la fe” (cf. *2 Tm* 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. *2 Tm* 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos comprometemos a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo» («*Porta fidei*», n. 15).

<sup>362</sup> «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 325.

<sup>363</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 142 y ss.

<sup>364</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en el solemne inicio de pontificado», 707-13 et al.

<sup>365</sup> Cf. «Carta Encíclica «*Caritas in veritate*»», n. 51 et al.

<sup>366</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38 et al.

<sup>367</sup> «Naturalmente, se puede preguntar por qué Dios no ha creado un mundo en el que su presencia fuera más evidente; por qué Cristo no ha dejado un rastro más brillante de su presencia, que impresionara a cualquiera de manera irresistible. Éste es el misterio de Dios y del hombre que no podemos penetrar. Vivimos en este mundo, en el que Dios no tiene la evidencia de lo palpable, y sólo se le puede buscar y encontrar con el impulso del corazón, a través del “éxodo” de “Egipto”. En este mundo hemos de oponernos a las ilusiones de falsas filosofías y reconocer que no sólo vivimos de pan, sino ante todo de la obediencia a la palabra de Dios. Y sólo donde se vive esta obediencia nacen y crecen esos sentimientos que permiten proporcionar también pan para todos» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 131 y ss.).

educada<sup>368</sup> y de la gracia de la fe bastarán para que cualquier persona recta pueda encontrar la alegría de creer. En este sentido, Benedicto XVI mostraba cómo Dios se revela precisamente a los “sencillos”: «El Hijo quiere implicar en su conocimiento de Hijo a todos los que el Padre quiere que participen de él: “Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado”, dice Jesús en este sentido durante el sermón sobre el pan en Cafarnaún (*Jn* 6, 44). Pero, ¿a quién atrae el Padre? “No a los sabios y entendidos”, nos dice el Señor, sino a la gente sencilla»<sup>369</sup>. A veces el mucho “saber” ciega, la pretensión de sabiduría que desprecia la fe, impide el acceso a ella<sup>370</sup>. Estos “sencillos” son los que, por sus libres disposiciones, entenderán la lógica de una razón divina que supera la razón humana<sup>371</sup>, de una certeza y una esperanza que otorga la fe<sup>372</sup>.

Lo explicado en este apartado se podría resumir en unas palabras de *Porta fidei*: «El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo. (...) La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este “estar con él” nos lleva a comprender las razones por las que se cree»<sup>373</sup>. Dios toma la iniciativa, otorga su gracia, y el hombre, con una disposición previa de escucha y apertura, se decide libremente a estar con Dios, y entonces profundizará en el conocimiento y podrá acceder a la fe. Hace falta reflexión y disposición a la conversión personal. En *Lumen fidei* se expresa de esta forma: «El conocimiento asociado a la palabra es siempre personal: reconoce la voz, la acoge en libertad y la sigue en obediencia»<sup>374</sup>. La encíclica pone como ejemplo válido para el hombre de hoy a san Agustín: se necesita una disposición abierta hacia la fe, en la que es esencial la libertad personal en la búsqueda de la verdad, tal como hicieron él y los primeros cristianos<sup>375</sup>.

### **b) El acto de fe. Acto de la libertad y de la voluntad. Acto moral**

Benedicto XVI en su pontificado ha definido el acto de fe con frecuencia, aunque no tanto desde un punto de vista académico, sino más bien desde un punto de vista pastoral, y pone el acento en la problemática de la persona moderna de hoy en día<sup>376</sup>. Destaca en el acto de fe, los contenidos de la fe, la gracia que precede al

<sup>368</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 322-25

<sup>369</sup> *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, 370.

<sup>370</sup> «Esta es ante todo simplemente la experiencia concreta de Jesús: no lo conocen los escribas, los que por profesión se ocupan de Dios; ellos se enredan en la maraña de su conocimiento de los detalles. Todo su saber los ciega a la sencilla visión del conjunto, de la realidad de Dios mismo que se revela; en efecto, esto no resulta muy fácil para uno que sabe tanto de los problemas complejos. Pablo expresa la misma experiencia añadiendo más: “El mensaje de la cruz es necesidad para los que están en vías de perdición; pero para los que están en vías de salvación –para nosotros– es fuerza de Dios”» (*ibid.*).

<sup>371</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 628-632; cf. «*Porta fidei*», n.10.

<sup>372</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 26-27.

<sup>373</sup> «*Porta fidei*», n. 15.

<sup>374</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 29.

<sup>375</sup> Cf. *ibid.* nn. 32-34.

<sup>376</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 10; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII,2, 484-496; cf. «Viaje Apostólico a Colonia: Encuentro con los seminaristas en la Iglesia de

acto de fe, la libertad, la inteligencia y la voluntad, que conllevarán la transformación de la persona en su totalidad. «La fe es don de Dios, pero es también acto profundamente libre y humano. (...) Así pues, la fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen su “sí” a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este “sí” transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica de alegría y de esperanza fiable»<sup>377</sup>. Es conocer unos contenidos, saberlos y la decisión libre de creer<sup>378</sup>.

Hemos visto en los anteriores apartados cómo el hombre puede alcanzar la verdad por la razón y el amor. Ahora vamos a estudiar cómo puede dar su asentimiento a la fe mediante la inteligencia y la voluntad, con la ayuda de la gracia.

Lógicamente, el concepto de libertad que tenga la persona condiciona su capacidad de hacer un acto de fe pleno. Con la llegada de la Ilustración, y el relativismo que sobrevino como consecuencia, se ha pasado de un concepto de libertad entendida como “libertad-para” (comprometerse), a “libertad-de” (“desentenderse de”, elección arbitraria)<sup>379</sup>. Al proponer, Benedicto XVI, una razón “no racionalista”, abierta a la trascendencia, capaz de descubrir la complementariedad del bien, el amor y la verdad, está planteando una *nueva Ilustración*. Entonces el hombre estaría en condiciones de alcanzar la verdad con el buen uso de la libertad, una “libertad-para”<sup>380</sup>: «La libertad no es la facultad para *desentenderse de*; es la facultad de *comprometerse con*, una participación en el Ser mismo. Como resultado, la libertad auténtica jamás puede ser alcanzada alejándose de Dios»<sup>381</sup>. La verdadera libertad compromete en la consecución del bien, que la persona puede conocer por la

San Pantaleón de Colonia», *AAS* 97 (2005), 878-82; cf. «Ordenación presbiteral de los diáconos de la diócesis de Roma», *AAS* 102 (2010), 383-86, et al.

<sup>377</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 487-488.

<sup>378</sup> «...quisiera esbozar un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: “con el corazón se cree y con los labios se profesa” (cf. *Rm* 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo. (...) el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios. (...) La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este “estar con él” nos lleva a comprender las razones por las que se cree» (*Porta fidei*, n. 10). Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 121-58. En ese capítulo estudia el acto de fe en el hombre. Inicia su estudio con una visión antropológica cristiana para explicar cómo la fe es un acto plenamente humano. A continuación, se detiene en el acto interior de la fe, para estudiar la incidencia de la inteligencia, la voluntad y la libertad en ese acto. Termina explicando la circularidad que se da entre creer-saber-conocer. El saber que aporta el testimonio de Dios al hombre, le lleva a creer con certeza (aunque no sea una certeza total desde el punto de vista de la inteligencia; no así del asentimiento que otorga la voluntad), y entonces aumenta el conocimiento: «La fe incluye siempre obediencia, y una obediencia amorosa. Su prolongación natural es la inteligencia de la fe (el *intellectus fidei*) y también el amor de la fe (*affectus fidei*). Por ese camino se llega a lo que afirmaban los medievales: “el amor se entiende por sí mismo”» (*ibid.*, 157-158).

<sup>379</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 324.

<sup>380</sup> Cf. WALSH, D. en BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 154-56.

<sup>381</sup> «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 324.



autoridad del testimonio de Dios<sup>382</sup>, con la ayuda de la fe<sup>383</sup>. No obstante, como la libertad humana concedida por Dios, es verdadera libertad, el hombre puede utilizarla para alejarse de Dios; pero entonces comprueba que se aleja también de sí mismo, de su plenitud<sup>384</sup>.

Por tanto, el recto uso de la libertad implica que ésta se ordene a la verdad, y el hombre experimenta que cuando se separan libertad y verdad, la libertad degrada y desorienta al individuo. El ejercicio de la libertad, en su uso recto o erróneo, siempre implica al hombre en sus consecuencias, y para que la libertad perfeccione al hombre, ésta debe estar unida, orientada a la verdad:

«En la actualidad, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio “yo”»<sup>385</sup>.

El hombre, desde el pecado original, tiene la sospecha de que Dios coarta su libertad<sup>386</sup>. Pero, al contrario, la persona misma experimenta que es ella la que se esclaviza cuando hace mal uso de su libertad<sup>387</sup>. El hombre es libre también para el mal, no le basta la razón para llevar una vida recta como pretendían los ilustrados<sup>388</sup>, y cuando esto no se ha tenido en cuenta, esos sistemas han fracasado en sus teorías<sup>389</sup>. Dios no quiere nuestra libertad para esclavizarnos, al contrario: «en el encuentro con Jesús nos muestra (...), que no se apodera de nosotros, sino que nos conduce a la libertad de nuestro ser, adentrándonos en la comunión con Dios y dando Él mismo su propia vida»<sup>390</sup>.

<sup>382</sup> Cf. *ibid.*, 320-27.

<sup>383</sup> «La “crisis de verdad” contemporánea está radicada en una “crisis de fe”», *ibid.*, 323.

<sup>384</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 68.

<sup>385</sup> «A los participantes en el Congreso eclesial de la diócesis de Roma sobre “Familia y comunidad cristiana: formación de la persona y transmisión de la fe”», *AAS* 97 (2005) 809-17, 816. Al comentar el profesor Fazio este texto del Papa Benedicto señala: «La libertad sin verdad se convierte en simple arbitrariedad de los deseos, empobreciendo el proyecto existencial de la persona» (FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad*, 35).

<sup>386</sup> «La serpiente [el maligno, el diablo] suscita la sospecha de que la alianza con Dios es como una cadena que ata, que priva de la libertad y de las cosas más bellas y preciosas de la vida. La tentación se convierte en la de construirse solos el mundo donde se vive, de no aceptar los límites de ser creatura, los límites del bien y del mal, de la moralidad; la dependencia del amor creador de Dios se ve como un peso del que hay que liberarse. (...) Al ir contra su Creador, en realidad el hombre va contra sí mismo, reniega de su origen y por lo tanto de su verdad; y el mal entra en el mundo, con su penosa cadena de dolor y de muerte. Cuanto Dios había creado era bueno, es más, muy bueno; después de esta libre decisión del hombre a favor de la mentira contra la verdad, el mal entra en el mundo» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 173).

<sup>387</sup> En *Jesús de Nazaret* también se ve cómo el mal uso de la libertad esclaviza al hombre: «quien rompe la amistad con Jesús, quien se sacude de encima su “yugo ligero”, no alcanza la libertad, no se hace libre, sino que, por el contrario, se convierte en esclavo de otros poderes» (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, JROC, VI/1, 439).

<sup>388</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 18-20.

<sup>389</sup> Así se ha visto, por ejemplo, en el marxismo. Cf. *ibid.* nn. 20-21.

<sup>390</sup> *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*, JROC, VI/1, 325.

Benedicto XVI recuerda la necesidad de educar la libertad, para ser capaces de desear la verdad y el bien, y habla de una *pedagogía del deseo* (como veremos en el siguiente capítulo)<sup>391</sup>. Para esto, la libertad debe conquistarse día a día en cada hombre<sup>392</sup>: «se debe recuperar el verdadero sentido de la libertad, que no consiste en la seducción de una autonomía total, sino en la respuesta a la llamada del ser, comenzando por nuestro propio ser»<sup>393</sup>.

Pero, en el acto de fe también es necesario el concurso de la voluntad; para creer no basta la inteligencia y la libertad. La voluntad presta su asentimiento libre a los contenidos que la inteligencia la presenta como dignos de credibilidad, aunque no sean evidentes; pero siempre con la ayuda de la gracia<sup>394</sup>. La voluntad sin la gracia no es capaz de realizar el acto de fe; aunque al hombre no le va a faltar la gracia. Por otra parte, también es posible que el hombre voluntariamente haga ineficaz la gracia, al rechazarla, o al no esforzarse en poseer una recta razón<sup>395</sup>: quien no quiere creer no cree. Por tanto, el acto de fe es libre: nadie puede forzar a creer, nadie puede creer por un tercero y, además, debe ser conforme a la razón (aunque perciba que la fe sobrepasa la razón)<sup>396</sup>.

En el acto de fe, la voluntad y la inteligencia intervienen armónicamente. La inteligencia conoce y juzga la razonabilidad, aunque no sea capaz de llegar a la evidencia subjetiva. La inteligencia cuenta con la ayuda de la fe, que «permite un saber auténtico sobre Dios que involucra toda la persona»<sup>397</sup>. Entonces, la voluntad

<sup>391</sup> «Igualmente los adultos necesitan redescubrir estas alegrías, desear realidades auténticas, purificándose de la mediocridad en la que pueden verse envueltos. Entonces será más fácil soltar o rechazar cuanto, aun aparentemente atractivo, se revela en cambio insípido, fuente de acostumbamiento y no de libertad. Y ello dejará que surja ese deseo de Dios del que estamos hablando» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 543).

<sup>392</sup> «Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez» («Carta Encíclica “*Spe salvi?*”, n. 24).

<sup>393</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 70. Aunque en este punto concreto se refiere a la libertad respecto a la técnica, por el contexto se aprecia fácilmente que son palabras válidas para la libertad en general.

<sup>394</sup> La armonía que debe reinar entre razón-libertad-voluntad, facilita que la totalidad de la persona se dirija a Dios, guiada por la razón y ayudada por la fe. Cf. Capítulo II, 2. “Acceso a una verdad grande a través de la fe”; cf. también *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 177. Lo evidente no se cree, se sabe: «sólo el que no ve puede verdaderamente creer», IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 134.

<sup>395</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi?*”, n. 23. Es necesaria una razón abierta a la consideración del bien y del mal, pues si no carecerá de referencias para guiar a la voluntad, a la libertad, y así el hombre se deshumaniza y queda sin esperanza: «la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Sólo de este modo se convierte en una razón realmente humana. Sólo se vuelve humana si es capaz de indicar el camino a la voluntad, y esto sólo lo puede hacer si mira más allá de sí misma. En caso contrario, la situación del hombre, en el desequilibrio entre la capacidad material, por un lado, y la falta de juicio del corazón, por otro, se convierte en una amenaza para sí mismo y para la creación. (...) el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza» (*ibid.*).

<sup>396</sup> Cf. «*Porta fidei*», 723-34; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 133-37. “Entendimiento y voluntad en el acto de fe”.

<sup>397</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 21 de noviembre de 2012: El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, VIII, 2, 638. Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 134-35.

decide creer ayudada por la gracia –por la fe<sup>398</sup>–, y por las razones de credibilidad que aporta la razón y la fiabilidad del testimonio. Será la totalidad de la persona la que realiza el acto de fe con su inteligencia y su voluntad libre<sup>399</sup>. Se cumple el aforismo agustiniano: «*crede ut intelligas*” (“cree para comprender”) –creer abre el camino para cruzar la puerta de la verdad»<sup>400</sup>.

El hombre cree porque es capaz de amar, además de porque es razonable, y porque quiere creer<sup>401</sup>. La fe es un confiado entregamiento que se apoya en la certeza del saber que aporta al hombre su relación personal con Dios<sup>402</sup>. El hombre capta que hay una verdad y un amor que le preceden, y decide acogerlos<sup>403</sup>. Además, el crecimiento en la fe, por su dinámica, se produce cuando uno cree: al experimentar el amor de Dios<sup>404</sup>.

Aunque se estudiará con más atención en el siguiente capítulo, adelantamos que la fe se recibe en la Iglesia: «No puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me es donada por Dios a través de una comunidad creyente que es la Iglesia y me introduce así, en la multitud de los creyentes, en una comunión que no es sólo sociológica, sino enraizada en el eterno amor de Dios que en Sí mismo es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es Amor trinitario»<sup>405</sup>.

A la vez, paradójicamente, la certeza que da la fe es compatible con las dudas de fe, ya que la fe, por su naturaleza, tiene un elemento de oscuridad: «la relación del ser humano con Dios no cancela la distancia entre Creador y criatura»<sup>406</sup>. Y a la vez

<sup>398</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 6.

<sup>399</sup> «Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. (...) su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es “realmente” vida» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 31). El Papa Benedicto ha señalado el caso de Newman: «Vio claramente que lo que hacemos no es tanto aceptar la verdad en un acto puramente intelectual, sino abrazarla en una dinámica espiritual que penetra hasta la esencia de nuestro ser» («Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 644). Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 133-37.

<sup>400</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 172. Cf. *Ibid.* 170-176.

<sup>401</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 30-31; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 133-37; cf. NEWMAN, J. H., *La fe y la razón: Quince sermones predicados ante la Universidad de Oxford (1826-1843)*, Encuentro, 1993, 333. Sermón “El amor como salvaguardia de la fe contra la superstición”. En realidad, el hombre cree porque ama, como apunta el profesor Izquierdo al citar a Newman: «Los judíos no descubrieron en Cristo al Pastor de sus almas porque no tenían amor a Él (...) Creemos porque amamos. ¡Qué verdad tan patente!» (IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 135)

<sup>402</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 485.

<sup>403</sup> «La verdad, y el amor que ella desvela, no se pueden producir, sólo se pueden acoger. Su última fuente no es, ni puede ser, el hombre, sino Dios, o sea Aquel que es Verdad y Amor» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 52).

<sup>404</sup> «Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios» («*Porta fidei*», n. 7).

<sup>405</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 512.

<sup>406</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Icono de la fe obediente*, VIII, 2, 775-778. Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 147-48. Es compatible siempre que se

hay que entender que la fe aporta una certeza firme que no es compatible con la duda, entendida en cuanto asentimiento carente de reservas que da la voluntad con la ayuda de la gracia que aporta la fe, y que se fundamenta en la autoridad de Dios. En este sentido, Benedicto XVI propone la fe de María Santísima y Abrahán como ejemplo insigne a imitar<sup>407</sup>, ilustra la forma de compatibilizar fe y dudas por medio de una fe confiada:

«No es distinto incluso para el camino de fe de cada uno de nosotros: encontramos momentos de luz, pero hallamos también momentos en los que Dios parece ausente, su silencio pesa en nuestro corazón y su voluntad no corresponde a la nuestra, a aquello que nosotros quisiéramos. Pero cuanto más nos abrimos a Dios, acogemos el don de la fe, ponemos totalmente en Él nuestra confianza —como Abrahán y como María—, tanto más Él nos hace capaces, con su presencia, de vivir cada situación de la vida en la paz y en la certeza de su fidelidad y de su amor. Sin embargo, esto implica salir de uno mismo y de los propios proyectos para que la Palabra de Dios sea la lámpara que guíe nuestros pensamientos y nuestras acciones»<sup>408</sup>.

Dios podría haber facilitado, al mostrar su existencia de forma más evidente, la posibilidad de creer; pero no lo ha hecho y esto forma parte del misterio de Dios y del hombre<sup>409</sup>. No obstante, a pesar del misterio, y de la “oscuridad” de la fe, se puede creer con certeza, pero debe ser el hombre el que “quiera” creer con un acto de voluntariedad libre. Esta certeza va a proporcionar verdadero conocimiento y esperanza en los temas fundamentales del hombre en su vida y tras su muerte<sup>410</sup>.

El aspecto moral del creer se da a lo largo de todo el proceso hacia la fe: en cada decisión que le acerca o le separa de la fe. El hombre, éticamente, moralmente, “debe creer”<sup>411</sup>, ya que la persona podrá alcanzar su plenitud si se lanza al descubrimiento de la verdad, de la fe, ya que se garantiza poder vivir mejor su libertad al dirigirla hacia la verdad (como señaló también san Juan Pablo II en *Fides et ratio*<sup>412</sup>). Por el contrario, si renuncia a la verdad y a la fe, se perjudica a sí mismo y a los demás. Esto tiene manifestaciones concretas en la propia vida del hombre: aquí

entiendan esas dudas como dificultad en el entendimiento, o bien oscuridad en los contenidos de la fe, pues la fe incluye el misterio de Dios.

<sup>407</sup> «[María]se somete libremente a la palabra recibida, a la voluntad divina en la obediencia de la fe (...) se convierte en modelo y madre de todos los creyentes» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Icono de la fe obediente*, VIII, 2, 775).

<sup>408</sup> *Ibid.*, 777

<sup>409</sup> «Dios no se impone de la forma como yo puedo establecer que aquí, sobre la mesa, hay un vaso, que está ahí. Su existencia es un encuentro que llega hasta lo más íntimo y profundo del hombre, pero que nunca puede ser reducido a lo tangible de una cosa meramente material. Por eso, desde la magnitud del acontecimiento queda claro que la fe es siempre un acontecer de libertad. Ese acontecer abriga en sí la certeza de que aquí se trata de algo verdadero, de una realidad, pero que, a la inversa, nunca excluye del todo la posibilidad de la negación» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 182). Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 131.

<sup>410</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvæ*”», n. 10; cf. «*Porta fidei*», n.15.

<sup>411</sup> «Creer es bueno, debo creer», NEWMAN, J. H., *El asentimiento religioso. Ensayo sobre los motivos relacionales de la fe.*, 305. Citado por IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 257-59.

<sup>412</sup> Cf. JUAN PABLO II, «Carta Encíclica “*Fides et Ratio*”», nn. 13, 14.

en la tierra, en la vida presente<sup>413</sup>, y especialmente en la vida tras la muerte<sup>414</sup>, pues el hombre se juega su vida eterna en el cielo o en el infierno<sup>415</sup>. El Papa emérito pedía «que nadie se vuelva perezoso en la fe»<sup>416</sup>, pues sabe la gran responsabilidad que conlleva para él, para el bien común<sup>417</sup>, y para el mundo que necesita del testimonio de personas que iluminen con su fe a los demás. «Ella [la fe] es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos comprometemos a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo»<sup>418</sup>. El acto de fe tiene una responsabilidad moral, pues es un acto humano libre, que además implica a la totalidad de la persona<sup>419</sup>.

«Poder decir que creo en Dios es, por lo tanto, a la vez un don —Dios se revela, viene a nuestro encuentro— y un compromiso, es gracia divina y responsabilidad humana, en una experiencia de diálogo con Dios que, por amor, “habla a los hombres como amigos” (*Dei Verbum*, 2), nos habla a fin de que, en la fe y con la fe, podamos entrar en comunión con Él»<sup>420</sup>.

La fe como principio fundamental para la salvación del hombre, y por tanto su responsabilidad moral, se recoge en *Lumen fidei*<sup>421</sup>. También se estudia en esta encíclica la armonía entre razón, libertad y voluntad, y se vuelve a mostrar como ejemplo de búsqueda de la verdad a san Agustín. El santo de Hipona, con una sustentación neoplatónica, desarrolla una filosofía de la luz. La verdad resplandece en el hombre, pero es cada persona quien tiene que corresponder libremente. La luz de la fe es la luz del amor y aporta la verdad del amor que se desvela en el encuentro

<sup>413</sup> «El hombre está alienado cuando vive solo o se aleja de la realidad, cuando renuncia a pensar y creer en un Fundamento. Toda la humanidad está alienada cuando se entrega a proyectos exclusivamente humanos, a ideologías y utopías falsas» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 53).

<sup>414</sup> «Con todo, a nuestro alrededor vemos cada día que muchos permanecen indiferentes o rechazan acoger este anuncio. Al final del Evangelio de Marcos, hoy tenemos palabras duras del Resucitado, que dice: “El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado” (*Mt* 16, 16), se pierde él mismo. Desearía invitarlos a reflexionar sobre esto» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 486).

<sup>415</sup> «La opción de vida del hombre se hace definitiva con la muerte; esta vida suya está ante el Juez. Su opción, que se ha fraguado en el transcurso de toda la vida, puede tener distintas formas. Puede haber personas que han destruido totalmente en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor. Personas en las que todo se ha convertido en mentira; personas que han vivido para el odio y que han pisoteado en ellas mismas el amor. Ésta es una perspectiva terrible, pero en algunos casos de nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo. En semejantes individuos no habría ya nada remediable y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que se indica con la palabra infierno. Por otro lado, puede haber personas purísimas, que se han dejado impregnar completamente de Dios y, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo; personas cuya comunión con Dios orienta ya desde ahora todo su ser y cuyo caminar hacia Dios les lleva sólo a culminar lo que ya son» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 45). Cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 190, y su capítulo “Los novísimos”.

<sup>416</sup> «*Porta fidei*», n. 15.

<sup>417</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», (2009).

<sup>418</sup> «*Porta fidei*», n. 15.

<sup>419</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 702-713; cf. *ibid. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-594; cf. *ibid. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, 540-548.

<sup>420</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 170.

<sup>421</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 19-21.

con el Otro<sup>422</sup>, como también glosó Benedicto XVI<sup>423</sup>. «Elaboró una filosofía de la luz [san Agustín] que integra la reciprocidad propia de la palabra y da espacio a la libertad de la mirada frente a la luz. Igual que la palabra requiere una respuesta libre, así la luz tiene como respuesta una imagen que la refleja. San Agustín, asociando escucha y visión, puede hablar entonces de la “palabra que resplandece dentro del hombre”»<sup>424</sup>.

### ***B. Fe y los que buscan a Dios***

En el apartado que acabamos de concluir hemos estudiado la esencia del acto de fe y cómo se desarrolla en sus comienzos: la inicial apertura a la trascendencia y búsqueda de la verdad, y el asentimiento de la voluntad del hombre al conocimiento que comienza a tener por la fe, con la ayuda de la gracia<sup>425</sup>. Esa persona ha empezado a buscar a Dios, ha empezado a encontrarle. El acto de fe alcanza su plenitud cuando avanza en el camino de la verdad hasta llegar al encuentro personal con Cristo: ahí se explicita el acto de fe en su divinidad y en el contenido del misterio de Dios que nos revela. La persona que decide buscar la Verdad absoluta, a Dios, va a encontrar una guía: la luz de la fe en Jesús. Este es el esquema que se desarrolla en el número treinta y cinco de la *Lumen fidei*, y que se desprende de las enseñanzas del pontificado de Benedicto XVI respecto a los que buscan a Dios. Este proceso culmina en el encuentro personal con Cristo<sup>426</sup>.

Benedicto XVI razona cómo, cuando se da una negativa voluntaria a Dios o a la persecución de la verdad que nos puede llevar a Él, ese rechazo a buscar a Dios habitualmente no es frontal, sino que se justifica en el indiferentismo o en procurar convertir a Dios en algo superfluo, hacer del acto de fe un acto intrascendente para el interesado:

«Si hoy nosotros tuviéramos que elegir, ¿tendría alguna oportunidad Jesús de Nazaret, el Hijo de María, el Hijo del Padre? ¿Conocemos a Jesús realmente? ¿Lo comprendemos? ¿No debemos tal vez esforzarnos por conocerlo de un modo renovado tanto ayer como hoy? El tentador no es tan burdo como para proponernos directamente adorar al diablo. Sólo nos propone decidirnos por lo racional, preferir un mundo planificado y organizado, en el que Dios puede ocupar un lugar, pero como asunto privado, sin interferir en nuestros propósitos esenciales»<sup>427</sup>.

<sup>422</sup> Cf. *ibid.* nn. 32-34.

<sup>423</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2008: San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, IV/1, 170-176.

<sup>424</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 33.

<sup>425</sup> Cf. Capítulo III, apartado A. “*El acto de fe. Libertad y voluntad*”; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 26-30. El ser humano busca a Dios, sigue una luz pre-reflexiva (no pre-racional), se abre a la llamada de Dios de forma natural.

<sup>426</sup> «(...) el hombre sólo se puede comprender a partir de Dios, y sólo viviendo en relación con Dios su vida será verdadera. Sin embargo, Dios no es alguien desconocido y lejano. Nos muestra su rostro en Jesús; en su obrar y en su voluntad reconocemos los pensamientos y la voluntad de Dios mismo» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 205).

<sup>427</sup> *Ibid.*, 137.

El hombre en un acto de gran relevancia moral puede decidir libremente buscar a Dios con la ayuda del don de la fe (ya que Dios siempre toma la iniciativa); o también le puede rechazar y decidir no abrirse a la trascendencia. Pero si el hombre busca encontrar a Dios, esa búsqueda culminará en el encuentro personal con Jesucristo en la Escritura y en los sacramentos. Sólo ahí alcanzará la plenitud de la fe, y el hombre podrá participar de la intimidad del amor de Dios y la plenitud que quiere otorgar al hombre.

### **a) La búsqueda de Dios**

En la búsqueda de Dios influyen decisivamente la iniciativa divina y la actitud del hombre. Si se pudiese hacer una clasificación de los tipos de personas que buscan a Dios y no lo han encontrado —lo cual es imposible pues cada individuo es único— se podrían establecer tres grupos: los que practican el bien y de forma sencilla buscan un amor y una felicidad razonable para ellos y los que están a su alrededor, sin especial atención a la trascendencia, al menos de forma activa; aquellos que no creen, pero desean creer y buscan una trascendencia; y las personas religiosas que confiesan la existencia de un Dios, pero que piensan que es inaccesible al hombre<sup>428</sup>. Todas estas personas, incluidos el primer grupo, de una forma u otra tendrían una cierta apertura a la trascendencia y serían sensibles a los preámbulos de la fe, a los signos de credibilidad que les pueden acercar a la plenitud de la fe<sup>429</sup>.

«No se puede conocer a Dios sólo a partir del deseo del hombre. Desde este punto de vista el misterio permanece: el hombre es buscador del Absoluto, un buscador de pasos pequeños e inciertos. Y en cambio ya la experiencia del deseo, del “corazón inquieto” — como lo llamaba san Agustín—, es muy significativa. Esta atestigua que el hombre es, en lo profundo, un ser religioso (cf. *CEC*, 28), un “mendigo de Dios”. (...) Los ojos reconocen los objetos cuando la luz los ilumina. De aquí el deseo de conocer la luz misma, que hace brillar las cosas del mundo y con ellas enciende el sentido de la belleza»<sup>430</sup>.

Respecto al primer grupo, los que practican el bien sin una búsqueda activa de la trascendencia, Benedicto XVI afirma que «es posible también en nuestra época, aparentemente tan refractaria a la dimensión trascendente, abrir un camino hacia el auténtico sentido religioso de la vida, que muestra cómo el don de la fe no es absurdo, no es irracional»<sup>431</sup>. Y propone promover una especie de “pedagogía del deseo”, tanto para el que no cree, como para el creyente, que facilite “aprender o reaprender el gusto de las alegrías auténticas de la vida” (pues no todas las satisfacciones y los bienes aparentes perfeccionan al hombre, sino que por el contrario algunos de ellos esclavizan y limitan su posibilidad de alcanzar la felicidad) y en “no conformarse nunca con lo que se ha alcanzado”, de modo que no se llegue a acallar la sed de infinito que anida en el alma humana<sup>432</sup>. Dios, que siempre toma

<sup>428</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 35.

<sup>429</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 10; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 587-594.

<sup>430</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 544.

<sup>431</sup> *Ibid.*, 545.

<sup>432</sup> Cf. *ibid.*, 540-548.

la iniciativa, sólo espera una mínima respuesta del hombre<sup>433</sup>. Así confía el Papa alemán en que el hombre pueda albergar el deseo de sanación y redención que le abra a la trascendencia, a pesar del alejamiento de la persona pueda tener respecto a Dios:

«no debemos olvidar que el dinamismo del deseo está siempre abierto a la redención. También cuando este se adentra por caminos desviados, cuando sigue paraísos artificiales y parece perder la capacidad de anhelar el verdadero bien. Incluso en el abismo del pecado no se apaga en el hombre esa chispa que le permite reconocer el verdadero bien, saborear y emprender así la remontada, a la que Dios, con el don de su gracia, jamás priva de su ayuda»<sup>434</sup>.

Benedicto XVI no se sitúa en una actitud de superioridad respecto a estas personas en búsqueda –también, porque él mismo se considera uno más de los creyentes que deben recorrer un camino muy similar de apertura a Dios sin reservas–; simplemente comprende su situación y se ofrece a prestar la ayuda a los que la quieran recibir:

«No se trata de sofocar el deseo que existe en el corazón del hombre, sino de liberarlo, para que pueda alcanzar su verdadera altura. Cuando en el deseo se abre la ventana hacia Dios, esto ya es señal de la presencia de la fe en el alma, fe que es una gracia de Dios. San Agustín también afirmaba: “Con la espera, Dios amplía nuestro deseo; con el deseo amplía el alma, y dilatándola la hace más capaz” (*Comentario a la Primera carta de Juan*, 4, 6: pl 35). En esta peregrinación sintámonos hermanos de todos los hombres, compañeros de viaje también de quienes no creen, de quién está a la búsqueda, de quien se deja interrogar con sinceridad por el dinamismo del propio deseo de verdad y de bien. Oremos, en este Año de la fe, para que Dios muestre su rostro a cuantos le buscan con sincero corazón»<sup>435</sup>.

Reconoce de este modo el mérito de estas personas que no acallan en su interior la sed de bien, ni desechan, al desestimarlas, las cuestiones fundamentales de la persona. Y esta actitud es compatible con que todavía ni siquiera busquen activamente respuestas ciertas<sup>436</sup>. Pero estas personas serán capaces de descubrir los

---

<sup>433</sup> «No podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aun no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico “preámbulo” de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de “lo que vale y permanece siempre”. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido (Cf. Agustín de Hipona, *Confesiones*, XIII, 1). La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro» (*Porta fidei*, n. 10).

<sup>434</sup> *Ibid.*, 546.

<sup>435</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, VIII, 2, 548.

<sup>436</sup> «(...) algunas preguntas fundamentales, que son mucho más concretas de lo que parecen a primera vista: ¿qué sentido tiene vivir? ¿Hay un futuro para el hombre, para nosotros y para las nuevas generaciones? ¿En qué dirección orientar las elecciones de nuestra libertad para un resultado bueno y feliz de la vida? ¿Qué nos espera tras el umbral de la muerte? De estas preguntas insuprimibles surge como el mundo de la planificación, del cálculo exacto y de la experimentación; en una palabra, el saber de la ciencia, por importante que sea para la vida del hombre, por sí sólo no basta» (*Ibid. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, 484).



signos por los que Dios busca a cada hombre, pues son inconformistas, o de corazón inquieto como san Agustín<sup>437</sup>.

El segundo grupo que hemos mencionado es el de los individuos que no creen, a los que, sin embargo, les gustaría creer. A estos se les ofrece la posibilidad de acercarse a la fe y comprobar la coherencia y razonabilidad que ofrece ésta al hombre. La persona se interroga acerca de las grandes cuestiones del hombre: la creación y el hombre, la razón, el mal y la redención, la vida y la muerte, la solidaridad y la fraternidad... Y el cristianismo aporta una esperanza que da fundamento a la vida<sup>438</sup>. «Él [Cristo] nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad»<sup>439</sup>. A estas personas, tal como vimos en el capítulo I, no les faltará la gracia si están dispuestos voluntariamente a acoger la fe<sup>440</sup>. La razón ampliada que propone Benedicto XVI está perfectamente capacitada para responder a esos importantes interrogantes acerca del hombre y de la fe, en consonancia con la Carta de san Pedro: «Estad siempre prontos para dar razón (*Logos*) de vuestra esperanza a todo el que os la pidiera» (1 P 3,15)<sup>441</sup>. En *Jesús de Nazaret* el Papa Ratzinger habla con admiración de las personas que buscan la verdad y el bien y que sin embargo no conocen a Dios<sup>442</sup>.

En el tercer grupo, que también cita la *Lumen fidei*, están las personas religiosas que buscan a Dios, ciertas de su existencia, pero que piensan que es inaccesible. A ellos Benedicto XVI recuerda que la Iglesia transmite la verdadera fe<sup>443</sup>. A través de ella, el hombre religioso, y el cristiano con más facilidad, podrá acceder al Dios verdadero y tener un encuentro personal con Él en Jesucristo. Pero esta doctrina cristiana tiene unos contenidos precisos que comprometen la persona, y si no se quisieran aceptar, tras una reflexión adecuada, no sería posible el acceso a Dios. Estas personas tienen el riesgo de caer en «un cierto sincretismo y relativismo religioso, sin claridad sobre las verdades que creer y sobre la singularidad salvífica del cristianismo. Actualmente no es tan remoto el peligro de construirse, por así decirlo, una religión auto-fabricada<sup>444</sup>. En cambio, debemos volver a Dios, al Dios de Jesucristo; debemos redescubrir el mensaje del Evangelio, hacerlo entrar de

<sup>437</sup> Cf. también, Capítulo I, 2. “Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe”.

<sup>438</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 1-6.

<sup>439</sup> *Ibid.* n. 6.

<sup>440</sup> Cf. Capítulo I, “Llamada”.

<sup>441</sup> Cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», 728-38.

<sup>442</sup> «(...) las personas que no se conforman con la realidad existente ni sofocan la inquietud del corazón, esa inquietud que remite al hombre a algo más grande y lo impulsa a emprender un camino interior, como los Magos de Oriente que buscan a Jesús, la estrella que muestra el camino hacia la verdad, hacia el amor, hacia Dios. Son personas con una sensibilidad interior que les permite oír y ver las señales sutiles que Dios envía al mundo y que así quebrantan la dictadura de lo acostumbrado» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 175).

<sup>443</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521; «Es un deber de la Iglesia transmitir la fe, comunicar el Evangelio, para que las verdades cristianas sean luz en las nuevas transformaciones culturales, y los cristianos sean capaces de dar razón de la esperanza que tienen (cf. 1 P 3, 15)» (*Ibid. Audiencia general del 17 de octubre de 2012. Introducción*, 454).

<sup>444</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 456-457.

forma más profunda en nuestras conciencias y en la vida cotidiana<sup>445</sup>. Por otro lado, señala a estas personas y también a los cristianos, pues siempre se puede vivir de forma más íntegra la fe, que esta actitud de búsqueda de Jesucristo implica la cotidianeidad de la vida, transforma la existencia y si uno quiere acceder a Dios debe estar dispuesto a involucrar la totalidad de su persona de forma libre y coherente, dispuesto a una conversión personal que vendrá facilitada por la gracia de Dios<sup>446</sup>. La fe no coarta, se debe aceptar voluntariamente, aunque es posible rechazarla fácilmente<sup>447</sup>. Pero si se decide abrazar la fe libremente se descubrirá el entusiasmo de creer en Jesucristo, la alegría de transitar el camino de la fe<sup>448</sup>

El Papa alemán es consciente de que al hombre actual le resulta arduo acceder a la fe: pero se observa en sus enseñanzas, de modo constante, cómo se plantea siempre qué está a su alcance y al de la Iglesia para facilitar al hombre su acercamiento a la plenitud<sup>449</sup>.

En *Lumen fidei*, al recorrer estos tipos de personas abiertas a la trascendencia, se subraya que Dios es el que sale al encuentro de ellos, que sorprende siempre, que siempre está dispuesto a guiar al hombre, a iluminarle, a la vez que respeta su libertad<sup>450</sup>. Se muestra la fe como una vía, un camino, que de alguna forma han empezado a recorrer. «Al configurarse como vía, la fe concierne también a la vida de los hombres que, aunque no crean, desean creer y no dejan de buscar. En la medida en que se abren al amor con corazón sincero y se ponen en marcha con aquella luz que consiguen alcanzar, viven ya, sin saberlo, en la senda hacia la fe. Intentan vivir como si Dios existiese, a veces porque reconocen su importancia para encontrar orientación segura en la vida común, y otras veces porque experimentan el deseo de luz en la oscuridad, pero también, intuyendo, a la vista de la grandeza y la belleza de la vida, que ésta sería todavía mayor con la presencia de Dios»<sup>451</sup>.

### **b) Encuentro personal con Jesucristo**

Cuando el hombre decide buscar el encuentro con Jesucristo comprueba que Dios es amor y camino de salvación, y podrá adherirse libremente al contenido de la fe, y permitir a Dios que colme sus deseos de plenitud<sup>452</sup>: experimenta el agustiniano “*cree para comprender*” (*Discurso* 43, 9: PL 38, 258). En definitiva: «Cristo resucitado es

<sup>445</sup> cf. *ibid.*, 456; Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 43-49.

<sup>446</sup> «(...) las parábolas son expresión del carácter oculto de Dios en este mundo y del hecho de que el conocimiento de Dios requiere la implicación del hombre en su totalidad; es un conocimiento que forma un todo único con la vida misma, un conocimiento que no puede darse sin “conversión”» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 255).

<sup>447</sup> Cf. *ibid.*, 254.

<sup>448</sup> Cf. «*Porta fidei*», nn. 13, 15; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 454-456.

<sup>449</sup> Cf. *Ibid.*, 453-463; cf. *Ibid. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, 511-521; cf. *Ibid. Aud. gral. del 7 de noviembre de 2012: El Año de la fe. El deseo de Dios*, 540-548; cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 176-86 et al.

<sup>450</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 35.

<sup>451</sup> *Ibid.*

<sup>452</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 3.

el camino, la verdad y la vida; para quien lo sigue fielmente es la puerta que introduce en el “cara a cara”, en la visión de Dios de la que brota ya sin limitaciones la felicidad plena y definitiva»<sup>453</sup>. Se llega a participar de la intimidad del amor trinitario de Dios, y así el hombre participa de su voluntad y de su alegría<sup>454</sup>.

Pero, para muchas personas la cuestión es si tiene sentido creer hoy día, y entonces, por tanto, tendrán muy difícil llegar al encuentro personal con Jesucristo<sup>455</sup>. El Papa emérito reclama una renovada educación en la fe que muestre las verdades de fe, pero que conduzca al encuentro con Cristo, y que facilite confiar en Él y por tanto involucrar completamente la propia vida en su seguimiento. No basta conocer, sino que hay que decidirse a corresponder a la gracia libremente<sup>456</sup>.

En ocasiones, la decisión de creer puede presentarse al individuo como una cuestión especialmente ardua y costosa, y efectivamente conlleva un esfuerzo. Pero, Benedicto XVI muestra que la fe, aunque abarca el misterio, «en su núcleo es muy sencilla. Jesucristo mismo afirmó, dirigiéndose al Padre: “Has revelado estas cosas a los pequeños, a los que son capaces de ver con el corazón” (cf. *Mt* 11, 25)»<sup>457</sup>. No obstante, que el acto de fe sea sencillo, no quiere decir que resulte fácil o cómodo, pues conlleva unas implicaciones personales en la totalidad de la propia vida (también, incluso, porque a veces es una decisión contestada y controvertida), que implicará una respuesta más decidida y consciente al don de la fe<sup>458</sup>. Creer exige el esfuerzo de abandonarse libremente con la ayuda de la gracia, de abrirse a la trascendencia; pero, entonces, uno se sorprende al experimentar tras el bautismo, que realmente es sencillo creer, y que cómo la fe conduce a la plenitud de amor<sup>459</sup>. El hombre decide renunciar voluntariamente a su autonomía en favor de un Dios que le da la plenitud, y entonces su voluntad pasa a querer coincidir libremente con la de Dios, que deja de ser para el hombre una voluntad heterónoma, ajena, que le coarta<sup>460</sup>.

<sup>453</sup> Cf. «Encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina», 1048.

<sup>454</sup> El entrevistador pregunta: «¿Qué quiere Jesús de nosotros?» Y contesta sencillamente: «Quiere de nosotros que creamos en Él. Que nos dejemos conducir por Él. Que vivamos con Él. Y que así lleguemos a ser cada vez más semejantes a Él y, de ese modo, lleguemos a ser de la forma correcta» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 178).

<sup>455</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, 484.

<sup>456</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 1; cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», 46-47; cf. «*Porta fidei*», n. 3, 10, 13; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 484-486; cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 559-568, “La muerte de Jesús como reconciliación (expiación) y salvación”; cf. *CEC*, n. 154.

<sup>457</sup> «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 724.

<sup>458</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 796-801.

<sup>459</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», 723-28.

<sup>460</sup> Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 10 y 17. «El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. (...) La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. *Sal* 73, 23-28)» (*ibid.*, n. 10).

El imprescindible encuentro con Jesús se da en la oración, en los sacramentos (para los creyentes), a través de su Iglesia y en el prójimo. Es ahí donde la persona experimenta la belleza de su Amor, del encuentro, de la fe. Y, entonces se podría decir que, en el hombre recto que quiere tener una disposición de apertura, la experiencia del amor de Dios, de alguna manera, le “fuerza” a dar su asentimiento voluntario y libre al don de la fe<sup>461</sup>. La persona que busca a Dios, encuentra a Jesucristo, a una Persona viva, descubre la fe, y entonces prestará su asentimiento a las verdades que se creen; en caso contrario, no llegará a Dios<sup>462</sup>. Este asentimiento libre a la fe, que voluntariamente hace el creyente, como hemos visto, es un acto moral esencial pues transforma la totalidad de su vida<sup>463</sup>.

Por su relación especialísima con Jesucristo, María Santísima, Madre de Dios, es ejemplo de fe para todos los creyentes: «María es la criatura que de modo único ha abierto de par en par la puerta a su Creador, se puso en sus manos, sin límites. Ella vive totalmente *de la* [relación] y *en* relación con el Señor; está en actitud de escucha, atenta a captar los signos de Dios en el camino de su pueblo; está inserta en una historia de fe y de esperanza en las promesas de Dios, que constituye el tejido de su existencia. Y se somete libremente a la palabra recibida, a la voluntad divina en la obediencia de la fe»<sup>464</sup>. Ella enseña a tratar a Dios, a confiar en Él y a rendirle la *obediencia de la fe*, que sólo puede ser libre (aunque el conocimiento del misterio de Dios sobrepase la capacidad del hombre), y entonces se percibe toda la grandeza del trato con Dios, y el proyecto de Dios para cada hombre<sup>465</sup>.

También en *Lumen fidei* se anima a tomar una actitud activa en la búsqueda de Dios, a buscar la relación personal con Jesucristo con el auxilio de la gracia que ayuda a la libertad y la inteligencia<sup>466</sup>.

\* \* \*

En este capítulo hemos estudiado la fe como respuesta del hombre a la iniciativa de Dios. En primer lugar, hemos visto la imprescindible conexión intrínseca de la fe con la verdad; la fe disociada de la verdad es absurda, y así lo acometió el cristianismo desde el principio. Benedicto XVI está convencido de la existencia de una verdad universal y plena que no se puede producir, solo se puede acoger. Tiene una gran confianza en la razón, ayudada por la fe, para alcanzar de

<sup>461</sup> «El cristianismo, antes que una moral o una ética, es acontecimiento del amor, es acoger a la persona de Jesús» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 591).

<sup>462</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 1; cf. «*Porta fidei*», n. 10.

<sup>463</sup> «Con la fe cambia verdaderamente todo en nosotros y para nosotros, y se revela con claridad nuestro destino futuro, la verdad de nuestra vocación en la historia, el sentido de la vida, el gusto de ser peregrinos hacia la Patria celestial» (*ibid. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 454).

<sup>464</sup> *Ibid. Aud. gral. del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Icono de la fe obediente*, 775.

<sup>465</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 47: «Sólo en Jesús se manifiesta completamente el proyecto de Dios sobre el ser humano».

<sup>466</sup> «Él es Sujeto que se deja conocer y se manifiesta en la relación de persona a persona. La fe recta orienta la razón a abrirse a la luz que viene de Dios, para que, guiada por el amor a la verdad, pueda conocer a Dios más profundamente», PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 36.

modo pleno esa verdad y, por esto, considera esencial al cristianismo la unión que se dio desde el inicio entre la fe cristiana y la razón griega. El hombre tiene necesidad de la verdad, y se pregunta por las cuestiones fundamentales de su existencia, como la vida, la muerte, el dolor... Pero el hombre de hoy vive atrapado en su propia autonomía cerrada a la trascendencia, y no logra encontrar respuestas satisfactorias con el uso exclusivo de su razón. La persona, entonces, podrá ser capaz de percibir que debe haber una verdad que le supera, y así estará en condiciones de abrirse a la trascendencia.

La fe en Dios explica las preguntas más profundas del individuo, será camino para colmar sus aspiraciones más íntimas, y la forma de salir de la autonomía completa del hombre para alcanzar la plena verdad. Es esta una heteronomía liberadora. Pero, el racionalismo moderno ha derivado hacia un pensamiento empírico, positivista, científico-técnico que, a su vez, ha conducido a un profundo relativismo. Esto ha llevado al pensamiento moderno actual hacia una profunda crisis de la verdad: de forma generalizada se sospecha acerca de una pretendida verdad, y se afirma que el individuo es incapaz de alcanzar una verdad única, completa y absoluta; la única verdad asumible sería la empírica-científica. El relativismo rompe el nexo fe-verdad y hace que la fe tienda a derivar al sentimentalismo o al fideísmo. También se resquebraja la unión razón-verdad y se afirma que, en cualquier caso, la razón no es capaz de alcanzar una verdad objetiva, universal (salvo en aquello que sea empíricamente experimentable; y esto excluye a las verdades más profundas del hombre, como es Dios). Se renuncia a la verdad y se cae en la “dictadura del relativismo”, en un cientificismo y tecnicismo con sus derivaciones, o en el indiferentismo ateo que no se preocupa por la verdad, en ocasiones por su concepción antropológica que confunde el alma humana y la verdad última del hombre, con la *psique* y el bienestar emotivo.

Benedicto XVI reivindica una verdad universal alcanzable por una razón ampliada, abierta a la trascendencia mediante la colaboración de la razón y la fe (ambas se complementan y se necesitan). Describe cómo hoy se ha caído en una *auto-limitación de la razón* que se cierra a la trascendencia al no contemplar la ayuda que le puede proporcionar la fe. El Papa alemán propone recuperar la conexión fe-verdad, y razón-verdad, y que la persona busque, a través del binomio fe y razón, alcanzar una verdad última que no puede ser distinta de la verdad accesible para la razón y la ciencia. No puede haber oposición ciencia-fe, ni razón-fe, pues la verdad debe ser única y procede del *Logos* creador, que refleja su verdad en el hombre y en todas las cosas. El acceso a esa verdad plena será por medio del amor y la razón, con la ayuda de la fe. A través del amor lo hará por medio de la relacionalidad con la fuente de la verdad, con el *Logos*, que es la Razón creadora, es la Verdad, es el Amor. Por tanto, la persona puede llegar a la verdad por la comunión y la comunicación a través del encuentro personal con Jesucristo.

Para ello, es preciso fomentar una disposición de escucha y visión, tal como hizo san Agustín. El otro camino para lograr el acceso a la verdad es la razón. La razón humana, necesariamente, se ve superada por el misterio de la verdad divina, y

necesita ser guiada por la fe para lograr su objetivo. Fe y razón no son contrarias, y creer no es un acto irracional: la fe no contradice la razón humana (que la fe no sea comprendida por la razón humana, no implica que sea irracional, pues es lógico que la fe, al tratar el misterio de Dios sobrepase la razón del hombre). De hecho, creer es razonable, ya que, en último término, la fe procede de la Razón creadora, del *Logos*, al igual que la inteligencia del hombre, y ambas confluyen en esa verdad plena. La razón ayudada por la fe, podrá contar con la filosofía y la teología como herramientas de gran utilidad en su acceso a la verdad. Algunos motivos que ayudan a vislumbrar esa verdad objetiva trascendente, y cómo la razón la puede alcanzar, son la constatación de la coherencia y universalidad de las leyes físicas, o de una ley natural universal presente en todos los hombres.

No obstante, hoy predomina una visión antropológica que no contempla una naturaleza humana de la que se desprenda una ley, e incluso se desprestigia la pretensión de que pueda existir. El Papa alemán se da cuenta de la importancia esencial de la verdad para la persona y de su repercusión en el hombre, y anima a alcanzarla gracias a esa razón ampliada abierta a la trascendencia. Esta verdad permitiría re-descubrir una naturaleza humana objetiva y universal, lo que llevaría a una sociedad más justa con capacidad de alcanzar consensos necesarios y válidos, de carácter universal, en torno a esa verdad. Sostiene la necesidad de una “nueva ilustración” que se fundamente en una razón ampliada, que no se cierre obstinadamente a la fe, a Dios, capaz de alcanzar la verdad universal. Y para los que nieguen esta razón, o piensen que esto no es posible, les propone vivir “como si Dios existiera”, para al menos gozar en la sociedad de las ventajas que otorga una verdad universal que no depende del consenso, ni del positivismo, ni del tecnicismo, si no que busca el verdadero bien de la persona.

Pero, aunque se conozca la verdad, y se llegue a percibir por la fe la verdad y a Dios, si el hombre no se adhiere libremente a esa verdad no podrá abrazar la fe, ni creer en Dios. Dios toma la iniciativa siempre, pero cada individuo debe querer responder positivamente de forma libre, y para ello debe corresponder a las gracias que recibe. Y para esto hace falta una visión antropológica correcta de la libertad. Hoy, en muchas ocasiones, se constata cómo se ha desvirtuado el sentido auténtico de libertad, y esto debilita y empequeñece la voluntad humana. La libertad debe colaborar con el hombre, no en darle un mero arbitrio (no es capacidad de *desentenderse-de*), si no en ayudarle a encontrar la verdad, ponerse al servicio de la verdad (es capacidad de *comprometerse-con*).

Entonces el hombre podrá ejercitar en su forma más plena su libertad, y podrá tener una disposición de apertura a la trascendencia a través de una actitud de reflexión y de escucha, de estar dispuesto al compromiso con la fe en la totalidad de su persona, a buscar a Dios de forma activa. El hombre que honradamente busca la verdad, acabará encontrándola. Esta actitud del hombre culminará en muchos casos, si busca la verdad con rectitud, en un encuentro personal con Jesucristo que transformará su vida. En cada una de esas decisiones libres (disposición de escucha, reflexión, apertura a la verdad, compromiso personal con esa verdad...) el hombre

tendrá una responsabilidad moral. Cuando el hombre libremente se decide a creer, experimentará las célebres palabras de san Agustín: “comprende para creer y cree para comprender” (*Discurso* 43, 9: PL 38, 258).





## CAPÍTULO III. ANUNCIO. DIMENSIÓN KERIGMÁTICA DE LA FE

Hasta ahora hemos estudiado la fe como llamada –iniciativa de Dios que sale al encuentro del hombre– en el Capítulo I, y cómo el hombre puede responder a ese requerimiento en el encuentro personal con Cristo, en el Capítulo II. Ahora, en el presente Capítulo III, abordamos la dimensión *kerigmática* de la fe: la fe en cuanto anuncio. La alegría del encuentro con la persona de Jesucristo y de experimentar la fe, lleva necesariamente a la Iglesia y al creyente a comunicarla<sup>1</sup>.

Hemos estructurado este capítulo en las siguientes tres partes: la Iglesia como primera receptora y anunciadora de la fe; la incidencia de la fe en el individuo y, como consecuencia, en la sociedad; y la figura de María como icono y modelo de fe. Proseguimos por tanto con el esquema que sigue la Encíclica *Lumen fidei* (cf. capítulos 3 y 4)<sup>2</sup>.

El fundamento del anuncio radica en que la fe es comunión con Jesucristo y, a través de Él, con el Padre. Al igual que el Hijo es enviado por el Padre, Jesús enviará a sus discípulos (*Jn* 20, 21). Ese “ser enviados”, al ser vinculados a Jesús en el Espíritu Santo y en su Palabra, se plasmó en la Iglesia antigua en la “sucesión apostólica”. La sucesión, junto al canon de la Escritura y la llamada “regla de fe”, fueron los elementos esenciales de la unidad, y aseguraron que la fe pudiera anunciarse en todo el orbe<sup>3</sup>. Lógicamente esta misión que Jesús encargó a sus discípulos repercute en el bien común, en la sociedad; a través de la Iglesia en cuanto a su misión, pero sin olvidar que la Iglesia actúa a través de cada uno de sus miembros, como ampliamente se refleja en las encíclicas de Benedicto XVI<sup>4</sup>. Terminamos el capítulo con la referencia obligada a la Virgen, Madre de la Iglesia, Madre de los cristianos, modelo de fe y pieza clave en su transmisión.

En este Capítulo III volvemos a dar preeminencia, como fuentes primarias, a las Encíclicas escritas por el pontífice; la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* y la Carta *Porta fidei*; y las Catequesis del Año de la fe (citadas en la Introducción); pero

---

<sup>1</sup> «*Caritas Christi urget nos*» (2 *Co* 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, Él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. *Mt* 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una *nueva evangelización* para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe» (*Porta fidei*, n. 7).

<sup>2</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», (2013). Capítulo 3, “Transmito lo que he recibido (cf. 1 *Co* 15, 3)” y Capítulo 4, “Dios prepara una ciudad para ellos (cf. *Hb* 11, 16)”.

<sup>3</sup> Cf. «*Verbum Domini*», n. 17; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 10 de mayo de 2006: La sucesión apostólica*, II, 1, 564-570, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006, II, 1, 564-570. «La unidad de estos tres elementos constitutivos de la Iglesia –el sacramento de la sucesión, la Escritura y la regla de fe (confesión)– es la verdadera garantía de que “la Palabra” pueda “resonar de modo auténtico” y “se mantenga la tradición”» (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 462). Cf. también, IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 61; cf. CONGAR, Y., *La tradición y las tradiciones*, Dinor, 1964, 55.

<sup>4</sup> Por ejemplo, cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 28; cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 1.

también a las Catequesis de la Iglesia y de la Oración<sup>5</sup>; así como otros textos de Benedicto XVI que citaremos más adelante, al hablar de la *nueva evangelización*, la familia, la educación, el bien común y la Virgen Santísima. Tenemos en cuenta complementariamente *Jesús de Nazaret* y *Luz del mundo*. Como fuentes secundarias presentamos las mismas que en los anteriores capítulos, con especial atención a *Lumen fidei*. También hemos añadido algunos artículos y otras monografías<sup>6</sup>.

## 1. LA IGLESIA, RESPONSABLE DE LA TRANSMISIÓN

### ÍNTEGRA DE LA FE

La Iglesia, fundada por Jesucristo en sus apóstoles, es la primera receptora de la fe y es mediadora en su transmisión a cada individuo: creer es un acto eclesial y, a la vez, un acto personal<sup>7</sup>. La principal misión de la Iglesia es, por tanto, ser receptora y responsable de la comunicación de la fe a la humanidad. La acción del Espíritu Santo a través de la Tradición (*Ipsa credit mater Ecclesia*) es la garantía de la autenticidad del contenido del mensaje de Cristo a lo largo del tiempo. La Iglesia se encarga de transmitir el contenido específico de la fe, recogido en el Credo, y además aporta la gracia necesaria para acoger ese mensaje por los sacramentos, la moral compilada en el contenido del decálogo y la oración. Se puede decir que la fe crece y madura en la Iglesia: el creyente necesita la gracia, y esta le llega a través de la Iglesia<sup>8</sup>. El creyente puede de esta forma alcanzar el necesario encuentro con Jesucristo que le capacite para acoger la luz de la fe: la misión de la Iglesia no es dar

<sup>5</sup> Dictó cuarenta y dos Audiencias Generales que dedicó a la Catequesis de la Oración, entre abril de 2011 y noviembre de 2012. Se pueden agrupar en cinco grandes grupos: el hombre en oración, ejemplos de oración en el Antiguo Testamento, los salmos como modelo de oración, la oración de la vida de Jesucristo y la oración en los Hechos de los Apóstoles, las cartas de san Pablo y el Apocalipsis.

<sup>6</sup> Destacamos especialmente: BLANCO SARTE, P., *Joseph Ratzinger - Benedicto XVI: un mapa de sus ideas*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2012; id., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo: la victoria de la inteligencia en el mundo de las religiones*, Madrid: Ediciones Rialp, 2005; id., *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, Palabra, 2013; id., *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI: nuevos estudios*, Pamplona: EUNSA, 2013; id. *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, Madrid: Palabra, 2013; id. *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, Madrid: Palabra, 2012; FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Cooperadores de la verdad: El antídoto de Benedicto XVI contra la dictadura del relativismo*, Rosario: Logos, 2011; IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 2008; ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, Granada: Nuevo Inicio, 2009; NICHOLS, A., *The thought of pope Benedict XVI: an introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, New York; London: Burns & Oates, 2007; MURPHY, J., *Christ our joy: The theological vision of Pope Benedict XVI*, 1 ed. San Francisco: Ignatius Press, 2008; GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI: the Christocentric shift*, New York: Palgrave Macmillan, 2010; ARANDA, A., *Una nueva evangelización: ¿cómo acometerla?*, Madrid: Palabra, 2012; ECHEVARRÍA, J., *Creo, creemos: textos procedentes de las Cartas pastorales dirigidas a los fieles de la Prelatura del Opus Dei durante el Año de la fe (2012-2013)*, Madrid: Rialp, 2014.

<sup>7</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521; cf. BLANCO SARTE, P., *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo*, 98-105; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 193-96.

<sup>8</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521; cf. LUBAC, H. DE, *La fe cristiana: ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, Salamanca: Secretariado Trinitario, 1988., 1988, 195-235; cf. ECHEVARRÍA, J., *Creo, creemos*, 91-115.

a conocer una doctrina, sino una persona: Jesucristo mismo, Dios y Hombre<sup>9</sup>. La Iglesia comenzó cuando los apóstoles entraron en contacto con Jesús y se dejaron cautivar por su mirada; los creyentes son llamados a participar de la gracia y de su misión salvífica para la constitución de un nuevo pueblo de Dios<sup>10</sup>.

«Los doce Apóstoles son así el signo más evidente de la voluntad de Jesús respecto a la existencia y la misión de su Iglesia, la garantía de que entre Cristo y la Iglesia no existe ninguna contraposición: son inseparables, a pesar de los pecados de los hombres que componen la Iglesia. Por tanto, es del todo incompatible con la intención de Cristo un eslogan que estuvo de moda hace algunos años: “Jesús sí, Iglesia no”. Este Jesús individualista elegido es un Jesús de fantasía. No podemos tener a Jesús prescindiendo de la realidad que él ha creado y en la cual se comunica»<sup>11</sup>.

Cuando la persona acoge la fe en el seno de la Iglesia entra en una particular comunión con la Trinidad y con el resto de la comunidad eclesial, a la que están llamados todos los hombres<sup>12</sup>. La fe es personal, pero no es resultado de una reflexión individual, existe una integridad de la fe. Benedicto XVI ya había desarrollado esta idea anteriormente<sup>13</sup>, y aparece también reflejada en su pontificado: «Nuestra fe es verdaderamente personal solo si es también comunitaria: puede ser mi fe sólo si se vive y se mueve en el “nosotros” de la Iglesia, sólo si es nuestra fe, la fe común de la única Iglesia»<sup>14</sup>. La fe nace en la Iglesia, conduce a ella y vive en ella. La Iglesia es verdaderamente Madre de todos los creyentes, pues, desde que los Apóstoles recibieron esa misión, precede, engendra y alimenta la fe de los cristianos<sup>15</sup>. Tal como le gusta señalar a Benedicto XVI, realmente se puede decir con san Cipriano de Cartago: «Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la

<sup>9</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 22 de marzo de 2006: Los Apóstoles, testigos y enviados de Cristo*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006, II, 1, 343-348.

<sup>10</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 15 de marzo de 2006: La voluntad de Jesús sobre la Iglesia y la elección de los Doce*, 313-319.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 316.

<sup>12</sup> «La idea de la comunión como participación en la vida trinitaria está iluminada con particular intensidad en el evangelio de san Juan, donde la comunión de amor que une al Hijo con el Padre y con los hombres es, al mismo tiempo, el modelo y el manantial de la comunión fraterna, que debe unir a los discípulos entre sí: “Amaos los unos a los otros, como yo os he amado” (Jn 15, 12; cf. 13, 34). “Que sean uno como nosotros somos uno” (Jn 17, 21. 22)» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 29 de marzo de 2006: El don de la comunión*, II, 1, 375-381, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006, 372). Cf. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, S., *Amar a la Iglesia*, Madrid: Palabra, 2001, 41; cf. CIPRIANO, *La unidad de la Iglesia*, en FAILLA, C. y PASCUAL TORRÓ, J. (eds.), Madrid: Ciudad Nueva, 1991, PL 4, 553.

<sup>13</sup> Cf. RATZINGER, J., «Transmisión de la fe y fuentes de la fe», *Scripta Theologica* Vol. 15 (1) (1983) 20; cf. BELLANDI, A., *Fede cristiana come stare e comprendere*; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 102-22; cf. *id.* «Fe, persona e iglesia según Joseph Ratzinger», *Scripta Theologica* 37 (2005) 911-27; cf. MÖHLER, J. A., *La unidad de la iglesia o el principio de catolicismo expuesto según el espíritu de los Padres de la iglesia de los tres primeros siglos*, en RODRÍGUEZ, P. y VILLAR, JOSÉ R. (eds.), Pamplona, España: Ediciones EUNATE-Servicio de Publicaciones de la Univ. de Navarra, 1996, 129-30.

<sup>14</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 513. El Papa emérito ha insistido en numerosas ocasiones en la dimensión eclesial y comunitaria de la fe. Cf. «*Porta fidei*», n. 10; BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 135-37; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 155-87.

<sup>15</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 513-515.

Iglesia por Madre»<sup>16</sup>. También la Encíclica *Lumen fidei* recoge estas enseñanzas acerca de la Iglesia como Madre que transmite fielmente la fe<sup>17</sup>.

En el Capítulo I estudiamos la iniciativa divina que sale al encuentro del hombre (cf. Capítulo I, 2.c “La dimensión eclesial”). Ahora, en este punto, vamos a profundizar en la misión de la Iglesia en cuanto transmisora de la fe, y ampliamos lo ya explicado anteriormente: la dimensión eclesial y comunitaria de la Iglesia<sup>18</sup>. A la vez, hemos delimitado el anuncio de la fe por parte de la Iglesia al centrarnos en dos aspectos que destaca Benedicto XVI en su catequesis acerca de la fe de la Iglesia: los elementos que componen el tesoro de la fe que la Iglesia transmite, y la unidad e integridad de la fe<sup>19</sup>.

Dentro de la bibliografía de este apartado queremos destacar de forma especial la serie de catequesis, ya citada, que el pontífice quiso «dedicar al misterio de la relación entre Cristo y la Iglesia, considerándolo a partir de la experiencia de los Apóstoles, a la luz de la misión que se les encomendó. La Iglesia se constituyó sobre el fundamento de los Apóstoles como comunidad de fe, esperanza y caridad. A través de los Apóstoles, nos remontamos a Jesús mismo»<sup>20</sup>. Ahí se considera la figura de la Iglesia en cuanto a su misión: el anuncio<sup>21</sup>.

«Necesitamos la Iglesia para tener confirmación de nuestra fe y para experimentar los dones de Dios: su Palabra, los sacramentos, el apoyo de la gracia y el testimonio del amor. Así nuestro “yo” en el “nosotros” de la Iglesia podrá percibirse, a un tiempo, destinatario y protagonista de un acontecimiento que le supera: la experiencia de la comunión con Dios, que funda la comunión entre los hombres. En un mundo en el que el individualismo parece regular las relaciones entre las personas, haciéndolas cada vez más frágiles, la fe nos llama a ser Pueblo de Dios, a ser Iglesia, portadores del amor y de la comunión de Dios para todo el género humano (cf. Const. past. *Gaudium et spes*, 1)»<sup>22</sup>.

La Encíclica *Lumen fidei*, en sus números 37-39, recalca la especial misión de la Iglesia y del creyente en la transmisión de la fe: «Quien se ha abierto al amor de

<sup>16</sup> CIPRIANO, *La unidad de la Iglesia*, 49.

<sup>17</sup> «La Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe. San Juan, en su Evangelio, ha insistido en este aspecto, uniendo fe y memoria, y asociando ambas a la acción del Espíritu Santo que, como dice Jesús, “os irá recordando todo” (Jn 14,26). El Amor, que es el Espíritu y que mora en la Iglesia, mantiene unidos entre sí todos los tiempos y nos hace contemporáneos de Jesús, convirtiéndose en el guía de nuestro camino de fe» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 37).

<sup>18</sup> Como también se recoge en PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 22.

<sup>19</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 516; cf. también PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 37-49.

<sup>20</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 15 de marzo de 2006: La voluntad de Jesús sobre la Iglesia y la elección de los Doce*, II, 1, 313.

<sup>21</sup> Cf. *ibid.*, 313-319; *Ibid. Aud. gral. del 22 de marzo de 2006: Los Apóstoles, testigos y enviados de Cristo*, 343-348; *Ibid. Aud. gral. del 29 de marzo de 2006: El don de la comunión*, 375-381; *Ibid. Aud. gral. del 5 de abril de 2006: El servicio a la comunión*, 404-409; *Ibid. Aud. gral. del 26 de abril de 2006: La Tradición, comunión en el tiempo*, 498-505; *Ibid. Aud. gral. del 3 de mayo de 2006: La Tradición apostólica*, 533-540; *Ibid. Aud. gral. del 10 de mayo de 2006: La sucesión apostólica*, 564-570; *Ibid. Aud. gral. del 17 de mayo de 2006: Pedro, el pescador*, 609-617; *Ibid. Aud. gral. del 24 de mayo de 2006: Pedro, el apóstol*, 666-674; *Ibid. Aud. gral. del 7 de junio de 2006: Pedro, la roca sobre la que Cristo fundó su Iglesia*, 780-786.

<sup>22</sup> *Ibid. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 516.

Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí»<sup>23</sup>. La fe se transmite con la palabra (respuesta) y con la luz (reflejando la luz de Cristo), y nos llega a través de la Iglesia en el Espíritu Santo. Por otro lado, también se remarca el carácter trinitario de la fe al entrar en comunión con Dios<sup>24</sup>.

### ***A. Elementos de la fe que la Iglesia transmite***

El mensaje original de Cristo predicado por sus Apóstoles, que incluye los medios de salvación que la Iglesia transmite, nos llega a través de la Tradición<sup>25</sup>. Ésta tiene por garante al Espíritu Santo, y así «vivimos el encuentro con el Resucitado no sólo como algo del pasado, sino en la comunión presente de la fe, de la liturgia, de la vida de la Iglesia»<sup>26</sup>.

La Tradición transmite los bienes de la salvación: es el Evangelio vivo<sup>27</sup>; y el Concilio Vaticano II lo resumía así: «Lo que los Apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del pueblo de Dios; así la Iglesia con su enseñanza, su vida y su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree»<sup>28</sup>. Este anuncio, mantenido a través de la sucesión apostólica, incluye tanto los sacramentos<sup>29</sup> como el contenido de la fe que se resume en el Credo: «es Cristo quien llega a nosotros: en la palabra de los Apóstoles y de sus sucesores es él quien nos habla; mediante sus manos es él quien actúa en los sacramentos; en la mirada de ellos es su mirada la que nos envuelve y nos hace sentir amados, acogidos en el corazón de Dios»<sup>30</sup>.

La estructura que hemos adoptado en este apartado atiende al contenido de las verdades que debe creer el cristiano (que se desprende de la Revelación y que se resume en el símbolo de la fe), y a los medios de salvación que otorgan la gracia al hombre (principalmente a través de los sacramentos, una conducta moral recta que

<sup>23</sup> PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 37.

<sup>24</sup> Cf. *ibid.* nn. 37-39.

<sup>25</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 514; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 107-11. También, cf. Capítulo I, 2.c “*La dimensión eclesial*”.

<sup>26</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 516; cf. también *Ibid. Aud. gral. del 26 de abril de 2006: La Tradición, comunión en el tiempo*, II, 1, 498-505.

<sup>27</sup> Cf. *Ibid.*; cf. *Ibid. Aud. gral. del 3 de mayo de 2006: La Tradición apostólica*, 533-540.

<sup>28</sup> CVII, «Const. Dogm. *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación», n. 8.

<sup>29</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 490; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 516; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 667; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Dios revela su “designio de benevolencia”*, VIII, 2, 706; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 46.

<sup>30</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 10 de mayo de 2006: La sucesión apostólica*, 2006, II, 1, 568. *Ibid. Aud. gral. del 26 de abril de 2006: La Tradición, comunión en el tiempo*, 498-505. «La Tradición se llama así porque surgió del testimonio de los Apóstoles y de la comunidad de los discípulos en el tiempo de los orígenes, fue recogida por inspiración del Espíritu Santo en los escritos del Nuevo Testamento y en la vida sacramental, en la vida de la fe, y a ella —a esta Tradición, que es toda la realidad siempre actual del don de Jesús— la Iglesia hace referencia continuamente como a su fundamento y a su norma a través de la sucesión ininterrumpida del ministerio apostólico» (*ibid.*, 500).

siga el decálogo, y la oración). Seguimos por tanto, el esquema marcado por Benedicto XVI en *Porta fidei*<sup>31</sup>, en su ya citada Catequesis que dedicó a *La fe de la Iglesia*<sup>32</sup>, y también en la Encíclica *Lumen fidei*<sup>33</sup>. Parte principalísima del “tesoro” que la Iglesia transmite es la especial protección de la Virgen, como Benedicto XVI recordó; pero por motivos de sistematización estudiaremos su intercesión al final del presente capítulo<sup>34</sup>. Por tanto, en el primer apartado vamos a estudiar el credo, los sacramentos y la liturgia, el decálogo y la oración.

### a) *El Credo*

En el Credo se recogen las verdades contenidas en la Palabra de Dios y que la Iglesia nos propone que deben ser creídas por la fe (cf. *CEC*, n. 182). Pero el contenido de la fe no es un conocimiento frío, sino que es principalmente la relación del hombre con su Dios. Benedicto XVI en sus catequesis del Año de la fe comentaba: «El *Credo* comienza así: “*Creo en Dios*”. Es una afirmación fundamental, aparentemente sencilla en su esencialidad, pero que abre al mundo infinito de la relación con el Señor y con su misterio. Creer en Dios implica adhesión a Él, acogida de su Palabra y obediencia gozosa a su revelación»<sup>35</sup>. Es Dios quien toma la iniciativa; el hombre responde con su libertad y su responsabilidad; y esa respuesta, en un contexto de coherencia, conduce a la transmisión de la fe.

La verdad de la fe viene refrendada por la acción del Espíritu Santo y desde los inicios se tuvo conciencia de su asistencia especial a la Iglesia<sup>36</sup>. El Espíritu Santo construye su Iglesia y le otorga la verdad, pero los hombres por su debilidad, en el ejercicio de su libertad, pueden apartarse de esa verdad, tal como se ha comprobado tristemente a lo largo de la historia en distintos cismas y herejías<sup>37</sup>.

<sup>31</sup> «Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del *Catecismo* sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración» («*Porta fidei*», n. 11). Cf. MARIANI, A. y MORGA, C., *XX aniversario del catechismo della Chiesa cattolica: proposta morale e cammino di fede*, Morolo: IF press, 2013, 126-40.

<sup>32</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521.

<sup>33</sup> «He tocado así los cuatro elementos que contienen el tesoro de memoria que la Iglesia transmite: la confesión de fe, la celebración de los sacramentos, el camino del decálogo, la oración. La catequesis de la Iglesia se ha organizado en torno a ellos, incluido el *Catecismo* de la Iglesia Católica, instrumento fundamental para aquel acto unitario con el que la Iglesia comunica el contenido completo de la fe, “todo lo que ella es, todo lo que cree” (Conc. Ecum. Vat. II, *Const. dogm. Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 8)» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 46).

<sup>34</sup> «María está tan unida al gran misterio de la Iglesia, que ella y la Iglesia son inseparables, como lo son ella y Cristo. María refleja a la Iglesia, la anticipa en su persona y, en medio de todas las turbulencias que afligen a la Iglesia sufriente y doliente, ella sigue siendo siempre la estrella de la salvación» («Homilía Santa Misa, Solemne concelebración eucarística en el 40º aniversario de la clausura del CVII», *AAS* 98 (2005), 15).

<sup>35</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 169.

<sup>36</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521; Y así lo describía ya san Ireneo (130-202): «Donde está la Iglesia, está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia y toda gracia, pues el Espíritu es verdad» (IRENEO DE LYON, SANTO OBISPO, *Adversus haereses*, Sevilla: Apostolado Mariano, 1999, III, 24, 1: PG 7, 966).

<sup>37</sup> «(...) este vínculo íntimo con el Espíritu no anula nuestra humanidad con toda su debilidad; así, la comunidad de los discípulos desde el inicio experimenta no sólo la alegría del Espíritu Santo, la gracia de

La comunión eclesial surge de la fe, resumida en el Credo, suscitada por la predicación de los Apóstoles, que son los testigos cualificados y responsables de la custodia de la fe. Esta comunión se alimenta con el pan y la oración, y se manifiesta en la fraternidad<sup>38</sup>. Los Apóstoles y sus sucesores garantizan la continuidad en la doctrina<sup>39</sup>.

Como hemos señalado, el primer sujeto de la fe es la Iglesia: «La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario»<sup>40</sup>. La Iglesia es, a la vez, receptora de la fe y transmisora: cree la Iglesia y cree cada uno de sus miembros<sup>41</sup>. Para poder creer es esencial conocer los contenidos de la fe a través de la Iglesia, pero no basta con ello. Ese saber introduce a cada uno en el conocimiento de la totalidad del misterio de salvación revelado por Dios; pero además necesita una respuesta totalmente libre al don de la fe que se le otorga. «Cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo, que se revela y da a conocer su misterio de amor»<sup>42</sup>.

La repercusión de la fe en la sociedad y en el bien común arranca de la coherencia de la fe personal que reclama la dimensión pública de la propia fe, y que se manifiesta en el anuncio por parte del creyente con la ayuda del Espíritu Santo<sup>43</sup>. Esta postura no siempre es fácil, e implica muchas veces que el creyente vaya a contracorriente por vivir su propia fe. Así, Benedicto XVI recuerda en sus catequesis el ejemplo de la fe de Abrahán<sup>44</sup>, padre de los creyentes, quien, al creer contra toda esperanza (cf. *Rm* 4, 18): «nos enseña la fe; y, como extranjero en la tierra, nos indica la verdadera patria. La fe nos hace peregrinos, introducidos en el

la verdad y del amor, sino también la prueba, constituida sobre todo por los contrastes en lo que atañe a las verdades de fe, con las consiguientes laceraciones de la comunión» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de abril de 2006: El servicio a la comunión*, II, 1, 404).

<sup>38</sup> Cf. *ibid.*, 404-409.

<sup>39</sup> Cf. *Ibid.*, 407. El contenido de la fe se compendió desde muy pronto en la fórmula del Credo, como símbolo de fe, en los Concilios de Nicea (325) y Constantinopla (381), y tiene una importancia trascendental en la Iglesia.

<sup>40</sup> «*Porta fidei*», n. 10.

<sup>41</sup> Cf. *Ibid.*; cf. *CEC*, n. 167.

<sup>42</sup> «*Porta fidei*», n. 10; cf. CVII, «Const. Dogm. *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación», n. 5; cf. CVI, «Const. Dogm. *Dei Filius*», *DS*(1870) 3008-9 cap. III. «Al mismo tiempo, esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe hacer propio, sobre todo en este Año. No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el Credo. Esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo» («*Porta fidei*», n. 9).

<sup>43</sup> «Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público (...) La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este “estar con él” nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso. La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario» («*Porta fidei*», n. 10).

<sup>44</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 169-182.

mundo y en la historia, pero en camino hacia la patria celestial»<sup>45</sup>. El creyente tiene en juego su salvación eterna.

La Encíclica *Lumen fidei*, en la misma línea del magisterio de Benedicto XVI y de otros de sus escritos<sup>46</sup>, recuerda cómo el Credo es el conjunto de verdades que profesa el creyente y que le introducen en la comunión con la Trinidad al recorrer los misterios de Jesucristo. El que confiesa el Credo es transformado y entra en comunión con Dios en su Iglesia<sup>47</sup>.

### b) *Sacramentos*

El hombre no puede creer por sí mismo. La gracia de Dios, a través del don de la fe, capacita a la persona para aceptar y profesar las verdades de fe recogidas en el Credo. Esta gracia se la otorga el mismo Jesucristo a través de los sacramentos, especialmente a través del bautismo, que incorpora a la persona a la Iglesia y se convierte en verdadero hijo de Dios, y por la eucaristía que es «principio causal de la Iglesia»<sup>48</sup>. En *Porta fidei* se afirma: «A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos»<sup>49</sup>. De entre los sacramentos destacan el bautismo y la Eucaristía, también por su importancia en la iniciación cristiana<sup>50</sup>.

<sup>45</sup> *Ibid.*, 173. Y continúa: «Creer en Dios nos hace, por lo tanto, portadores de valores que a menudo no coinciden con la moda y la opinión del momento, nos pide adoptar criterios y asumir comportamientos que no pertenecen al modo de pensar común. El cristiano no debe tener miedo a ir “a contracorriente” por vivir la propia fe, resistiendo la tentación de “uniformarse”. En muchas de nuestras sociedades Dios se ha convertido en el “gran ausente” y en su lugar hay muchos ídolos, ídolos muy diversos, y, sobre todo, la posesión y el “yo” autónomo» (*ibid.*).

<sup>46</sup> En *Jesús de Nazaret* resalta la importancia del Credo como compendio del contenido real de la fe, de la auténtica revelación de Jesús que se nos transmite de forma fidedigna, cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 125, 354, 380; *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 578-581, 583. En *Luz del mundo* explica cómo la fidelidad de la Iglesia a las enseñanzas de Cristo arranca del encuentro de los Apóstoles con Él: «Sólo paulatinamente se les abre [a los Apóstoles] toda la grandeza de Jesús, y ellos ven cada vez con mayor claridad lo que estaba al comienzo, sea, ven la originalidad de la figura de Jesús, de quien decimos en el Credo: Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 178 y ss.).

<sup>47</sup> «En la celebración de los sacramentos, la Iglesia transmite su memoria, en particular mediante la profesión de fe. Ésta no consiste sólo en asentir a un conjunto de verdades abstractas. Antes bien, en la confesión de fe, toda la vida se pone en camino hacia la comunión plena con el Dios vivo. Podemos decir que en el Credo el creyente es invitado a entrar en el misterio que profesa y a dejarse transformar por lo que profesa» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”, n. 45). Estas mismas enseñanzas las recogió en distintas ocasiones Benedicto XVI, como por ejemplo: «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, n. 54, «*Porta fidei*», nn. 8-9; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-515.

<sup>48</sup> «*Sacramentum caritatis*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia», n. 14. Cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, Palabra, 2013, 154-56.

<sup>49</sup> «*Porta fidei*», n. 11.

<sup>50</sup> Cf. «*Sacramentum caritatis*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia», nn. 17-19.



El bautismo es la puerta que abre a la fe en la Iglesia<sup>51</sup>. «En la base de nuestro camino de fe está el bautismo, el sacramento que nos dona el Espíritu Santo, convirtiéndonos en hijos de Dios en Cristo, y marca la entrada en la comunidad de fe, en la Iglesia: no se cree por uno mismo, sin el prevenir de la gracia del Espíritu; y no se cree solos, sino junto a los hermanos. Del bautismo en adelante cada creyente está llamado a revivir y hacer propia esta confesión de fe junto a los hermanos»<sup>52</sup>. El bautismo abre al creyente a una vida llena de esperanza humana y sobrenatural. El Papa emérito comentó en numerosas ocasiones la liturgia dialógica del bautismo de niños, donde se refleja perfectamente esta confianza que aporta la fe y la esperanza cristiana respecto a la vida eterna<sup>53</sup>.

El otro sacramento que destaca Benedicto XVI en la convocatoria del Año de la fe es la Eucaristía<sup>54</sup> y ha recordado cómo el bautismo y el resto de los sacramentos se ordenan a la Eucaristía<sup>55</sup>. Tuvo muy presente a lo largo de todo su pontificado la eucaristía y la adoración<sup>56</sup>, y la importancia de la eucaristía en el día del Señor<sup>57</sup>. Además, ha subrayado cómo este sacramento es verdadero alimento

<sup>51</sup> Cf. «*Porta fidei*», nn. 1, 6, 9, 10.

<sup>52</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 486.

<sup>53</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Angelus, 11 de enero de 2009, Fiesta del Bautismo del Señor*, V, 1, 46-49, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2009; cf. «Encuentro del Santo Padre con los sacerdotes de la diócesis de Albano», *AAS* 98 (2006) 674-75; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. 13 de enero de 2013: Fiesta del Bautismo del Señor*, IX, 57-61, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013. «El sacerdote preguntaba: “¿Qué pedís a la Iglesia?”. Se respondía: “La fe”. Y “¿Qué te da la fe?”. “La vida eterna”. Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para “la vida eterna”. (...) La fe es la sustancia de la esperanza» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 10).

<sup>54</sup> «Será también una ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es “la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza” (Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 10)» («*Porta fidei*», n. 9).

<sup>55</sup> Cf. «*Sacramentum caritatis*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia», n. 17; cf. *La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 1999, 195-99; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 310-19.

<sup>56</sup> Por ejemplo: «para mí es conmovedor ver cómo por doquier en la Iglesia se está despertando la alegría de la adoración eucarística y se manifiestan sus frutos. (...) sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros» («Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», 43). Cf. también «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 12-13; cf. «*Sacramentum caritatis*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia», 105-80; cf. ECHEVARRÍA, J., *Eucaristía y vida cristiana*, Madrid: Rialp, 2005, 37-42.

<sup>57</sup> Recordó el famoso sucedido de los mártires de Abitinia que prefirieron la muerte a privarse de la Eucaristía: «“*Sine dominico non possumus*” (...) Necesitamos este pan para afrontar la fatiga y el cansancio del viaje. El domingo, día del Señor, es la ocasión propicia para sacar fuerzas de él, que es el Señor de la vida. Por tanto, el precepto festivo no es un deber impuesto desde afuera, un peso sobre nuestros hombros. Al contrario, participar en la celebración dominical, alimentarse del Pan eucarístico y experimentar la comunión de los hermanos y las hermanas en Cristo, es una necesidad para el cristiano; es una alegría; así el cristiano puede encontrar la energía necesaria para el camino que debemos recorrer cada semana. (...) La palabra de Dios y la razón van juntas. Seguir la palabra de Dios, estar con Cristo, significa para el hombre realizarse a sí mismo; perderlo equivale a perderse a sí mismo» («Visita pastoral a Bari para la clausura del XXIV Congreso Eucarístico Nacional», *AAS* 97 (2005), 786).

para la fe y supone el encuentro real y personal con Cristo<sup>58</sup>, posee en sí una connotación vertical de comunión con Dios, y a la vez una dimensión horizontal de comunión con los hermanos<sup>59</sup>.

El Papa bávaro siempre ha dado gran importancia a la Liturgia<sup>60</sup>. La acción de Cristo en su Iglesia es a través de la liturgia por medio de los sacramentos, la Iglesia tiene estructura sacramental, y ahí se puede dar el encuentro personal del creyente con Cristo<sup>61</sup>:

«La liturgia no es el recuerdo de acontecimientos pasados, sino que es la presencia viva del Misterio pascual de Cristo que trasciende y une los tiempos y los espacios. Si en la celebración no emerge la centralidad de Cristo no tendremos la liturgia cristiana, totalmente dependiente del Señor y sostenida por su presencia creadora. Dios obra por medio de Cristo y nosotros no podemos obrar sino por medio de él y en él. Cada día debe crecer en nosotros la convicción de que la liturgia no es un “hacer” nuestro o mío, sino que es acción de Dios en nosotros y con nosotros»<sup>62</sup>.

La liturgia une la dimensión vertical y la horizontal: nos une a Dios y a su iglesia<sup>63</sup>. Actualiza los misterios de salvación, al confluir el eje de lo visible con lo invisible: «la Liturgia, en particular, es el lugar por excelencia donde se manifiesta la alegría que la Iglesia recibe del Señor y transmite al mundo. Cada domingo, en la Eucaristía, las comunidades cristianas celebran el Misterio central de la salvación: la muerte y resurrección de Cristo»<sup>64</sup>. Y esto ocurre especialmente en la celebración de los sacramentos. Así se refleja en *Porta fidei* al señalar la liturgia como uno de los fines del Año de la fe: «Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía»<sup>65</sup>. En resumen:

<sup>58</sup> Cf. «*Sacramentum caritatis*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia», n. 2.

<sup>59</sup> Cf. *ibid.* n. 76.

<sup>60</sup> Cf. *El espíritu de la Liturgia: una introducción*, Madrid: Cristiandad, 2001, 196 y ss.; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 60-81; cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, Madrid: Ediciones Rialp, 2008, 220-23.

<sup>61</sup> «Si nos preguntamos quién salva al mundo y al hombre, la única respuesta es: Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, crucificado y resucitado. Y, ¿dónde se hace actual para nosotros, para mí, hoy, el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, que trae la salvación? La respuesta es: en la acción de Cristo a través de la Iglesia, en la liturgia, en especial en el sacramento de la Eucaristía, que hace presente la ofrenda sacrificial del Hijo de Dios, que nos redimió; en el sacramento de la Reconciliación, donde se pasa de la muerte del pecado a la vida nueva; y en los demás actos sacramentales que nos santifican (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5)» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 26 de septiembre de 2012*, VIII, 2, 309-320, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012, VIII, 2, 309-320). «En la Liturgia de la *Nueva Alianza*, toda acción litúrgica, especialmente la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos es un encuentro entre Cristo y la Iglesia» (*CEC*, n. 1097).

<sup>62</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 3 de octubre de 2012*, VIII, 2, 336-347, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012, 341.

<sup>63</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 34; cf. «Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», 723.

<sup>64</sup> «Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012. «Alegraos, siempre en el Señor», *AAS* 104 (2012) 360; cf. también *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 26 de abril de 2006: La Tradición, comunión en el tiempo*, II, 1, 498-505, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006498-505.

<sup>65</sup> «*Porta fidei*», n. 9.

«Debemos también aprender a comprender la estructura de la liturgia (...) Sigue siendo una continuación de un desarrollo permanente de la adoración y del anuncio. (...) En la medida en que asimilemos las palabras de la liturgia, podremos entrar en consonancia interior, de forma que no sólo hablemos con Dios como personas individuales, sino que entremos en el “nosotros” de la Iglesia que ora; que transformemos nuestro “yo” entrando en el “nosotros” de la Iglesia, enriqueciendo, ensanchando este “yo”, orando con la Iglesia, con las palabras de la Iglesia, entablando realmente un coloquio con Dios»<sup>66</sup>.

Benedicto XVI en sus enseñanzas en torno a la fe ha dado un gran peso al bautismo, a la eucaristía y a la liturgia<sup>67</sup>. Por otro lado, *Lumen fidei* dedica los puntos 40-45 a la Tradición, los sacramentos y la estructura sacramental de la fe en su contexto litúrgico<sup>68</sup>, con especial atención al bautismo<sup>69</sup> –donde incluye un escueto comentario a propósito del bautismo de adultos y el de niños– y a la eucaristía<sup>70</sup>.

### c) Fe y decálogo

El decálogo (la vida moral) y la oración tienen gran importancia en la fe y en su transmisión, y no se pueden separar<sup>71</sup>. «Hablar de Dios [transmitir la fe] nace, por ello, de la escucha, de nuestro conocimiento de Dios que se realiza en la familiaridad con Él, en la vida de oración y según los Mandamientos»<sup>72</sup>.

El decálogo no es un conjunto de normas aleatorias, sino más bien «normas fundamentales de la ley moral natural que Dios ha inscrito en su corazón [del

<sup>66</sup> «Encuentro del Santo Padre con los sacerdotes de la diócesis de Albano», 675.

<sup>67</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 464-496, 542-567; cf. *ibid.*, 565-567. *Luz del mundo* destaca la importancia de los sacramentos, en especial de la Eucaristía, y la liturgia como fundamento de la Iglesia y de la esperanza escatológica de Jesús, que debe volver de nuevo en su segunda venida, cf. *Luz del mundo*, 163-65, 184, 187. Afirma: «en verdad, la liturgia es un proceso por el que uno se deja introducir en la gran fe y la gran oración de la Iglesia» (*Ibid.*, 118).

<sup>68</sup> «Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros. Para transmitir esta riqueza hay un medio particular, que pone en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones. Este medio son los sacramentos, celebrados en la liturgia de la Iglesia. (...) El despertar de la fe pasa por el despertar de un nuevo sentido sacramental de la vida del hombre y de la existencia cristiana, en el que lo visible y material está abierto al misterio de lo eterno» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 40).

<sup>69</sup> En concordancia con esta Encíclica, Benedicto XVI, que solía bautizar niños en la fiesta del bautismo del Señor, en enero, y adultos en la Pascua de resurrección, profundizó en las homilias correspondientes en la importancia del bautismo en general, la sinergia que se da entre familia e Iglesia en la transmisión de la fe, el catecumenado y el bautismo de adultos como experiencia de fe. Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. 13 de enero de 2013: Fiesta del Bautismo del Señor*, IX, 57-61; cf. «Encuentro con los párrocos, sacerdotes y diáconos de Roma», *AAS* 101 (2009) 186-87.

<sup>70</sup> «La naturaleza sacramental de la fe alcanza su máxima expresión en la eucaristía, que es el precioso alimento para la fe, el encuentro con Cristo presente realmente con el acto supremo de amor, el don de sí mismo, que genera vida» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 44).

<sup>71</sup> Benedicto XVI citaba el catecismo de san Pío X: «“¿Qué debemos hacer para vivir según Dios?”; –“Para vivir según Dios debemos creer las verdades por Él reveladas y observar sus mandamientos con la ayuda de su gracia, que se obtiene mediante los sacramentos y la oración”» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 46). César Izquierdo afirma que la oración es la primera manifestación de la fe. Cf. IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 220.

<sup>72</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 664.

hombre]»<sup>73</sup>. La persona puede descubrir reflexionando en su interior una conciencia moral objetiva y universal<sup>74</sup>. En cambio, el desarrollo de la persona se degrada cuando esta pretende ser el último criterio de sí misma. Sólo quien reconoce una conciencia no arbitraria dependiente de un bien que le precede, se hace más humano<sup>75</sup>.

Dios crea al hombre libre y la persona puede optar por el bien o por el mal, lo que no implica que no haya una ley natural que le diga al hombre en su interior aquello que está bien o mal<sup>76</sup>. Benedicto XVI en su Encíclica *Deus caritas est* recoge la crítica que hizo Nietzsche al cristianismo, planteando los mandamientos del decálogo como prohibiciones cuyo fin es acabar con las alegrías humanas<sup>77</sup>. A esta acusación objeto que lo que realmente acaba con la felicidad humana es «dejarse dominar por el instinto»<sup>78</sup>; mientras que por el contrario, el amor y la felicidad humana alcanzan su plenitud al purificarse y contrastar la imagen del hombre con la imagen de Dios<sup>79</sup>.

El decálogo son las pautas que facilitan la identificación del hombre con Cristo: «La santidad, la plenitud de la vida cristiana, no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Es ser semejantes a Jesús, como afirma san Pablo: “Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo” (*Rm* 8, 29)»<sup>80</sup>. En *Porta fidei* se refleja cómo el llevar una forma de vida coherente con la fe implica la forma de conducta condensada en el decálogo<sup>81</sup>.

---

<sup>73</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 68.

<sup>74</sup> «Nuestra libertad está originariamente caracterizada por nuestro ser, con sus propias limitaciones. Ninguno da forma a la propia conciencia de manera arbitraria, sino que todos construyen su propio “yo” sobre la base de un “sí mismo” que nos ha sido dado. No sólo las demás personas se nos presentan como no disponibles, sino también nosotros para nosotros mismos» (*Ibid.*, n. 68). Cf. también *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discorso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, III, 1, 150-155; también en el presente estudio, cf. “Capítulo II, 2.B.b Fe y razón en el re-descubrimiento de la ley natural”.

<sup>75</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 68.

<sup>76</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 30 de enero de 2013: Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013, IX, 215.

<sup>77</sup> Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 3.

<sup>78</sup> Cf. *ibid.* nn. 3-5. «Ante todo, que entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinidad, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, se constata que el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto. Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia» (*ibid.*, n. 5).

<sup>79</sup> Cf. *ibid.*, n. 8.

<sup>80</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011, VII, 1, 452.

<sup>81</sup> Cf. «*Porta fidei*», nn. 13-14. «Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida» (*ibid.*, n. 14).

#### d) *Oración*

La oración tiene un papel insustituible en el camino de fe del creyente, pues le permite el encuentro personal con Dios y anunciar su fe; le facilita el descubrimiento del decálogo y el perfeccionamiento de la vida moral, pues se le da a conocer Cristo mismo que no es una “hipótesis lejana”<sup>82</sup>. Es Él el que sostiene al hombre con su gracia<sup>83</sup>, y por eso: «cuanto más espacio demos a la oración, tanto más veremos que nuestra vida se transformará y estará animada por la fuerza concreta del amor de Dios»<sup>84</sup>.

Ante el ajetreo cotidiano se podría percibir como un lujo, pero es más bien una necesidad. Benedicto XVI mostraba como ejemplo palpable el de santa Teresa de Calcuta:

«La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo. Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo. La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello»<sup>85</sup>.

El hombre percibe la auténtica proporción de su existencia sólo con la oración, y así se acerca a la comprensión de la realidad bajo la luz de la providencia divina amorosa, y la persona podrá escapar del activismo y de un secularismo superficial<sup>86</sup>. Es en la oración donde el hombre se llena de esperanza al situarse frente a Dios y a su conciencia. Al reconocer su culpa el hombre puede huir de una auto-justificación que le permita descubrir y acceder al bien<sup>87</sup>.

<sup>82</sup> «¿Cómo hablar de Dios hoy? La primera respuesta es que nosotros podemos hablar de Dios porque Él ha hablado con nosotros. La primera condición del hablar con Dios es, por lo tanto, la escucha de cuanto ha dicho Dios mismo. ¡Dios ha hablado con nosotros! Así que Dios no es una hipótesis lejana sobre el origen del mundo; no es una inteligencia matemática muy apartada de nosotros. Dios se interesa por nosotros, nos ama, ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia, se ha auto-comunicado hasta encarnarse. Dios es una realidad de nuestra vida; es tan grande que también tiene tiempo para nosotros, se ocupa de nosotros. En Jesús de Nazaret encontramos el rostro de Dios, que ha bajado de su Cielo para sumergirse en el mundo de los hombres, en nuestro mundo, y enseñar el “arte de vivir”, el camino de la felicidad; para liberarnos del pecado y hacernos hijos de Dios (cf. *Ef* 1, 5; *Rm* 8, 14). Jesús ha venido para salvarnos y mostrarnos la vida buena del Evangelio» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 662-663).

<sup>83</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de junio de 2012*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012, VIII, 1, 748-758.

<sup>84</sup> *Ibid.*, 755.

<sup>85</sup> «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 36.

<sup>86</sup> «Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. (...) Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?» (*ibid.* n. 37).

<sup>87</sup> «No reconocer la culpa, la ilusión de inocencia, no me justifica ni me salva, porque la ofuscación de la conciencia, la incapacidad de reconocer en mí el mal en cuanto tal, es culpa mía. Si Dios no existe,

Benedicto XVI dedicó una de sus catequesis a la oración. Esta catequesis la interrumpió al comenzar el Año de la fe y quizás se podría contemplar como su prólogo, dada la importancia práctica que tiene la oración en la vida de fe. A lo largo de esta catequesis muestra la connaturalidad histórica del hombre con la oración<sup>88</sup>, la Alianza de Dios con el hombre hasta llegar a Jesucristo desde el punto de vista de la oración<sup>89</sup>, la importancia de la Biblia<sup>90</sup>, la necesidad del silencio y la búsqueda de la belleza<sup>91</sup>, la oración mental (la meditación) en la que propone a María como maestra de ella<sup>92</sup>, la *via pulchritudinis* para acceder a Dios por medio de la belleza<sup>93</sup>, los salmos como camino de aprendizaje de oración<sup>94</sup>, la oración como principal aportación a la paz<sup>95</sup>, a Jesús como modelo de oración<sup>96</sup> y su oración en el llamado “Himno de júbilo mesiánico”: la revelación de Dios al hombre y de modo particular a los sencillos<sup>97</sup>, cómo Dios está pendiente de nuestras necesidades<sup>98</sup>, cómo aprender a rezar observando a la Sagrada Familia de Nazaret<sup>99</sup>, la oración de Jesús en la Última Cena<sup>100</sup>, en su oración sacerdotal<sup>101</sup>, en el huerto de Getsemaní<sup>102</sup>, en la Cruz<sup>103</sup>, la oración en los Hechos de los Apóstoles<sup>104</sup>, la oración en las cartas de san Pablo<sup>105</sup>, la oración en el Apocalipsis<sup>106</sup>, y la importancia de la oración litúrgica<sup>107</sup>.

---

entonces quizás tengo que refugiarme en estas mentiras, porque no hay nadie que pueda perdonarme, nadie que sea el verdadero criterio. En cambio, el encuentro con Dios despierta mi conciencia para que ésta ya no me ofrezca más una auto-justificación ni sea un simple reflejo de mí mismo y de los contemporáneos que me condicionan, sino que se transforme en capacidad para escuchar el Bien mismo. Para que la oración produzca esta fuerza purificadora debe ser, por una parte, muy personal, una confrontación de mi yo con Dios, con el Dios vivo. Pero, por otra, ha de estar guiada e iluminada una y otra vez por las grandes oraciones de la Iglesia y de los santos, por la oración litúrgica, en la cual el Señor nos enseña constantemente a rezar correctamente» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 33-34).

<sup>88</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 4 de mayo de 2011: El hombre en oración (2)*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011, VII, 1, 560-570.

<sup>89</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 18 de mayo de 2011: El hombre en oración (3)*, 665-679; cf. *Ibid. Aud. gral. del 25 de mayo de 2011: El hombre en oración (4)*, 703-714; cf. *Ibid. Aud. gral. del 1 de junio de 2011: El hombre en oración (5)*, 746-758; cf. *Ibid. Aud. gral. del 15 de junio de 2011: El hombre en oración (6)*, 848-859; cf. *Ibid. Aud. gral. del 22 de junio de 2011: El hombre en oración (7)*, 887-898.

<sup>90</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 3 de agosto de 2011: El hombre en oración (8)*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011, VII, 2, 58-62.

<sup>91</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 10 de agosto de 2011: El hombre en oración (9)*, 76-80.

<sup>92</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 17 de agosto de 2011: El hombre en oración (10)*, 94-100.

<sup>93</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 31 de agosto de 2011: Arte y oración*, 176-181.

<sup>94</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 7 de septiembre de 2011*, 193-203; cf. *Ibid. Aud. gral. del 14 de septiembre de 2011*, 231-242; cf. *Ibid. Aud. gral. del 5 de octubre de 2011: Salmo 23*, 370-382; cf. *Ibid. Aud. gral. del 12 de octubre de 2011: Salmo 126*, 417-429; cf. *Ibid. Aud. gral. del 19 de octubre de 2011: El «Gran Hallel», Salmo 136 (135)*, 457-468; cf. *Ibid. Aud. gral. del 9 de noviembre de 2011: Salmo 119 (118)*, 572-583; cf. *Ibid. Aud. gral. del 16 de noviembre de 2011: Salmo 110 (109)*, 601-616.

<sup>95</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 26 de octubre de 2011: Plegaria en preparación del Encuentro de Asís*, 499-509.

<sup>96</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 30 de noviembre de 2011*, 806-817.

<sup>97</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. Miércoles 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, 841-851.

<sup>98</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 14 de diciembre de 2011*, 891-901.

<sup>99</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 28 de diciembre de 2011*, 980-987.

<sup>100</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 11 de enero de 2012*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012, VIII, 1, 54-61.

<sup>101</sup> Cf. *Ibid. Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 25 de enero de 2012*, 111-118.

<sup>102</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 1 de febrero de 2012*, 138-147.

<sup>103</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 8 de febrero de 2012*, 155-162; cf. *Ibid. Aud. gral. del 15 de febrero de 2012*, 176-183; cf. *Ibid. Aud. gral. del 7 de marzo de 2012*, 265-273.

<sup>104</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 14 de marzo de 2012*, 295-302; cf. *Ibid. Aud. gral. del 18 de abril de 2012*, 471-479; cf. *Ibid. Aud. gral. del 25 de abril de 2012*, 496-504; cf. *Ibid. Aud. gral. del 2 de mayo de 2012*, 516-523; cf. *Ibid. Aud. gral. del 9 de mayo de 2012*, 549-556.

Oración, decálogo, oración y fe deben formar una unidad. En el Sermón de la Montaña el Señor afirma: “Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8). La oración purifica el corazón y facilita hacer la voluntad de Dios, cumplir con la mayor plenitud, y perfección posible el decálogo, que no ha sido abolido, sino perfeccionado<sup>108</sup>.

«También nosotros, con el don de su Espíritu, podemos dirigirnos a Dios, en la oración, con confianza de hijos, invocándolo con el nombre de Padre, “*Abba*”. Pero debemos tener el corazón de los pequeños, de los “pobres en el espíritu” (Mt 5, 3), para reconocer que no somos autosuficientes, que no podemos construir nuestra vida nosotros solos, sino que necesitamos de Dios, necesitamos encontrarlo, escucharlo, hablarle. La oración nos abre a recibir el don de Dios, su sabiduría, que es Jesús mismo, para cumplir la voluntad del Padre en nuestra vida y encontrar así alivio en el cansancio de nuestro camino»<sup>109</sup>.

El encuentro personal con Dios por la oración ha tenido gran relevancia para Benedicto XVI, también fuera de su magisterio explícito<sup>110</sup>. En *Jesús de Nazaret* destacan sus comentarios a los pasajes del Padrenuestro y de la Pasión<sup>111</sup>; y, en general, a la oración de Jesús<sup>112</sup>.

<sup>105</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 16 de mayo de 2012*, 594-603; cf. *Ibid. Aud. gral. del 23 de mayo de 2012*, 624-631; cf. *Ibid. Aud. gral. del 30 de mayo de 2012*, 652-660; *Ibid. Aud. gral. del 13 de junio de 2012*, 748-760; *Ibid. Aud. gral. del 27 de junio de 2012*, 804-815.

<sup>106</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 5 de septiembre de 2012*, 131-143, Libreria Editrice Vaticana, 2012; cf. *Ibid. Aud. gral. del 12 de septiembre de 2012*, 165-174.

<sup>107</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 26 de septiembre de 2012*, 309-320; cf. *Ibid. Aud. gral. del 3 de octubre de 2012*, 336-347.

<sup>108</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 46. «El núcleo de estas “clases de apoyo” de la historia, en la revelación bíblica, es el Decálogo del monte Sinaí que, como hemos visto en el Sermón de la Montaña, no queda abolido o convertido en “ley vieja”, sino que, ulteriormente desarrollado, resplandece con mayor claridad en toda su profundidad y grandeza. Estas palabras, como hemos visto, no son algo impuesto al hombre desde fuera. (...) se nos revelan las claves de nuestra existencia, de modo que podamos entenderlas y convertirlas en vida. La voluntad de Dios se deriva del ser de Dios y, por tanto, nos introduce en la verdad de nuestro ser, nos salva de la autodestrucción producida por la mentira» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 221).

<sup>109</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. Miércoles 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico*, VII, 2, 849.

<sup>110</sup> Lo describió de forma entrañablemente sencilla en *Luz del mundo*: Le preguntan si se ha modificado su fe desde que fue elegido Papa; y responde: «—Místico no soy. Pero es verdad que, como Papa, se tienen muchas más ocasiones para orar y abandonarse por completo a Dios. Pues veo que casi todo lo que tengo que hacer es algo que yo mismo no puedo hacer en absoluto. Ya por ese solo hecho me veo por así decirlo forzado a ponerme en manos del Señor y a decirle: “Hazlo Tú, si Tú lo quieres”. En este sentido, la oración y el contacto con Dios son ahora más necesarios y también más naturales y evidentes que antes» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 28). También en este libro relaciona la ley natural, pecado original y decálogo, que el hombre descubre en su interior (*ibid.*, 72).

<sup>111</sup> Cf. *Ibid. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, “Capítulo 5. “La oración del Señor”, 205-236; cf. *Ibid. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Capítulo 4. “La oración sacerdotal de Jesús”, 445-458, Capítulo 5. “La Última Cena”, 465-496, Capítulo 6. Getsemani”, 497-512, Capítulo 8. “Crucifixión y sepultura de Jesús”, 539-568.

<sup>112</sup> Afirma que el verdadero problema de la historia del hombre es dar la espalda a Dios, justo el efecto contrario a su descubrimiento en la oración (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 447). El hombre sólo puede llegar a ser libre y grande abriéndose a su creador; si no, su propio orgullo acaba con el hombre (cf. *ibid. Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, 223). A través de la oración y la reflexión la persona puede descubrir en su interior su conciencia (cf. *ibid.*, 221). La conciencia marca las acciones del hombre, pero éstas no le justifican; antes bien el hombre necesita a Dios y se justifica por la fe (cf. *Gal 3, 11*); las obras buenas que hace el hombre, y las que trata de realizar, tienen como finalidad unirse a Cristo y a su sacrificio expiatorio, sobreabundante y

En *Lumen fidei* el Papa Francisco recoge estas mismas ideas acerca del decálogo en el contexto de encuentro con Dios, y como forma de abandonar “el desierto de la propia auto-referencialidad” y de responder al amor de Dios que nos transforma. Además, se subraya la importancia de la oración y el decálogo como elementos eclesiales en la transmisión de la fe y se anima a identificarse con Jesucristo por medio de la oración, especialmente en el Padrenuestro<sup>113</sup>.

### **B. La unidad de la fe**

Los elementos de la fe que transmite la Iglesia forman una única fe verdadera. Esta fe se conserva y se ha transmitido de forma íntegra gracias a la especial asistencia del Espíritu Santo a través de la Tradición, por medio de los Apóstoles, y luego de sus sucesores<sup>114</sup>. La unidad de la fe y su integridad radica en su intrínseca unión con la verdad: se fundamenta en Jesucristo, en la intimidad de la Santísima Trinidad. Por tanto, la fe individual, para ser verdadera, debe concordar con la de la Iglesia<sup>115</sup>: «Nuestra fe es verdaderamente personal sólo si es también comunitaria: puede ser mi fe sólo si se vive y se mueve en el “nosotros” de la Iglesia, sólo si es nuestra fe, la fe común de la única Iglesia. Los domingos, en la santa misa, recitando el “Credo”, nos expresamos en primera persona, pero confesamos comunitariamente la única fe de la Iglesia»<sup>116</sup>.

#### **a) La integridad de la fe**

La unidad de la Iglesia procede de la unidad divina. Esta unidad es un don que Cristo imploró para su Iglesia en la Última Cena, y que debe darse en torno a la integridad de la fe<sup>117</sup>.

A la vez, hoy día se constata una división en la fe en cismas y herejías. Es una dolorosa realidad que hay que tratar de solucionar con esperanza<sup>118</sup>, pues la resurrección de Cristo, que venció al mal, nos llena de confianza y optimismo<sup>119</sup>. Se llegará a la unidad a través de la integridad de la fe, por medio de la Iglesia, en la

misericordioso, capaz de salvar al hombre a través de la Cruz (cf. *ibid.* *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, 563–67). «Dicho con otras palabras: nuestra moralidad personal no basta para venerar a Dios de manera correcta. (...) El Hijo que se ha hecho carne lleva en sí a todos nosotros y ofrece de este modo lo que no podríamos dar solamente por nosotros mismos. Por eso forma parte de la existencia cristiana tanto el sacramento del Bautismo, la acogida en la obediencia de Cristo, como la Eucaristía, en la que la obediencia del Señor en la Cruz nos abraza a todos, nos purifica y nos atrae dentro de la adoración perfecta realizada por Jesucristo. (...) El don que Él hace de sí mismo –su obediencia que nos acoge a todos nosotros y nos devuelve a Dios– es, pues, el verdadero culto, el verdadero sacrificio» (*ibid.*, 565-66).

<sup>113</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 46.

<sup>114</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 3 de mayo de 2006: La Tradición apostólica*, II, 1, 533-540.

<sup>115</sup> Cf. «Alocución preparada para el encuentro con la Universidad “*La Sapienza*” de Roma», 111.

<sup>116</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 515.

<sup>117</sup> Cf. *Ibid.* *Aud. gral. del 25 de enero de 2012*, 111-118.

<sup>118</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 5 de abril de 2006: El servicio a la comunión*, II, 1, 404-409.

<sup>119</sup> Cf. *Ibid.* *25 de enero de 2012: Fiesta de la conversión del apóstol san Pablo - Celebración de las Vísperas*, VIII, 1, 119-123, Libreria Editrice Vaticana, 2012.



verdad y en el amor de la Trinidad. «La Iglesia es signo e instrumento de esa unidad»<sup>120</sup>. Por tanto, la mayor colaboración que se puede hacer para lograr la unidad, tanto en la fe de la Iglesia como a nivel personal y social, es la comunicación íntegra de la fe<sup>121</sup>. «Todavía hoy, la comunidad de los creyentes reconoce en la referencia a las enseñanzas de los Apóstoles la norma de su fe: por lo tanto, todo esfuerzo para la construcción de la unidad entre todos los cristianos pasa por la profundización de la fidelidad al *depositum fidei* que nos transmitieron los Apóstoles. La firmeza en la fe es el fundamento de nuestra comunión, es el fundamento de la unidad cristiana»<sup>122</sup>. Esto creará la comunión de cada uno con Dios, y en Él, de todos los hombres<sup>123</sup>. «Sin la fe –que es primariamente don de Dios, pero también respuesta del hombre– todo el movimiento ecuménico se reduciría a una forma de “contrato” al que adherirse por un interés común»<sup>124</sup>. La verdad no depende de consensos, es Jesucristo resucitado que se nos revela, y este será el trasfondo con el que se podrán afrontar las cuestiones doctrinales que siguen dividiendo en el diálogo ecuménico<sup>125</sup>.

Que haya divisiones en la unidad, propiciadas por el pecado original y la libertad de las personas, no puede hacer dudar de la unidad. La oración de Jesús es el fundamento de la unidad y la integridad. Y Jesús rogó en la Última Cena por todos los hombres de todos los tiempos, que se acercarán a la fe mediante la comunicación íntegra de ella a partir de los Apóstoles y sus sucesores<sup>126</sup>: «No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos» (*Jn* 17, 20). Por esto, es necesario intentar lograr la unidad, porque es posible por la oración de Jesús, y porque la eficacia de la misión de la Iglesia depende en gran medida de ella<sup>127</sup>.

<sup>120</sup> «La Trinidad es absoluta unidad, en cuanto las tres Personas divinas son relacionalidad pura. (...). La Iglesia es signo e instrumento de esta unidad. También las relaciones entre los hombres a lo largo de la historia se han beneficiado de la referencia a este Modelo divino. En particular, a la luz del misterio revelado de la Trinidad, se comprende que la verdadera apertura no significa dispersión centrífuga, sino compenetración profunda. Esto se manifiesta también en las experiencias humanas comunes del amor y de la verdad» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 54).

<sup>121</sup> «Si miramos finalmente en retrospectiva el conjunto de la petición por la unidad, podemos decir que en ella se cumple la institución de la Iglesia, aunque no se use la palabra “Iglesia”. En efecto, ¿qué es la Iglesia sino la comunidad de los discípulos que, mediante la fe en Jesucristo como enviado del Padre, recibe su unidad y se ve implicada en la misión de Jesús de salvar el mundo llevándolo al conocimiento de Dios? La Iglesia nace de la oración de Jesús» (*Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 464).

<sup>122</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 19 de enero de 2011: Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos*, VII, 1, 93-103, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011, VII, 1, 97.

<sup>123</sup> Cf. *ibid.*, 93-103.

<sup>124</sup> *Ibid. 25 de enero de 2013: Fiesta de la conversión del apóstol san Pablo - Celebración de las Vísperas*, IX, 121-124, Libreria Editrice Vaticana, 2013, IX, 122.

<sup>125</sup> «Las cuestiones doctrinales que aún nos dividen no deben descuidarse o minimizarse. Antes bien hay que afrontarlas con valentía, en un espíritu de fraternidad y de respeto recíproco. El diálogo, cuando refleja la prioridad de la fe, permite abrirse a la acción de Dios con la firme confianza de que solos no podemos construir la unidad, sino que es el Espíritu Santo quien nos guía hacia la plena comunión, y permite percibir la riqueza espiritual presente en las diversas Iglesias y Comunidades eclesiales» (*ibid.*, 123).

<sup>126</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 25 de enero de 2012*, VIII, 1, 111-118.

<sup>127</sup> Esta unidad «es también fuente originaria de la eficacia de la misión cristiana en el mundo» (*ibid.*, 113)

Pero esta unidad, favorecida por la integridad de la fe que transmite la Iglesia, no está garantizada sin el concurso de cada miembro de la Iglesia. Para hacer eficaz esa oración de Cristo, es necesario en primer lugar la conversión de cada fiel cristiano, pues hemos de dejarnos transformar por Él<sup>128</sup>. Vuelve a hacerse patente la dimensión eclesial y personal de la fe. La verdadera fe en Dios es inseparable de la santidad de la persona, se necesita no un moralismo, sino una auténtica ejemplaridad de vida, que arrastre a la unidad en la verdadera fe<sup>129</sup>. Esta unidad en la integridad es posible por la gracia y por la entrega incondicionada de Cristo a cada uno. En la Eucaristía se hace presente esa auténtica entrega de Jesús a cada uno en auto-donación; la Eucaristía es fundamento de unidad.<sup>130</sup>

El Papa Francisco, en consonancia con estas enseñanzas de Benedicto XVI<sup>131</sup>, trata de la integridad de la fe y su relación con la unidad en los puntos 47-49 de su Encíclica *Lumen fidei* en parecidos términos.

### **b) La sucesión apostólica**

La integridad de la fe anunciada por la Iglesia viene garantizada por la asistencia del Espíritu Santo a su Iglesia en sus Apóstoles y a través de sus sucesores. Esta integridad será la causa de la unidad de la fe, que se sustenta en último término en la oración de Jesús por Pedro y sus sucesores<sup>132</sup>: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos» (*Lc* 22, 31-32).

Benedicto XVI afirma al glosar a san Ireneo que es en la Tradición apostólica, por medio de la sucesión apostólica, con la asistencia del Espíritu Santo, donde se garantiza la autenticidad de la fe de las enseñanzas del mismo Jesucristo:

«De acuerdo con estos testimonios de la Iglesia antigua, la apostolicidad de la comunión eclesial consiste en la fidelidad a la enseñanza y a la práctica de los Apóstoles, a través de los cuales se asegura el vínculo histórico y espiritual de la Iglesia con Cristo. La sucesión apostólica del ministerio episcopal es el camino que garantiza la fiel transmisión del testimonio apostólico (...). No es una simple concatenación material; es, más bien, el instrumento histórico del que se sirve el Espíritu Santo para hacer presente al Señor Jesús»<sup>133</sup>.

<sup>128</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. 25 de enero de 2009: Clausura de la Semana de oración por la unidad de los cristianos*, Libreria Editrice Vaticana, 2009, V, 1, 139-143; cf. *Ibid. Aud. gral. del 18 de enero de 2012: Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos*, Libreria Editrice Vaticana, 2012, VIII, 1, 74-80.

<sup>129</sup> Cf. *Ibid. 25 de enero de 2013: Fiesta de la conversión del apóstol san Pablo - Celebración de las Vísperas*, IX, 121-124.

<sup>130</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 511; cf. VANHOYE, A., *Acojamos a Cristo, nuestro sumo Sacerdote: ejercicios espirituales con Benedicto XVI*, Madrid: San Pablo, 2010, 71-75.

<sup>131</sup> La unidad está muy presente en Benedicto XVI. En *Jesús de Nazaret* se comenta en profundidad la unidad, especialmente en el apartado "Que todos sean uno", dentro de la oración sacerdotal de la Última Cena. Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 458-464; cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 99-114.

<sup>132</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 11 de enero de 2012*, VIII, 1, 54-61.

<sup>133</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 10 de mayo de 2006: La sucesión apostólica*, 2006, II, 1, 567.

La Tradición necesita la reciprocidad de un testigo, que dé fe de una palabra, y una Palabra que atestiguar. La Iglesia tiene esa estructura: una Palabra que transmitir y un testigo. El apóstol recibe una llamada y una misión, es enviado. Así, el obispo tiene como misión la de ser guardián y pastor de almas (etimológicamente, proviene de la palabra griega *episcopoi*, formada por a partir del prefijo *epí*, “sobre” y el verbo *scopein*, “observar, vigilar, cuidar”). La sucesión apostólica es continuidad histórica y continuidad espiritual de ministerio apostólico que se manifiesta en la fidelidad a la enseñanza y a la práctica de los Apóstoles<sup>134</sup>. Esta fidelidad asegura la unión de la Iglesia con Cristo, y de esta forma es Cristo quien nos enseña, el que actúa en los sacramentos, el que nos habla en la oración, el que vela por su Iglesia, y para esta labor la Tradición se apoya en el Magisterio de la Iglesia<sup>135</sup>: «En definitiva, mediante la obra del Espíritu Santo y bajo la guía del Magisterio, la Iglesia transmite a todas las generaciones cuanto ha sido revelado en Cristo. La Iglesia vive con la certeza de que su Señor, que habló en el pasado, no cesa de comunicar hoy su Palabra en la Tradición viva de la Iglesia y en la Sagrada Escritura. En efecto, la Palabra de Dios se nos da en la Sagrada Escritura como testimonio inspirado de la revelación que, junto con la Tradición viva de la Iglesia, es la regla suprema de la fe»<sup>136</sup>.

La Encíclica *Lumen fidei* también aborda la unidad, la integridad de la fe, la sucesión apostólica y el Magisterio. Recalca la unidad en la verdad, en la tarea común, en la experiencia del amor. Señala como fundamento de la unidad a Jesucristo, segunda Persona de la Trinidad, por medio de la Iglesia, de tal modo que la unidad de la fe hace que esta deba ser comunicada en toda su integridad. Por la sucesión apostólica y a través del Magisterio se asegura la fiabilidad del mensaje<sup>137</sup>.

<sup>134</sup> Por otra parte, Benedicto XVI en *Luz del mundo* hace referencia indirecta a la sucesión apostólica al hablar del protestantismo y aprovecha para volver a afirmar que es necesaria la sucesión sacramental apostólica para que haya Iglesia en sentido auténtico: «La expresión “comunidad eclesial” es parte de la terminología del Vaticano II. El Concilio aplicó aquí una regla muy simple: según nuestra comprensión, hay Iglesia en sentido auténtico allí donde está dado el ministerio episcopal en la sucesión sacramental de los apóstoles y, con ello, está presente la eucaristía como sacramento que administran el obispo y el sacerdote. Donde no es este el caso, ha surgido otro tipo, un modo nuevo de comprender la Iglesia, un modo que en el Vaticano II designamos con la expresión “comunidad EclesialP”» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 107-8).

<sup>135</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 10 de mayo de 2006: La sucesión apostólica*, II, 1, 564-570. Del mismo modo, explica en *Jesús de Nazaret* cómo esta sucesión apostólica, junto con el Canon de la Escritura y la llamada regla de fe, es la garantía de la fidelidad en la transmisión de la “Palabra” de Cristo a lo largo de la historia en su Iglesia. Cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 462. Se puede encontrar un breve e interesante esquema histórico en IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, 84-89.

<sup>136</sup> «*Verbum Dominum*», n. 18.

<sup>137</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 47-49.

## 2. LA FE Y EL BIEN COMÚN. RESPONSABILIDAD PERSONAL

### EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE

En este segundo apartado de este capítulo, continuamos con el hilo conductor de la Encíclica *Lumen fidei*: «La fe nace del encuentro con el amor originario de Dios, en el que se manifiesta el sentido y la bondad de nuestra vida, que es iluminada en la medida en que entra en el dinamismo desplegado por este amor, en cuanto que se hace camino y ejercicio hacia la plenitud del amor. La luz de la fe permite valorar la riqueza de las relaciones humanas, su capacidad de mantenerse, de ser fiables, de enriquecer la vida común. La fe no aparta del mundo ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo. Sin un amor fiable, nada podría mantener verdaderamente unidos a los hombres»<sup>138</sup>. *Lumen fidei* dedica gran parte de su último capítulo a la responsabilidad personal en la coherencia de vida de la fe y, por otro lado, al bien común. Por tanto, vamos a explicar cómo la responsabilidad de comunicar la fe y colaborar el creyente en la construcción del bien común arranca de su conversión personal, y lo desarrollaremos en los distintos subapartados: conversión y anuncio (“*nueva evangelización*”); y cooperación al bien común en los principales ámbitos de la sociedad: la familia, la educación, las instituciones<sup>139</sup>.

La fe bien vivida transforma la sociedad, pero la incidencia de la fe en el bien común no deja de ser la incidencia de la fe de cada miembro de la Iglesia en su ambiente. La fe personal crece y madura en la Iglesia, de modo que, aunque la Iglesia, como institución tiene el mandato divino de proclamar el Reino, no se ve disminuida la responsabilidad del anuncio personal, por la que cada individuo debe responder con generosidad a la iniciativa divina. La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, pueblo de Dios en torno a su cabeza, *communio*, la esposa de Cristo<sup>140</sup>, y, consiguientemente, cada uno de sus miembros tiene el deber de llevar el anuncio de la fe<sup>141</sup>.

<sup>138</sup> *Ibid.*, n. 51.

<sup>139</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», Capítulo cuarto. “Dios prepara una ciudad para ellos (cf. *Hb*, 11, 16)”, nn. 50-57. Cf. R. TURA, «La Teología de Joseph Ratzinger. Saggio introduttivo», *Studia Patavina* (1974), 152-53.

<sup>140</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 512-515; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 117-22; cf. MADRIGAL TERRAZAS, J. SANTIAGO, *Iglesia es caritas*, 113-16, 286-88, 352-59; cf. *Convocados en el Camino de la Fe: La Iglesia como Comunión*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 2004, 43, 63-87; cf. VILLAR, J. R. en PALOS, J. y CREMADES, C., «Perspectivas del pensamiento de Joseph Ratzinger», 135-46; cf. OCÁRIZ, F., «La Iglesia, *Sacramentum salutis* según J. Ratzinger», *Path* 6/1 (2007), 161-81.

<sup>141</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 661-672.

### A. Responsabilidad personal en la transmisión de la fe

Benedicto XVI, al plantear la cuestión de la fe, pone el acento en el encuentro personal de cada individuo con Cristo: el don de la fe es personal, y por lo tanto la respuesta debe ser personal. Y coherente con este principio es el planteamiento que hizo al inicio del *Año de la fe*<sup>142</sup>. Lógicamente, tiene en cuenta la dimensión eclesial de la fe, y cómo la Iglesia aporta los medios de salvación<sup>143</sup>, pero incide especialmente en la dimensión personal de la respuesta al don de la fe. Al experimentar la alegría del encuentro con Jesucristo<sup>144</sup>, la primera consecuencia de esa libre correspondencia será procurar una verdadera transformación personal, dejarse plasmar por la gracia, en un esfuerzo por identificarse con Él, por mejorar en el camino hacia la propia santidad<sup>145</sup>; luego, y a la vez simultáneamente, surge el anuncio. Por tanto, la primera y necesaria condición para la transmisión de la fe es la conversión de uno mismo.

El anuncio surge, por la conversión personal previa a través de la Iglesia, al experimentar la alegría de la fe en el encuentro con Jesucristo<sup>146</sup> (es la caridad que se desborda en el prójimo y en el bien común<sup>147</sup>). La Iglesia busca acercar a la felicidad y la plenitud a todos los hombres, y facilita la santificación de cada uno de sus miembros a través la Palabra y los Sacramentos<sup>148</sup>. Es una madre que vela por la humanidad entera, a la que quiere llegar a través del anuncio; y su caridad, también en el plano material, es reflejo del amor de la Trinidad<sup>149</sup>. La persona –cuando vive así la fe, con la mirada fija en Jesucristo– experimenta una profunda alegría al dedicarse a una siembra de justicia y de paz<sup>150</sup>; y así e comprueba en tantas personas santas a lo largo de la historia. La fe no aparta del mundo, sino que incide en la sociedad, son los santos los que cambian el mundo. Todos los cristianos están llamados a la santidad<sup>151</sup> y, por la gracia, son capaces de alcanzarla<sup>152</sup>.

<sup>142</sup> «Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. (...) Al mismo tiempo, esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año» («*Porta fidei*», n. 9)

<sup>143</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 512-515.

<sup>144</sup> Cf. MURPHY, J., *Christ our joy*, passim.

<sup>145</sup> Cf. «*Porta fidei*», nn. 1-3. «La puerta de la fe» (cf. *Hcb* 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida» (*ibid.*, n. 1). También Benedicto XVI recuerda en *Luz del mundo* la centralidad que debe tener Dios y la importancia de la santidad como camino hacia la felicidad que buscan todas las personas, cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, Capítulo 6, «Tiempo de conversión», 73-79.

<sup>146</sup> Esta conversión, como recuerda Benedicto XVI con insistencia, vendrá del encuentro personal con Cristo por la Palabra y los sacramentos; de la oración y, muy principalmente, de la eucaristía. Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 14, 36.

<sup>147</sup> Cf. *ibid.*, n. 39; cf. «*Porta fidei*», nn. 2, 7.

<sup>148</sup> Cf. *ibid.* n. 11; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 26 de septiembre de 2012*, VIII, 2, 309-320; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 9 de enero de 2013: Se hizo hombre*, IX, 43-49.

<sup>149</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 19.

<sup>150</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 13.

<sup>151</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 40.

Hoy día este anuncio tiene unas peculiaridades concretas, pues en muchos casos nos encontramos en una sociedad descristianizada. Así, se ha denominado “*nueva evangelización*” a la forma de anuncio que atiende a estas circunstancias históricas. Esta *nueva evangelización* sigue teniendo como objeto tanto al individuo concreto en contacto con el creyente, como a la sociedad en su conjunto (la familia, las relaciones sociales, la educación y las estructuras de gobierno), sirviendo tanto al bien individual como al bien común. Sería un error querer contribuir al bien común sin pretender antes mejorar uno mismo<sup>153</sup>. Se ha experimentado que los remedios puramente técnico-materiales no bastan<sup>154</sup>: «el desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común»<sup>155</sup>. Por este motivo, en la segunda parte de este apartado estudiamos la repercusión que tiene el anuncio de la fe en el bien común.

### a) *La fe y el amor. La conversión personal*

El encuentro personal con Jesucristo transforma. Benedicto XVI empieza así su Encíclica *Caritas in veritate*: «La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. El amor –“*caritas*”– es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Es una fuerza que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta»<sup>156</sup>. Cuando alguien busca realmente la verdad y el amor, responde a la fe de forma plena y descubre entonces un amor que le transforma (cf. Capítulo II, Apartado 2 “Acceso a una verdad grande a través de la fe”). Entonces encuentra su propio bien asumiendo el proyecto personal que tiene Dios para él, y se vuelca en el bien de los demás<sup>157</sup>, alcanza la plenitud del amor que se puede lograr en esta tierra<sup>158</sup>.

<sup>152</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII,1, 449-460; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 27 de junio de 2012*, VIII, 1, 804-815.

<sup>153</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 237-246. En *Jesús de Nazaret* se subrayan estas ideas acerca de la necesidad del trato con Dios para la transformación personal y el posterior anuncio, capaz de transformar la sociedad.

<sup>154</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 18. «(...) no se puede gobernar la historia con meras estructuras materiales, prescindiendo de Dios. Si el corazón del hombre no es bueno, ninguna otra cosa puede llegar a ser buena. Y la bondad de corazón sólo puede venir de Aquel que es la Bondad misma, el Bien» (*Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. JROC, VI/1, 131).

<sup>155</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 71.

<sup>156</sup> *Ibid.* n. 1.

<sup>157</sup> «Habrà que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo» («*Porta fidei*», n. 8).

<sup>158</sup> «Todos los hombres perciben el impulso interior de amar de manera auténtica; amor y verdad nunca los abandonan completamente, porque son la vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano. Jesucristo purifica y libera de nuestras limitaciones humanas la búsqueda del amor y la verdad, y nos desvela plenamente la iniciativa de amor y el proyecto de vida verdadera que Dios ha preparado para nosotros. En Cristo, la caridad en la verdad se convierte en el Rostro de su Persona, en una vocación a amar a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto. En efecto, Él mismo es la Verdad (cf. *Jn 14,6*)» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 1). Cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 22.

«En una de las meditaciones más queridas del Cardenal [Newman] se dice: “Dios me ha creado para una misión concreta. Me ha confiado una tarea que no ha encomendado a otro” (*Meditaciones sobre la doctrina cristiana*). Aquí vemos el agudo realismo cristiano de Newman, el punto en que fe y vida inevitablemente se cruzan. La fe busca dar frutos en la transformación de nuestro mundo a través del poder del Espíritu Santo, que actúa en la vida y obra de los creyentes. Nadie que contemple con realismo nuestro mundo de hoy podría pensar que los cristianos pueden permitirse el lujo de continuar como si no pasara nada, haciendo caso omiso de la profunda crisis de fe que impregna nuestra sociedad, o confiando sencillamente en que el patrimonio de valores transmitido durante siglos de cristianismo seguirá inspirando y configurando el futuro de nuestra sociedad. Sabemos que en tiempos de crisis y turbación Dios ha suscitado grandes santos y profetas para la renovación de la Iglesia y la sociedad cristiana; confiamos en su providencia y pedimos que nos guíe constantemente. Pero cada uno de nosotros, de acuerdo con su estado de vida, está llamado a trabajar por el progreso del Reino de Dios, infundiendo en la vida temporal los valores del Evangelio. Cada uno de nosotros tiene una misión, cada uno de nosotros está llamado a cambiar el mundo, a trabajar por una cultura de la vida, una cultura forjada por el amor y el respeto a la dignidad de cada persona humana»<sup>159</sup>.

Dios destina al hombre a cambiar el mundo, con una misión peculiar para cada uno. Es una tarea ingente que supera las propias fuerzas. Pero el cristiano, a través del don de la fe, descubre que es Dios mismo quien se encarga: el creyente únicamente anuncia a Cristo, no a él mismo<sup>160</sup>. Es Dios el que actúa en la debilidad del hombre y así facilita el anuncio («“Te basta mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza”. Por eso, con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo», 2, *Cor* 12, 9). El cristiano sólo será eficaz en su tarea de anuncio y de transformación del mundo si se abandona, si se fía completamente de Dios<sup>161</sup>. Es lo que hizo Abrahán, modelo de fe para el creyente<sup>162</sup>. De él aprende a fundar la propia vida en Dios y a percibir la propia existencia personal como un peregrinaje hacia la patria celestial, que implica un cambio, una conversión<sup>163</sup>.

El cristiano será capaz de transformar el mundo porque se deja transformar por Dios. Para eso solo necesita la gracia divina, lo que implica abrirse a la acción del Espíritu Santo para buscar su conversión, para identificarse con Cristo, para crecer en caridad: amor a Dios y amor a los demás, para fiarse de Dios, para

<sup>159</sup> «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», *AAS* 102 (2010) 644.

<sup>160</sup> «Comunicar la fe, para san Pablo, no significa llevarse a sí mismo, sino decir abierta y públicamente lo que ha visto y oído en el encuentro con Cristo, lo que ha experimentado en su existencia ya transformada por ese encuentro: es llevar a ese Jesús que siente presente en sí y se ha convertido en la verdadera orientación de su vida, para que todos comprendan que Él es necesario para el mundo y decisivo para la libertad de cada hombre» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 664).

<sup>161</sup> «La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse, de tal manera que precisamente el fundamento habitual, la confianza en la renta material, queda relativizado. Se crea una nueva libertad ante este fundamento de la vida que sólo aparentemente es capaz de sustentarla, aunque con ello no se niega ciertamente su sentido normal» («Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 8).

<sup>162</sup> «Me fío de Ti; me entrego a Ti, Señor» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 172).

<sup>163</sup> Cf. *Ibid.*, 169-82; cf. ARANDA, A., *Una nueva evangelización: ¿cómo acometerla?*, Madrid: Palabra, 2012, 75-80.

anunciar la fe<sup>164</sup>. Entonces, el cristiano se une más a Cristo, sin que importen sus debilidades, pues sabe reconocer que todo se lo debe a Dios, a su gracia<sup>165</sup>: «¿Cómo podemos recorrer el camino de la santidad, responder a esta llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas? La respuesta es clara: una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo (cf. *Is* 6, 3), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma»<sup>166</sup>.

Por tanto, el anuncio de la fe –tras la llamada de Dios y la respuesta libre del hombre– debe comenzar por la conversión personal, y esta surge del trato asiduo con Jesucristo<sup>167</sup>. En definitiva, ser santo es identificarse con Cristo<sup>168</sup>. La conversión es cambiar lo que no se adecúa, sin dejarse llevar por la ilusión de la autosuficiencia y la autonomía, por el egocentrismo, por la tendencia imperante en la sociedad<sup>169</sup>. «¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad?»<sup>170</sup>. Y Benedicto XVI se responde con un texto del Concilio Vaticano II que la santidad no es otra cosa que procurar que la caridad impregne todo nuestro ser y los medios por los que tratamos de alcanzar esa santidad<sup>171</sup>.

<sup>164</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521; cf. *Ibid. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1, 449-4601; cf. *Ibid. Aud. gral. del 13 de junio de 2012*, VIII, 1, 748-760. «Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los han hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron» (CVII, «*Lumen gentium*», n. 40).

<sup>165</sup> «Por tanto, en la medida en que crece nuestra unión con el Señor y se intensifica nuestra oración, también nosotros vamos a lo esencial y comprendemos que no es el poder de nuestros medios, de nuestras virtudes, de nuestras capacidades, el que realiza el reino de Dios, sino que es Dios quien obra maravillas precisamente a través de nuestra debilidad, de nuestra inadecuación al encargo. Por eso, debemos tener la humildad de no confiar simplemente en nosotros mismos, sino de trabajar en la viña del Señor, con su ayuda, abandonándonos a él como frágiles “vasijas de barro”» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 13 de junio de 2012*, VIII, 1, 751).

<sup>166</sup> «(...) ¡qué grande y bella, y también sencilla, es la vocación cristiana vista a esta luz! Todos estamos llamados a la santidad: es la medida misma de la vida cristiana. (...) No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será él quien nos transforme según su amor» (*ibid. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1, 450-455).

<sup>167</sup> «Un cristiano que se deja guiar y plasmar poco a poco por la fe de la Iglesia, a pesar de sus debilidades, límites y dificultades, se convierte en una especie de ventana abierta a la luz del Dios vivo que recibe esta luz y la transmite al mundo» (*ibid. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 515-516).

<sup>168</sup> «Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; han dejado que Cristo aferrara tan plenamente su vida que podían afirmar como san Pablo: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (*Ga* 2, 20)» (*ibid. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1, 450. Cf. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, S., Ed. Crítica preparada por ARANDA, A., *Es Cristo que pasa: homilias*, Madrid: Rialp, 2013 n. 183.

<sup>169</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de enero de 2013: «Creo en Dios»*, IX, 169-176.

<sup>170</sup> *Ibid. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1 455.

<sup>171</sup> «“Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 *Jn* 4, 16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. *Rm* 5, 5). Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla



Benedicto XVI, en una lógica perfecta consonancia con el Concilio Vaticano II, da gran importancia al trato personal con Jesucristo en la adoración<sup>172</sup> y la oración<sup>173</sup>, y a los medios de santificación que la Iglesia ofrece a sus hijos, en primer lugar, la Palabra y los sacramentos<sup>174</sup>. Ese trato personal lleva necesariamente a la persona a aspirar a la santidad, a cambiar, a la conversión, a dejar que Dios actúe en su vida: se coloca a Dios en el centro de la persona, y al abrirse a la acción del Espíritu Santo, éste derrama su amor en el alma y se desborda en amor a los demás<sup>175</sup>.

Pero en este proceso de acercamiento a Dios no hay que olvidar que la fe crece y madura en el seno de la comunidad eclesial. Es en ella donde se podrá dar el imprescindible trato personal con Cristo, a partir del cual podemos acoger el don de la fe<sup>176</sup>.

«Necesitamos la Iglesia para tener confirmación de nuestra fe y para experimentar los dones de Dios: su Palabra, los sacramentos, el apoyo de la gracia y el testimonio del amor. Así nuestro “yo” en el “nosotros” de la Iglesia podrá percibirse, a un tiempo, destinatario y protagonista de un acontecimiento que le supera: la experiencia de la comunión con Dios, que funda la comunión entre los hombres. En un mundo en el que el individualismo parece regular las relaciones entre las personas, haciéndolas cada vez más frágiles, la fe nos llama a ser Pueblo de Dios, a ser Iglesia, portadores del amor y de la comunión de Dios para todo el género humano (cf. Const. past. *Gaudium et spes*, 1)»<sup>177</sup>.

---

buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en la sagrada liturgia, y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. El amor, en efecto, como lazo de perfección y plenitud de la ley (cf. *Col* 3, 14; *Rm* 13, 10), dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin» (CVII, «*Lumen gentium*», n. 42).

<sup>172</sup> «Antes que cualquier actividad y que cualquier cambio del mundo, debe estar la adoración. Sólo ella nos hace verdaderamente libres, sólo ella nos da los criterios para nuestra acción. Precisamente en un mundo en el que progresivamente se van perdiendo los criterios de orientación y existe el peligro de que cada uno se convierta en su propio criterio, es fundamental subrayar la adoración» («Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», 44).

<sup>173</sup> «La primera condición del hablar con Dios es, por lo tanto, la escucha de cuanto ha dicho Dios mismo. ¡Dios ha hablado con nosotros! Así que Dios no es una hipótesis lejana sobre el origen del mundo; no es una inteligencia matemática muy apartada de nosotros. Dios se interesa por nosotros, nos ama, ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia, se ha auto-comunicado hasta encarnarse. Dios es una realidad de nuestra vida; es tan grande que también tiene tiempo para nosotros, se ocupa de nosotros. En Jesús de Nazaret encontramos el rostro de Dios, que ha bajado de su Cielo para sumergirse en el mundo de los hombres, en nuestro mundo, y enseñar el “arte de vivir”, el camino de la felicidad; para liberarnos del pecado y hacernos hijos de Dios (cf. *Ef* 1, 5; *Rm* 8, 14). Jesús ha venido para salvarnos y mostrarnos la vida buena del Evangelio» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 661). Destacan también Audiencias Generales que dedicó a la Catequesis de la Oración.

<sup>174</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 511-521.

<sup>175</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 40; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1, 449-460.

<sup>176</sup> Cf. *Ibid. Aud. gral. del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, VIII, 2, 512-515.

<sup>177</sup> *Ibid.*, 513.

El optimismo y la confianza en la eficacia del anuncio, firmemente fundamentados en la fidelidad de Dios<sup>178</sup>, es una constante en Benedicto XVI, a pesar de las dificultades objetivas que bien conoce. Dios respeta nuestra libertad y tiene sus tiempos, Él no fracasa:

«Presenta la historia de Israel desde Abraham como una peregrinación que, con subidas y bajadas, por caminos cortos y por caminos largos, conduce en definitiva a Cristo. La genealogía con sus figuras luminosas y oscuras, con sus éxitos y sus fracasos, nos demuestra que Dios también escribe recto en los renglones torcidos de nuestra historia. Dios nos deja nuestra libertad y, sin embargo, sabe encontrar en nuestro fracaso nuevos caminos para su amor. Dios no fracasa. Así esta genealogía es una garantía de la fidelidad de Dios, una garantía de que Dios no nos deja caer y una invitación a orientar siempre de nuevo nuestra vida hacia él, a caminar siempre nuevamente hacia Cristo»<sup>179</sup>.

En el desarrollo de la misión que Dios encomienda a cada creyente puede surgir el desaliento, ya que al anunciar a Cristo comprueba que muchas personas no aceptan la fe y libremente rechazan el designio de benevolencia que Dios les había preparado<sup>180</sup>. Pero por la fe, en el contexto de abandono y confianza completa en Dios, el cristiano está convencido de que es Dios quien da el incremento, y la redención se llevará a cabo<sup>181</sup>. «Como cristianos somos testigos de este terreno fértil: nuestra fe, aun con nuestras limitaciones, muestra que existe la tierra buena, donde la semilla de la Palabra de Dios produce frutos abundantes de justicia, de paz y de amor, de nueva humanidad, de salvación»<sup>182</sup>. Por otro lado, recordaba con san Juan Pablo II cómo parece que estemos en los comienzos de la historia de la salvación, y Dios tiene sus tiempos: «Han transcurrido veinte siglos desde que ese misterio fue revelado y realizado en Cristo, pero aún no se ha cumplido plenamente. Mi amado predecesor Juan Pablo II, al inicio de su encíclica sobre la misión de la Iglesia, escribió que “a finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global

<sup>178</sup> Cf. «*Porta fidei*», nn. 10-15; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 12 de diciembre de 2012: El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, VIII, 2, 773-7802; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. 25 de enero de 2012: Fiesta de la conversión del apóstol san Pablo - Celebración de las Vísperas*, VIII, 1, 119-123.

<sup>179</sup> «Homilía Santa Misa con ocasión del 850º aniversario de la fundación del Santuario de Mariazell (Austria)», *AAS* 99 (2007), 836.

<sup>180</sup> «Con todo, a nuestro alrededor vemos cada día que muchos permanecen indiferentes o rechazan acoger este anuncio. Al final del Evangelio de Marcos, hoy tenemos palabras duras del Resucitado, que dice: “El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado” (*Mc* 16, 16), se pierde él mismo. Desearía invitaros a reflexionar sobre esto. La confianza en la acción del Espíritu Santo nos debe impulsar siempre a ir y predicar el Evangelio, al valiente testimonio de la fe; pero, además de la posibilidad de una respuesta positiva al don de la fe, existe también el riesgo del rechazo del Evangelio, de la no acogida del encuentro vital con Cristo. Ya san Agustín planteaba este problema en un comentario suyo a la parábola del sembrador: “Nosotros hablamos –decía–, echamos la semilla, esparcimos la semilla. Hay quienes desprecian, quienes reprochan, quienes ridiculizan. Si tememos a estos, ya no tenemos nada que sembrar y el día de la siega nos quedaremos sin cosecha. Por ello venga la semilla de la tierra buena” (*Discursos sobre la disciplina cristiana*, 13, 14: PL 40, 677-678). El rechazo, por lo tanto, no puede desalentarnos» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 486). Cf. «Homilía Santa Misa en la explanada de la Neue Messe, Munich», *AAS* 98 (2006) 707-12. Hoy da la sensación de que Dios es pre-científico, que no se le necesita. Pero la realidad es que sigue habiendo una gran sed de Dios, el mundo necesita a Dios. La fe no se puede imponer, pero el hombre necesita abrir su libertad a Dios y admitir que la verdadera libertad consiste en vivir según Dios.

<sup>181</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 35; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 484-496.

<sup>182</sup> *Ibid.*, 487.

a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos” (*Redemptoris missio*, 1)»<sup>183</sup>.

La persona que procura vivir la fe buscando su conversión, la identificación con Jesucristo, intenta que no haya separación entre lo que cree y lo que vive<sup>184</sup>. La fe será una lámpara para él y los que tiene a su alrededor. «Sin la vida de oración, sin la transformación interior que se lleva a cabo a través de la gracia de los sacramentos, no podemos, en palabras de Newman, “irradiar a Cristo”; nos convertimos en otros “platos que aturden” (1 Co 13,1) en un mundo lleno de creciente ruido y confusión, lleno de falsos caminos que sólo conducen a angustias y espejismos»<sup>185</sup>.

Benedicto XVI sintetizaba las aspiraciones que debe tener el cristiano que desee acoger el don inmerecido de la fe, y quiera ser instrumento dócil al servicio de Dios: «nuestro tiempo requiere cristianos que hayan sido aferrados por Cristo, que crezcan en la fe gracias a la familiaridad con la Sagrada Escritura y los sacramentos. Personas que sean casi un libro abierto que narra la experiencia de la vida nueva en el Espíritu, la presencia de ese Dios que nos sostiene en el camino y nos abre hacia la vida que jamás tendrá fin»<sup>186</sup>.

### **b) Nueva evangelización**

La “*nueva evangelización*” es adaptar la obligación de la Iglesia de proclamar el anuncio de salvación a las circunstancias de la sociedad actual. Y eso implica estudiar las causas que dificultan la extensión del mensaje de Cristo y buscar soluciones. Para eso, Benedicto XVI propone centrarse en la persona: captar sus dificultades para creer en una sociedad posmoderna secularizada, redescubrir el concepto auténtico de libertad, dar esperanza y optimismo, renovar el compromiso evangelizador que pasa por la propia conversión y el trato personal con Cristo, llevar la luz de Dios al hombre para colmar sus ansias de felicidad. Esta “*nueva evangelización*”, al extender la auténtica verdad, colaborará también de forma eficaz en el bien común.

La alegría de la aceptación de la fe como respuesta conlleva la necesidad del anuncio: «“*Caritas Christi urget nos*” (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar (...). Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una *nueva evangelización* para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe»<sup>187</sup>. Este anuncio comenzó hace dos mil años y en su esencia no puede variar, pues consiste en anunciar a la persona de Jesucristo. Pero, al observar

<sup>183</sup> «Homilía de la Solemnidad de la Epifanía del Señor», *AAS* 99 (2007), 61.

<sup>184</sup> La conversión personal se aborda en *Jesús de Nazaret* a lo largo de todo el libro, pero podríamos destacar especialmente los pasajes del Sermón de la Montaña, las parábolas del Reino y la Pasión. En *Luz del mundo* se trata más específicamente en el capítulo “¿Cómo se da la renovación?”, cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, Capítulo 15, “¿Cómo se da la renovación?”, 163-70.

<sup>185</sup> «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 643.

<sup>186</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 487; cf. también PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 50-57.

<sup>187</sup> «*Porta fidei*», n. 7.

las características de la sociedad actual, especialmente en el llamado *mundo* occidental, es fácil percibir que hoy día existen nuevas dificultades para descubrir la fe<sup>188</sup> (cf. Capítulo II, “Respuesta”). Para dar contestación satisfactoria a estas circunstancias, la Iglesia se ha planteado cuáles serían los modos más adecuados para el anuncio de Jesucristo en la actualidad, y así se ha acuñado el término “*nueva evangelización*”.

Este concepto ha estado presente como tal desde el Concilio Vaticano II (en especial en la Constitución *Gaudium et spes*<sup>189</sup>, en el Decreto *Ad gentes*<sup>190</sup>, en el Decreto *Optatam totius*<sup>191</sup> y la Declaración *Gravissimum educationis*<sup>192</sup>), y también salió a relucir en el Magisterio del beato Pablo VI, quien publicó la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*<sup>193</sup>, y por supuesto en el de san Juan Pablo II<sup>194</sup> («cuyo largo pontificado ha sido también ejemplo de *nueva evangelización*»<sup>195</sup>), en el que, entre muchos documentos, destacan la Encíclica *Redemptoris missio*<sup>196</sup> y la Carta Apostólica *Novo Millennio ineunte*<sup>197</sup>. A lo largo de todo el pontificado de Benedicto XVI, opinamos que la “*nueva evangelización*”, en continuidad con los anteriores pontífices, ha estado siempre muy presente, aunque en ocasiones de forma “transversal”. Se comprueba su preocupación por la salvación de cada persona en sus circunstancias peculiares y se refleja en los temas centrales de su pontificado que tienen como trasfondo, explícita o implícitamente al menos, la “*nueva evangelización*” y los medios necesarios para lograrla: la caridad y el amor como clave para la felicidad del hombre<sup>198</sup>, la eucaristía<sup>199</sup>, la esperanza<sup>200</sup>, la verdad y la caridad<sup>201</sup>, la Palabra de Dios<sup>202</sup>, la oración<sup>203</sup>, el ecumenismo y otras cuestiones pastorales<sup>205</sup>,

<sup>188</sup> Cf. *ibid.*, nn. 1-15; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 453-463; cf. ARANDA, A., *Una nueva evangelización*, 58-61.

<sup>189</sup> Cf. CVII, «*Gaudium et spes*», 1025-1120.

<sup>190</sup> Cf. CVII, «Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia», *AAS* 58 (1965) 947-90.

<sup>191</sup> Cf. CVII, «Decreto *Optatam totius* sobre la formación sacerdotal», *AAS* 58 (1965) 713-27.

<sup>192</sup> Cf. CVII, «Declaración *Gravissimum educationis* sobre la educación cristiana», *AAS* 58 (1965) 728-39.

<sup>193</sup> Cf. PABLO VI, «Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* al episcopado, al clero y a los fieles de toda la Iglesia acerca de la Evangelización en el mundo contemporáneo», *AAS* 68 (1975), 5-76.

<sup>194</sup> Fue san Juan Pablo II el que primero usó la expresión “*nueva evangelización*”, con el sentido explicado anteriormente, durante su primera visita pastoral a Polonia, el 9 de junio de 1979: «...en el umbral del nuevo milenio —en esta nueva época, en las nuevas condiciones de vida—, vuelve a ser anunciado el Evangelio. Se ha dado comienzo a una *nueva evangelización*, como si se tratara de un segundo anuncio, aunque en realidad es siempre el mismo» (JUAN PABLO II, «Misa en el santuario de la Santa Cruz de Mogila, en Nowa Huta», *AAS* 71 (1979), 866).

<sup>195</sup> «Homilía Santa Misa con ocasión de la apertura del Sínodo de los Obispos y proclamación de san Juan de Ávila y santa Hildegarda de Bingen «Doctores de la Iglesia», *AAS* 104, 878.

<sup>196</sup> Cf. JUAN PABLO II, SANTO, «Carta Encíclica *Redemptoris Missio* sobre la permanente validez del mandato misionero», (1990) 250-340.

<sup>197</sup> Cf. JUAN PABLO II, «Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*», 93, 266-309.

<sup>198</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”, 217-52.

<sup>199</sup> Cf. «*Sacramentum caritatis*: Exhort. ap. postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia», 105-80. La anterior, XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos, fue: “La Eucaristía: fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia”.

<sup>200</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”, 985-1027.

<sup>201</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”, 641-709.

<sup>202</sup> Cf. «Const. Dogm. *Dei Verbum* sobre la Divina Revelación», 817-55. También, la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos tuvo como tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”.

<sup>203</sup> Hay que destacar su catequesis de la oración, ya citada anteriormente.

la fe<sup>206</sup> y, por último, la constitución de un nuevo Consejo Pontificio para la promoción de la *nueva evangelización* con el *Motu proprio Ubicumque et semper*<sup>207</sup>. En torno a la fe y a la “*nueva evangelización*” también habría que destacar la XIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, cuyo tema fue “La *nueva evangelización* para la transmisión de la fe cristiana”, además de la preparación de la Encíclica *Lumen fidei* que luego publicaría el Papa Francisco. A este rico Magisterio habría que añadir las Asambleas especiales de Obispos para África y Oriente Medio, el Año de san Pablo (del 11 de junio de 2008 al 11 de junio de 2009) con su Catequesis, y el Año Sacerdotal, también con su Catequesis (del 19 de junio de 2009 al 19 de junio de 2010); todo con un marcado carácter evangelizador.

Esta “*nueva evangelización*” aporta unas características concretas al anuncio del creyente actual al remarcar la coherencia personal, tanto en las obras que afecten a su entorno más cercano, como en aquellas acciones suyas de las que será personalmente responsable y repercutan en el conjunto de la sociedad y en el bien común<sup>208</sup>.

En *Ubicumque et semper* encontramos, de forma resumida, la idea que tiene Benedicto XVI acerca de la *nueva evangelización* y de las líneas maestras que deben dirigirla. «La Iglesia tiene el deber de anunciar siempre y en todas partes el Evangelio de Jesucristo»<sup>209</sup>, y ahora es especialmente necesario pues se constata un alejamiento de Dios por una parte de la sociedad de larga tradición cristiana<sup>210</sup>; y en esta línea, recordaba la necesidad que tienen tantos hombres de ser evangelizados<sup>211</sup>.

Para acometer la “*nueva evangelización*”, el Papa alemán anima a meditar las causas (avances de la técnica, concepto de libertad, globalización, situaciones económicas...) que han derivado en consecuencias bien concretas: pérdida del sentido de lo sagrado, una concepción moral difusa, relativización de la verdad y de la ley natural, indiferentismo religioso, laicismo y ateísmo...<sup>212</sup> En este sentido, Benedicto XVI procura que el centro de su discurso sea el individuo, en continuidad con la visión personalista de san Juan Pablo II<sup>213</sup>. En la era post-secular en la que

<sup>204</sup> Cf. «*Motu proprio* para la aprobación y publicación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica», *AAS* 97 (2005), 801-3.

<sup>205</sup> Por poner algún ejemplo, es especialmente impactante por su caridad, claridad y afán evangelizador la «Carta pastoral a los católicos de Irlanda», *AAS* 102 (2010), 209-20; en otro ámbito cf. también «*Anglicanorum coetibus* sobre la institución de Ordinariatos personales para los anglicanos que entran en la plena comunión con la Iglesia católica», *AAS* 101 (2009) 985-90; cf. BENEDICTO XVI-BARTOLOMÉ I, «Viaje Apostólico a Turquía: Declaración conjunta del Santo Padre Benedicto XVI y del Patriarca Bartolomé I», *AAS* 98 (2006), 921-24; et al.

<sup>206</sup> Cf. «*Porta fidei*», (2011).

<sup>207</sup> Cf. «*MP Ubicumque et semper*», 788-92.

<sup>208</sup> Cf. *ibid.*; cf. ARANDA, A., *Una nueva evangelización*, 17-46.

<sup>209</sup> «*MP Ubicumque et semper*», 788.

<sup>210</sup> Cf. *ibid.*

<sup>211</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en la clausura de la XIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos «La *nueva evangelización* para la transmisión de la fe cristiana», *AAS* 104 (2012), 888-91.

<sup>212</sup> Cf. «*MP Ubicumque et semper*», 788.

<sup>213</sup> Cf. David Walsh en BLANCO SARTE, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 147-66. «Benedicto ofrece una visión de lo que podría ser una civilización centrada en la persona. La llamada a una

nos encontramos, hay que buscar nuevos ámbitos de diálogo y proponer un concepto de razón que pueda alcanzar la trascendencia<sup>214</sup>, también haciendo ver al hombre la dimensión escatológica, tal como enseña la Iglesia, sin que esto suponga distanciamiento del mundo en que se vive<sup>215</sup>. Para el diálogo con la sociedad se podrá partir de la libertad, los derechos de los hombres, la confianza en la razón y establecer el amor como principal fundamento. Así se podrá plantear a la humanidad un horizonte de esperanza, de justicia y de caridad<sup>216</sup>. Se debería buscar un nuevo humanismo integral de verdad que abrace a toda la humanidad y se abra a Dios<sup>217</sup>. Se trataría de mostrar la belleza y la racionalidad de la fe, en llevar la luz de Dios al hombre de nuestro tiempo con convicción y alegría<sup>218</sup>. «El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano»<sup>219</sup>.

El Papa germano señala que será de gran interés reflexionar acerca de nuevos temas, formas e instrumentos de evangelización<sup>220</sup>, profundizar en el significado teológico y pastoral de la *nueva evangelización*<sup>221</sup>, y promover el uso del *Catecismo de la Iglesia Católica*<sup>222</sup> (de hecho, en su pontificado se terminó de preparar la edición del Compendio del Catecismo de la Iglesia<sup>223</sup>). Así se encontrarán soluciones alternativas a los planteamientos que consideran hoy la fe como un conocimiento imperfecto, contraria a la ciencia y a sus conclusiones, enemiga de la libertad y fuente de intransigencia y violencia. Habría que redescubrir, la alegría de creer<sup>224</sup>. Así, en esta *nueva evangelización*, al comunicar la fe, será muy oportuno y adecuado mostrar la alegría de la fe unida a una disposición abierta («la verdad se propone, no se impone»), como afirma el Papa emérito<sup>225</sup>). La fe entraña la alegría del encuentro con la persona de Cristo, y la incorporación a Él por el bautismo<sup>226</sup>; es una fe abierta a dialogar y colaborar con la razón, «la fe es un “gran sí” que contiene e implica a su

civilización del amor se cumple cuando se entiende que esta es la única manera adecuada de dirigirse a las personas, que siempre son más de todo lo que han dicho o hecho» (*ibid.* 166).

<sup>214</sup> Cf. RATZINGER, J. y SEEWALD, P., *Dios y el mundo: Creer y vivir en nuestra época*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2002, 40.

<sup>215</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 263-85; cf. NICHOLS, A., *The theology of Joseph Ratzinger: an introductory study*, 1st printed Edinburg: T. & T. Clark, 1988, 157; cf. *Escatología. La muerte y la vida eterna*, Barcelona: Herder, 2007, 171-78.

<sup>216</sup> Cf. BLANCO SARTO, PABLO, *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI*, “El amor y la esperanza”, 268-77.

<sup>217</sup> Cf. David Walsh en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 147-66.

<sup>218</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 15; BLANCO SARTO, P., en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 15.

<sup>219</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 78.

<sup>220</sup> Cf. «*MP Ubi cumque et semper*», Art. 1 § 2 y Art. 3. 4.

<sup>221</sup> Cf. *ibid.* Art. 3. 1.

<sup>222</sup> Cf. *ibid.* Art. 3. 5; cf. «*Porta fidei*», n. 15; cf. MARIANI, A. y MORGA, C., *XX aniversario del catechismo della Chiesa cattolica : proposta morale e cammino di fede*, Morolo: IF press, 2013, 75-109; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 342-51.

<sup>223</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica: compendio*, Madrid: Asociación de Editores del Catecismo, 2005; cf. BENEDICTO XVI, «*MP para la aprobación y publicación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*», 801-3.

<sup>224</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 2; cf. BLANCO SARTO, P. en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 15.

<sup>225</sup> BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 13; cf. por ejemplo, «*Porta fidei*», n. 10.

<sup>226</sup> Cf. BLANCO SARTO, PABLO, *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI*, “Jesucristo evangelizador”, 254-57.

vez toda la existencia»<sup>227</sup>; la fe es positiva y propositiva, abarca toda la persona, y hace entrar en una nueva dimensión vital<sup>228</sup>.

Benedicto XVI anima a renovar el compromiso evangelizador promoviendo la relación de la Iglesia con el mundo contemporáneo<sup>229</sup>, también a través de las nuevas formas de comunicación<sup>230</sup>. A la vez, pone el acento de la *nueva evangelización* en la regeneración personal y de las instituciones eclesiales por la fuerza del Espíritu Santo<sup>231</sup>, una apertura al don de la gracia: «de hecho, no podemos olvidar que la primera tarea será siempre ser dóciles a la obra gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son portadores del Evangelio y abre el corazón de quienes escuchan. Para proclamar de modo fecundo la Palabra del Evangelio se requiere ante todo hacer una experiencia profunda de Dios»<sup>232</sup>. Sólo quien descubre la belleza y la alegría de la fe podrá comunicarla a los demás<sup>233</sup>, para lo cual insiste sobre todo en la conversión personal (estudiada en el anterior apartado, cf. Capítulo III.2.A.a, “La fe y el amor. Conversión personal”): «Como afirmé en mi primera Encíclica *Deus caritas est*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1). De forma análoga, en la raíz de toda evangelización no hay un proyecto humano de expansión, sino el deseo de compartir el don inestimable que Dios ha querido darnos, haciéndonos partícipes de su propia vida»<sup>234</sup>.

Pero ese compromiso evangelizador que hay que renovar se debe concretar en el testimonio personal de vida y en hablar de Dios con respeto, alegría y audacia:

«Hablar de Dios, pues, quiere decir hacer comprender con la palabra y la vida que Dios no es el rival de nuestra existencia, sino su verdadero garante, el garante de la grandeza de la persona humana. Y con ello volvemos al inicio: hablar de Dios es comunicar, con fuerza y sencillez, con la palabra y la vida, lo que es esencial: el Dios de Jesucristo, ese Dios que nos ha mostrado un amor tan grande como para encarnarse, morir y resucitar por nosotros; ese Dios que pide seguirle y dejarse transformar por su inmenso amor para renovar nuestra vida y nuestras relaciones; ese Dios que nos ha dado la Iglesia para caminar juntos y, a través de la Palabra y los Sacramentos, renovar toda la Ciudad de los hombres a fin de que pueda transformarse en Ciudad de Dios»<sup>235</sup>.

<sup>227</sup> BLANCO SARTO, P. en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, “Presentación”, 9.

<sup>228</sup> Cf. ARANDA, A., *Una nueva evangelización*, 61-81; cf. BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, 7-12.

<sup>229</sup> Cf. «MP *Ubicumque et semper*», 789.

<sup>230</sup> Cf. *Ibid.*, Art. 3. 4.

<sup>231</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2008*, IV, 1, 757-762, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008, IV, 1, 500-505.

<sup>232</sup> «MP *Ubicumque et semper*», 790.

<sup>233</sup> Cf. ALONSO, J. en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, “La belleza de creer”, 119-43.

<sup>234</sup> «MP *Ubicumque et semper*», 790.

<sup>235</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 668-669.

Se trata de comunicar la fe como lo hacía el mismo Jesús: hablar desde una relación personal con su Padre Dios, y entonces comunicar al Padre y el Reino; con la mirada llena de compasión, con gran realismo, interesándose realmente por las preocupaciones actuales del otro; con la coherencia que deja percibir que anuncio y vida se entrelazan; y, por último, comunicar, tras percibir las inquietudes de nuestro alrededor, e intentar aportar sin temor la respuesta de la propia fe<sup>236</sup>.

El Concilio Vaticano II <sup>237</sup> entendió de forma “intuitiva” que la evangelización de la sociedad actual tendría que hacerse a partir del diálogo de la Iglesia con la modernidad que tiende a descristianizarse. Se ve conveniente que esta *nueva evangelización* parta de ese concilio en la adecuada hermenéutica de continuidad y renovación, no de la discontinuidad, como expresa *Ubicumque et semper*, que confía al recién constituido Consejo Pontificio para la Promoción de la *Nueva evangelización* la tarea específica de «promover el uso del *Catecismo de la Iglesia Católica*, como formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo»<sup>238</sup>. Y, por otro lado, «el Concilio se contiene a su vez en el Catecismo»<sup>239</sup>. *Porta fidei* proponía para el Año de la fe: «Así, pues, el *Catecismo de la Iglesia Católica* podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural»<sup>240</sup>.

<sup>236</sup> Cf. *ibid.*, VIII, 2, 661-667; cf. ARANDA, A., *Una nueva evangelización*, 130-1342. Es hablar de un Dios concreto, que existe, al que se conoce, con sencillez y humildad, como hizo san Pablo (cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 28 de noviembre de 2012: El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, VIII, 2, 665; Cf. *Ibid. Aud. gral. del 17 de octubre de 2012. Introducción*, 460). Es transmitirlo con nuestra santidad (cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 40; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1, 449-460; cf. *Santidad y mundo*, (1996); cf. BLANCO-SARTO, P. (PABLO), «Amor, caridad y santidad. Una «lectura transversal» de la encíclica *Deus caritas est* de Benedicto XVI.», *Scripta Theologica* 38, Issue 3, (2006), 1041-68), por la caridad (Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 30-39), con el testimonio de la propia fe, del que se ha encontrado con Él (cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 14 de noviembre de 2012: El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, VIII, 2, 591; y también cf. Capítulo II, Apartado 2.C.c “La dimensión testimonial”). No importa tanto la elocuencia como, más bien, la autenticidad y la fuerza de la verdad «No podemos guardar para nosotros mismos la verdad que nos hace libres; hay que dar testimonio de ella, que pide ser escuchada, y al final su poder de convicción proviene de sí misma y no de la elocuencia humana o de los argumentos que la espongan»). Muchas veces se tratará de subrayar aquellas vías por las que Dios busca al hombre (cf. Capítulo I, Apartado 2. “Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe”) y ser testimonio de esperanza (cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 2-3; *ibid.* n. 8: «de la esperanza de estas personas tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza. (...) Para nosotros, que contemplamos estas figuras, su vida y su comportamiento son de hecho una “prueba” de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada sino una verdadera presencia: Él es realmente el “filósofo” y el “pastor” que nos indica qué es y dónde está la vida» («Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», 643). Cf. también Capítulo I, Apartado 2.B.a “Deseos de felicidad en el hombre. La esperanza”). Al final, comunicar la fe es mostrar preocupación por el prójimo, con las consiguientes repercusiones personales, así como también institucionales y sociales (cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», nn. 15-22).

<sup>237</sup> Durante el Año de la fe se celebró el quincuagésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y el vigésimo de la publicación del Catecismo. Cf. «*Porta fidei*», n. 4.

<sup>238</sup> «*MP Ubiicumque et semper*», Art. 3. 5.

<sup>239</sup> BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, “Presentación”, 15.

<sup>240</sup> «*Porta fidei*», n. 12.



La *nueva evangelización* se podría resumir en esta frase de Benedicto XVI: «también hoy la *nueva evangelización* necesita apóstoles bien preparados, celosos y valientes, para que la luz y la belleza del Evangelio prevalezcan sobre las orientaciones culturales del relativismo ético y de la indiferencia religiosa, y transformen los distintos modos de pensar y de actuar en un auténtico humanismo cristiano»<sup>241</sup>.

*Lumen fidei* sitúa la evangelización en el contexto de la persona que recibe la fe por medio de la Iglesia, fe que no es otra cosa que palabra recibida que se convierte en respuesta, y luz que refleja a Cristo. Fe que se transmite de persona a persona<sup>242</sup>.

### **B. Fe y bien común**

El creyente, al vivir su fe de forma coherente, trata de extender el mensaje de la fe en el ámbito donde se desenvuelve. Buscará así, necesariamente, el bien del otro, y de esta forma contribuirá de manera eficaz al bien común. Se puede decir, por tanto, que la fe forma parte del bien común. Al dejar espacio a Dios en la sociedad, es Dios el que nos construye una ciudad fiable, una sociedad basada en el amor, nos aporta una verdad, una justicia, una paz. Dios muestra al hombre una naturaleza objetiva en la que fundamentar el bien sobre el que se sustente la sociedad. Esto repercutirá en la familia, la educación y las instituciones. Sin embargo, cooperar al bien común desde una concepción egoísta de la vida es muy difícil. Benedicto XVI acomete la cuestión del bien común especialmente en *Caritas in veritate*<sup>243</sup>.

A la vez, cuando se propaga el bien de forma desinteresada en el conjunto de la sociedad, mucha gente, al detectar ese bien, podrá captar la causa y el motor que lo impulsa: la fe. Buscar el bien común, además de ser una obligación inherente a la condición de creyente, es una forma eficaz de realizar el anuncio de la fe<sup>244</sup>.

En la actual sociedad posmoderna no está claro cuál es ese bien (cf. Capítulo II, Apartado II.1 “Fe y verdad” y II.2 “Acceso a una verdad grande a través de la

<sup>241</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 23 de marzo de 2011: San Lorenzo de Brindisi*, VII, 1, 357-367, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011, 359.

<sup>242</sup> «Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz. (...) La palabra recibida se convierte en respuesta, confesión y, de este modo, resuena para los otros, invitándolos a creer. (...) La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos» (PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», n. 37).

<sup>243</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 6-7. «Hay que tener también en gran consideración el bien común. Amar a alguien es querer su bien y trabajar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien relacionado con el vivir social de las personas: el bien común. Es el bien de ese “todos nosotros”, formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social (Conc. Ecum. Vat. II, *Const. past. Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 26). No es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz» (*ibid.*, n. 7).

<sup>244</sup> Cf. *Ibid.*, nn. 4-5.

fe”), hasta el punto de que hoy prevalece el relativismo y la practicidad derivada de una ética consecuencialista<sup>245</sup>, de modo que muchas decisiones se acaban tomando por el consenso, de forma autónoma respecto a la verdad<sup>246</sup>.

Benedicto XVI, ante esta situación<sup>247</sup>, plantea repensar los fundamentos de la sociedad, del Libre Estado de Derecho, a partir de la razón práctica (en un sentido filosófico clásico del término), de la ética. Se distancia de la razón técnica y el positivismo jurídico y busca una luz que ilumine un concepto universal de justicia y caridad que sustente el bien común<sup>248</sup>. «Si los principios éticos que sostienen el proceso democrático no se rigen por nada más sólido que el mero consenso social, entonces este proceso se presenta evidentemente frágil. Aquí reside el verdadero desafío para la democracia»<sup>249</sup>. Su propuesta es recurrir a la naturaleza, lo cual implica una trascendencia, que no tiene por qué ser compartida, por lo que plantea una razón posmoderna abierta a esa trascendencia (cf. Capítulo II, Apartado II.B “Fe y razón”), que conduzca al menos a un vivir “*etsi Deus daretur*”<sup>250</sup>. Apuesta también por repensar la conciencia y la naturaleza: el bien de la sociedad se fundamentaría en el *ethos* personal, la libertad y una conciencia de cada ciudadano que sepa superar una falsa visión que percibe como opuesta o dicotómica la relación libertad-verdad. De este modo, para Benedicto XVI, la conciencia es el lugar de encuentro de la libertad y la verdad, y la conciencia abre al hombre a la verdad por el conocimiento. Con esta fundamentación se puede conseguir una sociedad justa, en la que el poder tenga una limitación y se posibilite la libertad. Es una llamada a la racionalidad y a la búsqueda de la verdad. Y es ahí donde juega un papel trascendental la fe, pues ésta puede iluminar y guiar a la razón. El mundo remite al Creador y la razón necesita la revelación. Por otra parte, la Iglesia no pretende tener

<sup>245</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», *AAS* 98 (2006) 796-801.

<sup>246</sup> Cf. «Viaje apostólico al Reino Unido: Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall. City of Westminster», *AAS* 102 (2010) 635-39; cf. «A los cardenales, arzobispos, obispos y prelados de la Curia romana, con motivo de las felicitaciones navideñas (20 de diciembre de 2010)», *AAS* 103 (2011) 33-35.

<sup>247</sup> Destacan, al respecto, sus discursos: «Viaje apostólico a Alemania: Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», *AAS* 103 (2011) 663-69; «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 635-59.

<sup>248</sup> «¿Cómo podemos reconocer lo que es justo? ¿Cómo podemos distinguir entre el bien y el mal, entre el derecho verdadero y el derecho sólo aparente?». Y acaba proponiendo recuperar la apertura a la trascendencia: «Sobre la base de la convicción de la existencia de un Dios creador, se ha desarrollado el concepto de los derechos humanos, la idea de la igualdad de todos los hombres ante la ley, la conciencia de la inviolabilidad de la dignidad humana de cada persona y el reconocimiento de la responsabilidad de los hombres por su conducta. (...) La cultura de Europa nació del encuentro entre Jerusalén, Atenas y Roma; del encuentro entre la fe en el Dios de Israel, la razón filosófica de los griegos y el pensamiento jurídico de Roma. Este triple encuentro configura la íntima identidad de Europa. Con la certeza de la responsabilidad del hombre ante Dios y reconociendo la dignidad inviolable del hombre, de cada hombre, este encuentro ha fijado los criterios del derecho; defenderlos es nuestro deber en este momento histórico» («Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», 663-68).

<sup>249</sup> «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 636.

<sup>250</sup> Cf. BLANCO SARTO, P., “Conciencia, naturaleza y derecho: Discurso en el Bundestag” en BLANCO SARTO, P., (ED.) *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 113-46.

una teología política, pero sí puede iluminar y presentar un *ethos* político, y, de hecho, el *ethos* ilustrado tiene raíces cristianas<sup>251</sup>. Si el mundo renuncia a sus raíces cristianas se desvanece la naturaleza, la verdad, el bien objetivo, y el bien común queda a merced de una verdad subjetiva que marque por consenso bienes variables que muchas veces irán, a la larga, en detrimento de la persona, de la sociedad y de sus estructuras<sup>252</sup>.

Entre los objetivos que sugería Benedicto XVI para el Año de la fe estaba el deseo de que «el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble»<sup>253</sup>. Cuando la fe ilumina la sociedad y su anuncio la impregna, mejora el hombre y el bien común, la sociedad. Por tanto, no tiene sentido que se margine la religión en el ámbito público de la sociedad<sup>254</sup>. La fe tiene una legítima dimensión pública y un compromiso con el bien común<sup>255</sup>, no aparta del mundo, por lo que cada cristiano debe empeñarse en él con responsabilidad personal, pues es exigencia de caridad y está al servicio de la justicia, el derecho y la paz<sup>256</sup>. Además de cada uno de sus miembros, también la Iglesia en cuanto institución, al ser parte de la sociedad, perseguirá el bien común<sup>257</sup>. Por otro lado, la Iglesia enseña que hay que situar con la debida perspectiva el bien común que se puede lograr en esta vida, pues únicamente es prefiguración de la ciudad de Dios, que será eterna<sup>258</sup>.

Procurar el bien del prójimo y de la sociedad en su conjunto es una exigencia inexcusable de la fe<sup>259</sup>: «La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. (...) Es la fe la que nos permite

<sup>251</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 798-800.

<sup>252</sup> Cf. GARCÍA PÉREZ, RAFAEL D., “Conciencia, naturaleza y derecho: Discurso en el Bundestag” en BLANCO SARTO, P., (ED.) *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, 173-91.

<sup>253</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 9.

<sup>254</sup> Cf. «Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall», 637-39.

<sup>255</sup> «Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este “estar con él” nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree» («*Porta fidei*», n. 10).

<sup>256</sup> «Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura así como *pólis*, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. (...) La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa ciudad de Dios universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 7). También, cf. JUAN XXIII, «Carta Encíclica *Pacem in terris*», *AAS* 55 (1963), nn. 268-270.

<sup>257</sup> Cf. «Carta encíclica “*Deus caritas est*”», n. 32.

<sup>258</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 7.

<sup>259</sup> El Evangelio, la buena nueva para el hombre y para la sociedad, está íntimamente ligado a la dignidad del hombre, por lo que no cabe una evangelización que no ponga en primer plano la persona, y su promoción en la sociedad como recordó Benedicto XVI. Cf. *ibid.* n. 5; cf. PABLO VI, «Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* al episcopado, al clero y a los fieles de toda la Iglesia acerca de la Evangelización en el mundo contemporáneo», n. 31; cf. JUAN XXIII, «Carta Encíclica *Pacem in terris*», n. 16.

reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida»<sup>260</sup>.

Dicho esto, en nuestra exposición estudiaremos cómo influye el anuncio de la fe en los principales ámbitos de la sociedad: la familia, la educación y las relaciones sociales (entre las que incluimos las instituciones, la relación con la naturaleza y la relación con los que sufren).

### **a) La familia, primer ámbito de transmisión de la fe**

La familia es verdadera iglesia doméstica, santuario de la vida y reflejo del amor sponsal de Cristo con su Iglesia, primer ámbito de transmisión de la fe<sup>261</sup>. En cuanto institución querida por Dios, refleja la intimidad de la Trinidad y la Iglesia acepta gustosa el deber de velar por ella de forma especial; es verdaderamente sacramento y vocación. En la familia, la responsabilidad de la educación recae sobre el padre y la madre que tratarán de transmitir la fe y educar en libertad. La Sagrada Familia de Nazaret es el modelo de cualquier familia.

Durante el pontificado de Benedicto XVI se celebraron tres Encuentros Mundiales de la Familia (Valencia, 2005; México, 2006; y Milán, 2009). El de Valencia fue el V Encuentro, y el tema fue precisamente “La transmisión de la fe en la familia”, cuestión para la que sugirió unas pautas concretas.

El matrimonio y la familia fueron creados a imagen y semejanza de Dios y sólo se realizan plenamente si en ese ámbito existe una verdadera entrega incondicionada, «donde cada persona aprende a dar y recibir amor»<sup>262</sup>. «Como puso de manifiesto Jesús honrando a la Virgen María y a San José, la familia ocupa un lugar primario en la educación de la persona. Es una verdadera escuela de humanidad y de valores perennes»<sup>263</sup>. El matrimonio fue elevado a la categoría de sacramento por Jesucristo, quien da la gracia a los esposos para que vivan en plenitud su vocación:

«Vuestra vocación no es fácil de vivir, especialmente hoy, pero el amor es una realidad maravillosa, es la única fuerza que puede verdaderamente transformar el cosmos, el mundo. Ante vosotros está el testimonio de tantas familias, que señalan los caminos para crecer en el amor: mantener una relación constante con Dios y participar en la vida eclesial, cultivar el diálogo, respetar el punto de vista del otro, estar dispuestos a servir, tener paciencia con los defectos de los demás, saber perdonar y pedir perdón, superar con inteligencia y humildad los posibles conflictos, acordar las orientaciones educativas, estar abiertos a las demás familias, atentos con los pobres, responsables en la sociedad civil. Todos estos elementos construyen la familia»<sup>264</sup>.

---

<sup>260</sup> «*Porta fidei*», n. 14.

<sup>261</sup> Cf. «Discurso Clausura del V EMF en la Ciudad de las artes y las ciencias», *AAS* 98 (2006) 591.

<sup>262</sup> *Ibid.*, 590.

<sup>263</sup> «Conexión televisiva al final de la misa de clausura del VI EMF en México», *AAS* 101 (2009), 142.

<sup>264</sup> «Homilía celebración Eucarística en el Parque de Bresso. VII EMF», *AAS* 104 (2012), 546.

La dignidad de la familia es tal, que la Iglesia mantiene una continua solicitud hacia ella. La familia, al igual que la Iglesia, está llamada a ser imagen de la Trinidad por medio del amor de donación incondicional<sup>265</sup>, un amor fecundo para los propios esposos, para los hijos y para la sociedad<sup>266</sup>. Sociológicamente la familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, fundamentada en el amor y la entrega afectuosa de los esposos, insustituible para los hijos, donde deberían poder percibir el amor incondicional y la donación generosa de los padres. La familia no admite otras alternativas igualmente válidas<sup>267</sup>.

La dignidad de la familia y sus componentes exige compromiso. Los padres se encargan de educar y ayudar a madurar a los hijos, en el plano humano y en el espiritual. Lo harán en un ámbito de confianza en Dios, de donación entre ellos (han dicho un sí total ante Dios) y de aceptación completa y amorosa de los hijos. Los hijos crecen así en un clima de aceptación y amor, son respetados en su propia personalidad y carácter<sup>268</sup>. «La familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, expresa esta dimensión relacional, filial y comunitaria, y es el ámbito donde el hombre puede nacer con dignidad, crecer y desarrollarse de un modo integral»<sup>269</sup>. Los padres tienen el derecho y el deber inalienable de educar y formar a sus hijos con toda su dignidad<sup>270</sup>: la paternidad y la maternidad humana participan de la paternidad del Creador, de donde arranca el origen de todo hombre, pues más que casualidad existe más bien el proyecto amoroso de Dios. Por tanto, los padres deberían acoger a sus hijos no sólo como suyos, sino también de Dios<sup>271</sup>. Los hijos, a su vez, procuran crecer en un afecto profundo y un cuidado diligente hacia sus padres y hermanos<sup>272</sup>, coherente con la evidencia de que nadie se ha dado el ser a sí mismo; todos los hombres han necesitado de otros para adquirir los conocimientos básicos para la vida<sup>273</sup>. Benedicto XVI también ha tenido en cuenta

<sup>265</sup> Cf. *ibid.*, 543-47, 544-45.

<sup>266</sup> «Es fecundo, en fin, para la sociedad, porque la vida familiar es la primera e insustituible escuela de virtudes sociales, como el respeto de las personas, la gratuidad, la confianza, la responsabilidad, la solidaridad, la cooperación. Queridos esposos, cuidad a vuestros hijos y, en un mundo dominado por la técnica, transmitidles, con serenidad y confianza, razones para vivir, la fuerza de la fe, planteándoles metas altas y sosteniéndolos en la debilidad. Pero también vosotros, hijos, procurad mantener siempre una relación de afecto profundo y de cuidado diligente hacia vuestros padres, y también que las relaciones entre hermanos y hermanas sean una oportunidad para crecer en el amor» (*ibid.*, 545).

<sup>267</sup> Cf. «Conexión televisiva al final de la misa de clausura del VI EMF en México», n. 4; Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Carta al Card. Alfonso López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia con motivo del V EMF que se celebrará en Valencia, España, en julio de 2006 (17 de mayo de 2005)*, I, 113-114, Libreria Editrice Vaticana, 113-114.

<sup>268</sup> Cf. «Discurso Clausura del V EMF en la Ciudad de las artes y las ciencias», 591.

<sup>269</sup> «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V EMF», *AAS* 98 (2006) 585.

<sup>270</sup> «Con el don de la vida recibe [el hijo] todo un patrimonio de experiencia. A este respecto, los padres tienen el derecho y el deber inalienable de transmitirlo a los hijos: educarlos en el descubrimiento de su identidad, iniciarlos en la vida social, en el ejercicio responsable de su libertad moral y de su capacidad de amar a través de la experiencia de ser amados y, sobre todo, en el encuentro con Dios. Los hijos crecen y maduran humanamente en la medida en que acogen con confianza ese patrimonio y esa educación que van asumiendo progresivamente. De este modo son capaces de elaborar una síntesis personal entre lo recibido y lo nuevo, y que cada uno y cada generación está llamado a realizar» (*ibid.*, 585-86).

<sup>271</sup> Cf. *ibid.*, 586.

<sup>272</sup> Cf. «Homilía celebración Eucarística en el Parque de Bresso. VII EMF», 545.

<sup>273</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V EMF», 585-88; cf. «Conexión televisiva al final de la misa de clausura del VI EMF en México», 142-43.

la importante figura de los abuelos como testimonio y garantía de afecto, y como ejemplo de fe, también en la edad madura, ante la cercanía de la muerte<sup>274</sup>.

El Papa emérito destaca, en el plano humano, que las familias procuren formar hijos libres y responsables: «Los padres han de ir devolviendo a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores»<sup>275</sup>, han de ir enseñándoles a administrar su libertad con responsabilidad, sin miedo a la vida o a los posibles obstáculos. Cuando una familia enseña el valor de la libertad responsable, no se cierra en sí misma y los hijos perciben cómo sus padres y los adultos que les rodean viven su vida con alegría y entusiasmo, los hijos crecen de forma madura y equilibrada y aprenden que toda persona es digna de ser amada<sup>276</sup>. Hoy día, como ya hemos visto, se tiene una visión de la libertad autónoma, a merced de los deseos subjetivos, sin referencia a una verdad objetiva (no se contempla que existan algunas verdades objetivas que tengan que ser respetadas, como la dignidad de cada persona y sus derechos y deberes consecuentes). Frente a esta postura, la educación cristiana recuerda la dignidad del hombre, la cual procede de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, y se postula como “educación de la libertad y para la libertad”<sup>277</sup> en orden a un bien objetivo<sup>278</sup>.

«La labor educativa se ve dificultada por un engañoso concepto de libertad, en el que el capricho y los impulsos subjetivos del individuo se exaltan hasta el punto de dejar encerrado a cada uno en la prisión del propio yo. La verdadera libertad del ser humano proviene de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, y por ello debe ejercerse con responsabilidad, optando siempre por el bien verdadero para que se convierta en amor, en don de sí mismo. Para eso, más que teorías, se necesita la cercanía y el amor característicos de la comunidad familiar. En el hogar es donde se aprende a vivir verdaderamente, a valorar la vida y la salud, la libertad y la paz, la justicia y la verdad, el trabajo, la concordia y el respeto»<sup>279</sup>.

En el plano espiritual, la transmisión de la fe es misión fundamental de la familia, en cuanto iglesia doméstica<sup>280</sup>. A la vez, hay que tener en cuenta que la fe es un don de Dios, una gracia a la que el hombre se puede adherir, o no, con su libertad<sup>281</sup>. La familia transmitirá la fe, en primer lugar, viviéndola con integridad, también cuando las dificultades son grandes<sup>282</sup>. Y esto lo logra a través de la oración

<sup>274</sup> Cf. «Discurso Clausura del V EMF en la Ciudad de las artes y las ciencias», 594.

<sup>275</sup> *Ibid.*, 592.

<sup>276</sup> Cf. *ibid.*

<sup>277</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V EMF», 586-87.

<sup>278</sup> Cf. «Homilía Vigilia de Pentecostés - Celebración de las Primeras Vísperas con la participación de los miembros de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades», *AAS* 98 (2006), 508.

<sup>279</sup> «Conexión televisiva al final de la misa de clausura del VI EMF en México», 143.

<sup>280</sup> «La familia cristiana tiene, hoy más que nunca, una misión nobilísima e ineludible, como es transmitir la fe, que implica la entrega a Jesucristo, muerto y resucitado, y la inserción en la comunidad eclesial» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Carta al Card. Alfonso López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia con motivo del V EMF que se celebrará en Valencia, España, en julio de 2006 (17 de mayo de 2005)*, 114).

<sup>281</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V EMF», 585-88.

<sup>282</sup> «La respuesta cristiana ante los desafíos que debe afrontar la familia y la vida humana en general consiste en reforzar la confianza en el Señor y el vigor que brota de la propia fe, la cual se nutre de la escucha atenta de la Palabra de Dios. Qué bello es reunirse en familia para dejar que Dios hable al corazón de sus

y la práctica cristiana<sup>283</sup>, traduciéndose entonces la transmisión de la fe en costumbres concretas que facilitan a los miembros de la familia su trato personal con Dios. Los primeros evangelizadores de los hijos y, por lo tanto, los principales responsables de cumplir el deber de transmitir la fe a los hijos son los padres, quienes con delicadeza lo realizarán con prácticas bien concretas: enseñando a rezar y mostrando el universo moral que protege al hombre y le facilita cumplir la voluntad de Dios y adquirir los valores humanos y cristianos acordes a su dignidad<sup>284</sup>. También recuerda el Papa alemán la necesidad de cuidar el descanso y la fiesta, el domingo, a semejanza de lo que hizo Dios, según relata el Génesis (cf. *Gen* 2, 2-3)<sup>285</sup>.

Igual que la Iglesia procura que las familias nunca estén solas o desprotegidas, la sociedad también debería proteger esta institución de tan gran importancia, asediada en muchos casos por grandes dificultades. Por esto, Benedicto XVI ante el bien objetivo que encarna la familia, pide a los gobernantes: «reconocer y ayudar a esta institución es uno de los mayores servicios que se pueden prestar hoy día al bien común y al verdadero desarrollo de los hombres y de las sociedades, así como la mejor garantía para asegurar la dignidad, la igualdad y la verdadera libertad de la persona humana»<sup>286</sup>. Aunque sólo fuera por su trascendencia y repercusión en la sociedad, la familia debería estar cuidada de forma especial: «La familia es una escuela de humanización del hombre (...) la experiencia de ser amados por los padres lleva a los hijos a tener conciencia de su dignidad de hijos»<sup>287</sup>. Así que, coherentemente, la Iglesia pide que se respete y promueva la «maravillosa realidad del matrimonio indisoluble de un hombre y una mujer que es, además, el origen de la familia»<sup>288</sup>. Al mismo tiempo, el Papa emérito también es consciente de que existen muchos matrimonios que comparten las enseñanzas de la Iglesia respecto al matrimonio, pero que, a la vez, atraviesan situaciones duras de fracaso y separación. Asegura a estas familias que nos les falta su oración y afecto, y pide a la comunidad cristiana que también les acompañe con cercanía y acciones concretas<sup>289</sup>. La familia como institución es insustituible, no admite alternativas; y los hijos tienen el derecho de poder percibir el amor incondicional y la donación generosa de los padres<sup>290</sup>.

---

miembros a través de su Palabra viva y eficaz» («Conexión televisiva al final de la misa de clausura del VI EMF en México», *AAS* 101 (2009), 141-42).

<sup>283</sup> Cf. «Discurso Clausura del V EMF en la Ciudad de las artes y las ciencias», 593; cf. «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V EMF», 586-87.

<sup>284</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Carta al Card. Alfonso López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia con motivo del V EMF que se celebrará en Valencia, España, en julio de 2006 (17 de mayo de 2005)*, 113-14.

<sup>285</sup> «Para nosotros, cristianos, el día de fiesta es el domingo, día del Señor, pascua semanal. (...) Queridas familias, a pesar del ritmo frenético de nuestra época, no perdáis el sentido del día del Señor. Es como el oasis en el que detenerse para saborear la alegría del encuentro y calmar nuestra sed de Dios» («Homilía celebración Eucarística en el Parque de Bresso. VII EMF», 546-47).

<sup>286</sup> «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V EMF», 588. Cf. «Discurso Clausura del V EMF en la Ciudad de las artes y las ciencias», 592-93.

<sup>287</sup> *Ibid.*, 593.

<sup>288</sup> «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V EMF», 588.

<sup>289</sup> Cf. «Homilía celebración Eucarística en el Parque de Bresso. VII EMF», 545-46; cf. ARANDA, A., *Una nueva evangelización*, 54-57.

<sup>290</sup> También supone un riesgo para la familia actual la mentalidad utilitarista tan difundida hoy, que antepone el provecho propio y el máximo beneficio a todo lo demás. Se crea un clima, muchas veces, de competencia exasperada y fuertes desigualdades que llevan al consumismo o a la pobreza de muchas familias, y a un posible desprecio al medio ambiente. Cf. «Homilía celebración Eucarística en el Parque de

En numerosas ocasiones ha puesto como modelo y custodios de la familia a la Sagrada Familia de Nazaret<sup>291</sup>, ejemplo perfecto de vida familiar y cumplimiento de la voluntad de Dios, paradigma de fe y de amor, también en las dificultades. Así, recordaba: «La criatura concebida ha de ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos, con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret y a ser preservados de toda clase de insidias y amenazas»<sup>292</sup>.

En la actualidad la familia no tiene fácil vivir con coherencia cristiana, pero tiene toda la gracia del sacramento del matrimonio para conseguirlo. De este modo esas iglesias domésticas serán una fuente de esperanza y alegría<sup>293</sup>; y lo serán si priorizan la dignidad de la persona y la familia: «privilegiad siempre la lógica del ser respecto a la del tener: la primera construye, la segunda termina por destruir»<sup>294</sup>. Vivir coherentemente la fe refuerza y hace crecer el amor y la alegría familiar:

«[Qué importante es] seguir anunciando el Evangelio de la familia, reafirmar su vigencia e identidad basada en el matrimonio abierto al don generoso de la vida, y donde se acompaña a los hijos en su crecimiento corporal y espiritual. De este modo se contrarresta un hedonismo muy difundido, que banaliza las relaciones humanas y las vacía de su genuino valor y belleza. Promover los valores del matrimonio no impide gustar plenamente la felicidad que el hombre y la mujer encuentran en su amor mutuo. La fe y la ética cristiana, pues, no pretenden ahogar el amor, sino hacerlo más sano, fuerte y realmente libre. Para ello, el amor humano necesita ser purificado y madurar para ser plenamente humano y principio de una alegría verdadera y duradera»<sup>295</sup>.

El Papa Francisco, en consonancia con su predecesor, en *Lumen fidei* fundamenta la fe de la familia en el matrimonio, la unión estable de un hombre y una mujer, que se prometen amor mutuo, para toda la vida, y que están abiertos a la riqueza de la generación de los hijos. Además, repasa la fe en la familia, especialmente en los periodos de la infancia y de la compleja etapa de la juventud, en la que se aspira a una vida grande<sup>296</sup>.

Bresso. VII EMF», 545-46; cf. «Conexión televisiva al final de la misa de clausura del VI EMF en México», n. 4; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Carta al Card. Alfonso López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia con motivo del V EMF que se celebrará en Valencia, España, en julio de 2006 (17 de mayo de 2005)*, I, 113-114; por otro lado, se pone en peligro el desarrollo armónico y el bien de la familia, además de la edificación de una sociedad justa. «La mentalidad utilitarista tiende a extenderse también a las relaciones interpersonales y familiares, reduciéndolas a simples convergencias precarias de intereses individuales y minando la solidez del tejido social» («Homilía celebración Eucarística en el Parque de Bresso. VII EMF», 546).

<sup>291</sup> Cf. *Jesús de Nazaret. Preludio. Los relatos de la infancia*. JROC, VI/1, 5-91; especialmente en «Epílogo: Jesús en el Templo a la edad de doce años» 65-91.

<sup>292</sup> «Discurso Clausura del V EMF en la Ciudad de las artes y las ciencias», 594.

<sup>293</sup> Cf. «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V EMF», 589; cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 74. En *Luz del mundo* Benedicto XVI considera la familia como pieza clave de la sociedad; a la vez señala la droga como plaga de la familia.

<sup>294</sup> «Homilía celebración Eucarística en el Parque de Bresso. VII EMF», 547. Y añade: «Es necesario aprender, antes de nada, en familia, a creer en el amor auténtico, el que viene de Dios y nos une a él y precisamente por eso “nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea “todo para todos” (1 Co 15,28)” (Encíclica “*Deus caritas est*”, 18)» (*ibid.*).

<sup>295</sup> «Discurso Clausura del V EMF en la Ciudad de las artes y las ciencias», 593.

<sup>296</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», 52-53.



### **b) La fe y la educación**

Anunciar el Evangelio, a Jesucristo, es parte esencial de la misión de la Iglesia y un bien para cada individuo y para la sociedad<sup>297</sup>. Por esto el anuncio de la fe dentro del ámbito de la educación responde a la búsqueda del bien para la persona, y es parte de la misión evangelizadora, que tiene lugar en distintos ámbitos: familia, instituciones educativas, estructuras pastorales o sociales. La educación tiene que estar marcada ante todo por la búsqueda de la verdad y la esperanza, para lo que son fundamentales tanto el testimonio coherente de los distintos agentes educadores, como la colaboración entre los medios de salvación que ofrece la Iglesia y la enseñanza<sup>298</sup>.

A través de la educación se busca que la persona lleve una vida marcada por lo bueno, lo verdadero y lo bello, que son los ideales perseguidos por quien descubre a Cristo con la fuerza del Evangelio y la gracia de Dios<sup>299</sup>. El contexto educativo es un ámbito idóneo para que el hombre pueda tener ese encuentro personal con Jesucristo y experimentar la fuerza transformadora de su amor y su verdad<sup>300</sup>. Luego, serán necesarios los requisitos comunes de una buena educación:

«Puede ser útil identificar algunas exigencias comunes de una educación auténtica. Ante todo, necesita la cercanía y la confianza que nacen del amor: pienso en la primera y fundamental experiencia de amor que tienen los niños —o que, por lo menos, deberían tener— con sus padres. Pero todo verdadero educador sabe que para educar debe dar algo de sí mismo y que solamente así puede ayudar a sus alumnos a superar los egoísmos y capacitarlos para un amor auténtico. (...) Ahora bien, sería muy pobre la educación que se limitara a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, sobre todo acerca de la verdad que puede guiar la vida. También el sufrimiento forma parte de la verdad de nuestra vida. Por eso, al tratar de proteger a los más jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor, corremos el riesgo de formar, a pesar de nuestras buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos. Así, queridos amigos de Roma, llegamos al punto quizá más delicado de la obra educativa: encontrar el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. Sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día a día también en las cosas pequeñas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas que no faltarán en el futuro. Pero la relación educativa es ante todo encuentro de dos libertades, y la educación bien lograda es una formación para el uso correcto de la libertad. A medida que el niño crece, se convierte en adolescente y después en joven; por tanto, debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarlo a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano»<sup>301</sup>.

<sup>297</sup> Cf. ALEJOS, CARMEN en BLANCO SARTO, P. (ED.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, “Educar en la fe”, 148-51.

<sup>298</sup> Cf. *Ibid.*, 155-61.

<sup>299</sup> Cf. «Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae», *AAS* 100 (2008) 320.

<sup>300</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 4.

<sup>301</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación (21 de enero de 2008)*, IV, 1, 116-120, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008, 117-18.

Por consiguiente, el primer ámbito de educación, tal como hemos visto en el anterior apartado, también respecto a la fe, es la familia. De hecho, Benedicto XVI señalaba que, para educar, «en primer lugar, es preciso considerar su situación familiar, puesto que la familia sigue siendo la cuna fundamental de la formación de la persona humana»<sup>302</sup>. También se puede desarrollar esta tarea en otros ámbitos, como pueden ser las instituciones educativas, y en el desempeño de la tarea pastoral, por ejemplo, en las catequesis. Dios, que quiere revelarse y darse a conocer, se sirve también de estos medios para salir al encuentro del hombre que busca sinceramente la verdad. Para ello, estas estructuras deben estar marcadas por una profunda convicción de fe, que se manifestará en el convencimiento de que es Jesucristo el que esclarece al hombre quién es el hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22), con una confianza absoluta en Dios de todo nuestro yo (inteligencia, voluntad, mente y corazón); en procurar y facilitar el trato con Dios en una dimensión eclesial a través de la oración, los sacramentos y la liturgia, en actos de caridad, en la solicitud por los demás y por la justicia, y el respeto a todo lo creado<sup>303</sup>. En definitiva, en procurar vivir de forma coherente la fe desde el punto de vista de la enseñanza y, sobre todo, de la vida personal de los que integran esas estructuras<sup>304</sup>. Este profundo enraizamiento en la fe conlleva un verdadero afán de búsqueda de la verdad y, por tanto, en las instituciones académicas un elevado rigor y una profunda profesionalidad y preocupación por la cultura<sup>305</sup>. Por todo esto, Benedicto XVI ha llegado a afirmar que, desde esta perspectiva, se puede concluir «que la “crisis de verdad” contemporánea está radicada en una “crisis de fe”»<sup>306</sup>. Por tanto, para anunciar la fe a través de la educación se debe procurar la mayor competencia profesional, que capacite al máximo en la búsqueda de la verdad, partiendo de que «la educación en la fe debe consistir, antes que nada, en cultivar lo bueno que hay en el hombre»<sup>307</sup>.

En la educación, la transmisión de la fe se debe encuadrar, por tanto, en la búsqueda “radical” de la verdad. Para esto, el Papa emérito habla de una *diakonia* de

<sup>302</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Discorso al primer grupo de obispos de Polonia en visita «ad limina Apostolorum»*, I, 849-855, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2005, I, 850.

<sup>303</sup> Cf. ALEJOS, CARMEN en *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, “Educar en la fe”, 152-55; cf. *El espíritu de la Liturgia*, 31-72; cf. NICHOLS, A., *The theology of Joseph Ratzinger*, 215; cf. ROWLAND, T., *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, 219-54.

<sup>304</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 322-23.

<sup>305</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. A un grupo de profesores de religión en escuelas italianas*, V, 1, 660-663, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2009; cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 322.

<sup>306</sup> *Ibid.*, 323.

<sup>307</sup> «Son numerosísimos los jóvenes que manifiestan una profunda sensibilidad ante las necesidades de los demás, especialmente de los pobres, los enfermos, las personas solas y los discapacitados. Por eso, emprenden varias iniciativas para llevar ayuda a los necesitados. Existe también un auténtico interés por las cuestiones de fe y religión, la necesidad de estar con los demás en grupos organizados e informales, y el fuerte deseo de experimentar a Dios. (...) El desarrollo del voluntariado, inspirado por el espíritu del Evangelio, ofrece una gran ocasión educativa. Quizá valga la pena crear grupos juveniles de Cáritas en las parroquias o en las escuelas. En las iniciativas educativas de la Iglesia también sería oportuno responder al interés por las cuestiones de fe, emprendiendo iniciativas que sirvan para acostumar a los niños y a los jóvenes al gusto de la oración. Una gran ocasión son los ejercicios espirituales, particularmente los que se hacen en completo silencio, las jornadas de retiro para diversos grupos, y también las escuelas de oración organizadas de modo sistemático en las parroquias» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Discorso al primer grupo de obispos de Polonia en visita «ad limina Apostolorum»*, I, 849-855).

la verdad que la Iglesia ejerce en medio de la humanidad, que se dará en una dinámica entre encuentro personal, conocimiento y testimonio cristiano<sup>308</sup>.

Pero para llegar a descubrir la verdad hay que capacitar a los estudiantes. Por la fe se puede dar asentimiento libre y voluntario al testimonio de Dios como garante de la verdad que revela. Y para esto es necesario que la persona entienda la razón profunda de su libertad, valore sus consecuencias, y tenga la voluntad precisa para hacer lo que desea hacer, sin ser esclavo de sus pasiones o de su irreflexión<sup>309</sup>. Por tanto, es fundamental la educación de la libertad, y en la libertad, y la educación de la voluntad. La verdad solamente puede encarnarse en la fe y la razón auténticamente humana, y debe ser capaz de dirigir la voluntad a través del camino de la libertad<sup>310</sup>.

«Mientras hemos buscado diligentemente atraer la inteligencia de nuestros jóvenes, quizás hemos descuidado su voluntad. Como consecuencia, observamos preocupados que la noción de libertad se ha distorsionado»<sup>311</sup>, decía Benedicto XVI en un encuentro con educadores de Estados Unidos. Esta voluntad también está condicionada y movida por la experiencia del bien, del conocimiento de Dios y del trato personal con Él. Si se descuida el trato con la Verdad, se dificulta la recepción de la gracia, la voluntad se debilita y, como el dirigirse a la verdad es costoso, especialmente si la voluntad no responde a ese movimiento, se acaba distorsionando el concepto de libertad, pues la concepción exacta de libertad ordenada al bien parece inalcanzable. De este modo, el anterior pontífice apunta a que esta puede ser la razón de una realidad que aprecia con frecuencia: «todos vemos y observamos con preocupación la dificultad o la repulsa que muchas personas tienen hoy para entregarse a sí mismas a Dios»<sup>312</sup>. En la educación en la fe, y para la fe, hay que

---

<sup>308</sup> «La revelación de Dios ofrece a cada generación la posibilidad de descubrir la verdad última sobre la propia vida y sobre el fin de la historia. Este deber jamás es fácil: implica a toda la comunidad cristiana y motiva a cada generación de educadores cristianos a garantizar que el poder de la verdad de Dios impregne todas las dimensiones de las instituciones a las que sirven. De este modo, la Buena Noticia de Cristo puede actuar, guiando tanto al docente como al estudiante hacia la verdad objetiva que, trascendiendo lo particular y lo subjetivo, apunta a lo universal y a lo absoluto, que nos capacita para proclamar con confianza la esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5,5). Frente a los conflictos personales, la confusión moral y la fragmentación del conocimiento, los nobles fines de la formación académica y de la educación, fundados en la unidad de la verdad y en el servicio a la persona y a la comunidad, son un poderoso instrumento especial de esperanza» (*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*, 321-22).

<sup>309</sup> Cf. *ibid.*, 323; cf. RODRÍGUEZ DUPLÁ, L., «Sobre el sentido cristiano de la libertad», *Documentos del Instituto de Antropología y Ética* 13 (2011).

<sup>310</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 23; cf. GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI*, 217-31.

<sup>311</sup> Cf. *Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*, 323-24.

<sup>312</sup> Cf. *ibid.*, 323. El texto completo al que nos referimos nos parece especialmente interesante para el estudio de esta cuestión: «Desde esta perspectiva se puede reconocer que la “crisis de verdad” contemporánea está radicada en una “crisis de fe”. Únicamente mediante la fe podemos dar libremente nuestro asentimiento al testimonio de Dios y reconocerlo como el garante trascendente de la verdad que él revela. Una vez más, vemos por qué el promover la intimidad personal con Jesucristo y el testimonio comunitario de su verdad que es amor, es indispensable en las instituciones formativas católicas. De hecho, todos vemos y observamos con preocupación la dificultad o la repulsa que muchas personas tienen hoy para entregarse a sí mismas a Dios. Éste es un fenómeno complejo sobre el que reflexiono continuamente. Mientras hemos buscado diligentemente atraer la inteligencia de nuestros jóvenes, quizás hemos descuidado su voluntad. Como consecuencia, observamos preocupados que la noción de libertad se ha distorsionado. La libertad no es la facultad para desentenderse de; es la facultad de comprometerse con, una participación en el Ser

esmerarse en la formación de la inteligencia, la voluntad, la libertad (con la responsabilidad que conlleva<sup>313</sup>) y la capacidad de amar, y así la persona estará capacitada, al acudir al recurso de la gracia, para decisiones definitivas que faciliten cumplir la voluntad de Dios para cada uno<sup>314</sup>.

Así, puesto que la libertad implica compromiso y responsabilidad, si se desvincula de la verdad, puede quedar reducida casi a curiosidad, con sus graves consecuencias: «Hoy notamos una cierta timidez ante la categoría del bien y una búsqueda ansiosa de las novedades del momento como realización de la libertad. Somos testigos de cómo se ha asumido que cualquier experiencia vale lo mismo y cómo se rechaza admitir imperfecciones y errores. Es especialmente inquietante la reducción de la preciosa y delicada área de la educación sexual a la gestión del “riesgo”, sin referencia alguna a la belleza del amor conyugal»<sup>315</sup>. La razón, la inteligencia, no basta para alcanzar la verdad, como asegura el Papa alemán, y se experimenta con gran frecuencia y, por tanto, es indispensable el recurso a la fe. Pero sin un recto entendimiento de la libertad y sin una voluntad capaz de mover al propio individuo, esta verdad no se podrá alcanzar<sup>316</sup>.

Este planteamiento llena de esperanza al hombre, pues ve que sus anhelos de verdad y felicidad pueden ser saciados, y lo puede experimentar en su encuentro personal con Jesucristo. Le colma de esperanza también porque, ante la confusión moral actual y la fragmentación del conocimiento, se ofrece al hombre una verdad objetiva, que trasciende lo particular, completa, absoluta y alcanzable. Por esto, es una parte esencial de la educación hacerse cargo de las necesidades materiales, intelectuales y espirituales de los estudiantes, para ofrecer esa esperanza real; es todo un apostolado de la esperanza<sup>317</sup>: «suscitar entre los jóvenes el deseo de un acto de fe, animándolos a comprometerse con la vida eclesial que nace de este acto de fe, es una responsabilidad particular de cada uno de ustedes, y de sus colegas. Así es como

---

mismo. Como resultado, la libertad auténtica jamás puede ser alcanzada alejándose de Dios. Una opción similar significaría al final descuidar la genuina verdad que necesitamos para comprendernos a nosotros mismos. Por eso, suscitar entre los jóvenes el deseo de un acto de fe, animándolos a comprometerse con la vida eclesial que nace de este acto de fe, es una responsabilidad particular de cada uno de ustedes, y de sus colegas. Así es como la libertad alcanza la certeza de la verdad. Eligiendo vivir de acuerdo a esta verdad, abrazamos la plenitud de la vida de fe que se nos da en la Iglesia» (*ibid.*).

<sup>313</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero de 2008), IV, 1, 116-120.

<sup>314</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 322. «Una educación verdadera debe suscitar la valentía de las decisiones definitivas, que hoy se consideran un vínculo que limita nuestra libertad, pero que en realidad son indispensables para crecer y alcanzar algo grande en la vida, especialmente para que madure el amor en toda su belleza; por consiguiente, para dar consistencia y significado a nuestra libertad» («Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 800).

<sup>315</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 326.

<sup>316</sup> En *Jesús de Nazaret*, aunque no habla explícitamente acerca de la misión educativa, lógicamente es continua su referencia a los principales elementos de esta labor: la fe, la verdad, la libertad, la voluntad. El hombre se perfecciona cuando su voluntad se identifica con la voluntad divina, aunque por el pecado original muchas veces la persona la percibe como contrapuesta a sí misma. Por citar tan solo un ejemplo acerca de la libertad y la voluntad, se aborda la cuestión al hablar de la conformidad de la voluntad de Jesús, verdadero Hombre, con la voluntad de Dios, cf. *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. JROC, VI/1, 506-509.

<sup>317</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 322.

la libertad alcanza la certeza de la verdad. Eligiendo vivir de acuerdo a esta verdad, abrazamos la plenitud de la vida de fe que se nos da en la Iglesia»<sup>318</sup>. Dicho de otra forma, la persona descubre la alegría de ser para los otros en Cristo. Es propio de la educación proponer metas ambiciosas y ayudar a alcanzarlas, y, por tanto, lo mejor que se puede desear es la amistad con Dios, ser santos. Por esta razón, Benedicto XVI, en un encuentro con estudiantes británicos, les planteaba:

«Una buena escuela educa integralmente a la persona en su totalidad. Y una buena escuela católica, además de este aspecto, debería ayudar a todos sus alumnos a ser santos. Sé que hay muchos no-católicos estudiando en las escuelas católicas de Gran Bretaña, y deseo incluirlos a todos vosotros en mi mensaje de hoy. Rezo para que también vosotros os sintáis movidos a la práctica de la virtud y crezcáis en el conocimiento y en la amistad con Dios junto a vuestros compañeros católicos. Sois para ellos un signo que les recuerda ese horizonte mayor, que está fuera de la escuela y, de hecho, es bueno que el respeto y la amistad entre miembros de diversas tradiciones religiosas forme parte de las virtudes que se aprenden en una escuela católica»<sup>319</sup>.

Los educadores tienen por tanto la grandísima responsabilidad de llevar a los jóvenes hacia la verdad en un acto de amor real, en una verdadera «“caridad intelectual”»<sup>320</sup>. Por eso la libertad académica del educador siempre se verá supeditada a la verdad, sin que tengan cabida posiciones opuestas a la fe o a las enseñanzas de la Iglesia<sup>321</sup>. El educador, con su pasión por la verdad, mostrará la plenitud y la unidad esencial del conocimiento, y así los jóvenes podrán experimentar la «profunda satisfacción de ejercer la libertad respecto a la verdad»<sup>322</sup>. Este correcto uso de la libertad traerá consigo como consecuencia una profunda vida de fe que se extiende a todos los aspectos de su vida. Y a su vez el educador, sin falsos escrúpulos, aunque con absoluto respeto a la libertad, transmitirá la verdad de su vida:

«Tenéis la vocación de dejar traslucir que el Dios del que habláis en las aulas de clase constituye la referencia esencial de vuestra vida. Vuestra presencia, lejos de ser una interferencia o una limitación de la libertad, es un valioso ejemplo del espíritu positivo de laicidad que permite promover una convivencia civil constructiva, fundada en el respeto recíproco y en el diálogo leal, valores que un país siempre necesita. (...) os deseo a todos que el Señor os dé la alegría de no avergonzaros nunca de su Evangelio, la gracia de vivirlo y el anhelo de compartir y cultivar la novedad que brota de él para la vida del mundo»<sup>323</sup>.

Al final, el estudiante es el que orienta “lo que debe hacer” en función de la verdad, de lo que puede conocer, y esto repercutirá muy positivamente en la sociedad<sup>324</sup>. Del mismo modo, para que el educador pueda llevar a cabo esta importante labor, es necesario que no pierda de vista la objetiva dimensión

<sup>318</sup> *Ibid.*, 324.

<sup>319</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Viage apostólico al Reino Unido: Celebración de la educación católica en la capilla y en el campo de deportes del Colegio Universitario Santa María de Twickenham (London Borough of Richmond)*, VI, 2, 220-222, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2010, 221.

<sup>320</sup> «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 325.

<sup>321</sup> Cf. *ibid.*, 327.

<sup>322</sup> *Ibid.*, 326.

<sup>323</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. A un grupo de profesores de religión en escuelas italianas*, V, 1, 662.

<sup>324</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 325-26.

trascendente de la persona y que no se reduzca a un horizonte relativista en el que la verdad queda reducida<sup>325</sup>. Por ello, la tarea del educador es de gran trascendencia y la sociedad espera mucho de ellos<sup>326</sup>. Obviamente, todo lo apuntado tendría igual validez para los catequistas, los cuales, si cabe, procurarían dar mayor razón de la esperanza facilitando el trato, especialmente por la oración, y el amor hacia Aquel que puede colmar todas las esperanzas<sup>327</sup>.

*Lumen fidei* no dedica ningún apartado explícito a la educación, y solo la toca de modo puntual<sup>328</sup>. Pero a la vez, toda la Encíclica, y especialmente los capítulos III y el IV<sup>329</sup>, referidos a la transmisión de la fe y a cómo afecta ese anuncio al bien común, tiene repercusiones, muy directas y significativas, en la educación para la transmisión de la fe.

### c) *La fe, luz para la sociedad*

Por la fe sabemos que la dignidad del hombre radica en que está creado a imagen y semejanza de Dios<sup>330</sup>, es más, somos verdaderamente hijos de Dios<sup>331</sup> (cf. *Rm* 8, 15-17). Esta dignidad de la persona es la que iluminará las relaciones que surjan entre los hombres, la que justifica la fraternidad humana, la que ilumina todos los acontecimientos y circunstancias de la sociedad a lo largo de la historia.

Sin embargo, la dignidad del hombre no es fácil de comprender sin la ayuda de la fe. La razón puede llegar a entender la igualdad de los individuos y establecer una convivencia cívica, pero se requiere la fe para introducir en las relaciones sociales la esencial componente de hermandad, que solo se puede alcanzar con una visión trascendente que nos conduce a Dios, Padre de todos los hombres. Solo así se puede actuar con la verdadera caridad que merece la dignidad del hombre<sup>332</sup>: «la actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo. La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en

<sup>325</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>326</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. A un grupo de profesores de religión en escuelas italianas*, V, 1, 660-63 ; cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 327. En *Luz del mundo* se le interroga al Papa alemán acerca de la eficacia de la educación religiosa en los colegios. Al responder, muestra su asombro y desconcierto ante el poco peso que deja y se plantea si no podría tener más incidencia performativa la enseñanza de la religión: «En este punto los obispos deben reflexionar de hecho seriamente cómo puede darse a la catequesis un corazón nuevo, un rostro nuevo» (BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*, 150).

<sup>327</sup> Cf. «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», 327.

<sup>328</sup> Cf. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 38, 40.

<sup>329</sup> Cf. *ibid.*, Capítulo III, “Transmito lo que he recibido”, nn. 37-49; cf. Capítulo IV, “Dios prepara una ciudad para ellos”, nn. 50-60.

<sup>330</sup> «El ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1, 26-27). Todos, entonces, llevamos en nosotros el aliento vital de Dios, y toda vida humana —nos dice la Biblia— está bajo la especial protección de Dios. Esta es la razón más profunda de la inviolabilidad de la dignidad humana contra toda tentación de valorar a la persona según criterios utilitaristas y de poder» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 6 de febrero de 2013: Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, IX, 174).

<sup>331</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 4 de enero de 2012*, VIII, 1, 11-18, Libreria Editrice Vaticana, 2012.

<sup>332</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 19.

un darme a mí mismo: para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona»<sup>333</sup>. La verdadera caridad se enraíza en Cristo, que se da por completo a cada uno y, por eso, amar al prójimo, en cuanto entrega y don de uno mismo, es un medio para poder encontrar a Dios<sup>334</sup>.

La dignidad del hombre con frecuencia se ve atacada, quizás porque no es fácil percibir por la razón sin ayuda de la fe. La actual cultura que exalta al hombre y encumbra su libertad, paradójicamente acaba reduciendo a la persona, pues la considera un mero producto de la naturaleza que puede tratar a su antojo desde el punto de vista de la ética relativista y utilitarista<sup>335</sup>. En este contexto la fe supone un gran “sí” de Dios al hombre y a su dignidad: «el gran “sí” que en Jesucristo Dios dijo al hombre y a su vida, al amor humano, a nuestra libertad y a nuestra inteligencia; y, por tanto, cómo la fe en el Dios que tiene rostro humano trae la alegría al mundo. En efecto, el cristianismo está abierto a todo lo que hay de justo, verdadero y puro en las culturas y en las civilizaciones; a lo que alegra, consuela y fortalece nuestra existencia»<sup>336</sup>. Y desde todas las cosas nobles y buenas del hombre, la fe da esperanza y llena de alegría la existencia.

Con la luz de la fe y la ayuda de orientación de la Iglesia se puede alcanzar a comprender que la fraternidad es lo que reclama en las relaciones sociales la caridad, la dignidad de la persona y la verdad. El marco general es que «mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar»<sup>337</sup>, y no con un planteamiento general o abstracto. La fe, en colaboración con la razón y la caridad puede alcanzar la verdad, y entonces se convierte en luz para todos los ámbitos de la sociedad, como ya demostraron los primeros cristianos<sup>338</sup>. La Iglesia, con la luz de la fe, contribuye a la purificación de la razón e ilumina las distintas relaciones sociales: aporta directrices generales guiadas por la caridad y la dignidad de la persona. Esto incluye fomentar la conciencia y la moral, promover estructuras justas e iluminar situaciones particulares de las relaciones humanas. Después, el actuar concreto será responsabilidad de los laicos, de cada ciudadano concreto, no de la Iglesia como institución. La labor de la Iglesia es orientadora, tal como es su doctrina social, enteramente al servicio de la fidelidad a la verdad y a la dignidad del hombre; aunque nunca se sentirá dispensada del ejercicio de la actividad caritativa a través de sus miembros. La doctrina social de la Iglesia es para ella irrenunciable, está al servicio de la auténtica verdad que libera<sup>339</sup>.

---

<sup>333</sup> «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 34.

<sup>334</sup> Cf. *ibid.* n. 16.

<sup>335</sup> Cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 797.

<sup>336</sup> *Ibid.*, 798.

<sup>337</sup> «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 15.

<sup>338</sup> Cf. *Ibid.*; cf. «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», 799.

<sup>339</sup> «Sólo con la caridad, iluminada por la luz de la razón y de la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un carácter más humano y humanizador. El compartir los bienes y recursos, de lo que proviene el auténtico desarrollo, no se asegura sólo con el progreso técnico y con meras relaciones de conveniencia, sino con la fuerza del amor que vence al mal con el bien (cf. *Rm* 12,21) y abre la conciencia del ser

Así, por la fe, las relaciones humanas pueden estar regidas por la caridad, que supera la mera justicia, y engloba a su vez la capacidad de perdonar y de pedir perdón. «El desarrollo conlleva atención a la vida espiritual, tener en cuenta seriamente la experiencia de fe en Dios, de fraternidad espiritual en Cristo, de confianza en la Providencia y en la Misericordia divina, de amor y perdón, de renuncia a uno mismo, de acogida del prójimo, de justicia y de paz. Todo esto es indispensable para transformar los “corazones de piedra” en “corazones de carne” (Ez 36,26), y hacer así la vida terrena más “divina” y por tanto más digna del hombre»<sup>340</sup>. El hombre es más humano si perdona, pero esto lo conoce a la luz de la fe. Del mismo modo, la fe abarca e ilumina todas las relaciones sociales, la historia<sup>341</sup>, la moral, el bien común, y sitúa los acontecimientos dándoles su auténtico sentido<sup>342</sup>.

Benedicto XVI ha mostrado gran preocupación por la cuestión social, la economía y el bien común, especialmente en su Encíclica *Caritas in veritate*<sup>343</sup>, donde concretó descendiendo a numerosos detalles en el ámbito de la Doctrina Social de la Iglesia y abordó de un modo muy incisivo grandes problemas de la sociedad actual, como el “auténtico desarrollo” de la persona<sup>344</sup>, el desarrollo de los pueblos<sup>345</sup>, el mercado y la globalización actual<sup>346</sup>, la solidaridad, la actividad caritativa de la Iglesia y los colaboradores en ella<sup>347</sup>. Para lograr estos objetivos tendrán gran importancia

humano a relaciones recíprocas de libertad y de responsabilidad. La Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer y no pretende “de ninguna manera mezclarse en la política de los Estados”. No obstante, tiene una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia en favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación. Sin verdad se cae en una visión empirista y escéptica de la vida, incapaz de elevarse sobre la praxis, porque no está interesada en tomar en consideración los valores –a veces ni siquiera el significado– con los cuales juzgarla y orientarla. La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad (cf. *Jn* 8,32) y de la posibilidad de un desarrollo humano integral. Por eso la Iglesia la busca, la anuncia incansablemente y la reconoce allí donde se manifieste. Para la Iglesia, esta misión de verdad es irrenunciable. Su doctrina social es una dimensión singular de este anuncio: está al servicio de la verdad que libera» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 9). Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 29.

<sup>340</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 79.

<sup>341</sup> «Crear es fiarse con toda libertad y con alegría del proyecto providencial de Dios sobre la historia, como hizo el patriarca Abrahán, como hizo María de Nazaret» (Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, VIII, 2, 488).

<sup>342</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 15 de febrero de 2012*, VIII, 1, 176-183.

<sup>343</sup> Cf. LORDA, J. L., «Claves teológicas para una lectura de *Caritas in veritate*», *Scripta Theologica* 42 (2010), 101-120.

<sup>344</sup> Este desarrollo es una verdadera vocación que abarca tanto el plano natural como el sobrenatural de la persona individual, también en las concretas circunstancias de la sociedad, capaz de resistir cualquier crisis. Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 16, 18, 21-30.

<sup>345</sup> Benedicto XVI afirma que las enseñanzas de la Iglesia deben tener concreciones que favorezcan el desarrollo de los pueblos, en la legislación, en la promoción del empleo que reclama la dignidad humana, en acuerdos que eviten injusticias insalvables en la práctica para algunos pueblos sin la implicación de otros países más desarrollados, en una economía que favorezca la justicia, en el planteamiento de una autoridad política mundial que vele subsidiariamente por la justicia. Las iniciativas para el desarrollo, desde una perspectiva de fe, preservarán la centralidad de la persona humana. Cf. *Ibid.*, nn. 20, 32, 47, 67, 71 et al.

<sup>346</sup> Cf. *Ibid.*, nn. 30-42. El Papa emérito, sin rechazar todos los aspectos positivos de la economía actual, se plantea retos y mejoras. Propone una economía ordenada a la consecución del bien común, articulada e institucionalizada éticamente, en la que tengan cabida la justicia, la moral y una gratuidad que contemple la fraternidad, la solidaridad y el bien común, sin que tenga como único objetivo el beneficio. Que se contemple la justicia distributiva y la justicia social.

<sup>347</sup> Cf. *ibid.*, nn. 31-33. Esta actividad caritativa debe tener unas características y, sobre todo, debe estar guiada por la fe que actúa por el amor (cf. *Ga* 5, 6), para ser testigos de Cristo, quien se entrega a los demás por el



las instituciones, tal como recordaba a la Asamblea General de las Naciones Unidas<sup>348</sup>.

Pero la fe también da luz acerca de la relación del hombre con su entorno, con la naturaleza<sup>349</sup>. «El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa»<sup>350</sup>. No se pueden utilizar los recursos naturales con una mentalidad hedonista y consumista que no se preocupa de los demás, pues el modo de tratar a la naturaleza tiene repercusión en el desarrollo de los pueblos y condiciona su desarrollo económico y cultural. «La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación y la debe hacer valer en público»<sup>351</sup>, es más, la Iglesia guiada por la fe, tiene el deber de proteger al hombre contra sí mismo, para lo cual, el Papa bávaro propone una “ecología del hombre” bien entendida, de modo que, si se respeta al hombre, también la naturaleza saldrá beneficiada. Al final, lo que se observa es que es un problema de coherencia moral: en la sociedad actual se ha impuesto un egoísmo individualista que no permite respetar el entorno, ni el humano ni el natural<sup>352</sup>.

La fe da luz al hombre, incluso en las situaciones más duras, como pueden ser el sufrimiento y la soledad. Por un lado, para confortar, pues por la fe puedo reconocer en el “otro” la imagen divina que necesita de mí; pero, si en mi vida está ausente el contacto con Dios, no lograré ver a mi prójimo. La dignidad del hombre que me muestra la fe, y que me mueve a la fraternidad, hace que la persona ame al otro, sea quien sea, aunque no le agrade o incluso no lo conozca<sup>353</sup>. Pero esto «sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. (...) Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas

amor. La Iglesia colaborará en paliar muy diversas carencias, a través de un compromiso de justicia y amor por la fe, con una disposición de solidaridad y caridad ampliada por la globalización actual, y una implicación personal a través de iniciativas institucionales y de voluntariado. Esta ayuda intentará ser profesional, inmediata cuando se necesite, llena de humanidad, independiente de partidos e ideologías, y sin tratar de imponer las creencias propias, sino que se debe dar en un clima de respeto y gratuidad.

<sup>348</sup> «A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», 332-34. Aboga el Papa alemán por el derecho de todo Estado a proteger a su propia población, y plantea que la comunidad internacional debe intervenir del modo previsto, y de forma subsidiaria, cuando esto no se pueda garantizar. Además, en su planteamiento propone que no se desdeñe la componente religiosa: «una visión de la vida enraizada firmemente en la dimensión religiosa puede ayudar a conseguir dichos fines, puesto que el reconocimiento del valor trascendente de todo hombre y toda mujer favorece la conversión del corazón, que lleva al compromiso de resistir a la violencia, al terrorismo y a la guerra, y de promover la justicia y la paz» (*Ibid.*, 334).

<sup>349</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», nn. 51-53; cf. BLANCO-SARTO, P. (PABLO), «Ética, ecología y economía. *Caritas in veritate*: la encíclica global de Benedicto XVI», *Revista empresa y humanismo* 14 (2011), 19-46; cf. GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI*, 54.

<sup>350</sup> «Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 51.

<sup>351</sup> *Ibid.*

<sup>352</sup> Cf. *Ibid.* n. 51.

<sup>353</sup> Por ejemplo, cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo*. En *Luz del mundo* aparecen muchas de estas cuestiones: la dignidad del hombre (p. 78, 155), la solidaridad (pp. 126) y las ayudas caritativas (pp. 70-72), el sufrimiento (pp. 93-94), la justicia social (pp. 60-61), la legítima dimensión pública del cristianismo (pp. 66-68), el medio ambiente (pp. 61-62) ... Son cuestiones que el Papa emérito tiene muy presentes, como también se ve en *Jesús de Nazaret*: dignidad del hombre, 204; solidaridad, 165... La cuestión del dolor, además de en la Pasión, se comenta también en: 157 y ss.

necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita»<sup>354</sup>. Por otra parte, la fe conforta en el sufrimiento o la soledad, que son situaciones especialmente duras para el hombre<sup>355</sup>. El sufrimiento forma parte de la vida del hombre, por su finitud y por sus propias culpas. Es bueno tratar de paliar el sufrimiento, pero nunca se podrá eliminar completamente, pues es el rastro que ha dejado en el hombre el pecado original. Pero, el poder del mal de nuestras culpas sólo podría hacerlo desaparecer Dios haciéndose hombre y redimiéndonos, y la fe nos afirma que esto es lo que ha sucedido. Con la fe surge la esperanza de la salvación, pero es esperanza que todavía no se ha cumplido. No obstante, con esta esperanza el sufrimiento se puede afrontar, porque «lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito»<sup>356</sup>. Entonces el hombre, por la fe, puede aceptar ese sufrimiento por amor a Jesucristo, queriendo correderimir con Él, en la esperanza de la salvación<sup>357</sup>. Para el cristiano, el dolor nunca es un dolor sin sentido, todo es providencia de su Padre, aunque no siempre llegue a comprenderlo; pero, por la fe, se fía de Él<sup>358</sup>.

En *Lumen fidei*, en los números 54-56, se habla de la fe como luz para la sociedad, del respeto a la naturaleza, de cómo la fe posibilita el perdón, así como de la esperanza que otorga la fe. Son enseñanzas recogidas en el magisterio de Benedicto XVI como hemos ido viendo, aunque quizás se aprecia un mayor énfasis en el perdón.

### 3. MARÍA SANTÍSIMA, ICONO PERFECTO DE FE

Benedicto XVI presenta a la Virgen como modelo de fe y aquella en la que se culmina la historia de fe que se inicia en el Antiguo Testamento. En ella aprendemos a creer, es Madre que nos sostiene en la fe<sup>359</sup>.

La vida de María Santísima es completamente una vida de fe<sup>360</sup>, por lo que se puede decir que es icono perfecto de fe. Benedicto XVI, en la catequesis que le

<sup>354</sup> «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 18.

<sup>355</sup> «Una de las pobreza más hondas que el hombre puede experimentar es la soledad. Ciertamente, también las otras pobreza, incluidas las materiales, nacen del aislamiento, del no ser amados o de la dificultad de amar. Con frecuencia, son provocadas por el rechazo del amor de Dios, por una tragedia original de cerrazón del hombre en sí mismo, pensando ser autosuficiente, o bien un mero hecho insignificante y pasajero, un “extranjero” en un universo que se ha formado por casualidad. El hombre está alienado cuando vive solo o se aleja de la realidad, cuando renuncia a pensar y creer en un Fundamento. Toda la humanidad está alienada cuando se entrega a proyectos exclusivamente humanos, a ideologías y utopías falsas» («Carta Encíclica “*Caritas in veritate*”», n. 53)

<sup>356</sup> «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», n. 37.

<sup>357</sup> Cf. *ibid.* nn. 36-37.

<sup>358</sup> Cf. «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”», n. 38.

<sup>359</sup> Cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Icono de la fe obediente*, VIII, 2, pp. 773-780, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012, VIII, 2, 773-780.

<sup>360</sup> Cf. GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI*, 287-94; cf. NICHOLS, A., *The Thought of Benedict XVI: An Introduction to the Theology of Joseph Ratzinger*, New York: Burns & Oates, 1988, 200-206; cf. BLANCO SARTO, P., *La Teología de Joseph Ratzinger*, 287-301.

dedicó en el *Año de la fe*, la definió como “ícono de la fe obediente”, y *Porta fidei* muestra en breves trazos la configuración de la totalidad de la vida de María por la fe<sup>361</sup>.

### **A. María nos enseña cómo creer**

En el anuncio del Ángel a María, ella reconoce el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento que prefiguraban la llegada del Mesías<sup>362</sup>. Como explica el Papa emérito es un anuncio que invita a la alegría: «El saludo del ángel a María es, por lo tanto, una invitación a la alegría, a una alegría profunda, que anuncia el final de la tristeza que existe en el mundo ante el límite de la vida, el sufrimiento, la muerte, la maldad, la oscuridad del mal que parece ofuscar la luz de la bondad divina. Es un saludo que marca el inicio del Evangelio, de la Buena Nueva». En ella, la humanidad acoge la alegría, la esperanza de la salvación, aprende a desterrar la tristeza, porque llega el Salvador a liberarnos<sup>363</sup>.

En María aprendemos que su alegría tiene su origen en su trato con Dios: «la alegría proviene de la gracia; es decir, proviene de la comunión con Dios, del tener una conexión vital con Él, del ser morada del Espíritu Santo, totalmente plasmada por la acción de Dios. María es la criatura que de modo único ha abierto de par en par la puerta a su Creador, se puso en sus manos, sin límites. Ella vive totalmente *de la y en* relación con el Señor; está en actitud de escucha, atenta a captar los signos de Dios en el camino de su pueblo; está inserta en una historia de fe y de esperanza en las promesas de Dios, que constituye el tejido de su existencia. Y se somete libremente a la palabra recibida, a la voluntad divina en la obediencia de la fe»<sup>364</sup>.

En María, también se aprende cómo la fe «incluye también el elemento de la oscuridad»<sup>365</sup>, que desconcierta a tantas personas. Por la fe, el hombre se llena de confianza en Dios y aprende con María a someterse libremente a la voluntad de Dios en obediencia de fe, a pesar de esa posible oscuridad<sup>366</sup>.

Benedicto XVI también anima a considerar la humildad que requiere la fe y que se ve perfectamente encarnada en María Santísima. Esta humildad se fundamenta en la total confianza en Dios y no en nuestra suficiencia, que, por tanto, se adhiere libre y amorosamente a la voluntad de Dios. En la Madre de Dios el hombre aprende la obediencia que requiere la fe, a pesar de la posible oscuridad. «Al

<sup>361</sup> Cf. «*Porta fidei*», n. 13; cf. *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Ícono de la fe obediente*, VIII, 2, 773-774.

<sup>362</sup> Cf. *Ibid.*, 773-774.

<sup>363</sup> Cf. *ibid.*, 774.

<sup>364</sup> *Ibid.*

<sup>365</sup> *Ibid.*, 775.

<sup>366</sup> Cf. *ibid.*, 774-76. La fe lleva al abandono en Dios, con la incertidumbre que conlleva, y así, aunque la Virgen vivió la alegría de la Anunciación, también experimentó el dolor de ver a su Hijo clavado en la Cruz. La fe no elimina la distancia insondable entre el Creador y la criatura, y el hombre en ocasiones no alcanza a comprender los designios de la providencia amorosa para con él, especialmente cuando ésta permite que se pase por momentos de dolor y sufrimiento. Pero a pesar de esto, cuando el hombre confía con fe en Dios, este le sostiene, como Abrahán y como María.

mismo tiempo, María no se presenta sólo como la gran creyente, sino como la imagen de la Iglesia, que acoge la Palabra en su corazón y la transmite<sup>367</sup>. Esta obediencia sólo es posible si hay un trato asiduo con Dios, como lo tuvo la Virgen<sup>368</sup>, quien «conservaba todas las cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19), y así la llaman bienaventurada todas las generaciones por su fe (Lc 1, 45). Consiguientemente, ella es humilde, sólo quiere ser la esclava del Señor, no pretende ponerse en el centro, sino permitir que sea Dios quien actúe, dejarle espacio<sup>369</sup>.

Por la fe el hombre aprende, al contemplar a María, que confiar en Dios no implica que todo nos vaya bien, conforme a nuestros gustos o intuiciones. La gloria de Dios no se manifiesta en el triunfo, sino que su omnipotencia «obra con la fuerza, a menudo silenciosa, de la verdad y del amor. La fe nos dice, entonces, que el poder indefenso de aquel Niño al final vence el rumor de los poderes del mundo»<sup>370</sup>.

### **B. María, modelo acabado de fe**

Por María y a través de ella, Benedicto XVI confía en que toda persona pueda alcanzar la plenitud de la fe, pues en ella siempre puede esperar confiadamente el hombre: «Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su “sí” abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14)? (...) Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino»<sup>371</sup>.

En María el hombre halla un modelo perfecto de fe. Nos ha sido entregada como Madre (cf. Jn 19, 27) y ella nos enseña a acoger la fe: cómo recibir la iniciativa divina y responder generosamente para luego anunciar la alegría que se nos comunica con la fe<sup>372</sup>. María es modelo de fe, Madre de la Iglesia y nos muestra cómo llegar al trato personal con Dios por la oración<sup>373</sup>.

<sup>367</sup> Jesús de Nazaret. *Preludio. Los relatos de la infancia*. JROC, VI/1, 90.

<sup>368</sup> «Es la humildad profunda de la fe obediente de María, que acoge en sí también aquello que no comprende del obrar de Dios, dejando que sea Dios quien le abra la mente y el corazón» (*Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Icono de la fe obediente*, VIII, 2, 777)

<sup>369</sup> «“Magnificat anima mea Dominum” (Lc 1, 46), y con ello expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma» («Carta Encíclica “*Dens caritas est*”», n. 41).

<sup>370</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Aud. gral. del 19 de diciembre de 2012: La Virgen María: Icono de la fe obediente*, VIII, 2, 777.

<sup>371</sup> «Carta Encíclica “*Spe salvi*”», nn. 49.

<sup>372</sup> Cf. BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luç del mundo*, 171-74. En *Luç del mundo* Benedicto XVI cuenta con gran sencillez la confianza que tiene en María («los triunfos de María son silenciosos, pero reales»), y cómo ha ido tomando protagonismo en su vida, desde una piedad inicial preponderantemente cristocéntrica.

<sup>373</sup> «Para el hombre que busca, esta invitación se transforma siempre en una petición espontánea, una petición dirigida en particular a María, que nos dio a Cristo como Hijo suyo: “Muéstranos a Jesús”. Rezamos hoy así de todo corazón; y rezamos, más allá de este momento, interiormente, buscando el rostro del Redentor. “Muéstranos a Jesús”. María responde, presentándonoslo ante todo como niño. Dios se ha hecho

Ella es verdaderamente Madre de todos los creyentes y poderosa intercesora, porque ella siempre nos conduce a su Hijo Jesucristo.

«María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas las partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. Los testimonios de gratitud, que le manifiestan en todos los continentes y en todas las culturas, son el reconocimiento de aquel amor puro que no se busca a sí mismo, sino que sencillamente quiere el bien. La devoción de los fieles muestra al mismo tiempo la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial “del que manarán torrentes de agua viva” (Jn 7, 38). María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva. A ella confiamos la Iglesia, su misión al servicio del amor:

Santa María, Madre de Dios,  
tú has dado al mundo la verdadera luz,  
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.  
Te has entregado por completo  
a la llamada de Dios  
y te has convertido así en fuente  
de la bondad que mana de Él.  
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él.  
Enséñanos a conocerlo y amarlo,  
para que también nosotros  
podamos llegar a ser capaces  
de un verdadero amor y ser fuentes de agua viva  
en medio de un mundo sediento»<sup>374</sup>.

También Benedicto XVI nos propone a María como intercesora en todas nuestras necesidades, humanas y sobrenaturales, y como camino hacia Jesús: «En la fiesta de la Inmaculada Concepción miramos, llenos de alegría, a María, en la cual Dios se preparó una morada maravillosa. La santísima Virgen fue concebida sin pecado original y dio siempre al Señor su amor puro e indiviso. Que ella sea para nosotros un modelo y una intercesora en nuestra vocación a la santidad, y nos ayude a preparar una digna morada para Dios en nuestro corazón»<sup>375</sup>. Del mismo modo, también será guía para encontrar a Dios, para innumerables personas, quizá sin excesivo nivel cultural, pero de cuya fe —“la fe de los sencillos” como la ha venido a

---

pequeño por nosotros. Dios no viene con la fuerza exterior, sino con la impotencia de su amor, que constituye su fuerza. Se pone en nuestras manos. Pide nuestro amor. Nos invita a hacernos pequeños, a bajar de nuestros altos tronos y aprender a ser niños ante Dios. Nos ofrece el Tú. Nos pide que nos fiemos de él y que así aprendamos a vivir en la verdad y en el amor» («Homilía Santa Misa con ocasión del 850º aniversario de la fundación del Santuario de Mariazell (Austria)», 838).

<sup>374</sup> «Carta Encíclica “*Deus caritas est*”, n. 46.

<sup>375</sup> *Insegnamenti di Benedetto XVI. Ángelus, 8 de diciembre de 2011, Solemnidad de la Inmaculada Concepción*, VII, 2, 852-856, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011, 855.

denominar el Papa alemán— son responsables la Iglesia y Santa María<sup>376</sup>, *Mater Ecclesiae*.

Por último, *Lumen fidei*, dedica los tres puntos finales a María, insistiendo en cómo la Virgen es “icono perfecto de fe”, en la que se cumplen las promesas del Antiguo Testamento, y es, en definitiva, la que nos lleva a su Hijo. Y termina también, como en otros documentos pontificios anteriores, con una oración en la que son reconocibles las tres fases de la fe: iniciativa divina, escucha y respuesta, anuncio<sup>377</sup>.

\* \* \*

En este capítulo tercero hemos estudiado la dimensión *kerigmática* de la fe: la fe en cuanto anuncio. En los dos capítulos anteriores hemos visto cómo Dios toma la iniciativa y sale al encuentro del hombre al otorgarle el don de la fe, y la posibilidad que tiene el individuo de responder libre y voluntariamente, por la gracia de Dios, a esa llamada. La respuesta afirmativa que significa acoger el don de la fe pasa, como recuerda con insistencia Benedicto XVI, por un encuentro personal con Jesucristo. Ese encuentro hace descubrir el don de la fe y al experimentar la alegría que conlleva, entonces la persona necesariamente busca anunciarla, por la propia naturaleza humana que tiende a comunicar el bien hallado. Así, la fe descubierta, aceptada y madurada, termina comunicándose. El anuncio de la fe se hará en tres ámbitos: a través de la Iglesia, de forma individual y en la sociedad al buscar el bien común.

La Iglesia es la primera beneficiaria de la fe y la mediadora en la transmisión de la fe a todos los hombres. Es responsable, por explícito designio de Jesucristo, de transmitir de forma íntegra la fe que le confió, a través de los Apóstoles y sus sucesores. La fe tiene una dimensión eclesial y comunitaria. La Iglesia precede, engendra y alimenta la fe de los cristianos. La fe es una fe personal, pero no individual, y crece y madura en la Iglesia, a través de la gracia.

Dentro de la dimensión eclesial de la fe, los tesoros que comunica la Iglesia al hombre por la fe son el credo (la “regla de fe”, que contiene todas las verdades que

---

<sup>376</sup> Cf. «Ad primam Sessionem generalem Coetus Specialis pro Medio Oriente Synodi Episcoporum», *AAS* 102 (2010) 828-32.

<sup>377</sup> «¡Madre, ayuda nuestra fe!

Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada.

Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa.

Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe.

Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar.

Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado.

Recuérdanos que quien cree no está nunca solo.

Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino.

Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor».

(Oración final de la Encíclica. PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica “*Lumen fidei*”», nn. 58-60).

debe creer el cristiano, con cuya aceptación se inicia la comunión del creyente con la Iglesia), los sacramentos (la acción de Cristo en su Iglesia llega a través de la liturgia por medio de los sacramentos), el decálogo (compendio de la vida moral) y la oración (que facilita a través de la Palabra el trato personal con Dios). La armonía entre estos elementos tiene que ser completa, pues, por la gracia, todos conducen a la unión y al trato personal con Jesucristo. Con estos medios, y muy especialmente por la ayuda del Espíritu Santo, la persona que acoge la fe, al igual que la Iglesia, es destinatario de la fe y protagonista del anuncio. La fidelidad de la Iglesia al mensaje de Cristo está asegurada con la asistencia del Espíritu Santo, a través de la sucesión apostólica, iniciada en los Apóstoles por Jesucristo, y continuada por sus sucesores, con la ayuda de la Tradición y el Magisterio.

La fe que anuncia la Iglesia en su dimensión comunitaria se transmite a cada persona. Y es cada hombre el que tiene que acogerla, aceptar los medios de santificación que se le ofrecen y tener ese encuentro personal con Jesucristo. Por tanto, aparte de la responsabilidad de la Iglesia como institución, la principal responsabilidad en el anuncio de la fe la tiene cada individuo. Cuando el creyente experimenta el trato personal con Cristo se deja plasmar por la gracia, procura identificarse con Él, y entonces anuncia a Cristo, y no a sí mismo o una doctrina. Por esto cada cristiano necesita la gracia y vivir en un proceso continuo de conversión, con el que comienza el anuncio: los santos son los que cambian el mundo con la gracia de Dios. Todas las personas están llamadas a ser santas, y al procurar el trato personal con Jesucristo experimenta que es Dios el que hace las cosas y, por tanto, no tiene cabida el desánimo en su vida ante el rechazo de Dios en la sociedad o en las personas, pues está convencido de que Dios es el Señor de la Historia. Es obvio que, para este anuncio personal de la fe con gran repercusión en su entorno próximo y en la sociedad, es imprescindible la coherencia de vida a la que conduce la fe.

Benedicto XVI afirma que el anuncio de la fe en la sociedad actual debe tener en cuenta la peculiar forma de pensar del hombre de hoy. El anuncio sigue siendo el mismo: Jesucristo; pero las personas a las que se va a llevar ese anuncio están marcadas por el relativismo, y, en muchas ocasiones, inmersas en un ambiente materialista. En continuidad con los anteriores pontífices, vuelve a impulsar una “*nueva evangelización*”, centrada en la persona (haciendo factible un diálogo en el que se desarrolle un entendimiento común, partiendo de derechos universales, de la libertad, la belleza, la libertad...; y, sobre todo, al propugnar la capacidad de la razón de alcanzar la verdad, a través de una razón abierta a la trascendencia). Para esta “*nueva evangelización*” plantea el estudio de las dificultades en el anuncio y la renovación del compromiso evangelizador por parte de cada creyente y de las instituciones. Propone como herramientas fundamentales la actualidad del Concilio Vaticano II (en una hermenéutica de la *reforma en la continuidad*) y el Catecismo de la Iglesia.

El cristiano cuando busca el bien común, sin pretenderlo específicamente, ya está anunciando la fe, pues la razón última que impulsa a procurar el bien es la fe.

Una sociedad impregnada por la fe, preocupada por el bien común, tiene una belleza fácil de percibir, y se podrá descubrir a un Dios que construye una ciudad fiable a los hombres (si le dejamos). Además, se puede afirmar que procurar anunciar la fe será un modo muy eficaz de contribuir al bien común, pues cuantas más personas acojan libremente esa fe, más creyentes se implicarán de forma coherente y directa en el bien de la sociedad. La sociedad se beneficia de la fe y del incremento del bien común en la medida en que lo hacen las instituciones que componen esa sociedad.

La fe aporta al bien común, primero a través de la familia, y posteriormente, por medio de la educación, a las demás instituciones públicas, sociales, económicas o políticas. La familia es el primer ámbito de transmisión de la fe, y para ello hay que respetar y cuidar la institución del matrimonio y formar a los hijos en una libertad responsable, en lo humano y en lo sobrenatural. Las familias tienen que ser conscientes de que su paternidad y su maternidad derivan de Dios y, consiguientemente, son colaboradores de Dios en la educación de los hijos y, por supuesto, en la transmisión de la fe. Benedicto XVI encuadra el anuncio de la fe a través de la educación como una verdadera *diakonia* de la verdad, e insiste en aportar los necesarios medios para acceder a esa verdad: libertad, voluntad, esperanza, profesionalidad, encuentro personal con Cristo. De esta forma se dota a las personas de la capacidad de adquirir compromisos estables que les faciliten tener una vida plena. En el anuncio de la fe dentro de las distintas estructuras de la sociedad, el Papa emérito anima a tener especialmente en cuenta la dignidad de la persona, la fraternidad (la fe es consuelo y esperanza en el sufrimiento) y, en general, el respeto a todas las realidades creadas.

Por último, hemos tratado acerca de la Madre de Dios, María Santísima, modelo de fe para todos los creyentes y, también modelo de cómo realizar el anuncio. María nos enseña a creer, con alegría, con humildad y confianza en Dios a pesar de las dificultades, y de forma compatible con las dudas o las oscuridades. Muchas veces, María es aquella que sostiene la “fe de los sencillos”, como la ha denominado Benedicto XVI. María es modelo acabado de fe para todos los cristianos.



## CONCLUSIONES

Tras el estudio y propuesta de sistematización del Magisterio de Benedicto XVI acerca de la fe en su Pontificado siguiendo los distintos capítulos de este trabajo, pasamos a desarrollar las conclusiones alcanzadas<sup>1</sup>.

1. *Las enseñanzas en torno a la fe en el Magisterio de Benedicto XVI siguen un esquema clásico en el que se destaca la fe como iniciativa y don de Dios, que espera la respuesta libre del hombre.*

Estas enseñanzas son, lógicamente, absolutamente acordes al *Catecismo de la Iglesia Católica* (obra que dirigió el propio Papa Benedicto cuando era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe), y pensamos que se pueden articular y sistematizar de forma íntegra y coherente dentro de la estructura que desarrolla la Encíclica *Lumen fidei*<sup>2</sup>.

La fe ha sido protagonista del Magisterio de Benedicto XVI que subraya de modo especial el significado profundo del «creer» tal como se recoge en *CEC*, n. 26: la fe es un don, y la iniciativa siempre parte de Dios, el cual, con la precedencia de su gracia y en su *designio de benevolencia*, busca que el hombre llegue a la plenitud en la comunión con la Trinidad, mediante la respuesta absolutamente libre del individuo<sup>3</sup>. El Papa emérito entiende esta respuesta de la persona desde una óptica personalista<sup>4</sup>, en un contexto de diálogo personal entre el hombre y Dios, en Jesucristo<sup>5</sup>. La fe, es personal, pero también es eclesial y comunitaria, por lo que dicho encuentro se dará en el ámbito de la Iglesia<sup>6</sup>. La actitud del individuo ante la fe es fundamental: se puede situar libre y voluntariamente en disposición de atender a los requerimientos divinos que pueden conducir al acto de fe, o no hacerlo; y por esto, tanto el acto de fe, como las mismas disposiciones del hombre ante la fe, tendrán una específica carga moral<sup>7</sup>. Al acoger la fe con su respuesta libre y voluntaria, experimenta una especial alegría, de la que surge el anuncio de la fe y del gozo del encuentro con Dios como consecuencia lógica<sup>8</sup>.

---

<sup>1</sup> Estas conclusiones no están ceñidas específicamente a cada capítulo, sino que más bien son conclusiones globales, relacionadas transversalmente con el contenido de los distintos capítulos.

<sup>2</sup> Cf. Apartado del presente trabajo de investigación, “Introducción”.

<sup>3</sup> Cf. Capítulo I, 1. “*La alegría de la fe. La fe en cuanto llamada de Dios al hombre*” y 2. “*Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso de la fe*”; cf. también Capítulo II, 3. “*Fe y búsqueda de Dios. Respuesta libre del hombre a la fe*”.

<sup>4</sup> Cf. Capítulo I, 1.A.b “*El don de la fe*” y 3. “*Jesucristo, cumbre y centro de la revelación*”; Capítulo II, 1.B.a “*Fe y verdad están íntimamente unidas. Relación ciencia-fe*” y 2.B.a “*Racionalidad de la fe. Fe y razón no son opuestas*”.

<sup>5</sup> Cf. Capítulo I, 3. “*Jesucristo, cumbre y centro de la revelación*”.

<sup>6</sup> Cf. especialmente, Capítulo I, 2.C. “*El testimonio*”; Capítulo II, 2. “*Acceso a una verdad grande a través de la fe*”; y Capítulo III, 1. “*La Iglesia, responsable de la transmisión íntegra de la fe*”.

<sup>7</sup> Cf. Capítulo I, 2. “*Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe*” y 3. “*Fe y búsqueda de Dios. Respuesta libre del hombre a la fe*”.

<sup>8</sup> Cf. Capítulo III. “*Anuncio*”.

2. *Benedicto XVI insiste en cómo el acceso personal a la fe es a través del encuentro con una Persona, con Jesucristo; y este encuentro da un nuevo horizonte a la vida.*

Desde el principio de su Pontificado, el Papa alemán señaló que no se llega a la fe por una decisión ética o por una idea, sino a través del encuentro personal con Jesucristo, en el que se nos manifiesta el rostro de Dios<sup>9</sup>. Jesucristo es el *Logos*, la Razón creadora, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. El hombre –con su razón y la ayuda de la gracia de Dios– puede descubrir en Él, el bien, la belleza, la verdad<sup>10</sup>. Jesucristo desvela el hombre al propio hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22) y el ser humano es capaz, por su comunión en Jesucristo, de introducirse en la intimidad de Dios. En ese encuentro se ilumina y se da sentido tanto a los grandes interrogantes del hombre como a sus circunstancias cotidianas, y, entonces, el cristiano se colma de alegría, dentro de las limitaciones de esta vida<sup>11</sup>.

A la vez, esta comunión de Amor reclama del hombre, como consecuencia, el compromiso de la totalidad de su persona: la santidad<sup>12</sup>. Esta santidad es factible con la ayuda de la Iglesia que facilita al creyente el encuentro personal con Jesucristo por el conocimiento de la Palabra de Dios, por el auxilio de los sacramentos –especialmente de la Eucaristía–, y por la transmisión íntegra de la doctrina<sup>13</sup>.

Subrayar este encuentro personal con Jesucristo es, quizás, la gran conclusión que se puede sacar de las enseñanzas del Papa alemán en torno a la fe. El resto de conclusiones, pensamos que no son más que consecuencias que se derivan de ésta, y, de hecho, la trascendencia de ese encuentro aparece con frecuencia cuando trata de otras cuestiones fundamentales como la libertad, la razón, la voluntad o la moral.

3. *El Papa alemán al hablar de la fe se dirige al hombre de hoy con sus circunstancias, y le ofrece la alegría de la fe. Señala la crisis de fe como el origen de la crisis de verdad actual.*

Benedicto XVI quiere dialogar con el hombre de hoy, y lo hace desde su realidad socio-cultural concreta. Se puede afirmar, en sentido amplio, que se dirige más específicamente a la llamada “sociedad occidental”, con gran influencia en el resto del mundo. En general, esta sociedad se caracteriza, en primer lugar, por una cierta insatisfacción; y, en segundo lugar, por su mentalidad autónoma y por su racionalismo relativista que ha provocado la disociación práctica entre fe y verdad, y

<sup>9</sup> Cf. Capítulo I, 3. “*Jesucristo, cumbre y centro de la revelación*”; Capítulo II, 3.B.b “*Encuentro personal con Jesucristo*”.

<sup>10</sup> Cf. Capítulo I, 2. “*Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe*” y III. “*Jesucristo, cumbre y centro de la revelación*”; Capítulo II, 2.B “*Fe y razón*” y 3.B “*Fe y los que buscan a Dios*”.

<sup>11</sup> Cf. Capítulo I, 1. “*La alegría de la fe. La fe en cuanto llamada de Dios al hombre*”, 2. “*Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe*”, 3.B “*Jesucristo, el Logos, muestra al propio hombre quién es el hombre*” y 3.C “*En Jesucristo se sella la Nueva y Eterna Alianza*”; y Capítulo II, 2.A “*Amor y conocimiento de la verdad. Escucha y visión*” y 3. “*Fe y búsqueda de Dios. Respuesta libre del hombre a la fe*”.

<sup>12</sup> Cf. Capítulo I, 2. B “*La persona*”, 2.C “*El testimonio*” y 3.A.b “*Cristo es revelación de Dios. En Jesucristo se nos muestra Dios*”; Capítulo II, 3. “*Fe y búsqueda de Dios. Respuesta libre del hombre a la fe*”; Capítulo III, 1.A.c “*Fe y decálogo*”, 1.Ba “*La integridad de la fe*” y 2.A “*Responsabilidad personal en la transmisión de la fe*”.

<sup>13</sup> Cf. especialmente, Capítulo I, 2.C “*El testimonio*”, 3.A “*Jesucristo, el Logos encarnado, siempre obedece al Padre, y en Él nos revela Dios (Jn 8, 55)*”; Capítulo II, 3.A “*El acto de fe. Libertad y voluntad*”; y Capítulo III, 1. “*La Iglesia, responsable de la transmisión íntegra de la fe*”.

entre razón y verdad<sup>14</sup>. Muchas personas viven hoy en día cerradas a la trascendencia –en la práctica *etsi Deus non daretur* (como si Dios no existiera)–, y parecen no necesitar a Dios a pesar de su frecuente insatisfacción vital<sup>15</sup>.

El Papa emérito parte de un diagnóstico certero de la sociedad. Se fija en los anhelos de felicidad no colmados del hombre de hoy, y le ofrece la alegría de la fe<sup>16</sup>; afronta la actual crisis de verdad que provoca esa insatisfacción vital, y no duda en señalar la crisis de fe como el origen de esta crisis de verdad<sup>17</sup>; y a continuación, en consecuencia, realiza una propuesta de apertura a la trascendencia. En su Magisterio se percibe cómo Benedicto XVI tiene amor, preocupación real por cada persona<sup>18</sup>, y muestra un gran optimismo y confianza en el hombre. Afirma que el individuo puede colmar sus más íntimos anhelos de felicidad por la fe<sup>19</sup> a partir de la iniciativa de Dios, que se asoma a cada uno y que se insinúa como posible respuesta, aunque con profundo respeto a su libertad<sup>20</sup>. Como solución concreta para hacer accesible la fe a esta sociedad actual propone una razón ampliada abierta a la trascendencia, dispuesta a prestar atención a la ayuda que le puede llegar desde la fe. Y para fundamentar esta propuesta, anima a descubrir la racionalidad de la fe, la sabiduría y la inteligencia que aporta el amor, la armonía entre fe y razón<sup>21</sup>.

El Papa bávaro ha hecho un gran esfuerzo en poner de manifiesto cómo la fe es buena para la sociedad –también en su manifestación pública– para facilitar esa apertura a la trascendencia que propone a una sociedad de mentalidad autónoma, que parece no necesitar a Dios. Y afirma que esta apertura es beneficiosa incluso para el no creyente, al que propone vivir, al menos, *etsi Deus daretur*<sup>22</sup>.

4. *Benedicto XVI defiende la capacidad de acceso a la verdad por parte del hombre, y para ello propone una razón ampliada abierta a la trascendencia*<sup>23</sup>.

La posibilidad humana de acceder a la verdad no es fácil, ni obvia, para el hombre de hoy en la sociedad occidental donde muchas veces imperan el relativismo de un antropocentrismo subjetivista, del empirismo y el tecnicismo, del olvido de Dios por la ideología o el indiferentismo, de la pérdida de la noción de naturaleza humana y de la desorientación de la libertad que han desembocado en la actual crisis de la verdad: se sospecha de toda verdad única, completa y absoluta.

<sup>14</sup> Cf. Capítulo I, 1.A “Dios busca al hombre” y 2. “Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe”; y Capítulo II. “Respuesta”; cf. Capítulo III, 2.A.b “Nueva evangelización”.

<sup>15</sup> Cf. Capítulo I, 2. B “La persona”; y Capítulo II. “Respuesta”.

<sup>16</sup> Cf. Capítulo I, 1. La alegría de la fe. La fe en cuanto llamada de Dios al hombre.

<sup>17</sup> Cf. Capítulo I, 2. “Caminos por los que Dios facilita al hombre el acceso a la fe”; Capítulo II, 1.B.b “El hombre necesita la fe para acceder a la verdad completa”; 2. “Acceso a una verdad grande a través de la fe”; 3.A.b “El acto de fe. Acto de la libertad y de la voluntad. Acto moral”; Capítulo III, 2. “La fe y el bien común. Responsabilidad personal en la transmisión de la fe”.

<sup>18</sup> Cf. Capítulo III, 2.A.b “Nueva evangelización”.

<sup>19</sup> Cf. Capítulo I, 1. “La alegría de la fe en cuanto llamada de Dios al hombre”.

<sup>20</sup> Cf. Capítulo II. “Respuesta”.

<sup>21</sup> Cf. Capítulo II, 2.B “Fe y razón”.

<sup>22</sup> Cf. Capítulo II, y 2.B.c “Propuesta de una razón ampliada abierta a la trascendencia”.

<sup>23</sup> Cf. Capítulo II. “Respuesta”.

Incluso, en muchos casos, el hombre niega esa capacidad de acceso a la verdad, teóricamente o en la práctica; y tampoco ve la necesidad de ello, pues piensa no necesitar a Dios. Muchas veces, prevalece en esta sociedad la convicción de que la única fuente de verdad cierta es el conocimiento racionalista técnico-científico; y todo el resto de saberes, incluido Dios, caerían dentro de un conocimiento relativista subjetivo. Se llega así a una auténtica “dictadura del relativismo” en la que, al desaparecer la verdad como consecuencia del relativismo, se impone el pragmatismo de unos pocos sobre los demás, y que es incapaz de ofrecer respuesta acerca de las verdades últimas del hombre. Pero la renuncia a la verdad defrauda, deja vacío e insatisfacción<sup>24</sup>.

Benedicto XVI describe cómo hoy es frecuente una *auto-limitación moderna de la razón* que imposibilita alcanzar la verdad: la razón excluye, por decisión propia, a la fe y al amor como herramientas de apoyo eficaz en la búsqueda de la verdad. No duda en señalar la crisis de fe como el origen de la actual crisis de verdad que se sufre hoy. En contraposición, el Papa emérito afirma que existe una verdad última – que no se puede producir, sino solo acoger–, plena y objetiva unida a la fe; y que el ser humano, en el que tanto confía este Papa, es capaz de alcanzar esa verdad por medio de una razón ampliada que se abre a la trascendencia al dejarse ayudar por esa fe. La persona que contempla esa apertura a la trascendencia necesitará superar los prejuicios relativistas que señalan la aparente separación entre fe y verdad, o razón y verdad. El Papa emérito, sin rechazar todas las cosas positivas de la anterior Ilustración, plantea una “nueva ilustración” en que colaboren la razón, la fe y el amor, poniéndose al servicio de la auténtica verdad, de modo que la razón no se auto-limite y desarrolle toda su capacidad<sup>25</sup>.

Abrirse a la fe no es ir contra la propia racionalidad (renunciar a la verdad, ni prescindir de la ciencia), ya que el objeto de la fe y la razón coincide: es la verdad objetiva que emana del *Logos* (la ciencia en su ámbito y método; y la fe en un espacio más ampliado). Dios, por su esencia, no puede contradecirse, y por tanto no puede haber una verdad para Dios, y otra distinta para lo creado; y al proceder toda la creación de Dios, del *Logos*, su huella ha quedado en todo lo creado y en el hombre. El acceso a la verdad plena por parte del hombre, a través de esa razón ampliada abierta a la trascendencia, será por medio del amor y la razón, con la ayuda de la fe. A través del amor lo hará a través de la relacionalidad (escucha y visión) con la fuente de la verdad: con el *Logos*, que es la Razón creadora, es la Verdad, es el Amor<sup>26</sup>. Y por medio de la razón (también con la ayuda de la filosofía y de la teología), el hombre alcanzará a comprender la racionalidad de la fe (que el misterio de Dios, que supera infinitamente al hombre, sobrepase su razón no quiere decir que la fe sea irracional), y el rastro de verdad profunda que encuentra en la creación, y en el hombre, como en la ley natural<sup>27</sup>. La verdad es esencial para el hombre. Si no hay verdad, el ser humano queda a merced de un mero consenso formal; pero si

---

<sup>24</sup> Cf. Capítulo II, 1.A “*La actual crisis de la verdad. Dificultades en el acceso a la verdad*”.

<sup>25</sup> Cf. Capítulo II, 1.B “*Recuperar la conexión de la fe con la verdad*”.

<sup>26</sup> Cf. Capítulo II, 2.A “*Amor y conocimiento de la verdad. Escucha y visión*”.

<sup>27</sup> Cf. Capítulo II, 2.B “*Fe y razón*”.

existe una verdad plena, la persona puede alcanzar una norma objetiva anclada en la verdad que oriente a cada hombre y a la sociedad hacia el bien, como se comprueba en la ley natural, universal para todas las personas, válida para creyentes y no creyentes. El hombre es capaz de alcanzar la verdad, para lo que es imprescindible re-descubrir la ley natural<sup>28</sup>.

El Papa emérito ha puesto un gran esfuerzo en hacer ver a la sociedad actual que la Iglesia no es enemiga de la verdad, ni del conocimiento, ni de la razón, sino que anima a buscar la verdad y el bien, a buscar a Dios por todos los medios al alcance del hombre. Hay verdadera armonía entre fe y razón, entre ciencia y fe, entre fe y verdad<sup>29</sup>. La Iglesia, al mostrar y anunciar la verdad por la fe, ejerce una verdadera *diakonia* (servicio) a la verdad y, por tanto, servicio también al hombre, y por esto no puede dejar de anunciar esa verdad<sup>30</sup>.

El recto enfoque de la libertad es esencial en la consecución de la verdad. Se requiere una concepción antropológica de la libertad acorde al fin último del hombre, que armonice fe y razón, y permita el acceso a la verdad plena con la ayuda de la gracia<sup>31</sup>. El Papa alemán propone para el hombre una nueva “pedagogía del deseo” que sabrá “reeducar el deseo” en busca del bien verdadero: determinarse por la voluntad a buscar la verdad mediante una disposición positiva de reflexión y de cooperación entre fe y razón (el agustiniano “comprende para creer y cree para comprender”)<sup>32</sup>.

Para alcanzar la verdad es necesaria la fe, y la libertad tiene un papel fundamental en torno a la fe, pues el acto de fe, la aceptación de la fe, requiere la acogida libre de esa fe, con su carga moral correspondiente. De hecho, Benedicto XVI señala cómo la conducta moral del hombre influye en su capacidad de valorar la credibilidad de la fe, y, por tanto, también en la recepción de esa fe. El hombre puede abrirse o cerrarse a la fe por una actitud burguesa cómoda que evita la implicación total de su persona, por repulsa, por superficialidad o falta de reflexión<sup>33</sup>. La acogida libre de la fe (ese *dejarse aferrar* por Dios) conlleva la no *auto-limitación* apriorística del conocimiento humano e implica la totalidad de la persona. No es un camino fácil, como experimentó el beato Newman al que puso como ejemplo el Papa emérito, pero conduce a la verdad plena, al encuentro con Jesucristo<sup>34</sup>.

En resumen, el Papa alemán defiende cómo con una razón ampliada abierta a la trascendencia, con la ayuda de la gracia, el hombre es capaz de acceder a la verdad plena. Subraya la dimensión antropológica de la fe –en que interviene toda la persona con su inteligencia, voluntad y afectos–, a través de una visión personalista de la fe en el diálogo entre Dios y el hombre. Y toma la figura de san Agustín como

<sup>28</sup> Cf. Capítulo II, 2.B.b “*Fe y razón en el re-descubrimiento de la ley natural*”; cf. Capítulo III, 2.B “*Fe y bien común*”.

<sup>29</sup> Cf. Capítulo II, 1. “*Fe y verdad*”.

<sup>30</sup> Cf. Capítulo III, 2.B “*Fe y bien común*”.

<sup>31</sup> Cf. Capítulo II, 3.A.b “*El acto de fe. Acto de la libertad y de la voluntad. Acto moral*”.

<sup>32</sup> Cf. Capítulo II, 3.B “*Fe y los que buscan a Dios*”.

<sup>33</sup> Cf. Capítulo II, 3.A.b “*El acto de fe. Acto de la libertad y de la voluntad. Acto moral*”.

<sup>34</sup> Cf. Capítulo II, 3. “*Fe y búsqueda de Dios. Respuesta libre del hombre a la fe*”.

ejemplo paradigmático en la búsqueda de esa verdad por parte del hombre, al considerarlo de plena vigencia actual<sup>35</sup>.

5. *Benedicto XVI ve necesaria una urgente y “nueva evangelización” centrada en la persona, que sea consecuencia de experimentar la alegría de la fe en el encuentro personal con Jesucristo*<sup>36</sup>.

Los hombres de todos los tiempos tienen la necesidad de descubrir a Jesucristo, y, por tanto, la Iglesia no puede olvidar su deber de anunciar siempre el Evangelio<sup>37</sup>. Las líneas generales de la propuesta del Papa emérito se ven reflejadas en su *“Motu Proprio” Ubicumque et semper*. Busca centrarse en cada persona para esta *nueva evangelización*, y lo concreta en: meditar con seriedad las causas que han llevado a la secularización actual de la sociedad y las dificultades que encuentra para creer el individuo de hoy; y buscar un diálogo profundo y serio con la sociedad a partir de la libertad, los derechos de los hombres, la confianza en la razón, poniendo el amor como principal fundamento de ese diálogo (como ya se sugería en el CVII)<sup>38</sup>.

Esta actitud implica, necesariamente, una regeneración en cada cristiano – fruto de volver a experimentar el encuentro personal con Jesucristo– para ser conscientes de la preeminencia de la gracia que llena de optimismo e impide todo desánimo, para re-descubrir la alegría de creer y poder comunicarla, y para ser capaz de mostrar la belleza y la racionalidad de la fe y así llevar la luz de Dios al hombre de nuestro tiempo con convicción y alegría<sup>39</sup>. La Iglesia tiene un papel fundamental en esa regeneración de cada cristiano que debe preceder esta *nueva evangelización*, pues aporta confirmación de la integridad de la fe (de las enseñanzas fidedignas de nuestro Señor Jesucristo), y los medios de santificación que otorgan la gracia (la Palabra, los sacramentos y la oración) para poder madurar en la fe<sup>40</sup>.

Esta *nueva evangelización* necesita que los cristianos sean verdaderos apóstoles que conozcan a Cristo, coherentes y bien preparados, que sepan transmitir la belleza del Evangelio frente al relativismo o la indiferencia religiosa, y presentar el atractivo de un verdadero humanismo cristiano, verdaderamente humano: pues «el humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano» («Carta Encíclica *“Caritas in veritate”*», n. 78). El efecto positivo se notará en el ámbito personal y, también, a través de la actitud coherente y libre de cada cristiano, en la sociedad: en el bien común<sup>41</sup>.

<sup>35</sup> Cf. Capítulo II, 2.A.a *“El amor, vía de acceso a la verdad. Dios, el Logos, es la verdad y e amor”*; 2.B *“Fe y razón”*.

<sup>36</sup> Cf. Capítulo III, 2.A *“Responsabilidad personal en la transmisión de la fe”*.

<sup>37</sup> Cf. Capítulo III, 1. *“La Iglesia, responsable de la transmisión íntegra de la fe”*.

<sup>38</sup> Cf. Capítulo III, 2.A.b *“Nueva evangelización”*.

<sup>39</sup> Cf. Capítulo III, 2.A.a *“La fe y el amor. La conversión personal”*.

<sup>40</sup> Cf. Capítulo III, 1. *“La Iglesia, responsable de la transmisión de la fe”*.

<sup>41</sup> Cf. Capítulo III, 2.A.b *“Nueva evangelización”*; 2.B *“Fe y bien común”*.

El Pontífice alemán vuelve a subrayar como instrumentos idóneos de esta “*nueva evangelización*” la actualidad del Concilio Vaticano II (en una hermenéutica de la *reforma en la continuidad*), y el *Catecismo de la Iglesia Católica*<sup>42</sup>.

6. *Benedicto XVI concede una gran importancia a María Santísima como Madre de la Iglesia y de los creyentes, y modelo de fe.*

Es muy llamativo cómo todas sus Encíclicas y Exhortaciones apostólicas, así como muchos de sus discursos, mensajes y homilías acaban con una referencia a la Madre de Dios, pidiéndole su auxilio para los creyentes. Ella es icono perfecto de fe, Madre de la Iglesia y, además, maestra de oración. Al estar asociada íntimamente a Cristo, nos muestra a su Hijo. Es esperanza nuestra y modelo para nuestra fe, nos enseña a creer con profunda alegría, a pesar de las dificultades y de las posibles oscuridades. Sostiene, en definitiva, en la fe a todos los cristianos y muchas veces es el fundamento eficaz de lo que Benedicto XVI llama “la fe de los sencillos”<sup>43</sup>.

Con estas conclusiones damos por finalizado el presente estudio.

Colegio Mayor La Alameda (Valencia), 16 de abril de 2018, cumpleaños de Benedicto XVI.

---

<sup>42</sup> Cf. *Ibid.*

<sup>43</sup> Cf. Capítulo III, 3. “*María Santísima, icono perfecto de fe*”.





# BIBLIOGRAFÍA

## 1. FUENTES PRIMARIAS

### *A. Magisterio Pontificio*

#### *a) Encíclicas*

BENEDICTO XVI, «Carta Encíclica «Deus caritas est»», *AAS* 98 (2006) 217-52.

———«Carta Encíclica «Spe salvi»», *AAS* 99 (2007) 985-1027.

———«Carta encíclica «Caritas in veritate»», *AAS* 101 (2009) 641-709.

#### *b) Exhortaciones apostólicas*

BENEDICTO XVI, «Sacramentum Caritatis: Exhortación apostólica postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia», *AAS* 99 (2007) 105-80.

———«Verbum Domini: Exhortación apostólica postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia», *AAS* 102 (2010) 681-787.

#### *c) Motu proprio*

BENEDICTO XVI, «Carta Apostólica en forma de «Motu Proprio» Ubi cumque et semper, con la cual se instituye el Consejo Pontificio para la promoción de la nueva evangelización», *AAS* 102 (2010) 788-92.

———«Carta Apostólica en forma de «Motu Proprio» Porta fidei con la que se convoca el Año de la fe», *AAS* 103 (2011) 723-34.

#### *d) Discursos*

BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Primer mensaje del Santo Padre Benedicto XVI al final de la Concelebración Eucarística con los Cardenales electores en la Capilla Sixtina (20 de abril de 2005)*, I, 1-13, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2005.

———«A los participantes en el Congreso eclesial de la diócesis de Roma sobre «Familia y comunidad cristiana: formación de la persona y transmisión de la fe»», *AAS* 97 (2005) 809-17.

———«Viaje Apostólico a Colonia: Encuentro con los seminaristas en la Iglesia de San Pantaleón de Colonia», *ibid.* 878-82.

———*Insegnamenti di Benedetto XVI. Discurso al primer grupo de obispos de Polonia en visita «ad limina Apostolorum»*, I, 849-855, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2005.

———«Discurso a la Curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas», *AAS* 98 (2006) 40-53.

———*Insegnamenti di Benedetto XVI. Discurso al Clero de la Diócesis de Roma*, II, 1, 267-276, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006.

———«Encuentro con los jóvenes de Roma y del Lacio como preparación para la XXI Jornada Mundial de la Juventud», *AAS* 98 (2006) 348-57.

- «Discurso Clausura del V Encuentro Mundial de las Familias en la Ciudad de las artes y las ciencias», *ibid.* 590-94.
- «Homilía Santa Misa en la explanada de la Neue Messe, Munich», *ibid.* 707-12.
- «Viaje apostólico a Munich, Altötting y Ratisbona: Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona», *ibid.* 728-38.
- «Visita pastoral a Verona: Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional italiano», *ibid.* 796-801.
- Insegnamenti di Benedetto XVI. Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, III, 1, 150-155, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2007.
- «Alocución preparada por el Santo Padre Benedicto XVI para el encuentro con la Universidad «La Sapienza» de Roma», *AAS* 100 (2008) 107-14.
- «*Ad Catholicam Studiorum Universitatem Americae*», *ibid.* 320-27.
- «Viaje apostólico a Estados Unidos: A la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York», *ibid.* 331-38.
- «Viaje Apostólico a Francia: Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins, París», *ibid.* 721-30.
- Insegnamenti di Benedetto XVI. Voyage apostolique en France: Cérémonie de bienvenue au Palais de l'Élysée (Paris, 12 septembre 2008)*, IV/2, 300-303, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008.
- Ibid. A un grupo de profesores de religión en escuelas italianas*, V, 1, 660-663, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2009.
- «Conexión televisiva al final de la misa de clausura del VI Encuentro Mundial de las Familias en México», *AAS* 101 (2009) 141-44.
- «Encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina», *ibid.* 1045-52.
- «Viaje apostólico al Reino Unido: Encuentro con exponentes de la sociedad civil, del mundo académico, cultural y empresarial, con el Cuerpo Diplomático y con líderes religiosos en el Westminster Hall. City of Westminster», *AAS* 102 (2010) 635-39.
- Insegnamenti di Benedetto XVI. Viaje apostólico al Reino Unido: Celebración de la educación católica en la capilla y en el campo de deportes del Colegio Universitario Santa María de Twickenham (London Borough of Richmond)*, VI, 2, 220-222, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2010.
- «Vigilia de oración por la Beatificación del Cardenal John Henry Newman», *AAS* 102 (2010) 642-45.
- «A los cardenales, arzobispos, obispos y prelados de la Curia romana, con motivo de las felicitaciones navideñas (20 de diciembre de 2010)», *AAS* 103 (2011) 33-41.
- «Viaje apostólico a Alemania: Visita al Parlamento Federal en el Reichstag de Berlín», *ibid.* 663-69.
- «Acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España», *AAS* 105 (2013) 45-47.

### e) *Catequesis del Año de la fe*

- BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 17 de octubre de 2012. Introducción*, VIII, 2, 453-463, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012.
- Ibid. Audiencia general del 24 de octubre de 2012: El Año de la fe. ¿Qué es la fe?*, pp. 484-496.
- Ibid. Audiencia general del 31 de octubre de 2012: El Año de la fe. La fe de la Iglesia*, 511-52.

- *Ibid.* Audiencia general del 7 de noviembre de 2012: *El Año de la fe. El deseo de Dios*, 540-548.
- *Ibid.* Audiencia general del 14 de noviembre de 2012: *El Año de la fe. Los caminos que conducen al conocimiento de Dios*, 587-594.
- *Ibid.* Audiencia general del 21 de noviembre de 2012: *El Año de la fe. La razonabilidad de la fe en Dios*, 628-632.
- *Ibid.* Audiencia general del 28 de noviembre de 2012: *El Año de la fe. ¿Cómo hablar de Dios?*, 661-672.
- *Ibid.* Audiencia general del 5 de diciembre de 2012: *El Año de la fe. Dios revela su «designio de benevolencia»*, 702-713.
- *Ibid.* Audiencia general del 12 de diciembre de 2012: *El Año de la fe. Las etapas de la Revelación*, 773-780.
- *Ibid.* Audiencia general del 19 de diciembre de 2012: *La Virgen María: Icono de la fe obediente*, 773-780.
- *Ibid.* Audiencia general del 2 de enero de 2013: *Fue concebido por obra del Espíritu Santo*, Vol. IX, 11-18, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013.
- *Ibid.* Audiencia general del 9 de enero de 2013: *Se hizo hombre*, 43-49.
- *Ibid.* Audiencia general del 16 de enero de 2013: *Jesucristo, «mediador y plenitud de toda la revelación»*, 80-87.
- *Ibid.* Audiencia general del 23 de enero de 2013: *«Creo en Dios»*, 169-182.
- *Ibid.* Audiencia general del 30 de enero de 2013: *Yo creo en Dios, el Padre todopoderoso*, 210-220.
- *Ibid.* Audiencia general del 6 de febrero de 2013: *Yo creo en Dios: el Creador del cielo y de la tierra, el Creador del ser humano*, 230-240.
- *Ibid.* Audiencia general del 13 de febrero de 2013: *Las tentaciones de Jesús y la conversión por el Reino de los Cielos*, 210-220.
- *Ibid.* Audiencia general del 27 de febrero de 2013, 268-278.

### **f) Catequesis de la oración**

- BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 13 de abril de 2011: La santidad*, VII, 1, 449-460, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011.
- *Ibid.* Audiencia general del 4 de mayo de 2011: *El hombre en oración*, 560-570.
- *Ibid.* Audiencia general del 11 de mayo de 2011: *El hombre en oración* (2), 624-643.
- *Ibid.* Audiencia general del 18 de mayo de 2011: *El hombre en oración* (3), 665-679.
- *Ibid.* Audiencia general del 25 de mayo de 2011: *El hombre en oración* (4), 703-714.
- *Ibid.* Audiencia general del 1 de junio de 2011: *El hombre en oración* (5), 746-758.
- *Ibid.* Audiencia general del 15 de junio de 2011: *El hombre en oración* (6), 848-859.
- *Ibid.* Audiencia general del 22 de junio de 2011: *El hombre en oración* (7), 887-898.
- *Ibid.* Audiencia general del 3 de agosto de 2011: *El hombre en oración* (8), VII, 2, 58-62.
- *Ibid.* Audiencia general del 10 de agosto de 2011: *El hombre en oración* (9), VII, 2, 76-80.
- *Ibid.* Audiencia general del 17 de agosto de 2011: *El hombre en oración* (10), VII, 2, 94-100.
- *Ibid.* Audiencia general del 31 de agosto de 2011: *Arte y oración*, VII, 2, 176-181, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011.
- *Ibid.* Audiencia general del 7 de septiembre de 2011, 193-203.
- *Ibid.* Audiencia general del 14 de septiembre de 2011, 231-242.
- *Ibid.* Audiencia general del 5 de octubre de 2011: *Salmo 23*, 370-382.
- *Ibid.* Audiencia general del 12 de octubre de 2011: *Salmo 126*, 417-429.

- Ibid.* Audiencia general del 19 de octubre de 2011: El «Gran Hallel», Salmo 136 (135), 457-468.
- Ibid.* Audiencia general del 26 de octubre de 2011: Plegaria en preparación del Encuentro de Asís, 499-509.
- Ibid.* Audiencia general del 9 de noviembre de 2011: Salmo 119 (118), 572-583.
- Ibid.* Audiencia general del 16 de noviembre de 2011: Salmo 110 (109), 601-616.
- Ibid.* Audiencia general del 30 de noviembre de 2011, 806-817, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011.
- Ibid.* Audiencia general del 7 de diciembre de 2011: La oración de Jesús: Himno de júbilo mesiánico, 841-851.
- Ibid.* Audiencia general del 14 de diciembre de 2011, 891-901.
- Ibid.* Audiencia general del 28 de diciembre de 2011, 980-987.
- Ibid.* Audiencia general del 11 de enero de 2012, VIII, 1, 54-61, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012.
- Ibid.* Audiencia general del 25 de enero de 2012, 111-118.
- Ibid.* Audiencia general del 1 de febrero de 2012, 138-147.
- Ibid.* Audiencia general del 8 de febrero de 2012, 155-162.
- Ibid.* Audiencia general del 15 de febrero de 2012, 176-183.
- Ibid.* Audiencia general del 7 de marzo de 2012, 265-273.
- Ibid.* Audiencia general del 14 de marzo de 2012, 295-302.
- Ibid.* Audiencia general del 18 de abril de 2012, 471-479.
- Ibid.* Audiencia general del 25 de abril de 2012, 496-504.
- Ibid.* Audiencia general del 2 de mayo de 2012, 516-523.
- Ibid.* Audiencia general del 9 de mayo de 2012, 549-556.
- Ibid.* Audiencia general del 16 de mayo de 2012, 594-603.
- Ibid.* Audiencia general del 23 de mayo de 2012, 624-631.
- Ibid.* Audiencia general del 30 de mayo de 2012, 652-660.
- Ibid.* Audiencia general del 27 de junio de 2012, 804-815.
- Ibid.* Audiencia general del 5 de septiembre de 2012, VIII, 2, 131-143, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012.
- Ibid.* Audiencia general del 12 de septiembre de 2012, 165-174.
- Ibid.* Audiencia general del 26 de septiembre de 2012, 309-320.
- Ibid.* Audiencia general del 3 de octubre de 2012, 336-347.

### **g) Catequesis de la Iglesia**

- BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 15 de marzo de 2006: La voluntad de Jesús sobre la Iglesia y la elección de los Doce*, II, 1, 313-319, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2006.
- Ibid.* Audiencia general del 22 de marzo de 2006: Los Apóstoles, testigos y enviados de Cristo, 343-348.
- Ibid.* Audiencia general del 29 de marzo de 2006: El don de la comunión, 375-381.
- Ibid.* Audiencia general del 5 de abril de 2006: El servicio a la comunión, 404-409.
- Ibid.* Audiencia general del 26 de abril de 2006: La Tradición, comunión en el tiempo, 498-505.
- Ibid.* Audiencia general del 3 de mayo de 2006: La Tradición apostólica, 533-540.
- Ibid.* Audiencia general del 10 de mayo de 2006: La sucesión apostólica, 564-570.
- Ibid.* Audiencia general del 17 de mayo de 2006: Pedro, el pescador, 609-617.
- Ibid.* Audiencia general del 24 de mayo de 2006: Pedro, el apóstol, 666-674.

——— *Ibid.* Audiencia general del 7 de junio de 2006: *Pedro, la roca sobre la que Cristo fundó su Iglesia*, 780-786.

### **h) Catequesis acerca de Doctores de la Iglesia**

BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 9 de enero de 2008: San Agustín (1)*, IV/1, 41-48, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008.

——— *Ibid.* Audiencia general del 16 de enero de 2008: *San Agustín (2)*, 87-93.

——— *Ibid.* Audiencia general del 30 de enero de 2008: *San Agustín (3) - Armonía entre fe y razón*, 170-176.

——— *Ibid.* Audiencia general del 20 de febrero de 2008: *San Agustín (4) - Las obras*, 270-279.

——— *Ibid.* Audiencia general del 27 de febrero de 2008: *San Agustín (5) - Las conversiones de san Agustín*, 320-329.

——— *Ibid.* Audiencia general del 3 de marzo de 2010: *San Buenaventura (1)*, VI, 1, 278-288, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2010.

——— *Ibid.* Audiencia general del 10 de marzo de 2010: *San Buenaventura (2)*, 308-317, .

——— *Ibid.* Audiencia general del 17 de marzo de 2010: *San Buenaventura (3)*, 340-349, .

——— *Ibid.* Audiencia general del 2 de junio de 2010: *Santo Tomás de Aquino (1)*, 815-824, .

——— *Ibid.* Audiencia general del 16 de junio de 2010: *Santo Tomás de Aquino (2)*, 350-355.

——— *Ibid.* Audiencia general del 23 de junio de 2010: *Santo Tomás de Aquino (3)*, 953-962.

——— *Ibid.* Audiencia general del 23 de marzo de 2011: *San Lorenzo de Brindisi*, VII, 1, 357-367, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011.

### **i) Audiencias generales**

BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Audiencia general del 21 de mayo de 2008: Romano el Meloda*, IV, 1, 841-845, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008.

——— *Ibid.* Audiencia general del 3 de diciembre de 2008: *San Pablo - Adán y Cristo. Del pecado (original) a la libertad*, IV, 2, 753-757, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008.

——— *Ibid.* Audiencia general del 5 de agosto de 2009: *San Juan María Vianney, cura de Ars*, IX, 2, pp. 120-125, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2009.

——— *Ibid.* Audiencia general del 19 de enero de 2011: *Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos*, VII, 1, 93-103, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011.

——— *Ibid.* Audiencia general del 13 de abril de 2011: *La santidad*, 449-460.

——— *Ibid.* Audiencia general del 8 de junio de 2011: *Viaje apostólico a Croacia*, 791-800.

——— *Ibid.* Audiencia general del 2 de noviembre de 2011: *Conmemoración de todos los fieles difuntos*, 540-548.

——— *Ibid.* Audiencia general del 4 de enero de 2012, VIII, 1, 11-18, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012.

——— *Ibid.* Audiencia general del 18 de enero de 2012: *Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos*, 74-80.

——— *Ibid.* Audiencia general del 13 de junio de 2012, 748-760.

——— «Declaratio (10 de febrero de 2013)», *AAS* 105 (2013) 239-40.

**j) Homilias**

- BENEDICTO XVI, «Homilía Santa Misa en el solemne inicio de pontificado», *AAS* 97 (2005) 707-13.
- «Visita pastoral a Bari para la clausura del XXIV Congreso Eucarístico Nacional», *ibid.*, 785-89.
- «Homilía Santa Misa en la explanada di Marienfeld - XX Jornada Mundial de la Juventud (21 de agosto de 2005)», *ibid.*, 891-92.
- «Homilía Santa Misa, Solemne concelebración eucarística en el 40º aniversario de la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II», *AAS* 98 (2005) 14-19.
- «Homilía Vigilia de Pentecostés - Celebración de las Primeras Vísperas con la participación de los miembros de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades», *AAS* (2006) 503-10.
- «Homilía Santa Misa en Valencia durante el V Encuentro Mundial de las Familias», *ibid.*, 585-89.
- «Homilía Santa Misa en la explanada de la Neue Messe, Munich», *ibid.*, 707-12.
- «Homilía Santa Misa en la explanada de Isling de Ratisbona», *ibid.*, 723-28.
- «Homilía de la Solemnidad de la Epifanía del Señor», *AAS* 99 (2007) 60-64.
- «Homilía Santa Misa con ocasión del 850º aniversario de la fundación del Santuario de Mariazell (Austria)», *ibid.*, 836-39.
- Insegnamenti di Benedetto XVI. 25 de enero de 2009: Clausura de la Semana de oración por la unidad de los cristianos*, V, 1, 139-143, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2009.
- «Ordenación presbiteral de los diáconos de la diócesis de Roma», *AAS* 102 (2010) 383-86.
- «Viaje apostólico a Santiago de Compostela y Barcelona. Santa Misa de dedicación de la iglesia de la Sagrada Familia de Barcelona y consagración del altar», *ibid.*, 883-87.
- Insegnamenti di Benedetto XVI. 25 de enero de 2012: Fiesta de la conversión del apóstol san Pablo - Celebración de las Vísperas*, VIII, 1, 119-123, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2012.
- «Homilía celebración Eucarística en el Parque de Bresso. VII Encuentro Mundial de las familias», *AAS* 104 (2012) 543-47.
- «Homilía Santa Misa con ocasión de la apertura del Sínodo de los Obispos y proclamación de san Juan de Ávila y santa Hildegarda de Bingen «Doctores de la Iglesia»», *ibid.*, 874-78.
- «Homilía Santa Misa en la clausura de la XIII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana»», *ibid.*, 888-91.
- Insegnamenti di Benedetto XVI. 13 de enero de 2013: Fiesta del Bautismo del Señor*, IX, 57-61, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2013.
- Ibid. 25 de enero de 2013: Fiesta de la conversión del apóstol san Pablo - Celebración de las Vísperas*, 121-124.

**k) Mensajes**

- BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación (21 de enero de 2008)*, IV, 1, 116-120, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2008.

- *Ibid.* *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2008*, 757-762.
- «XLIV Jornada Mundial de la Paz 2011, La libertad religiosa, camino para la paz», *AAS* 103 (2011) 46-59.
- «Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 2012. «Alegraos, siempre en el Señor»», *AAS* 104 (2012) 359-61.

### **l) Encuentros**

- BENEDICTO XVI, «Encuentro del Santo Padre con los sacerdotes de la diócesis de Albano», *AAS* 98 (2006) 668-83.
- «Encuentro con los párrocos, sacerdotes y diáconos de Roma», *AAS* 101 (2009) 181-202.

### **m) Ángelus**

- BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Ángelus, 11 de enero de 2009, Fiesta del Bautismo del Señor*, V, 1, 46-49, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2009.
- *Ibid.* *Ángelus, 8 de diciembre de 2011, Solemnidad de la Inmaculada Concepción*, VII, 2, 852-856, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2011.

### **n) Otras intervenciones**

- BENEDICTO XVI, *Insegnamenti di Benedetto XVI. Carta al Card. Alfonso López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia con motivo del V Encuentro Mundial de las Familias que se celebrará en Valencia, España, en julio de 2006 (17 de mayo de 2005)*, I, 113-114, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2005.
- «Motu Proprio para la aprobación y publicación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica», *AAS* 97 (2005) 801-3.
- «Anglicanorum coetibus sobre la institución de Ordinariatos personales para los anglicanos que entran en la plena comunión con la Iglesia católica», *AAS* 101 (2009) 985-90.
- «Carta pastoral a los católicos de Irlanda», *AAS* 102 (2010) 209-20.
- «Ad primam Sessionem generalem Coetus Specialis pro Medio Oriente Synodi Episcoporum», *ibid.*, 828-32.
- *Insegnamenti di Benedetto XVI. Meditación durante la primera Congregación General de la Asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de los obispos (11 de octubre de 2010)*, VI, 2, 594-599, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2010.
- BENEDICTO XVI-BARTOLOMÉ I, «Viaje Apostólico a Turquía: Declaración conjunta del Santo Padre Benedicto XVI y del Patriarca Bartolomé I», *AAS* 98 (2006) 921-24.

### **B. Otros escritos**

- BENEDICTO XVI, *No está aquí, ha resucitado. Homilias y discursos de la primera Semana Santa de Benedicto XVI*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 2008.
- BENEDICTO XVI y GUERRIERO, E., *Juan Pablo II: mi amado predecesor*, Madrid: San Pablo, 2007.

- BENEDICTO XVI, MANGLANO CASTELLARY, J. P., CAPECE, G., MANGLANO CASTELLARY, E., y PETIT FONTSERÈ, N., *Nadar contra corriente: el Papa más sincero y más íntimo*, 1ª ed Barcelona: Planeta, 2011.
- BENEDICTO XVI y SEEWALD, P., *Luz del mundo: el Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos: una conversación con Peter Seewald*, Barcelona: Herder, 2010.
- *Últimas conversaciones con Peter Seewald*, Bilbao: Mensajero, 2016.
- RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, *Obras completas. Texto íntegro de la Habilitación y otros estudios sobre san Buenaventura*, II, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2013.
- *Obras completas. Disertación y otros estudios sobre san Agustín y sobre la teología de los Padres de la Iglesia*, I, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2014.
- *Obras completas. Escritos de cristología*, VI/1, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2015.
- *Obras completas. Escritos de cristología. Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*, VI/1, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2015.
- *Ibid. Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*.
- *Ibid., Preludio. Los relatos de la infancia*.

## 2. FUENTES SECUNDARIAS

### A. Documentos del magisterio

#### a) Concilio Vaticano II

- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, «Constitución Dogmática Lumen Gentium», *AAS* 57 (1965) 5.
- «Decreto Optatum totius sobre la formación sacerdotal», *AAS* 58 (1965) 713-27.
- «Declaración Gravissimum educationis sobre la educación cristiana», *ibid.*, 728-39.
- «Constitución Dogmática Dei Verbum sobre la Divina Revelación», *ibid.*, 817-55.
- «Decreto Ad gentes sobre la actividad misionera de la Iglesia», *ibid.*, 947-90.
- «Constitución Pastoral Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual», *ibid.* 1025-1120.

#### b) Otros documentos

- Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Asociación de Editores del Catecismo: Libreria Editrice Vaticana, 1992-1997.
- Catecismo de la Iglesia Católica: compendio*, Madrid: Asociación de Editores del Catecismo, 2005.
- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO I, «Constitutio dogmatica Dei Filius», *DS* (1870) 3005-10.
- JUAN PABLO II, SANTO, «Misa en el santuario de la Santa Cruz de Mogila, en Nowa Huta», *AAS* 71 (1979) 864-69.
- «Carta Encíclica Redemptoris Missio sobre la permanente validez del mandato misionero», *AAS* 82 (1990) 250-340.
- «Carta Encíclica «Centesimus annus»», *AAS* 83 (1991) 793-867.
- «Carta Encíclica «Fides et Ratio»», *AAS* 91 (1999) 5-88.
- «Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte», *AAS* 93 (2000) 266-309.
- JUAN XXIII, SANTO, «Carta Encíclica Pacem in terris», *AAS* 55 (1963) 257-304.



- PABLO VI, BEATO, «A los artistas», *AAS* 58 (1965) 12-13.  
 ———«Exhortación Apostólica Evangelii nuntiandi al episcopado, al clero y a los fieles de toda la Iglesia acerca de la Evangelización en el mundo contemporáneo», *AAS* 68 (1975) 5-76.  
 PAPA FRANCISCO, «Carta Encíclica «Lumen Fidei»», *AAS* 105 (2013) 555-96.

### ***B. Escritos de Joseph Ratzinger***

- HABERMAS, J. y RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, *Entre razón y religión: dialéctica de la secularización*, México: Fondo de Cultura Económica, 2008.  
 KARL RAHNER, RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, y RUIZ BUENO, DANIEL, *Revelación y tradición*, Barcelona: Herder, 1971.  
 PERA, MARCELLO y RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, *Sin raíces: Europa, relativismo, cristianismo, islam*, Barcelona: Península, 2006.  
 RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, *Convocados en el Camino de la Fe: La Iglesia como Comunión*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 2004.  
 ———*Cooperadores de la verdad*, Madrid: Rialp, 1991.  
 ———*Creación y pecado*, Pamplona: EUNSA, 1992.  
 ———*De la mano de Cristo: homilías sobre la Virgen y algunos santos*, Pamplona: EUNSA, 1998.  
 ———*El cristiano en la crisis de Europa*, Madrid: Cristiandad, 2005.  
 ———*El Dios de Jesucristo: meditaciones sobre Dios uno y trino*, Salamanca: Sígueme, 1979.  
 ———*El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, en AGUIRRE, J. (ed.), Madrid: Ediciones Encuentro, 2006.  
 ———*El elogio de la conciencia. La Verdad interroga al corazón*, Madrid: Ediciones Palabra, 2010.  
 ———*El espíritu de la Liturgia: una introducción*, Madrid: Cristiandad, 2001.  
 ———*Escatología. La muerte y la vida eterna*, Barcelona: Herder, 2007.  
 ———*Europa: raíces, identidad y misión*, en LARGO, P. (ed.), Madrid: Ciudad Nueva, 2005.  
 ———*Fe, verdad y tolerancia: el cristianismo y las religiones del mundo*, Salamanca, España: Sígueme, 2005.  
 ———*Fe y futuro*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 2007.  
 ———*Iglesia, ecumenismo y política: nuevos ensayos de eclesiología*, Editorial Católica, 2005.  
 ———*Introducción al Cristianismo: lecciones sobre el credo apostólico*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2005.  
 ———*La fe como camino: contribución al «ethos» cristiano en el momento actual*, Barcelona: Ediciones Internacionales Universitarias, 1997.  
 ———*La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 1999.  
 ———*Mi vida*, Madrid: Encuentro, 2006.  
 ———*Mirar a Cristo: ejercicios de fe, esperanza y amor*, en SERRA, X. (ed.), 2ª ed Valencia: EDICEP, 2005.  
 ———*Ser cristiano*, en BLANCO, M. DEL C. (ed.), Bilbao: Desclée de Brouwer, 2007.  
 ———*Ser cristiano en la era neopagana*, Madrid: Encuentro, 2002.  
 ———*Teoría de los principios teológicos: Materiales para una teología fundamental*, Barcelona: Herder, 2005.  
 ———«Transmisión de la fe y fuentes de la fe», *Scripta Theologica* 15 (1) (1983) 9-29.  
 ———*Una mirada a Europa: Iglesia y modernidad en la Europa de las revoluciones*, Madrid: Rialp, 1993.  
 ———*Verdad, valores, poder: piedras de toque de la sociedad pluralista*, 7ª ed Madrid: Rialp, 2012.

- RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, ALCORLO, J. D., y SANZ, R., *La teología de la historia de San Buenaventura*, Madrid: Encuentro, 2004.
- RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI y HERRERO PÉREZ, J. L., *Evangelio, catequesis, catecismo*, Valencia: Edicep, 1996.
- RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI y MARTÍN PERIS, E., *Palabra en la Iglesia*, Salamanca: Sígueme, 1976.
- RATZINGER, J. - BENEDICTO XVI, SOTO, E., y SALGADO, C., *La belleza, la Iglesia*, Madrid: Encuentro, 2006.
- RATZINGER, J. y MESSORI, V., *Informe sobre la fe*, 2 ed. Madrid: BAC, 2005.
- RATZINGER, J. y SEEWALD, P., *Dios y el mundo: Creer y vivir en nuestra época*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2002.
- *La sal de la tierra: cristianismo e Iglesia Católica ante el nuevo milenio: una conversación con Peter Seewald*, Madrid: Ediciones Palabra, 2005.

### **C. Escritos acerca de Benedicto XVI**

#### **a) Monografías**

- BELLANDI, A., *Fede cristiana come stare e comprendere: la giustificazione dei fondamenti della fede in Joseph Ratzinger*, Roma: Pontificia università Gregoriana, 1996.
- BENEDICT XVI, MELINA, L., y ANDERSON, C. A., *The way of love: reflections on Pope Benedict XVI's encyclical, Deus caritas est*, San Francisco: Ignatius Press, 2006.
- BENEDICTO XVI, THORNTON, JOHN F., y VARENNE, SUSAN B., *The essential Pope Benedict XVI: his central writings and speeches*, San Francisco: Harper, 2007.
- BLANCO SARTE, P. (ed.), *Benedicto XVI habla sobre cultura y sociedad*, Madrid: Palabra, 2013.
- (ed.), *Benedicto XVI habla sobre fe y nueva evangelización*, Madrid: Palabra, 2012.
- *Joseph Ratzinger - Benedicto XVI: un mapa de sus ideas*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2012.
- *Teología, Vaticano II y evangelización según Joseph Ratzinger / Benedicto XVI: nuevos estudios*, Pamplona: EUNSA, 2013.
- CARDÓ, D., *La fe en el pensamiento de Joseph Ratzinger: un estudio desde Introducción al cristianismo*, Pamplona: EUNSA, 2013.
- FAZIO FERNÁNDEZ, M., *Al César lo que es del César: Benedicto XVI y la libertad*, Madrid: Rialp, 2012.
- *Cooperadores de la verdad: El antídoto de Benedicto XVI contra la dictadura del relativismo*, Rosario: Logos, 2011.
- *De Benedicto XV a Benedicto XVI: los Papas contemporáneos y el proceso de secularización*, Madrid: Rialp, 2009.
- FERNÁNDEZ LABASTIDA, F., *Tener fe en la razón: una reflexión de Benedicto XVI*, Pamplona: EUNSA, 2016.
- GAÁL, EMERY DE, *The theology of Pope Benedict XVI: the Christocentric shift*, New York: Palgrave Macmillan, 2010.
- KOCH, K., *Il mistero del granello di senape. Fondamenti del pensiero teologico di Benedetto XVI*, Milano: Lindau, 2012.
- MADRIGAL TERRAZAS, J. S. (ed.), *El pensamiento de Joseph Ratzinger: teólogo y Papa*, Madrid: San Pablo: Universidad Pontificia Comillas, 2009.
- *Iglesia es caritas: la eclesiología de Joseph Ratzinger, Benedicto XVI*, Sal Terrae, 2008.

- MURPHY, J., *Christ our joy: The theological vision of Pope Benedict XVI*, 1 ed. San Francisco: Ignatius Press, 2008.
- NICHOLS, A., *The thought of pope Benedict XVI: an introduction to the theology of Joseph Ratzinger*, New York; London: Burns & Oates, 2007.
- PALOS, J. y CREMADES SANZ-PASTOR, C., *Perspectivas del pensamiento de Benedicto XVI*, Valencia: EDICEP, 2006.
- PELLITERO, R. (ed.), *Vivir el Amor: En torno a la encíclica «Deus caritas est»*, Madrid: Rialp, 2007.
- ROWLAND, T., *Benedicto XVI. Guía para perplejos*, Nuevo Inicio, 2011.
- , *La fe de Ratzinger. La teología del Papa Benedicto XVI*, Granada: Nuevo Inicio, 2009.
- TERRA JOÃO, E., *Itinerario teológico di Benedetto XVI*, Roma: Apostolato della preghiera, 2007.
- TORRES-PARDO, J. L., *La luz brilla en las tinieblas: el pensamiento de Benedicto XVI. Teólogo - Prefecto - Vicario de Cristo*, Bilbao: EDIBESA, 2008.
- TWOMEY, V., *Pope Benedict XVI: the conscience of our age. A theological portrait*, San Francisco: Ignatius Press, 2007.
- VARIOS AUTORES, *Dios salve la razón*, Madrid: Encuentro, 2008.
- VERWEYEN, H., *Joseph Ratzinger-Benedikt XVI: die Entwicklung seines Denkens*, Darmstadt: Wiss. Buchges., 2007.

### **b) Artículos**

- ARANDA-PÉREZ, G. (GONZALO), «La enseñanza bíblica de la «Deus caritas est»», *Scripta Theologica* Vol. 38 (2006) 983-1004.
- BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, «Circularidad fe-razón en Joseph Ratzinger/Benedicto XVI», *Pensamiento y Cultura* 16 (2013) 167-201.
- BELLANDI, A., «Considerazioni sullo statuto epistemologico della teologia negli scritti di Joseph Ratzinger», *Vivens homo* 6 (1995) 43-61.
- BLANCO SARTO, P., «Amor, caridad y santidad. Una «lectura transversal» de la encíclica Deus caritas est de Benedicto XVI», *Scripta Theologica* 38 Issue 3 (2006) 1041-68.
- , «Ética, ecología y economía. Caritas in veritate: la encíclica global de Benedicto XVI», *Revista empresa y humanismo* 14 (2011) 19-46.
- , «Fe, razón y amor. Los discursos de Ratisbona.», *Scripta Theologica* Vol. 39 (2007) 767-82.
- , «Joseph Ratzinger: ética, libertad, verdad», *Revista empresa y humanismo* (2006) 13.
- , «Razón, islam y cristianismo: el debate suscitado por Benedicto XVI», *Scripta Theologica* 41 (2009) 199-225.
- , «The Logos-based nature of faith according to Joseph Ratzinger–Benedict XVI; Logosowy charakter wiary według Josepha Ratzingera–Benedykta XVI», *Polonia sacra* 33 (2013) 5-15.
- BLANCO SARTO, P. y LORDA, J. L., «Fe y razón en Joseph Ratzinger. 1. Juan Luis Lorda.», 2015.  
[https://www.youtube.com/watch?v=ZzUSq\\_9L5VM](https://www.youtube.com/watch?v=ZzUSq_9L5VM)
- CANTY, A., «Bonaventure. Resonances in Benedict XVI. Theology of Revelation», *Nova Et Vetera. Sapientia Press* 5 (2007) 247.
- J. BURGGRAF, «Deus caritas est. Primera encíclica de Benedicto XVI», *Scripta Theologica* 38 (2006) 965-69.
- JAVIER PALOS y CARLOS CREMADES (eds.), «Perspectivas del pensamiento de Joseph Ratzinger», *Diálogos de Teología. Edicep. Valencia* 8 (2006) 229.

- LORDA, J. L., «Claves teológicas para una lectura de Caritas in veritate.», *Scripta Theologica* 42 (2010)  
<http://hdl.handle.net/10171/11654>.
- RODRÍGUEZ DUPLÁ, L., «El diálogo entre fe cristiana y razón secularizada: El «caso Habermas»», *Estudios trinitarios* (2005) 93-102.
- RYCHLICKI, C. (CZESLAW), «La «demitologización» de la imagen de Dios en la encíclica «Deus caritas est» de Benedicto XVI.», *Scripta Theologica* Vol. 38 (2006) 1023-1040.

### **c) Biografías**

- ALLEN, J. L., *Pope Benedict XVI: a biography of Joseph Ratzinger*, New York: Continuum, 2005.
- BLANCO SARTO, P., *Benedicto XVI: El Papa alemán*, Barcelona: Planeta, 2010.
- *Joseph Ratzinger: una biografía*, Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, 2004.
- BORGHESE, A. y AGEJAS ESTEBAN, J. Á., *Tras las huellas de Joseph Ratzinger*, Madrid: Libros libres, 2007.
- CATALÁN DEUS, J., *De Ratzinger a Benedicto XVI: los enigmas del nuevo Papa*, Madrid: Espejo de Tinta, 2005.
- CHÉLINI, J., *Benedicto XVI «heredero del Concilio»*, Bilbao: Mensajero, 2008.
- NICHOLS, A. y JACQUES SERVAIS, *Joseph Ratzinger*, Cinisello Balsamo (MI): Edizioni Paoline, 1996.
- RESTÁN, J. L., *Diario de un pontificado*, Madrid: Ediciones Encuentro, S.A., 2008.
- SEEWALD, P., *Benedicto XVI: Una mirada cercana*, 1 ed. Madrid: Palabra, 2006.
- *Una vida para la Iglesia: Benedicto XVI*, Madrid: Palabra, 2007.
- WEIGEL, G., *La elección de Dios: Benedicto XVI y el futuro de la Iglesia*, Madrid: Critería, 2006.

## **D. Escritos acerca de Joseph Ratzinger**

### **a) Monografías**

- BLANCO SARTO, P., *Biblia, Iglesia y Teología según Joseph Ratzinger.*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra., 2005.
- *Joseph Ratzinger, razón y cristianismo: la victoria de la inteligencia en el mundo de las religiones*, Madrid: Ediciones Rialp, 2005.
- *Joseph Ratzinger: vida y teología*, Madrid: Rialp, 2006.
- *La Teología de Joseph Ratzinger: Una introducción*, Palabra, 2013.
- *Logos Joseph Ratzinger y la historia de una palabra*, Arica (Chile): Red Límite, 2006.
- CASALE, U. (ed.), *Fe y ciencia: un diálogo necesario*, Santander: Sal Terrae, 2011.
- CASALE, U. y RUINI, C., *Fede, ragione, verità e amore: la teologia di Joseph Ratzinger*, 1. ed Torino: Lindau, 2009.
- NICHOLS, A., *The theology of Joseph Ratzinger: an introductory study*, 1st printed Edinburgh: T. & T. Clark, 1988.
- PÉREZ ASENSI, J. E., *Ética de la fe en la obra de Joseph Ratzinger: «hacia una propuesta ética para Europa»*, 1ª ed Valencia: EDICEP, 2005.

**b) Artículos**

- BLANCO SARTO, P., «El pensamiento teológico de Joseph Ratzinger», *REV-Scripta Theologica* 44 (2012) 273-303.
- «Fe, persona e iglesia según Joseph Ratzinger», *Scripta Theologica* 37 Issue 3 (2005) 911-27.
- «Joseph Ratzinger: ética, libertad, verdad», *Revista empresa y humanismo* (2006) 13.
- OCÁRIZ BRAÑA, F., «La Iglesia, Sacramentum salutis según J. Ratzinger», *Path* 6/1 (2007) 161-81.
- TURA, R., «La Teología di Joseph Ratzinger. Saggio introduttivo», *Studia Patavina* (1974) 145-82.

**E. Otros autores**

- AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, Madrid: Ciudad Nueva, 2003.
- Obras de San Agustín. De la verdadera religión*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1948.
- Sermones nuevos*, Madrid: Revista Agustiniana, 2001.
- ARANDA, A., *Una nueva evangelización: ¿cómo acometerla?*, Madrid: Palabra, 2012.
- BALTHASAR, H. U. VON, *Una estética teológica*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1985.
- BARRIO-MAESTRE, JOSÉ MARÍA, *La gran dictadura: Anatomía del relativismo*, Madrid: Rialp, 2011.
- BELDA, M., ESCUDERO, J., ILLANES, J.L., y O'CALAGHAN, P. (eds.), *Santidad y mundo: actas del Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá, Roma 12-14 de octubre de 1993*, Pamplona, España: EUNSA, 1996.
- CIPRIANO, *La unidad de la Iglesia*, en FAILLA, C. y PASCUAL TORRÓ, J. (eds.), Madrid: Ciudad Nueva, 1991.
- CONGAR, Y., *La fe y la teología*, Barcelona: Herder, 1970.
- La tradición y las tradiciones*, Dinor, 1964.
- «Declaración Universal de Derechos Humanos». Accedido 20 de julio de 2015.
- ECHIVARRÍA, J., *Creo, creemos: textos procedentes de las Cartas pastorales dirigidas a los fieles de la Prelatura del Opus Dei durante el Año de la fe (2012-2013)*, Madrid: Rialp, 2014.
- Eucaristía y vida cristiana*, Madrid: Rialp, 2005.
- EINSTEIN, A., *Il mondo come lo vedo io*, Roma: Newton Compton, 2005.
- FISICHELLA, R. (ed.), *Noi crediamo: per una teologia dell'atto di fede*, Roma: Edizioni Dehoniane, 1993.
- GUARDINI, R., *El Señor: Meditaciones sobre la persona y la vida de Jesucristo*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 2005.
- HABERMAS, J., REDER, M., y SCHMIDT, J., *Ein Bewusstsein von dem, was fehlt: eine Diskussion mit Jürgen Habermas*, Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2008.
- HABERMAS, J., REDER, M., y SCHMIDT, J., *Carta al Papa consideraciones sobre la fe*, Barcelona: Paidós, 2009.
- HILLESUM, E., *Una vida conmocionada: diario 1941-1943*, Anthropos Editorial, 2007.
- ILLANES MAESTRE, J. L. y SARANYANA, J. I., *Historia de la teología*, Madrid: BAC, 1995.
- IRENEO DE LYON, SANTO OBISPO, *Adversus haereses*, Sevilla: Apostolado Mariano, 1999.
- IZQUIERDO, C., *Creo, creemos: ¿Qué es la fe?*, Madrid: Ediciones Rialp, 2008.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SANTO, *Amar a la Iglesia*, Madrid: Palabra, 2001.
- Ed. Crítica preparada por ARANDA, A., *Es Cristo que pasa: homilias*, Madrid: Rialp, 2013.

- Ed. Crítica preparada por ILLANES, J. L., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Edición crítico-histórica. Josemaría Escrivá de Balaguer. Obras completas.*, I/3, Madrid: Rialp, 2012.
- LABRADA RUBIO, M. A. (ed.), *La belleza que salva: comentarios a la «Carta a los artistas» de Juan Pablo II*, Madrid: Rialp, 2006.
- LUBAC, H. DE, *El Drama del humanismo ateo*, Madrid: Encuentro, 1990.
- La fe cristiana: ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, Salamanca: Secretariado Trinitario, 1988., 1988.
- MANARANCHE, A., *Les Raisons de l'espérance: théologie fondamentale*, Fayard, 1979.
- MARIANI, A. y MORGA, C., *XX aniversario del catechismo della Chiesa cattolica: proposta morale e cammino di fede*, Morolo: IF press, 2013.
- MÖHLER, J. A., *La unidad de la iglesia o el principio de catolicismo expuesto según el espíritu de los Padres de la iglesia de los tres primeros siglos*, en RODRÍGUEZ, P. y VILLAR, JOSÉ R. (eds.), Pamplona, España: Ediciones EUNATE-Servicio de Publicaciones de la Univ. de Navarra, 1996.
- MORALES, J., *El valor distinto de las religiones*, Madrid: Ediciones Rialp, 2003.
- NEWMAN, J. H., *El asentimiento religioso. Ensayo sobre los motivos relacionales de la fe.*, Barcelona, 1960.
- La fe y la razón: Quince sermones predicados ante la Universidad de Oxford (1826-1843)*, Encuentro, 1993.
- NIETZSCHE, F. y SCHLECHTA, K., *Werke: in drei Bänden. 1 1*, München: Hanser, 1954.
- PASCAL, B., *Pensamientos*, Madrid: Rialp, 2014.
- PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, Madrid: Rialp, 2007.
- RODRÍGUEZ DUPLÁ, L., «Sobre el sentido cristiano de la libertad», *Documentos del Instituto de Antropología y Ética* 13 (2011).
- TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *S. Thomae Aquinatis Summa Theologica*, I, Londinum: T. Pontificia. Taurini - Burns. Oates, 1895.
- TORRES-PARDO, JOSÉ LUIS CR, *La luz brilla en las tinieblas. El pensamiento de Benedicto XVI. Teólogo - Prefecto - Vicario de Cristo*, Roldán: Cristo Rey, 2007.
- VANHOYE, A., *Acojamos a Cristo, nuestro sumo Sacerdote: ejercicios espirituales con Benedicto XVI*, Madrid: San Pablo, 2010.
- WEIL, SIMONE, *La pesanteur et la grace*, Paris: Plon, 147, 1988.